



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Carlos González Peña

TESIS

QUE PRESENTA

Henry Cooper Kestlin

PARA OBTENER EL TÍTULO DE
DOCTOR EN LETRAS

MEXICO

1957

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

S U M A R I O .

I.- SEMBLANZA.

Lagos de Moreno.-Los años escolares.- El comerciante.-
El amor.-Viaje a México.-Nuevos horizontes.- Don Justo Sierra.
.-Periodismo y novela.- El dramaturgo.- Matrimonio.- Los viajes.
.-La muerte. 1

II.-EL MEDIO LITERARIO.

El Ateneo.-Influencias que determinan la Agrupación.- El
período post-revolucionario en las letras.- La Revista Azul.-
Porfirismo y Revolución.-Conciencia de la vida mexicana.- Don
Justo Sierra y la Universidad. 10.

III.-EL POSITIVISMO EN EL MEDIO CULTURAL.

La generación ateneísta frente al Positivismo.-Momento -
histórico y doctrinas.-"Los científicos" y el positivismo mexica
no.- Justo Sierra y los positivistas.- Savia Moderna.-La funda -
ción de la Universidad y las corrientes culturales.-Labor de Pe-
dro Henríquez Ureña.-La filosofía de Vasconcelos, Reyes y Caso... 18.

IV.-NOVELA DE GONZALEZ PEÑA Y ATENEISMO.

Doctrina y necesidad social determinante del grupo ateneísta.
-Los ideales.-Henríquez Ureña en el Ateneo.-Los lazos de unión
y la desbandada.- Los filósofos ateneístas.-La fundación del Ate-
neo de la Juventud.- El Ateneo y González Peña.-El costumbrismo y
la obra de Federico Gamboa.- Gamboa y González Peña ante el natu-
ralismo y el realismo..... 31.

V.- LA CHIQUILLA.

El ambiente.-El naturalismo de esta novela.-La Chiquilla -
y Santa, de Federico Gamboa.-Los personajes.- Antofita.-Lena.-Cla
ra.-Alberto y doña Pepa.-Estéfana.- Otros personajes.- Crítica... 42.

VI.-LA MUSA BOHEMIA.

México antiguo y moderno.-Mauricio y Nita.-Tesis educativa
de la novela.-El sentido realista.- El periodismo.- Dos familias

en contraste.-La Chiquilla y La Musa Bohemia..... .. 61.

VII.-LA FUGA DE LA QUIMERA.-

Esta novela en la época.-Conciencia del novelista.-La sociedad en los personajes y los personajes en la sociedad.- Los contrastes sensitivos.- El escritor en las tres novelas..... ..79.

VIII.- OTROS ASPECTOS LITERARIOS DE GONZALEZ PEÑA.

Los Estudios.-La Crónica.-Los Viajes.-El crítico.-En ensayista.-Espíritu novelador en el ensayo.-La galería de personajes. 92.

IX.- BIBLIOGRAFIA. 106.

-- 1 --
CAPITULO I.

Lagos de Moreno, Jalisco, es una ciudad típicamente provinciana. Casitas de un solo piso, cuya blancura contrasta con el verde claro de los huertos abundantes en la población. La mayor parte de sus calles están bien empedradas, señalándose por la poca regularidad y amplitud que caracteriza a todas las viejas ciudades de México.

Sobre las largas series de casas, se levantan aquí y acullá algunos buenos edificios de dos pisos, destacando entre todas éstas construcciones, los elevados campanarios de los templos.

Lagos de Moreno cuenta con varios paseos muy frecuentados: su sombría Alameda y bellos jardines, donde los niños juegan; la Calzada del Río con su frescor y verdura bordeada de magníficos sauces llorones; la Plaza, sitio principal de reunión de enamorados, estudiantes y políticos, donde se lleva a cabo la típica serenata de provincia; escenario de ensueños amorosos y de ilusiones perdidas.

Nació don Carlos González Peña, en esta risueña ciudad de Lagos, el día 7 de julio de 1885, habiendo sido sus padres el doctor don Carlos González y doña Elvira de la Peña de González, familia acomodada de esta población, que gozara en ella de estimación y prestigio.

Se inició en el aprendizaje de las primeras letras, al lado de su madre para continuar más tarde sus estudios primarios en una pequeña escuela de la misma ciudad, transcurrió su niñez en ese pueblo, en que "...la vida se realiza poco a poco, las horas se alargan, se desenvuelven perezosamente unas tras otras. Y la noche- y la vida- se extinguen, con mansedumbre, al cabo de dilatado crepúsculo."¹

El clima sano, la temperatura agradable, el ambiente apacible de este pueblo netamente tapatío y provinciano, despierta en él la sensibilidad y fantasía, que aunadas, habrán de influir en sus ensayos y novelas.

(1).- Carlos González Peña, El Patio Bajo la Luna, "Los Pasos", Editorial Style, México, D. F., 1948. p. 100-101

Todavía bastante niño, lo llevaron a Guadalajara, donde permaneció -- varios años estudiando en el "Liceo para Varones". Y de regreso en Lagos, a los quince años, considerando bien terminados sus estudios, su madre le puso una tienda con el fin de dedicarlo a comerciante.

Pero estaba visto que no había nacido para ese oficio; "La Simpatía", que así se llamaba la tienda, estuvo muy lejos de prosperar y al fin hubo de cerrarse tanto por falta de interés, como por el sobrado abandono -- en que la tenía el muchacho.

No había vocación de negociante, pero había, en cambio, decidida inclinación a la literatura. Desde muy niño mostraba ya vivas aficiones a todo cuanto despertase su imaginación y fantasía.

El mismo, en El Patio Bajo la Luna nos cuenta la devoción y apasionamiento con que desde muy pequeño escuchaba, embaleado, los inocentes relatos que de mil cuentos y leyendas hacían las criadas de su casa. También desde pequeño, le gustó leer; y leer cuanto podía alcanzar con sus manos todavía inseguras. No es de extrañarse pues, que de tal hartazgo de lectura, fueran naciendo las ansias de emborronar papeles.

A los quince años, aconteció el trascendental momento del amor, el instante feliz de la juventud primera, la risa y el sollozo de la vida. Sintiéndose alguno de los héroes de sus novelas, encontraba el gran amor que llenara su existencia; y en su alma, tan sensible como llena de fantasía, aquel amor había de arraigar al grado de dejarle huellas imperecederas.

Tenía apenas trece años, blanca, de cabellos negros, con un par de -- ojos negros también y extraordinariamente hermosos. El carácter travieso, alegresimo y alborotador de Amparo, hizo rabiar de lo lindo a su joven adorador, que en su seriedad, sólo provocaba más las risas y los alborotos de su prima.

Vivía Amparo en un molino cercano a Lagos. El viejo edificio, a más --

del río y las arboledas, acababan por colocarla en un escenario pintoresco, y tan romántico, que el pobre muchacho se bebía los vientos en contemplaciones y goces por la joven doncella.

Tres años duró el enamoramiento de cuya intensidad podemos juzgar por algunas frases halladas por las páginas de El Patio Bajo la Luna en las que como si desempolvara una reliquia, pinta un enamorado en sus mismas circunstancias:

"Sentía amarla con ardimientos locos. Yo no era yo, sino Chactas, Werther, Rafael... ó más bien Efraín. Me cuadraba mejor, por motivos del parentesco, equipararme con el héroes de la novela de Isaacs. Pero a veces todos estos sentimentales amadores me venían cortos. Metido de cabeza en Walter Scott, imaginaba que renacía en mi ánimo adolescente el misticismo amoroso de los caballeros medievales".²

Adolescente y novelesco, de espíritu imaginativo, aventurero, casi calenturiento, no podía menos que identificar sus vivencias con las descritas en las infinitas páginas de sus lecturas.

Cumplidos los dieciséis años, Carlos González Peña abandona su ciudad nativa, Lagos de Moreno, para dirigir a México sus pasos. Por años enteros comentó las impresiones tensas de aquella noche inolvidable.

La pasó de claro en claro, en su asiento del vagón "de primera". Brillaba triplemente la luna sobre llanuras y montes poblados de sombras largas que parecían fantasmas, y acompañando a todo ésto, se arrastraba el ruido continuo y trepidante del tren sobre los rieles. El muchacho se puso a pensar.... Pensaba en su tierna juventud y en las perspectivas que habría de encontrar en la capital.... Trac-trac, trac-trac, subrayaban las ruedas monótonas del tren....

(2).- Carlos González Peña, El Patio Bajo la Luna. "Luz de Atardecer", Editorial Stylo, México, D. F. 1945. p. 45.

Al fin, lujosa de ropajes, lo saludó la mañana con escándalo de oro sobre riscos. Levantó su cristal, y sacó la cabeza por la ventanilla. El tren culebreaba incansable, ascendiendo y descendiendo, sobre montañas y más montañas. ¡Qué lejos se había quedado Lagos! ¡Qué lejos su casa y sus infantiles días!

Por primera vez se contempló a sí mismo bajo los luces de la preocupación y el temor del provinciano que estaba a punto de llegar a la metrópoli. ¡Llevaba tan poco dinero...!. Una tía suya, señora muy prudente, le había cosido el bolsillo con el dinero para evitar que se lo robaran.

Ya cerca de la Capital, el tren corría más que nunca, como un caballo que se sintiera próximo a su establo. De pronto el tren se detuvo, hecho a andar a la inversa, ya habían llegado. Ya estaban en México. ¡Qué grande le pareció la ciudad! ¡Iba sin duda a perderse en ella!

Algunos parientes comedidos, tenían prevenido para el joven provinciano, un empleo en la Secretaría de Guerra. Apenas llegado a México, don Carlos lo ocupó en seguida.

Pero su espíritu, anhelante de otros horizontes, le hizo comenzar a asociarse con los muchachos que, en aquella época, eran aficionados a cultivar las letras.

"No permanecí sentado, - escribe más tarde González Peña en su prólogo a Gente Mía , - esforcéme por estar espiritualmente de pie. Sentía que del amago de perennidad burocrático solo me salvarían las letras" Y se empeña en escribir en los ratos perdidos. Considera que tiene un camino muy largo que recorrer y que solo a fuerza de tesón lo podrá conquistar. "Tenía un bagaje muy corto, - sigue diciendo- Había que enriquecerlo y luchar." Se considera inepto y a fin de acrecentar sus conocimientos se pone a trabajar sin descanso, a estudiar, a meditar y sobre todo a leer, a leer voraz y ansiosamente. ¡Entregábame por las mañanas a la respetable

tarea de redactar oficios, evitando prudentemente el contagio de la prosa oficinesca, pedregosa y atribulada." Y continúa más adelante: "Las de la tarde, aún más ansiosamente aguardadas, eran las horas más. Entonces me daba el lujo de pertenecerme; entonces era yo dentro de mí mismo. Se iban perfilando, me iban nutriendo, en mente y corazón los maestros amados."

Bien aprovechó don Carlos las horas que él llamaba suyas. Leía y escribía sin descanso. A poco, el primer cuento estuvo listo para la imprenta. ¡Cuánta fué su emoción al ver por primera vez su nombre en letras del molde! Antes de mucho, ya estaba colaborando en la revista "La Patria" de don Irineo Paz.

Así como Ignacio Ramírez es el animador cultural de las letras patrias en el primer período del siglo XIX, é Ignacio Altamirano es el maestro del renacimiento literario de la segunda mitad, la generación literaria de Carlos González Peña tuvo por maestro a un hombre eminentísimo cuya influencia espiritual fué decisiva, don Justo Sierra.

Poeta y cuentista de fina inspiración romántica, en su juventud, profundo historiador más tarde, sagaz sociólogo en su madurez, tuvo Justo Sierra, sobre estas virtudes la de ser un verdadero maestro. González Peña a la par que otros jóvenes escritores iban en su busca seguros de encontrar en él auxilio y consejo.

Y a más de auxilio y consejo, algo que Dn. Justo Sierra había dicho en medio de su sarcástica y benévola ironía, ayudó al muchacho a sobrellevar con paciencia los sinsabores burocráticos. Cada vez que las cuartillas en blanco le atreían a deshora, una cara de sonrisa un tanto burlesca se abría paso hasta ocupar la primer línea: "Si el escritor, en México, no vive de los empleos, ¿de qué vive?".

Y así corrieron, "semejantes y diversos" los días. Después de la co-

laboración en "La Patria" de don Irineo Paz, vino la colaboración en "El Mundo Ilustrado" y algunas otras revistas de la época; y cuando se fundó "El Universal", entró desde luego a formar parte del cuerpo de colaboradores fijos. 3.

Vino en seguida la primer novela, De Noche (1905) y a poco, en medio de algunos divertidos incidentes, aunque no por eso menos molestos para el autor, estrenó su único drama: El Huerto.

Su amor por las obras teatrales hacía que, domingo a domingo, fuese asiduo asistente al viejo Teatro Hidalgo, aunque su espíritu crítico irónica más tarde en La Musa Bohemia, el tipo de obras que allí se representaban.

En aquel mismo Hidalgo, conoció a uno de los actores que constituían firme pilar del espectáculo, Dn. Felipe Montoya y Alarcón; una tarde, se dirigió a la casa del comediante, situada en una vivienda humilde de un callejón cercano. Le llevó sus primicias dramáticas, su obra El Huerto.

Se trata de una pieza en tres actos cuya acción transcurre en la lagunense tierra nativa, idilio rural entre árboles y flores, que al final se desenlaza en tragedia. Toda la obra de un sabor mexicanísimo; se proyectó que la presentaría Elisa de la Maza, primera actriz española, que llevaba con gentil garbo el rebozo y el trajecillo de percal de la campesina mexicana.

Grandísima fué la sorpresa que el entonces joven González Peña, recibió cuando vió la representación de su pieza dramática. Fué tal su desconcierto, que no se encontraba a sí mismo.

Salvo la primera actriz, todos los demás estaban fuera de lugar; el primer galán, portando chaquetilla corta y sombrero calañés, a la andalu

(3).- Al fundarse "El Universal", entró como colaborador, siendo más tarde articulista y editorialista, trabajando en él hasta su muerte.

za, engendraba el tipo de un muchacho gallardo, medio charro y valentón - de Jalisco, deformando así la calidad de los tipos.

Para la concurrencia fué un éxito rotundo, pero para el sentir mexicano del escritor fué una desilusión, ver su obra representada en una auténtica farsa española con tinte mexicano. Desencantado de la actuación así como de la colaboración, decidió retirar la pieza del cartel esa misma noche y no volver a cultivar jamás el teatro. Decisión drástica, pero que se vería radicalmente cumplida.

La reacción que El Huerto despertó entre nuestras clases acomodadas de provincia, nos da una idea de la idiosincrasia de aquellos medios a principios del presente siglo. Una tía para quien don Carlos había sido siempre su ojo derecho, lo desheredó en medio de profundo disgusto por el solo hecho de que había escrito un drama. Tía que acaso sea la misma tía Victorina que nos presenta el escritor en La Musa Bohemia.

La vida sentimental de Carlos González Peña siempre se vió perseguida por la imagen de la que fuera el primer amor, su prima Amparo González. - Fué don Carlos, muy voluble en sus amores influenciado tal vez por la impresión del recuerdo, hasta que se casó con Julieta Parrodi, por el año de 1916. De esta unión tuvo cinco hijos, que fueron el complemento necesario a su vida. Supo ser un padre ejemplar y cariñoso, que sostuvo su hogar - dentro de estricta disciplina educativa.

Por el año de 1918 fué invitado con un grupo de periodistas, por el Presidente Wilson, a pasar unas semanas en los Estados Unidos; y de este viaje nos cuenta sus particulares impresiones en: La Vida Tumultuosa, que se editó en 1920; siendo este libro, como todos los suyos, preciso en sus observaciones y elegante en el estilo.

Hizo varios viajes a los Estados Unidos y a Europa. El primero al viejo Continente, fué en el año de 1952, desempeñando en él una comisión en la

tural ante la UNESCO.

A la 1:10 de la madrugada, el día primero de agosto de 1955, dejó de existir don Carlos González Peña, periodista, escritor y poeta, en su domicilio de las calle de Díaz Mirón 183, de la ciudad de México, víctima de un delicado padecimiento cardíaco. Al morir contaba setenta años de edad, que fueron por fortuna para la cultura mexicana, laboriosamente vividos.

Abundante es la obra que produjo don Carlos González Peña, en la que deben considerarse los múltiples artículos que escribió para "El Universal", y para algunas revistas extranjeras. Trabajador fuerte y enamorado de su profesión, editó las siguientes obras literarias:

NOVELA: De Noche, 1905.- La Chiquilla, Valencia, España, 1907-1908. -Pról. de José Escofet.-1946.-Pról. de A. Castro Leal.- La Musa Bohemia, Valencia, España, 1909.- La Fuga de la Quimera, 1919, 1948.

VIAJES: La Vida Tumultuosa.- Seis semanas en los Estados Unidos, 1920.

CRONICAS Y ENSAYOS: El Patio Bajo la Luna, 1945.- Flores de Pasión y de Melancolía, 1945.- El Hechizo Musical, 1946.- Gente Mía, 1946.- El Nicho Iluminado, 1947.- Mirando Pasar la Vida, 1947.- Claridad en la Llanura, 1947.- El Alma y la Máscara, 1948.- Más Allá del Mar, 1949.- Gentes y Paisajes de Jalisco, 1949.-Pról. de Alfonso de Alba.

DISCURSO: Elogio de la Bella Flor, 1946.

ESTUDIOS: Manual de Gramática Castellana, 1921.- (10 ediciones).- Historia de la Literatura Castellana, El Jardín de las Letras.-1944.- Historia de la Literatura Mexicana, 1928, 1940, 1945.- Florilegio de Cuentos. (4).

(4).- Esta Bibliografía ha sido tomada de las Guías Bibliográficas adjuntas a la Literatura Mexicana del Siglo XX, de José Luis Martínez.- Antigua Librería Robredo.- México, 1949. p. 58.

La muerte del ilustre hombre de letras, fué muy sentida en todos los centros intelectuales de la Capital Mexicana, donde era muy querido por sus cualidades de hombre y dotes de intelectual.

La noticia de su deceso fué hondamente sentida en los círculos literarios, en "El Universal", diario en el que fuere uno de los fundadores y - al que su pluma dió siempre los mejores frutos para sus páginas despertando en sus lectores gran interés. Todavía el miércoles anterior a su muerte, dictó los últimos artículos a su secretaria, para el diario que amaba entrañablemente.

Hasta en sus últimos días, la literaria obsesión fué "su periódico", al que sirvió siempre con lealtad y con todo el cariño que abrigaba su noble corazón.

Puede afirmarse que la muerte, llegó en plena labor de producción y que don Carlos González Peña deja a la literatura mexicana una enorme y valiosa herencia.

Fuó durante su vida bondadoso y magnánimo. Siempre tenía a flor de labio una palabra amable, y poseía un espíritu sereno, que jamás cayó en el ex abrupto. Alma de filósofo, que nunca conoció el desaliento y de un auténtico valor moral.

Comenzó su vida sintiéndose reformador, pero acabó siendo conservador, y en sus últimos años, profundamente religioso.

Con su muerte, México perdió un hombre ejemplar, modelo de trabajo y de perseverancia, que supo entregarse plenamente a la literatura mexicana, honrando de esta manera a su patria.

-- 10 --
CAPITULO II.

El grupo del Ateneo, del que forma parte relevante Carlos González Peña, representa en la literatura Mexicana, el enlace con el pasado inmediato -- del que todavía conserva algunas tendencias; este grupo continúa su labor -- a través de una época plena de violencia y de confusión, en la que los -- ideales, y las vidas mismas, van sufriendo variaciones profundas y radica -- les; y aún dispersos por los múltiples incidentes provocados por los azares -- revolucionarios, los miembros del Ateneo han creado y determinado el tono -- característico de la productividad literaria contemporánea. Sus influen -- cias permanecen aún en las actuales generaciones, y las obras de muchos de -- ellos, siguen engalanando páginas para servir de modelo en el presente y en -- el futuro de México.

Pueden resumirse en tres las principales influencias decisivas que ha -- brían de dar forma y color al amplio escenario sobre el que la famosa Gene -- ración Ateneísta, cuya obra y labor todavía norma y guía la cultura mexica -- na, hiciera su aparición para desarrollarse en plenitud de ideales.

El Modernismo, esa tendencia caracterizada por el cuidadoso refinamiento -- de la forma, por el uso de palabras sonoras y rimas elegantes aunadas a sím -- bolos intencionalmente oscuros ó imprecisos, incontenible y avasallador -- movimiento que nació en Francia encabezado por los parnasianos, que en -- América alcanza insospechadas alturas y que en México lograra representan -- tes de la importancia de M. José Othon, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón -- y Manuel Gutiérrez Nájera, puede ser considerado, hasta cierto punto, un -- excitante que provocara entre otros, las reacciones culturales que más tar -- de dieran base al ateneísmo.

En segundo término, el impulso nuevo y vigoroso que a todas las fases -- de la educación imprimiera don Justo Sierra, al que nunca dejaremos de con -- siderar como el gran maestro, como el sabio consejero y enérgico líder, y -- cuya figura ocupa, de luego, un lugar preminente y multifacético en la his --

toria de la educación de México. Su influencia bienhechora, sirve de tónica para agrupar los esfuerzos juveniles de su época, a la que sabe servir dignamente.

Y por último, la Revolución, cuya notable abundancia de optimismo e idealismo, no podía menos que influir en los más variados aspectos del arte mexicano; y, principalmente, en el trascendental de las letras, cuyos representantes más destacados, se hallaban reunidos en torno al Ateneo de la Juventud.

Durante el largo período comprendido entre los años que corren de 1866 a 1910, México sufre profundos y determinantes cambios en su política, en el orden social, y en el de sus instituciones económicas. Dentro de él, — el "porfirismo", es una patente realidad política.

Los años de paz, iniciados en 1867, y que culminan con el régimen de Porfirio Díaz, provocan una nueva etapa en la que los mexicanos, "arrojando el sable" como dice don Ignacio M. Altamirano, emplezan, una vez más, a tomarle el gusto novedoso a los asuntos culturales.

El estado de cosas, parece sólidamente asentado sobre el eje mismo de la vida cotidiana y no esoma por ninguna parte el peligro de una nueva lucha. La atmósfera social se despaja, y las pasiones políticas se adormecen; la tranquilidad predomina y las letras mexicanas progresan al protector amparo de un ambiente favorable. Y es entonces cuando el Modernismo surge como un florecer de primavera, que sin detenerse en formalidades académicas irrupe desbordante en tierras de América.

En el período posterior a la Reforma, los escritores se van despojando de las pasiones políticas que alentaban a los hombres de letras en épocas precedentes; y poco a poco, después del incendio modernista, su obra va siendo, cada vez más, resultado lógico de investigaciones serenas, asociadas y desinteresadas; de una labor firme, tenaz, y absorbente, que iba a —

substituir con la calma académica los arranques líricos de Lugones, Darío y Santos Chocano, las rebeldías bohemias de Díaz Mirón y los afrancesados toques del Duque Job.

No intentamos asegurar con esto, que la literatura haya perdido del todo su contacto con la realidad social, que se haya olvidado de su conciencia de época, sino que esta ya no la encadena a restringidos conceptos, ni le impone sus propios límites. Todos los aspectos de la vida pública mexicana han ido perdiendo para entonces, las violencias que los arrastraban; y la literatura, alejándose ó acercándose a voluntad, a la realidad nacional, cambia sus rumbos, sus metas, sus ritmos, en pleno acuerdo con sus propias iniciativas.

El advenimiento de una nueva época cultural, se puede advertir con signo claro é inconfundible, en un hecho exclusivamente literario: la aparición del primer número de la Revista Azul publicado el 6 de mayo del año de 1894, por Manuel Gutiérrez Hájera.

Iniciado desde 1876, el período dictatorial del General Díaz, salvo un breve intervalo, se mantiene firme hasta 1911, año en el que su gobierno es derrotado por Francisco I. Madero al frente de la Revolución Mexicana.

El poder y la riqueza, reconcentrados entonces en algunas ciudades y en pocas familias, y junto a ellas, el pueblo de México que se empobrecía física y moralmente, provocan la Revolución.

Este período, que podría considerarse pernicioso para el desarrollo del espíritu cívico de México visto en su aspecto exclusivo, fué extraordinariamente propicio para las letras; acaso porque éstas, tácitamente sirvieron para dar lustre a aquella dictadura que no intentaron destruir. La poesía de esta época es tal vez la más valiosa que se produce en la literatura mexicana, y toda la cultura experimentó un innegable progreso preparando el advenimiento de las nuevas ideas y del nuevo gobierno.

Si el impulso generador de la revolución hubiera descansado solamente en las armas, tal vez lo que fué cruenta lucha, no hubiera pasado, de un simple levantamiento, de un instante en la vida de México, tan corto, como fácil de ahogar. Pero, aunque obedeciendo ostensiblemente a causas políticas, el movimiento revolucionario tenía una profunda raigambre en la opinión pública y en la vida misma del pueblo.

Que la nación viviera en calma bajo una democracia aparente dentro de la cual, la cultura, el comercio y la industria tomaran incremento; que afluyeran al país cuantiosos capitales extranjeros, para la explotación de las riquezas naturales; y que se emprendieran muchas y muy importantes obras públicas, no quiere decir que tan bellos colores, alcanzaran a cubrir todas las superficies grises que ensombrecían el cuadro.

Sin tomar en cuenta a los grupos privilegiados en cuyas manos estaban los buenos empleos burocráticos, que se habían apoderado de la industria, el comercio y las grandes propiedades, tanto urbanas como rurales, la clase media y las clases trabajadoras se encontraban en situaciones de indiscutible inferioridad, que inúmeras veces implicaban la miseria.

Así pues, la Revolución Mexicana, encontró eco inmediato en todos los ámbitos sociales, tuvo inmediatas respuestas desde las enormes masas de peones y obreros que vegetaban sin esperanza de incrementar sus exiguos salarios, hasta los puntos más elevados de las clases cultas donde se alojaban la filosofía, el arte y la política.

El fervor revolucionario comenzó a palpitar penetrando en lo más sensible de la vida nacional, y al mismo tiempo que la arrastraba a enormes y cruentas vicisitudes, le inyectaba la potente esperanza de un futuro mejor, que nos detallan muchos literatos mexicanos; entre los que Arturo Torres-Rioseco, nos dice que:

"La idea revolucionaria está metida en el tuétano mismo de la raza."

No hay un solo grupo social que sea indiferente a la gran causa. Despertaron los campesinos y comprendieron que ellos también eran factor importante en el desarrollo de su pueblo...."⁵

F. Rand Morton, con enorme perspicacia y tino, en la parte final de su estudio sobre los Novelistas de la Revolución Mexicana y tratando de definir al hombre emanado de ella, escribe lo siguiente:

"El despertar del sentido humano de la vida mexicana hubo de acontecer cuando el pueblo mexicano se dió cuenta de que al vivir su propia vida - compensaba los sufrimientos, las angustias y el dolor que siempre representan una revolución."

"El mexicano, dígame mejor, el verdadero mexicano, apareció como el - personaje principal tanto en la novela como en la pintura. Se le ve, ahora, y por primera vez, igual a como es. Su fisonomía, aun su cutis, ganan en importancia. El "héroe" ya no tiene que ser de apariencia europea, mucho menos española; ahora la negrura de su cabello, el bronce de su cara, los lineamientos que denotan una fuerza viril son las virtudes - con que debe contar."⁶

Rafael Muñoz, en su novela "Se llevaron el cañón para Bachimba", deja a la palabra de Marcos Ruiz, uno de sus personajes, que explique a Alvarito su concepto de la Revolución, comprendida en el sentimiento popular, - en el mexicano que lucha y sabe entregarse a sus ideales:

"...No estamos peleando por venganza, Alvarito, la Revolución es algo

(5).- Grandes Novelistas de la América Hispana, Vol. 1. University of California Press, 1941.

(6).- F. Rand Morton, Los Novelistas de la Revolución Mexicana, "Los Valores de la Novela de la Revolución", "El Valor Social y Psicológico", Editorial Cultura, T. G. S. A. México, 1949. P. 245.

más, algo tan grande, que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia; es la inconformidad del pueblo con su miseria." 7

Idea que después canalizará hacia el deseo natural de no sentir inutilizados sus esfuerzos, al concluir en labios del mismo personaje: "Que nos serene y que nos consuele, la seguridad de que podemos ayudar todavía después de haber ayudado un poco ..."

La Revolución invade, avasalladora y firme, todos los aspectos de la vida mexicana; y su característica principal, son los anhelos que piden libertad, los anhelos que gritan su odio y su repugnancia a lo que significa opresión, ante la falta de libertad en todos los órdenes: en el orden individual, en la expresión de prensa, en la política y en la elevación económica ó cultural.

Y los mexicanos, que hasta entonces se habían pasado los días imitando todo lo europeo arrancando un espíritu prestado al Viejo Continente, comienzan a ver de pronto que México tiene su propia belleza deficientemente explotada, que existe en propias tierras un manantial incalculable de posibilidades. Pintores, filósofos, músicos y literatos, comienzan así la tarea de aprovecharse de la mexicanidad tanto tiempo escondida, dando principio a un intenso desarrollo de esta nueva fase en la cultura de su patria.

La labor pedagógica del maestro Justo Sierra, como Ministro de Instrucción Pública, no solo se redujo a las funciones relacionadas con la educación impartida en las escuelas, no se concretó a labores internas, sino que abrió una amplia puerta de entrada para dar cabida a todas las corrientes culturales de los albores del siglo.

No cejó en sus empeños, hasta ver fundada la Universidad Nacional de México y agrupados a su amparo, a los jóvenes estudiosos de la época, en-

(7).-- V. Hand Morton, Los Novelistas de la Revolución Mexicana, "Los Valores de la Novela de la Revolución", "El Valor Social y Psicológico", Editorial Cultura, T. G. S. A. México, 1949 p. 248.

tre los que habían de descollar más tarde, muchos de los valores actuales, del panorama intelectual en este país.

Funda Justo Sierra la Universidad en 1910, año preciso en el que el régimen de Dn. Porfirio Díaz había llegado al punto máximo de su esplendor. Se cuenta que las fiestas conmemorando el Centenario de la Independencia de México, fueron fastuosamente espectaculares.

Después de treinta años de paz vividos en el régimen porfirista, también la labor pedagógica de don Justo llegaba al sitio de elevación máxima. Pero, al contrario del régimen, que aún pareciendo indestructible estaba al borde mismo de su inminente desintegración, el Régimen Educativo de don Justo Sierra se afirmaba en un carácter imperecedero; sufriría inclinándose a todos los vientos y a todas las sacudidas, pero siempre -- para reaparecer pleno de vida y cada vez más fuerte, aún ante el impacto tremendo de la Revolución Mexicana.

Heredó don Justo Sierra, su amor a la literatura, directamente de su padre, que fué novelista y jurisconsulto. Después de iniciar sus estudios en Mérida, Yucatán, vino a la ciudad de México en 1861 para continuarlos en la Academia de San Ildefonso.

Fué el más destacado discípulo de Altamirano, y a la muerte de éste, se convirtió en el maestro de dos generaciones; orador distinguido, político de altura, aficionado a los viejes, historiador, poeta y periodista; pero, sobre todo, maestro brillante que influyera grandemente en sus alumnos y en los incontables escritores que le sucedieron.

Dice Taine que "hay un sistema en los sentimientos y en las ideas humanas, y ese sistema tiene por principal motor ciertos rasgos generales, ciertos caracteres de espíritu y de corazón comunes a los hombres de una raza, de un siglo, de un país".

Y, siguiendo la aseveración del viejo filósofo, creemos que hay entre los hombres comunes a una misma generación, a un mismo ambiente, caracte-

res notablemente espaciales, espíritus privilegiados, seres excepcionales, que sirven precisamente para darle calidad de tono y color a ese ambiente, a la realidad nacional a que pertenecen; y de ese tipo de hombres, fué el maestro don Justo Sierra.

Carlos González Peña, nos dibuja cuidadosamente sus rasgos al afirmar que: "Trascendía la majestad corpórea de Justo Sierra a su propio arte. De nuestros grandes escritores, unos habrá que nos hechicen por su sutileza, por su gracia, cuáles por su capacidad de emoción, quiénes por su don pintoresco ó por la tersura de su lenguaje; cuando no por unas y otras, juntas, de estas cosas. En Justo Sierra todo ésto se traducía en grandeza. Grandeza hay en su poesía; grandeza majestuosísima en su prosa."(8)

En este ambiente, con el valor moral y literario de don Justo Sierra, al que repataron, a pesar del desorden y el enrarecimiento del medio, todos los tirones y desordenadas tendencias de la Revolución, antes de la misma fundación de la Universidad, habrían de gestarse los sentimientos, las pasiones, las filosofías y las corrientes culturales todas, que dieron cuerpo a la agrupación de juventudes ambiciosas en el "Ateneo de la Juventud".

Cuando se funda la Universidad, don Justo cumple con la misión de darles el espaldarazo que habría de lanzarlos por el camino de conquista que ya habían iniciado; cumplió con la delicada misión de entregarles su conocimiento y su firme apoyo, para facilitar el advenimiento de la nueva cultura que elevaba a grandes alturas, el pensamiento nacional.

Poco importa ya que más tarde la Revolución dispersara las rutas de los ateneístas; cuando esto sucedía, la simiente, había germinado; y sus magníficos frutos, a pesar de todas las tempestades, irían volando por los aires en semilla fructífera y reproductiva; seguirían siempre en actividad una vez restablecida la calma.

(8).- Carlos González Peña.- Claridad en la Lajante .- "La Majestad de Justo Sierra".- Editorial Stylo.- México, D.F. .- 1947. p. 223.

CAPITULO III.

Hemos visto ya, cómo don Carlos González Peña forma parte de aquella libertadora Generación de 1910, que, haciendo irrupción en el recinto cerrado en la que la llamada doctrina positivista había enclaustrado a México, abrió las puertas a las nuevas corrientes culturales brotadas al calor de las nuevas ideologías y de bien cimentadas ambiciones de progreso.

La efervescencia sentimental é intelectual que venía dominando a este grupo desde 1906, y que llegó a su climax en 1908, al manifestarse claramente el apoyo de don Justo Sierra, cuando éste demostrara conocer y aprobar los ideales, producto de las nuevas ideologías, por medio de su famoso Discurso en Honor de Gabino Barreda, y que poco tiempo después, fuera a consolidarse en 1909 con la fundación del Ateneo de la Juventud.

Lo que no lograron nunca las más rudas críticas ni las más variadas sátiras, que de todas partes se enderezaban en contra el positivismo, lo habría de lograr, por el camino del esfuerzo intelectual, este grupo del Ateneo, que acometió la tarea decidida y firmemente.

Aquella generación se declaró en plena rebeldía contra el positivismo, combatía de lleno su carácter dogmático que había sembrado el descontento en todos los medios intelectuales de México; se manifestaba abiertamente en contra de las limitaciones que forzosamente imponía aquella ideología que se basaba en el orden, mantenido a cualquier precio, obstaculizando así la evolución de la sociedad.

La situación, a la que se había buscado una solución en el positivismo, había dejado de existir; y aquella doctrina que buscaba todas las soluciones posibles en la ciencia, comenzó a resultar ineficaz, al demostrarse que la ciencia misma era la que menos resultados tenía y en cambio planteaba mayor número de problemas.

Entonces, el positivismo, olvidando de pronto su dogma inicial, comenzó a plegarse en forma acomodaticia a las necesidades burguesas del ambiente porfirista, tomando, en cambio, un rumbo político que procuraba mantener estacionarios todos los ideales de progreso de la nación.

Y fué la generación de 1910, agrupada en espíritu y esfuerzo al Ateneo de la Juventud, quien dió la batalla contra el positivismo y no cesó hasta eliminar su preponderante influencia.

El fundador del positivismo fué Augusto Comte, aunque no le faltaron precursores; se reconoce a sí mismo, como sucesor principalmente de Hume y secundariamente de Kant. Hume es con su empirismo el ascendiente directo de Comte, en el método positivo; y sus relaciones con Kant, si bien tardías y superficiales, son claras.

Era para el desarrollo del positivismo propicio el momento histórico en que Comte lo formuló. Las ideas materialistas y empiristas se habían ido infiltrando; el criticismo había socavado todos los simientos, y las derivaciones de la metafísica idealista y panteísta no bastaban para conciliarle la estima de los hombres aficionados a lo material y concreto.

Por otra parte, los progresos en las ciencias, físico matemáticas, la nueva afición a los estudios históricos, un ambiente intelectual verdaderamente positivo eran terreno abonado al florecimiento de una doctrina que no exigía sacrificio alguno, ni pedía esfuerzos intelectuales. El portador de esta corriente filosófica de Europa a México, fué Gabino Barrera.

En México, como en Francia, el momento histórico se prestaba a la implantación de las nuevas doctrinas que, en sí, eran influenciadas por la política. Una vez vencido el intento de establecer un imperio en tierras de Anáhuac y habiendo tomado las riendas del poder, don Benito Juárez,

se encontró con una situación caótica que amenazaba prolongarse indefinidamente, debido al espíritu general impregnado de la anarquía reinante.

El doctor don Gabino Barreda, había sido discípulo de Augusto Comte en sus cursos de París y estaba convertido en el más ardiente positivista; pensó que la doctrina de Comte era la más apropiada para formar un nuevo espíritu en los mexicanos y la creía destinada a asegurar para el país un benéfico y nuevo orden social.

Barreda transformó el lema de Comte en una tesis revolucionaria. -- Comte decía: "amor, orden y progreso"; y al modificarlo, Barreda dijo, - "libertad, orden y progreso"; "la libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin." La principal tesis, sustentada por don Gabino Barreda, era La Separación de la Educación y el Estado. El anhelo de una institución educativa libre de influencias políticas y religiosas.

Barreda quería hacer prevalecer el lema comtiano que subordina la inteligencia al amor y a todo sentimiento. Descansando sobre estos principios filosóficos, se reorganizó la educación mexicana que hasta entonces no había podido liberarse de las influencias políticas. El plan de estudios se organizó conforme a la clasificación de las ciencias de Comte, pensando Barreda que la educación intelectual debía ser el principal objetivo de la instrucción de un pueblo. Consideraba también, siguiendo las enseñanzas de su maestro, que el fin de la ciencia no debía detenerse en el saber puro, sino en comunión con el lema positivista, "saber para prever; y prever para obrar." El positivismo pronto echó profundas y sólidas raíces, pero se transformó, con el tiempo, en una ideología de tipo conservador. La situación social de esta doctrina, nos la determina Leopoldo Zea, destacado filósofo mexicano, de la siguiente manera:

"La filosofía positiva fué uno de los instrumentos que se utilizaron

en la coordinación de intereses de la burguesía mexicana; sin embargo, llegó un momento en que la filosofía positiva dejó de ser útil y se tornó contraria a los intereses que este grupo social trataba de equilibrar. El orden que sostenía la filosofía positiva no era ya el orden que la realidad necesitaba, perdiendo así su justificación social. El ideal de la filosofía positiva continuó siendo una utopía para quienes se titulaban auténticos positivistas." (9)

La burguesía mexicana, que buscaba siempre la defensa de sus intereses, hizo a un lado de manera acomodaticia, lo que había sido uno de los principios filosóficos fundamentales del positivismo; es decir, el progreso.

Se constituyeron en portavoces de esta ideología un pequeño grupo de intelectuales, una minoría de privilegiados que protegía el régimen de don Porfirio Díaz y que fueron llamados por el pueblo con el colectivo mote de "los científicos."

Este grupo, en realidad ajeno a los verdaderos ideales delineados en esta doctrina, es el que nos interesa, pues tiene influencia decisiva en la política, y es el que representa las tendencias del positivismo mexicano.

Nacido al calor de la escuela contiana de Gabino Barrada, el positivismo había congregado a un grupo de redactores, para editar, como propio vocero, el periódico La Libertad, que contaba entre sus miembros principales, en suitial preponderante, a don Justo Sierra.

El Maestro, que en un principio apoyó y simpatizó con las sucesivas reelecciones de don Porfirio Díaz, llegó a comprender claramente tal política, así como la adoptada por los científicos, no podía menos que ser muy peligrosa.

(9).— Leopoldo Zea, Apogeo y Decadencia del Positivismo en México, El Colegio de México, México, 1944, p. 23.

La burguesía mexicana no tenía otro ideal político que el orden, y este orden, se iban sacrificando paulatinamente, la libertad social y la libertad política. Se había hecho del Estado y del General Díaz - guardianes de los intereses de la burguesía; y del partido de los científicos, un servidor de ésta misma.

El grupo de los científicos adoptó los principios de Comte y de Barrera, a las necesidades emanadas de los intereses que representaba; y es nuevamente Leopoldo Zea, quien se encarga de puntualizarlo así:

"Lo importante para ellos no era la doctrina, sino la realidad que perseguían. Sobre la doctrina estaban los intereses de su grupo. Del positivismo tomarían lo que conviniese a tales intereses y desearían aquello que se les opusiese. Tal grupo no podía ser considerado como positivista por quienes habían hecho del positivismo un ideal."¹⁰

No pasó mucho tiempo sin que este grupo abandonara sus afanes políticos para convertir a todos sus miembros en personajes claramente influyentes dentro de la administración pública. El grupo político, se encontraba ya desintegrado y sus componentes se dedicaron a muy diversas actividades; hasta que, por un golpe de suerte para México, don Justo Sierra, en 1903, fué a hacerse cargo del Ministerio de Instrucción Pública.

El positivismo, que había sido la base de la educación mexicana, y el más sólido apoyo del porfirismo, recibe con este hecho el primer golpe efectivo.

El Maestro Justo Sierra, iba ya para entonces, a la cabeza de los escépticos que, habiéndose formado en las enseñanzas de don Gabino Barrera, y habiendo vivido el más puro optimismo de los positivistas mexicanos, había terminado por reconocer su inutilidad en la época y por

(10) - Opus cit. p. 14.

rechazar la idea de que la ciencia lo era todo.

Los principios de "libertad, orden y progreso", habían sido establecidos por Gabino Barreda, pero alcanzados por medio de la ciencia. Con todo, el preclaro entendimiento de Justo Sierra, encontraba ahora que la ciencia proporcionaba exactamente lo contrario: lucha perpetua, perpetuos problemas, y sin ninguna solución. El sabía todo ésto, y así se lo hizo saber a las nuevas generaciones; al situar la etapa, Zea asegura:

"El positivismo mexicano entraba así en crisis; dejaba de ser ciencia definitiva, apareciendo como una filosofía más, como lo que actualmente llamamos una ideología. No expresaba ya el Orden, sino un "un orden", no era un instrumento de paz sino instrumento de guerra. Frente a él se alzarían otros pendones, nuevas filosofías y con ellas nuevos nombres. (11)

En 1906, un grupo de entusiastas estudiantes y escritores jóvenes se congregaron con un mismo afán; el de romper el cerco de una cultura que ya no les satisfacía. Sus tendencias se ponían de manifiesto en una publicación que representaba el esfuerzo y las propias ideas. Savia Moderna fué el nombre de la revista, y en ella se exponían las nuevas filosofías contrarias al positivismo.

Durante el año de 1908 vino a sumarse a todo ésto, la actitud de don Justo Sierra al pronunciar su discurso sobre Barreda, en la que exponía en una forma clara y precisa, las inquietudes en que la nueva generación vivía. Pero no fué sino hasta 1910 cuando se hizo más clara y plena la inquietud de la nueva generación y su repulsa del positivismo con las conferencias del Ateneo de la Juventud. Este acto, se complementa con el hecho de que ese año, Justo Sierra fundó la Universidad Nacional de

(11).-- Opus cit. P. 254.

México, y en su discurso de inauguración fijó la empresa cultural del México que entonces nacía.

Hasta la época del Maestro Sierra, no existía sino la Escuela de Altos Estudios, que más tarde había de convertirse en la Facultad de Filosofía y Letras, pues desde el año de 1883, Valentín Gómez Farías había disuelto la que hasta entonces fuera la Real y Pontificia Universidad de México.

Desde esta época, unas cuantas escuelas superiores, dispersas y sin coordinación, entre las que se contaba la Escuela de Altos Estudios, — eran las únicas fuentes de cultura en México. Justo Sierra decidió acabar con esta anarquía, reorganizar las escuelas, agruparlas; en una palabra, volver a rehacer la Universidad, y se convirtió en el creador de una nueva escuela, cuyo ideal puede simplificarse en las siguientes palabras que el mismo Sierra pronunciara con motivo de la inauguración:

'Los fundadores de la Universidad de antaño decían: "la verdad está definida, enseñadla", nosotros decimos a los universitarios de hoy: "la verdad se va definiendo, buscadla". (12).

Estas palabras del Maestro, fueron un aliciente para la nueva generación cuyo ideal era la "restauración de la filosofía", de su libertad y de sus derechos". Generación que no se contentó con el mundo que le había tocado en suerte vivir, que deseaba un mundo en el que cumpliera una misión, no el mundo anquilosadamente positivista en que vivían.

El amor por las letras españolas, se vino a sumar al creciente interés por las humanidades clásicas, con entereza se trató de exaltar las cualidades de la raza latina, sin poner trabas a la imaginación, sino dejándola obrar libremente aunque evitando caer en vanas utopías.

(12).- Justo Sierra, Discurso en Honor de Gabino Barrera.- Prosas, prólogo y selección de Antonio Caso, Biblioteca Estudiante Universitario.- México, 1939. P. 191.

Ante el freno intelectual de la filosofía positivista, se lucharía con sus propias armas: "la filosofía metafísica", cómo la llamaron sus enemigos positivistas. Estas doctrinas sentaron sus reales en la Universidad, para enaltecer los esfuerzos de la juventud filosófica de México.

Exponentes destacados de esta nueva doctrina, se reunieron en el Ateneo de la Juventud, y se mantuvieron alertas y en pie de lucha. Su dirigente, Pedro Henríquez Ureña, los alentaba y guiaba con claridad y precisión. El derrotero estaba trazado, y los entusiastas ateneístas lo seguían con paso firme.

Antonio Caso pronunciaba, por esos años, sus famosas conferencias - exponiendo la manera de sentir de su generación en una conferencia titulada, La Filosofía Moral de Eugenio M. de Hostos.

Durante todo su discurso, se ve que Caso está contagiado con el optimismo de Hostos, dice que no hay que dejarse seducir por los que piensan edificar la moral sobre bases científicas, sino que debe recordarse la doctrina del gran moralista buscando la superioridad del espíritu creativo, del pensamiento deductivo, que puede llevar el ser, al perfeccionamiento.

Al cerrar su discurso, llega a la conclusión de que "solo es digno de haber hecho el bien, ó de haber contribuido á un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funciona como representante de un beneficio deseado ó realizado."¹³.

En la conferencia de Pedro Henríquez Ureña, denominada "La Obra de José Enrique Rodó," demuestra con una oratoria vigorosa cómo es posible hablar de moral, utilizando una fraseología diferente a la cien-

[13]- Antonio Caso, "La Filosofía Moral de Don Eugenio M. de Hostos," en Conferencias del Ateneo de la Juventud, Imprenta Lacand, México, 1920. p. 30.

tífica, cómo es posible filosofar con otra clase de conceptos. Aprueba las expresiones que Rodó usa para enfocar problemas morales, asegura que el lenguaje científico, no es el medio para enfocarlos, y prueba que hay un lenguaje que ofrece la experiencia personal del hombre. José Enrique Rodó, dice Ureña, aporta a la filosofía una idea de evolución que es contraria a la forma en que la entendían los positivistas.

Estas nuevas corrientes consideran que la naturaleza no puede responder de los actos del hombre; sino que el hombre es el único responsable de ellos. De este modo el ser humano no puede ser ya el irresponsable que confía en leyes morales consideradas inmutables.

Dice Ureña: "la fé en el destino personal, debe apoyarse en la confianza de que nunca se habrá agotado nuestra energía, de que subsisten en nuestro espíritu capacidades para manifestaciones nuevas, vigor para superarnos en el trabajo."¹⁴ Demuestra la moral egoísta del positivismo, por lo limitado de sus fines, y ensalza la nueva moral desinteresada, creadora de una libertad ajena a todo límite utilitario y finalista.

José Vasconcelos, con su conferencia titulada "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", se enfrenta, desde el Ateneo de la Juventud, en una forma valiente y veraz, a la filosofía vigente; expresa la alegría de vivir en una época llena de posibilidades, sin detenerse a contemplar la herencia de la generación anterior en una forma pasiva, sino inconforme, actuando frente a un grupo de valores que ya no entusiasman a las juventudes.

Justifica la implantación del positivismo en México por Barreda, que en su tiempo, tenía como única mira, la de terminar con el dogmatismo

14.- Pedro Henríquez Ureña, "La obra de José Enrique Rodó", en Conferencias del Ateneo de la Juventud. Imprenta Lacaud, Callejón de Santa Inés, S.- México, 1910. p. 79.

impuesto por la iglesia católica. Hacedme capiá en que no todo fué negativo en la enseñanza positivista, se refiere a las ideas fundamentales por lo que se refiere a la moral: "la solidaridad" la cual, dice Vasconcelos, "permite la vida colectiva en que la civilización se desarrolla." Otra, el altruismo, "la más fecunda de estas ideas" dice Vasconcelos; "una vieja virtud, limitada a sus consecuencias sociales; el sacrificio no lo premia Dios alguno, pero lo aprovechan el individuo y la sociedad; el beneficio no se extiende más allá de nuestra propia vida y de la vida de los demás hombres, pero es beneficio positivo."¹⁵.

Traza José Vasconcelos en una forma definida y clara, el ideal moral con un amplio concepto de libertad; libertad de espíritu y libertad material, demostrando que a la realidad no sólo se llega por el camino de la ciencia positiva.

Así como para la generación positivista el interés jugaba el principal papel, al lado del de utilidad y confort, el desinterés jugará el principal papel en la ideología de la nueva generación.

La contribución de Carlos González Peña a este ciclo de conferencias, "El Pensador Mexicano y su Tiempo," nos da una idea acabada del "mexicanismo" y del afán de liberarse que dominaba al autor, y razonablemente, a todo el grupo; nos señala el interés que el pueblo, en todos sus aspectos, despertaba ya en el que, más tarde, se dedicaría con tanta paciencia y cariño, al estudio y observación de sus usos y costumbres. Por su Conferencia, comprendemos el entusiasmo que el amor patrio despierta en él. Llama a Fernández de Lizardi "novelador burdo y poco culto", para concederle luego todos los honores del hombre que amó a su

(15).- José Vasconcelos, "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas" en Conferencias del Ateneo de la Juventud. p. 145.

pueblo sobre todo; del patriota valiente y luchador que vivió por el pueblo y para el pueblo; del colaborador entusiasta en la causa de Independencia Mexicana, aunque su colaboración a la literatura pecase de poco artística. De la misma manera, al ensalzar a Othón, expresa Alfonso Reyes el anhelo de su generación: la libertad de ideales.

En uno de los párrafos finales hay singular belleza en la síntesis que hace Reyes de las enseñanzas y conclusiones que obtiene de la obra de Manuel José Othón:

"Amor a la tierra que hay que labrar; amor a la casa que hay que proveer; amor a la patria que hay que defender; amor al ideal sobrehumano, interna virtud de todo lo humano."¹⁶

Estas fueron, en resumen, las ideas principalmente sustentadas en las conferencias del grupo del Ateneo, aunque debe mencionarse también, en esta serie, la del español José Escofet, que disertó sobre Sor Juana Inés de la Cruz.

Esta no era, ná con mucho, la primera serie de conferencias que organizara el grupo que despues formara el Ateneo. Cuando Alfonso Cravioto, con su viaje a Europa, dió fin a la publicación de "Savia Moderna", ya Jesús Acevedo había organizado una serie; y más tarde, en 1909, otra más se había efectuado en el Conservatorio Nacional.

Desde un principio, las actividades del Ateneo van abriendo un surco en la vida intelectual de México.

No son actividades carentes de disciplina ni de fines precisos. Era una nueva generación de escritores y filósofos que, habiendo crecido ayuna de Humanidades, sentía de pronto el anhelo de cultivarlas. Quería "redescubrir" España y empaparse en todo lo que de bueno po -

(16) - Alfonso Reyes, Los Poemas Rrnticos de Manuel José Othón, Conferencias del Ateneo de la Juventud, Imprenta Lacaud, México, D. F., 1910. p. 60.

dían darle sus letras y tradiciones, emanciparse de la tutela del positivismo y conocer todas las corrientes filosóficas, asomarse a todas las literaturas sin ovidar la francesa que había sido, hasta entonces, el único accesible baluarte. Quería, en fin, independizarse de sus viejos maestros, de cuya ciencia comenzaba a dudar.

¿No eran acaso, los maestros que habían formado la generación anterior, demasiado "académicos"? Y los escritores de la escuela modernista que les habían precedido, ¿no estaban, a veces, demasiado escasos, en materia de cultura? La nueva generación se preparó incansablemente. Leían, discutían, escribían, buscaban la crítica tratando de superarse.

Los escritores pasaron, evolucionando bruscamente, casi sin transición, de una generación un tanto descuidada, aficionada a la bohemia, y a trabajos de poca altura, a una generación sesuda que, sin temor a la investigación y al estudio, se empeña, sin más, en trabajos de gran envergadura. En esta forma, logran cambiar los horizontes intelectuales de toda una nación, amplificándolos y profundizándolos.

La transición entre una generación y la otra, la forman Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, quienes sin empacho ni idea de superioridad, se unen a los jóvenes, estudian y discuten con ellos, y les hacen el don, el primero, de sus conocimientos técnicos adquiridos de la generación modernista, y, el segundo, de su rara penetración, seriedad, sencillez y probidad.

Y en las clásicas fuentes de la lectura de los griegos, del estudio de los españoles, y del análisis de los ingleses, franceses y alemanes, las tendencias van tomando forma y redondeándose; se atacan todas las opresiones intelectuales y políticas; se desacreditan las ma-

nifestaciones de arte rampón; se hacen esfuerzos sobrehumanos por encontrar y poner de relieve las tradiciones y el pasado artístico de la tierra nativa.

Y junto con la filosofía de Henríquez Ureña, Caso, Vasconcelos y Reyes, se va formando la prosa, ya delicada de Torri, ya llena de vigor de Carlos González Peña ó Alfonso Cravioto, y la poesía de Rafael López, Manuel de la Parra o Argüelles Bringas.

El ensayo fué lazo de unión común a prosistas y filósofos. Solo Carlos González Peña tendría la preocupación de cultivar la novela.

La Revolución dispersó al grupo que tan brillantemente iniciara sus trabajos en el Ateneo. No todos sus componentes siguieron carreras literarias; pero el núcleo principal, que permanecería estrechamente atado por sus ideales é intereses intelectuales, formado por Carlos González Peña, Antonio Caso, Henríquez Ureña, Vasconcelos y Reyes, tiene una función relevante en la vida mexicana, y su aportación a dicha cultura es indiscutible.

La generación del Ateneo logró sus fines: "Abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo."¹⁷

(17) - Alfonso Reyes, El Pasado Inmediato, Editorial Colegio de México, México, D. F., 1941.

CAPÍTULO IV.

El ateneo de la Juventud, "cuya obra establecería las bases de nuestra cultura contemporánea", (18) pudo así elevar a la categoría de realidad, los preceptos de Justo Sierra, que al fundarse la Universidad, fijara en su discurso de inauguración; pudo ser parte formativa de los nuevos horizontes filosóficos que Caso contemplara en sus famosas conferencias que liquidaron la vigencia de la "doctrina oficial del antiguo régimen." (19).

Al preocuparse por valorar y explicar la tradición cultural de México, al interesarse por todo lo que fuera manifestación mexicanista y buscar en las literaturas europeas, como la inglesa, francesa y española, el sentido de sus métodos nuevos de investigación para ser aplicados al propio medio, iba determinando las dimensiones del pensamiento y fijando al mismo tiempo, la calidad del intelecto nacional.

Con anterioridad se habían vuelto los ojos a la tierra, se habían señalado los tipos característicos de una balbuceante búsqueda de lo mexicano; el charro, con bien calzadas espuelas, caballero de briosas monturas, elevado a la categoría de héroe popular, llenaba las páginas de la obra de don Manuel Payno y de don Luis G. Inclán. Ya Emilio Rabasa y Angel de Campo (micrósc), nos dibujaron tipos que señalaran características acusadas en delicioso sabor costumbrista; pero es hasta la generación del Ateneo de la Juventud, cuando esa mirada que se dirige al pueblo mexicano, no es la simple mirada cariñosa o de simpatía, tal vez un tanto amorosa de las anteriores generaciones; se trata de algo más digno desde el punto de vista intelectual, es la mirada cariñosa, sí, pero severa; de austera simpatía, amorosa hasta el extremo de olvidarse del propio genio para entregar el esfuerzo a la plena conciencia hecha fe, de lo que se está realizando.

La doctrina ateneísta no es la simple teoría que se omite o que se adorna; es la realidad hecha cuerpo, la naturaleza misma de las cosas, que se vuelve estudio, preparación, técnica en aras del deber cívico que responde a la necesidad humana de un pueblo.

(18) José Luis Martínez, Lit. Mex. del Siglo XX, Rebrede, 1949, p.4.

(19) Opuscit. p. 4.

Ante las doctrinas positivistas, hechas silencios intelectuales - que permitían a las generaciones anteriores a la del Ateneo libertades como el olvido y la confusión de términos en cambio de lograr bellos adornos, como las mezclas de seres reales e irreales, como el intrascendente jugar con las técnicas, el costumbrismo se torna en un instrumento para encerrar la estética vernácula, la poesía sencilla de los corazones humildes, la expresión de los más íntimos y nobles sentimientos del pueblo en su totalidad compleja.

Y esto, es solamente el principio, el paso inicial en la senda de los propios encuentros. De acuerdo con los ideales del grupo ateneísta, los autores se lanzan a la tarea de realizar una labor de comprensión - espiritual de México; al anhelo de entender y hacer entender el espíritu mexicano; estas ideas se convierten en objetivo y tendencia, postulado y norma, en labor a desarrollar. Conocer y valorar lo nacional, se vuelve la central preocupación de los escritores.

Con todo, desde el punto de reunión que es el Ateneo de la Juventud, partirán todos sus componentes para convertirlo en punto de salida; los más opuestos caminos, y hasta una diversificación de ideologías, -- habrá de separar, cada vez más, los variados senderos que cada uno de ellos seguiría; José Luis Martínez nos lo hace notable al decir que "...conscientes de sus deberes cívicos tanto como de su responsabilidad humana, alentados por los ejemplos venerables de heroísmo moral e intelectual con que se nutrían en aquellas lecturas colectivas cuyo recuerdo perdura, los ateneístas mudaron radicalmente los ideales de vida de sus predecesores por otros, si menos brillantes, más fértiles para su formación intelectual." (20)

Después, el mismo José Luis Martínez, nos señala las obras autobiográficas de los distintos ateneístas para comparar el proceso de las transformaciones intelectuales de cada uno para concluir en que, por és

(20) - J. Luis Martínez, LIT. MEX. DEL SIGLO XX, -Robredo, -México, -1949, p. 5.

te conducto, "...se apreciará qué radical variación han sufrido los ideales y las vidas mismas de nuestros escritores. Para expresarlo con una fórmula, parcial pero ilustrativa, diríase que los escritores han pasado, casi sin gradaciones, de la bohemia al gabinete de estudio."(21).

Fuerte tronco en la formación mecánica del Ateneo de la Juventud - fue don Pedro Henríquez Ureña; sus conocimientos filosóficos fueron de notabilísima influencia al iniciarse la vida intelectual de los filósofos del grupo: Reyes, Vasconcelos, y Case.

Llegó a México el maestro Henríquez Ureña, en el año de 1906, después de haber colaborado en revistas de La Habana y del puerto de Veracruz, ingresando de inmediato a la "Revista Moderna de México", que era dirigida por el poeta Jesús E. Valenzuela.

Cuando comenzó a tomar forma el grupo que más tarde sería el Ateneo, él era el baluarte a que acudían sus miembros en busca de refugio intelectual; promovía lecturas colectivas, daba a conocer los últimos libros que presentaban aspectos nuevos de la ciencia o de la literatura; y estaba pronto a proporcionar datos o señalar errores a los que se le acercaban en demanda de sus enseñanzas e indicaciones. "No basta vivir para la educación, hay que sufrir por ella." Era su postulado del maestro que enseñaba sin esfuerzo ni vano alarde de saber. A él se debe la integración de la Escuela de Verano y el intercambio de profesores con otros países de América.

Y cuando años más tarde, se fué a radicar en la Argentina, nunca dejó de tener contacto con México, Santo Domingo y los Estados Unidos, donde fué profesor de la Universidad de Minnesota. Conocía a fondo el idioma inglés y estudiaba detalladamente sus filósofos, sus ensayistas, y sus poetas.

Alfonso Reyes, actualmente una de las cumbres de la intelectualidad mexicana, demostró desde muy joven sus aficiones literarias dándose a conocer como exquisito poeta y excelente prosista, desde su época es-

(21). - Opus cit. p.5.

tudiantil. Formó parte integrante del Ateneo de la Juventud, aportando su propia sensibilidad y dispuesto a contribuir con su obra, a la común empresa del grupo.

Al separarse disgregándose los ateneístas, Alfonso Reyes inicia una carrera diplomática que lo lleva a veces en representaciones culturales y en otras en representaciones políticas, al asalto de horizontes europeos, a la colaboración en revistas y periódicos que harían, por su conducto, conocer en el viejo mundo los sentimientos de México.

Su camino, sin embargo, está señalado por las rutas del clasicismo. En primer lugar es ensayista, y aunque su lírica, su prosa narrativa y su drama, son también de alta calidad, no son sin embargo "la cuerda" en que mejor suena su literatura. Encarna al humanista por excelencia, tiene el don inapreciable del propio estilo y es creador de un tipo individual de prosa.

Tal vez José Vasconcelos, y más que él todavía, Antonio Caso, son los pilares estructurales del edificio ateneísta; porque son los representantes de lazo filosófico que une al grupo, porque ellos representan en los albores de estas actividades, la fuerza de las ideas que van a mantener la unidad, que van a dar solidez a las labores que se desarrollaron.

Vasconcelos llevó la revolución, del campo político, al terreno de la enseñanza; con su obra trató de plasmar la conciencia de una cultura nacional elevando como principios la raza, el idioma y la tradición. Caso abandona el Derecho para entregarse a la filosofía de la literatura y de las ciencias sociales y desde su cátedra, se enfrentó al medio hostil que las circunstancias le depararon.

La obra de Vasconcelos muestra un gesto filosófico que se eleva a la inminencia de romper las limitaciones de la mente para alcanzar lo absoluto; señala el anhelo de resolver grandes enigmas y unificar la vida espiritual, y lo encontramos formando parte integrante de la

reacción contra el positivismo, al grado de que su conferencia "Don Gabino Barrera y las Ideas Contemporáneas", puede ser considerada como el manifiesto filosófico del Ateneo. Cuando partió a tomar parte más activa en la lucha establecida, cuenta Alfonso Reyes que encontró en su casa la magnífica Enciclopedia Británica que tanto le envidiara a Vasconcelos; acompañando a los volúmenes una festiva nota: "Mambrú se fué a la guerra..." El amigo había partido.

Caso, después de haberse educado dentro de las doctrinas positivistas, de hallarse fascinado por la ciega fe en el valor de las ciencias, de sentir el profundo desprecio por los rigurosos exámenes minuciosamente detallados de la metafísica, se rebeló contra la doctrina por haberse convertido en una ideología conservadora que defendía los intereses materiales de un grupo dominante. Consagró su vida de escritor y maestro, a combatir los errores del positivismo, al mismo tiempo que encauzaba la parte constructiva de su obra hacia una filosofía de la vida forjada en la intuición y la acción. Filosofía que enseña como valor supremo la existencia que representa el supuesto para la realización de los más altos ideales, en la que sólo la intuición nos pone en contacto con la realidad concreta y en que la acción nos sitúa en el mundo para obrar, para elaborar, para producir.

Antonio Caso elaboró su propia filosofía, haciendo suyas ciertas ideas fundamentales del pensamiento europeo contemporáneo a su época. Mediante una síntesis personal de estas ideas, el maestro Caso logró formar una serie de normas en rededor de las que ordenó un sistema filosófico; creó un estilo propio de exponer sus ideas; y a él se debe el haber introducido los cursos de filosofía en la Universidad Nacional de México, convirtiendo su cátedra en una de las más atractivas, logrando así ser el filósofo más escuchado y admirado.

La aparición en el mundo intelectual de México, fué una exigencia del momento histórico de este país, en el que un empobrecimiento y li-

mitaciones de la vida espiritual, reclamaban un esfuerzo para levantarla con el aliciente de un pensamiento profundo que señalara y abriera nuevos horizontes de elevación y promesa.

José Vasconcelos, por su parte, trata de construir un sistema filosófico, y ateniéndose a los principios irrefutables de la filosofía, se sirve de la intuición emocional como instrumento, para llegar a concluir que su filosofía "es un monismo fundamentado en la Estética."

Castro Leal, al prologarle El Viento de Bagdad, señala el encuentro de Vasconcelos con su propia filosofía de la manera siguiente:

"Un día, entre los basaltos gigantes de la sierra de Durango, oye a un violinista ciego; los sonidos que arranca a su instrumento penetran en el secreto de lo inerte, parecen ser el alma de la roca; y aquel hálito de la piedra hecho melodía, se inserta en el corazón y se vuelve sensibilidad. El filósofo acaba por descubrir, con la elocuencia de una revelación, que un temblor recorre y anima la substancia, un temblor musical, un ritmo que sostiene y redime a las cosas y en el que la piedra y el árbol, la bestia y el hombre, hunden las raíces de su misteriosa unidad. Música orientada hacia lo absoluto, elemental y sorda en las etapas inferiores, más rica y libre según asciende la substancia, hasta llegar a la sinfonía gloriosa del espíritu en la creación estética y en el rapto místico." (22)

Los escritos de Vasconcelos son siempre apasionados, llenos de fuego, y en tono de constante alegato, trátase de cuestiones personales, o bien de proposiciones filosóficas y destaca siempre en ellos, una extraordinaria capacidad para expresar la realidad a través de su propio criterio; como escritor, se define él mismo, con simpático desenfado, entre los escritores que escriben mal; y aunque algunas páginas le darían la razón, muchas tiene que muestran una capacidad de expresión atinada y rica, a la misma altura de los mejores escritores mexicanos.

(22).—Vasconcelos, José, - El Viento de Bagdad, - Letras de México, -1945.

Este aspecto, el filosófico, que vemos repetirse en Vasconcelos, en Antonio Caso, y en Alfonso Reyes, es precisamente la tónica que determina la tensión en el lazo que une el espíritu distintivo del grupo, es la Filosofía la más importante de sus actividades, tal como señalara ya el mismo Henríquez Ureña, afirmación que se encargaron de comprobar las actividades que acabamos de analizar en sus tres más afines discípulos, en los que se encargaron de definir la actividad global.

A ellos debían agregarse otros; de la primera agrupación, del pie veterano, de los directos discípulos del maestro Henríquez Ureña, el poeta González Martínez, Gómez Robelo, Julio Torri, Jesús T. Acevedo; nombres todos que forman en las filas ateneístas con destacada preponderancia. Junto a ellos, más tarde, destacarían también otros, Rafael López, Alfonso Cravioto, Roberto Arguelles Bringas, Manuel de la Parra Alejandro Quijano, etc., entre los que también tendríamos, naturalmente, al único que aparece esgrimiendo las armas de la novela dentro del grupo ateneísta: don Carlos González Peña.

Cierto es que González Peña llega al Ateneo de la Juventud con tres de sus obras ya publicadas; De Noche en 1905, La Chiquilla en 1907 y La Musa Bohemia en 1908; pero cierto es también que desde el año de 1905 precisamente, se van a iniciar las inquietudes decisivas para agruparles en una sociedad literaria; aquel escándalo que fuera motivado por el intento del veterano periodista Manuel Caballero al tratar de reeditar la "Revista Azul" de Gutiérrez Nájera; intento que viera destruido por la violenta protesta estudiantil que llevó en manifestación sus airados ánimos en un recorrido desde el jardín de Santo Domingo a la Alameda Central para terminar más tarde en el teatro "Arbeu", pronunciando airados discursos llenos de vituperios. Al fundarse el Ateneo de la Juventud, el 28 de octubre de 1909, solamente culminaban en esto una serie de inquietudes literarias, filosóficas, humanas, que se acogían al amparo cultural que los serios lineamientos del grupo señalaban.

A partir de aquella ingenua protesta en que Uruesta hiciera oír su colérica voz, advenía a las letras mexicanas la generación que más tarde constituyera el grupo en que la inquietud filosófica, el doble afán de creación y crítica, el ansia de estudio metodizado y la seriedad de sus normas, agrupaba a los jóvenes en unidad de ideales.

No faltaron otros miembros del Ateneo de la juventud que hicieran novelas, pero el único que la cultivó y que a pesar de tener antes de la fundación misma del grupo las publicaciones mencionadas, es también quien representa en sus obras de novelista el pensamiento que más tarde habría de identificarse con los lineamientos más puros que llevaron a los miembros de esta generación, a buscar la fuerza en la unidad del grupo. La fundación del Ateneo, solamente realizaba lo que vivía latente o se manifestaba en forma individual, para reunirlo como hecho necesario a la existencia de un sentimiento.

Ya para entonces, alcanzaba el costumbrismo su más pura expresión en los cuentos delicados y sentimentales del "poeta de la vida humilde", como lo llama José Luis Martínez, en la pluma de ternura y piedad, de Angel de Campo y más tarde en la novelística de Federico Gamboa.

Este autor, don Federico Gamboa, escribe dentro de los lineamientos de la corriente que llegaba de Francia, el naturalismo; y todos los juicios coinciden en considerarlo como lo hace José Luis Martínez, como el escritor que dentro de esta corriente, "llega a la mayor intensidad que podía ganar (el naturalismo) en pluma mexicana." "...Poseedor de un auténtico sentido de novelista, hábil para suscitar el interés y para animar la acción de sus obras, y dueño de una fecunda aunque truculenta imaginación, Gamboa ha sido uno de los novelistas más leídos de nuestro tiempo, cuyas obras forman ya parte de la mitología popular."

(25): Con todo, el mismo José Luis Martínez hace la observación de que "Su naturalismo se limita a los hechos, a los ambientes y a los necesi

(25) .- J. L. M. - "Las Letras Patrias" en México y la Cultura .- S. E. P. - 1946. p. 426, 427.

rios toques escatológicos, ya que la doctrina y la tesis deberían permanecer, después de todos sus naufragios, incólumes." Y para diferenciar el naturalismo de Gamboa del Francés, que podría ser también diferenciado hasta cierto punto con el que cultiva González Peña, nos dice que: "Con razón se ha señalado que semejante tendencia no podía prosperar completamente en Gamboa a causa de su religiosidad:" (24)

Esta situación la supera Carlos González Peña con sus frecuentes ironías anticlericales, no deja de dibujar en La Chiquilla al padre Morales, un cura mediocre de barrio que deslumbra a sus beatas cortesanas, entre las que se cuenta doña Peña, la madre de Lena y Antoñita. Cura que deslumbra los apocados entendimientos de las religiosas mujeres con sus "conocimientos" y con su oratoria ampulosa. Don Carlos González Peña no se detiene a pensarlo antes de ridiculizar la fe de doña Peña que en su obscurantismo espiritual prende una veladora y reza antes que buscar al médico que alivie los males terribles de su débil hija; ni se detiene al señalar la avidez del sacerdote que exige limosnas y funda asociaciones religiosas que solo tienen como finalidad acrecentar el caudal de sus ingresos; y no se detiene al criticar la actitud del padre Morales cuando se entera del triste final de Lena, que en vez de impartir el tan necesario consuelo espiritual, que sería su deber, se deshace en vituperios contra la falta de religiosidad en el mundo, contra la falta de fe, en diligándoles un sermón pobre y ridículo.

Las novelas de Carlos González Peña tienen ese naturalismo en un grado más avanzado que el de Gamboa, más acorde con el naturalismo que señalaban Zola, o Flaubert en sus obras, pero no corrieron sus novelas la misma suerte que las del autor de Santa. El mismo González Peña nos habla del naturalismo de Gamboa diciéndonos que "no va más allá de la técnica, de las exterioridades; se aparta de las doctrinas de tal escuela..." "Ausente hállase de su obra el determinismo, y sus personajes, que por algo sentimos palpitantes- muévense conforme al libre albedrío.

(24).- Opus cit. P. 427.

Ausente, la estrechez material que todo resuelve por procesos fisiológicos. No cortó las alas a la poesía ni al ensueño, y su mundo novelesco-nímbase, hacia las postrimerías, con los resplandores de la fe."(25)

González Peña va más allá, se interna en el conocimiento de la doctrina, y al referirse a las novelas de Gamboa que siguieron los lineamientos del naturalismo, nos habla de ésto como de escuelas que están "mandadas archivar por su puerilidad" y que "mentira parece que hayan provocado tantas borrascas".

Con todo, en la obra misma de don Carlos, aparece el naturalismo; al pasar en seguida, al análisis de las tres novelas existentes en el mercado y en anaqueles de biblioteca, veremos surgir las diáfanas pinturas de los perfiles humanos, con virtudes y defectos, con los mismos temas, que si "nadie se había atrevido a proponer" antes de Gamboa, son en cambio tratados por González Peña sin las inhibiciones del consagrado por Santa, superándolo al no limitarse ante la crítica religiosa, y teniendo presente las teorías de Zola, en las que todo lo humano es consecuencia del organismo fisiológico, determinado a su vez por el ambiente y la herencia. De este modo, vemos en La Chiquilla que Clara es el producto hereditario de la disipación, que el ambiente la obliga a elegir el fácil camino de la entrega, para solucionar su situación económica y la ambición de lujos; que Lena y Antoñita, que Alberto mismo, son producto también, cada uno dentro de sus características, de diversos aspectos manifestados en abandono o consentimiento de los padres; y al mismo tiempo, de la rudeza de un ambiente que si no los obliga, como en el caso de la costurera, propicia las situaciones como en el de los otros hijos de doña Peña; veremos más tarde en La Musa Bohemia, que Nita es resultado psicológico de una educación determinada, que su carácter íntegro dentro de su sencillez, en parte es heredado y ajustado a los moldes que la vida le exige; y veremos en La Fuga de la Quimera dos líneas

(25).— C.G.P.,— Gente Nueva,— Ed. Stylo,— México, 1946, p.91.

Ausente, la estrechez material que todo resuelve por procesos fisiológicos. No cortó las alas a la poesía ni al ensueño, y su mundo novelesco nimbóse, hacia las postrimerías, con los resplandores de la fe."(25)

González Peña va más allá, se interna en el conocimiento de la doctrina, y al referirse a las novelas de Gamboa que siguieron los lineamientos del naturalismo, nos habla de esto como de escuelas que están "mandadas archivar por su puerilidad" y que "mentira parece que hayan provocado tantas borrascas".

Con todo, en la obra misma de don Carlos, aparece el naturalismo; al pasar en seguida, al análisis de las tres novelas existentes en el mercado y en anaqueles de biblioteca, veremos surgir las diáfanas pinturas de los perfiles humanos, con virtudes y defectos, con los mismos temas, que si "nadie se había atrevido a proponer" antes de Gamboa, son en cambio tratados por González Peña sin las inhibiciones del consagrado por Santa, superándolo al no limitarse ante la crítica religiosa, y teniendo presente las teorías de Zolá, en las que todo lo humano es consecuencia del organismo fisiológico, determinado a su vez por el ambiente y la herencia. De este modo, vemos en La Chiquilla que Clara es el producto hereditario de la disipación, que el ambiente la obliga a elegir el fácil camino de la entrega, para solucionar su situación económica y la ambición de lujos; que Lena y Antoñita, que Alberto mismo, son producto también, cada uno dentro de sus características, de diversos aspectos manifestados en abandono o consentimiento de los padres; y al mismo tiempo, de la rudeza de un ambiente que si no los obliga, como en el caso de la costurera, propicia las situaciones como en el de los otros hijos de doña Peña; veremos más tarde en La Musa Bohemia, que Nita es resultado psicológico de una educación determinada, que su carácter íntegro dentro de su sencillez, en parte es heredado y ajustado a los moldes que la vida le exige; y veremos en La Fuga de la Quimera dos líneas

(25).- C.G.P., - Gente Mía, - Ed. Stylo, - México, 1946, p.91.

hereditarias que se bifurcan en los personajes que aparecen como hijos; por una parte, la madre de Sofía se refleja amplificada en sus ambiciones insulsamente sociales, por la hija que logra ventajoso matrimonio - para olvidarse de su origen humilde y hacerlo rodar por el derroche; en otro lugar, la segunda hija, inválida, que representa la parte buena de la herencia, pero que obligada por su situación en el medio, se ve alejada del mundo en un convento. En la otra familia, Julia es el reflejo pasivo de su madre muerta, se pliega a todo y se ajusta a vivir como lo indica la momentánea circunstancia, hasta el momento en que los hechos que le rodean le impelen al sacrificio espiritual y más tarde al suicidio, que en este caso, es el sacrificio "fisiológico".

González Peña, por sus frecuentes citas, por su exposición clara - de ideas artísticamente tendenciosas, parece conocer muy bien las diferentes corrientes y escuelas literarias de su época y las anteriores a él; a veces, nos da el mismo sabor de Zola, de los Goncourt o de Daudet; cosa que, por lo demás, no debe parecer extraña, debido a la gran atención cultural de México, que estaba pendiente del más leve movimiento - cultural de Europa, para valorizarlo y asimilarlo.

42
CAPITULO V.
LA CHIQUILLA.

Esta novela, se desarrolla en torno a la vida mexicana de 1900. Nos muestra las inquietudes de la gente humilde, el diario trajinar que se desenvuelve irremisiblemente, a pesar de todo tropiezo y obstáculo que la problemática individual interponga.

Los asuntos se enlazan insensiblemente para presentar a la vista del lector el delineado estudio de los personajes, se visten las páginas de colorido y sencillez, transcurriendo por ellas con asombrosa naturalidad, los más variados aspectos que, impresionando nuestra percepción, le atrae y le envuelve en un encanto suave de pulidas y cuidadas descripciones; se pintan con tal acierto los movimientos, los detalles, y hasta el vestuario de los personajes, que nos da la impresión de contemplar una cinta cinematográfica.

La vieja Ciudad de México parece brotar por arte de magia entre las actuales calles plenas de movimiento y vertiginosa rapidez, se dijera como un reposo momentáneo del tiempo que se detuviese a contemplar el pasado; como un instante de paz que naciera en medio del tumulto; como el extraño sabor de la leyenda que nos habla de cosas desconocidas que nos atraen y nos elevan en alas del pensamiento por los etéreos caminos de la fantasía.

La casa de vecindad, enclavada dentro del mismo corazón del barrio-bajo, de ese barrio separado tan sólo por unos pasos del paseo distinguido y aristócrata de los señoritos, es un pretexto que sirve como punto de apoyo para lanzar a sus moradores al gran escenario de la vida ciudadana; y como ellos, luce sus andrajos que contrastan con las galas de la gran avenida. El patio amplio, herencia acaso lejana de la arquitectura española de la Conquista, los muros recios y vetustos, los lavaderos con su pileta común al centro, las viviendas, los sórdidos cuartuchos de jóvenes solteros, las azoteas lavadas que en nada envidian a cómodas terrazas, llenas de naturalísimos telones el foro de la diaria farsa.

Arrancando de toda una tradición de diferentes corrientes literarias, que en constante contradicción evoluciona superándose o criticándose unas a otras, después que la prosa del siglo XVIII reacciona con sentido purista contra los barrocos en España, y que es importada a las tierras de América; después que la muy estudiada novelística francesa dejaba de sentir su influencia en México, de que los escritores mexicanos siguieron la misma ruta de los literatos españoles, que volviendo los ojos y las plumas a la visión del pueblo bajo, llenaban páginas reflejando los colores de una vida que pretendía con más o menos éxito llevar el reflejo de la integridad sentimental del hombre característico de su época; arrancando de todas estas etapas, en que la historia de la literatura parece calcarse de pueblo a pueblo, se presentan las tendencias romántica y modernista.

El Romanticismo, apasionado e impetuoso en la expresión, en vez de renovar el vocabulario, busca su fuerza en el gusto de intensificar la musicalidad de la frase con adjetivos sonoros, y de alargar el estilo en párrafos de pulida retórica. Por su parte el Realismo, consistente "en una copia servil de la vida diaria", en el trasplantar y reproducir se de tendencias en los escritores que lanzan sus obras llenas de hechos acontecidos en torno suyo, aparece como lógica deducción del costumbrista y el romántico; pero estas dos corrientes, a su vez, realismo y romanticismo, nos produce el naturalismo como la flora que nace de las dos tendencias.

Y todo ésto, tiene que reflejarse en la obra de los que aparecen ligados a su época por estas corrientes literarias; por eso José Luis Martínez asegura que la obra de González Peña "puede enlazarse con la tradición en que participan todas las obras de ficción de las postrimerías del siglo XIX." (26). Así, las obras de González Peña nos dibujan personajes reales que se mueven en ellas con asombrosa verosimilitud.

(26).—J. Luis Martínez.—"LIT. MEX. DEL SIGLO XX",—Robredo,—México,—1949,
p. (11).

El 14 de febrero de 1902, don Federico Gamboa, había terminado la novela llamada a ser la más popular de México: Santa; tanto, que el mismo González Peña la califica de "un raro suceso de librería". Y para 1903, se encontraba ya en poder del público. Sucedió esto cuatro años antes de la aparición de La Chiquilla.

Según el mismo autor, a decir de González Peña, esta novela fué inspirada por Sofo de Daudet; y de la misma manera que las obras francesas de la época, Naná de Zolá y La Garçonne de Monsieur Margueritte; sólo que, a diferencia de ellas, Gamboa salvaguarda para Santa un "sople romántico" que la hace totalmente diversa de las otras. Dice Don Carlos que Santa "es una novela casta, y sin alardear de propósito moralizante, aunque lo tenga, una novela romántica. Encontramos más pureza allí, que en muchos pretendidos "estudios de psicología" (27)

La Chiquilla, aunque podría recibir los mismos juicios que emite don Carlos para la novela de Gamboa, ha estado muy lejos de ser ni la sombra del éxito librero que alcanzara Santa; siendo aquella, con todo, más fiel representante de las corrientes naturalista y realista. Aparentemente, el éxito de Santa se debe a que los lectores, buscando nuevas rutas, habían vuelto los ojos a la corriente desatada en Francia; y al aparecer Santa, encuentran en ella la novedad buscada. Realmente, González Peña explica la causa que resulta más burda, pero más humana también, más natural, más verosímil: "...popularidad tan fuera de lo común para México tiene -según algunos lo habrán advertido- algo de pecadora. Una curiosidad insana ha llevado y lleva a muchos -y a muchas- a leer Santa. La atracción del pecado, el olor del pecado trascienden de sus páginas. ¿Cómo es una mujer de mala vida? ¿Qué de cosas no nos revelará el autor -truculentas, viciosas, terribles- al contar la historia de una -perdida?... " (28). Esto, aunado al adelanto de cuatro años sobre La Chiquilla, anón de muchos otros motivos menos importantes, relegan a segundo término la obra de Carlos González Peña en el torbellino literario de la época.

(27). -C.G.P./- Gente Nueva, -Ed. Stylo, - México, - 1946, p. 38. (28). Opus Cit.

El ambiente se deja sentir con vigorosa fuerza; lo que ya se conoce se identifica plenamente; y lo que se desconoce, asombra nuestros ojos y nuestro entendimiento despertando el deseo de la observación directa. El hombre se ve arrancado materialmente a su medio para mostrárenos desnudo de alma, diseccionado hasta insospechadas reconditeces mentales, a veces ridiculizado en sus miserias o ensalzado tal vez por sus virtudes; — en ocasiones descubierta la llega de su mediocridad o su insignificancia o bien elevándose en la plenitud del sentimiento y de la integridad humana. Y este transcurrir por la vida se enmarca detalladamente en todos — los rincones de la ciudad; el teatro, el cafeticho de barriada, la tienda, el banco de la Alameda, todo va prestando su concurso decorativo a las necesidades del novelista que sabe elegir el sitio apropiado para cada caso; y muchas veces, con el toque pintoresco que aparece con la espontaneidad que nace de lo que es natural o familiar. Así, nos lleva al "cuartito pequeño perdido en las azoteas" haciendo centro de atención lo que puede encontrarse en infinidad de sitios, lo que a fuerza de verse — se convierte en insignificante a la percepción. Indirectamente nos señala la humilde pobreza: "Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes..." Y de una manera insensible nos lleva de la mano por la casa que él ya conoce, su casa, en la que — nos introduce con el orgullo de quien la muestra limpia y de quien la — ofrece con el más amplio sentido de hospitalidad.

Pronto nos hace sentirnos a gusto, escuchamos con él la música agobiante del trabajo humano, o sobrehumano, de la débil Antoñita que canta — dulcemente mientras "el traqueo de la máquina de coser, puesta a un lado de la ventana, resonaba acompasado, lento unas veces, con lentitud de — agua corriente; presuroso otras, como torrente que se despeña." (29).

Vamos conociendo a sus personajes dentro del medio mismo en que ha-

(29). — C.G.P. —, La Chiquilla, — Editorial Porrúa, S.A., — México, — 1946.

bitan, con sus movimientos propios, sin detenerlos para hacernos su retrato; los describe al mismo tiempo que se mueven o piensan, aprovecha un momento de descanso en ellos para hacernos notar un nuevo detalle, un estado de ánimo del que no hubiese hablado hasta entonces, una reacción, un incidente, un gesto, pero todo en el momento preciso en que se observa y no por el camino de lo que se acostumbra.

Para adornar el medio, la frialdad emotiva que pudiese tener el decorado de una vieja casa de vecindad semejante a tantas otras, para dar la nota musical en el ruidoso trajinar de la gente humilde, se recurre a lo íntimo, a la placidez del descanso en la penumbra, al momento de contemplación de un crepúsculo o de la ciudad que despierta bajo la cálida presencia de la mañana con prendedores de cúpulas brillantes sobre el percal gris de la neblina.

Y en el inmenso tinglado de la ciudad imprecisa, se enfoca el reflector que va localizando los aspectos que, bajo el índice luminoso, adquieren inusitadas tonalidades, matices insospechados en nuestras personales impresiones y sentimientos. Del movimiento estruendoso de la calle plena de gritos y de ruidos diversos, nos lleva al movimiento escandaloso también del patio de vecindad en que se siente el frotar continuo de la ropa que se enjuaga en los lavaderos, el zumbido constante del chisme que se hilvana a la plática intrascendente, la rispidez de la escoba sobre las baldosas y el interminable vaivén de la gente doméstica que entra y sale golpeando con su andar el negruzco embaldonado.

Y ya en la intimidad de las viviendas, donde los personajes de la novela refugian sus anhelos, sus dolores, sus tristezas y sus alegrías, nos hace pasear en los más nimios detalles; el reloj, la rapisa, el pequeño adorno sellado con recuerdos, la escalera, los gastados peldaños, la silla de madera, la raída alfombra, las jaulas, una infinidad de pequeños toques imperceptibles que nos señalan los gustos, las aficiones, las costumbres de quienes transcurren en medio de todo esto.

Al centro de este torbellino, sostenida por su propia integridad, destaca la endeble figura de Antoñita, la hermana mayor de una familia que, golpeada por la desgracia de perder el sostén económico, no tiene otro recurso que "aquella rubita que se sacrificó en aras del bienestar de la casa, transformándose en hada protectora." (30) Recurso que ella sabe sostener dignamente, a base de esfuerzo y desmedido trabajo, absorbe en la obtención del diario sustento sin casi distraerse en otras ocupaciones; en la absoluta entrega de su vida con el sólo fin y principio de satisfacer las necesidades y caprichos de los suyos; en el constante y firme anhelo de hacer felices a los demás aún a costa de su salud y su bienestar.

Con un mayorazgo de sólo tres años sobre su hermana, consideraba su experiencia lo suficientemente madura para vivir por sí misma, para prestar a la hermana menor el apoyo necesario a una inocencia artificial que solamente adquiriría visos de realidad en el concepto de la espiritual Antoñita, que con ocultaciones y deformando la realidad, tenía la sana intención de conducir a "la chiquilla" hacia el bien aunque los resultados se apartaran del objetivo buscado.

En el retrato físico que nos hace el autor de este personaje, señala los rasgos de la simpatía, Antoñita es graciosa y rubia, de carácter introverso y dulcificado por los sufrimientos, amorosa y consentidora con su familia, pero de aspecto desgarrado, casi infantil, ajeno a la femineidad en las formas, de andar desprovisto de toda provocación. Sus aficiones le conducían al deleite espiritual, contemplativo, y la frivolidad que le rodeaba no le proporcionaba placer. Mujer sencilla y candorosa que prefería someterse al prejuicio que entregarse a la vida intrascendente de sus vecinas, afecta a purificar su dolor en el llanto gozando en sufrimientos y angustias antes que sentir desesperación o rebeldía; dedicada a satisfacer con su presencia a los seres que amaba y pendiente de aliviar las penalidades ajenas en cuanto le fuese posible.

(30). -Opus cit.

Antofita es la verdadera "chiquilla", el personaje central de la novela; transcurre por sus páginas serenamente, a pesar de ser la más golpeada por la vida; su espíritu se aparta de las mezquindades que le rodean en la vecindad repleta de chismes y mordacidades. Todo lo que le sucede surge de los demás, no de sí misma, ya que ella sólo interviene para procurar bienestar a sus semejantes y para hacerles alegre el diario transcurrir.

Lena, por su parte, el personaje que Don Carlos González Peña ha tomado como apoyo para su novela, pasa a ser de carácter secundario en el desarrollo de la obra; es "la chiquilla" por el solo hecho de ser la menor, por el ambiente familiar de consentimiento y satisfacción de caprichos que le rodea, por saberse ella misma objeto de todas las atenciones y miramientos que tienen su fuerza en el cariño de la hermana mayor. Su desocupación, es ocio nacido del mismo cariño de que se le hace objeto, de un amor que suple a todos los afectos familiares haciendo a un lado todo elemento que pudiera significarle preocupación o molestia. Lena se convierte en la señorita de la casa a quien debe supeditarse todo; y ésto, surge del esfuerzo de Antofita que se le entrega sin reservas y hasta donde sus menudadas fuerzas se lo permiten; tanto, que llega al producto opuesto al que Antofita hubiera deseado.

Su ocio le lleva a cultivar la amistad de otra ociosa, y a encontrar en esta relación la afinidad de sentimientos y aficiones que van a constituir el único y vano objetivo de su vida, el amor a sí misma, la constante y superficial contemplación de su propio físico, la conciencia maliciosa de su propia hermosura, su fuerte inclinación a la frivolidad. Lena, instintivamente tal vez, inducida acaso por la construcción social interna de su familia, aparenta ante la hermana ser la chica inocente que Antofita piensa que es; y oculta sus malicias entre mimos y pueriles posturas que agradan a la hermana mayor, entre risas y saltos que llenan de bullicio la casa taciturna, entre bromas pesadas a la vieja

serviente que en cierto modo, y a pesar de su aparente enojo, se sentía halagada con las ocurrencias de la pequeña.

Se encierra claramente acusada la crítica del novelista hacia una educación que permite alejarse de lo constructivo, del trabajo, de la vida agradable, para caer en la molicie, en la desocupación, en la vanidad; se critica el egoísmo que encierra a cada individuo dentro de su propia problemática sin ocuparse de lo ajeno para beneficiarlo, porque cuando se dan casos como el de Antoñita, que es toda benevolencia y entrega, se abreva ávidamente el beneficio, sin importar que se agote la fuente y sin corresponder casi al goce obtenido de sus linfas.

Antoñita, cegada por su cariño a su hermana menor, presiente los peligros que pudieran amenazarla, le disgusta la amistad que considera perniciosa, se duele profundamente ante la negativa de Lena cuando se le pide ayuda en el trabajo, pero no tiene la capacidad suficiente para prever las consecuencias de la educación que prodiga a la "chiquilla"; en su candorosa imaginación no tiene cabida la idea de cómo su amor profundamente sentido por la hermana menor, puede perjudicar a ésta; sabe que la amistad de Clara es nociva, pero no puntualiza el por qué; y al verse rechazada por ella cuando le ofrece un empleo para ayudarse económicamente, cede el capricho y a las pretensiones de la hermana menor -- tratando de suplir con su propio esfuerzo, con su sacrificio físico, el ingreso necesario para las exigencias de la casa que se complican al canalizarse por las actividades de los que viven a su costa.

La amiga íntima de Lena, la voluntariosa Clara, conserva cierto paralelo con "la chiquilla". Les une el común atractivo por lo fácil, les une lo natural que nace de la mutua e intrascendente compañía, insignificancias cotidianas que les acercan, su afición por el vestir, por pasear, por verse halagadas en su hermosura que debe ser contemplada por el mundo que les rodea. Solamente que Clara Ruiz tiene motivos muy diferentes que Lena para ser ociosa, su ocio ha nacido en almácigos muy distintos a los de "la chiquilla".

En una de ellas, en la bulliciosa Lena, vamos a ver representada la inquietud adolescente; sus reacciones, sus actos todos, se han observado y presentado cuidadosamente por el autor; sus malicias y sus insinuaciones son producto de la curiosidad que empuja a los jóvenes a descubrir los misterios en que sus mayores ocultan el conocimiento de la vida y -- que, unas veces fácil y otras dolorosamente, se les van entregando con más o menos crudeza. La "chiquilla", al desbordarse impetuosa, sólo está siguiendo el cauce que le determina su exuberancia física, el impulso natural de sus exigencias orgánicas; no se trata de malicia o de insinuaciones elaboradas, no es la mentalidad la que provoca, se trata solamente del instinto que no ha llegado a valorarse en la conciencia, que actúa ciegamente, sin medir siquiera la intención, que ya no la consecuencia que pudiera derivarse de sus actos, a pesar de la reflexión final de González Peña que pone en labios de Urizar las siguientes palabras: "... ..Y la chiquilla es la vida, Eugenio, la eterna engañadora que sonríe y muerde. Hay que despreciarla."(31) Da la impresión de que al concluir, en uno de sus característicos jugueteos, Lena se le escabulle al mismo autor cuando trata de asirla por la mano. Nada tan lejos de la pequeña que el engaño; su vida es una verdad plena, su caída se debe más a la ignorancia que a la falsedad y la única herida en esa eclosión es ella misma, porque es la única que paga, sin valorizar el hecho en el ánimo de su hermana, las consecuencias directas de haber amado y deseado sin saberlo.

En la otra, en Clara, el problema es semejante en la superficie, pero totalmente diverso en sus orígenes y en su proceso: hija de padres irresponsables, se ve apartada del hogar para recluirse en un internado; que critica en esto el novelista, el desentendimiento hacia la educación de los hijos? La niña, alejada del medio natural en que debía desenvolverse, facilita la vida disipada del militar y la coxista que la engendraron y el amor filial es un sentimiento ajeno a su estructura sentimen

(31).-Opus cit. p. 330.

tal; por este motivo, cuando la desgracia principia a lastimar su vida, a la muerte del padre disipado, ella y Silveria, su madre, se sienten desorientadas, como si dieran vueltas en un cuarto oscuro y cerrado al que no se le encuentra salida. Pronto, sin embargo, el tiempo cambia y hace llegar hasta ellas un pequeño rayo de luz, la pensión que como militar corresponde al padre de Clara, alivia precariamente la situación de las dos mujeres, respondiendo a la fe de la hija que ante el pesimismo ebrio de su madre, empieza a destacar su natural calculador y despreocupado: "-Pero mamá -decía la niña-; tú te apuras por nada. ¿Cómo sabes si papá nos deja algo con que vivir cómodamente?" (32).

Más tarde, cuando ya es una mujercita hermosa, en el momento que la conocemos nosotros en la novela, ese sentido de cálculo se habrá desarrollado. Su vida exterior, como la de Lena, transcurre en el ocio, se lanza a la calle en la búsqueda conciente de una fuga, la huida que le permite olvidar un tanto la miseria que vive y rememorar en algo su infancia de niña mimada, aunque la calle no alcance a satisfacer sus ambiciones de lujo y de comodidad social.

A Clara le atrae la farándula, ¿no es ésto una identificación de sí misma con la naturaleza del espectáculo? ¿no puede considerarse como el reflejo de sus propios deseos exhibicionistas? Esto se prueba en el momento de su fracaso: su anhelo de ostentaciones, sus ensueños de triunfo, le conducen por vía de uno de sus admiradores hasta el escenario de un teatracho en el que la naturaleza de la obra y la calidad de su público, la derrumban estrepitosamente. Aquí, la habilidad del novelista vuelve a lucirse, hace abandonar el teatro a su personaje, con toda la dignidad posible en el caso, salva a Clara, la cuida, en vez de entregarla a un llanto natural y rabioso, la conserva altiva, desdenosa, "como si esa noche fuese la noche de su triunfo, y en vez de silbidos le hubiesen ofrecido rosas." (33) No se olvida, empero, de que su personaje es humano; pinta en ella el coraje, la rabia, el odio, la desespera-

(32) Opus cit. (33). -Opus cit.

ción y hasta el intento de suicidio que pasa como una sombra por su pensamiento; y no es sino hasta que Clara ha llegado a su descuidada vivienda, cuando el novelista, que la ha venido sosteniendo, ayudándole a caminar violentamente, la deja caer de golpe sobre el lecho con todo el peso de su desgracia, "inmóvil, sin pensar, sin sentir nada, como si el peso de sus ambiciones desmoronadas la aplastase." (34)

Y cuando la ha llevado hasta ese extremo, desde su estupefacción profunda que buscaba inútilmente refugio en el sueño, desde la pesadilla horrible de su fracaso, la levanta de un salto para entregarle, de golpe también todo el consuelo íntimo que necesitaba: "Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz a la lámpara y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores. No; el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda." (35) Desde ese momento, el autor entrega a su personaje toda la fuerza de las armas que desde un principio puso en su poder, devolviéndola al misticismo de su propia adoración.

Al adquirir nuevamente la conciencia de su "tesoro", ya no sería tan rudo el golpe de perder la pensión cuando el escándalo del fracasado "debut" trasciende; su malicia sigue el cauce necesario a que le obliga su nueva condición, accede a entregarse en brazos de quien le ofrece seguridad económica para poder sostener su tren de vida de no hacer nada, para poder dedicarse al culto de su propia belleza, para abandonar definitivamente la miseria que le ahoga. Y al contrario que Lena, empieza a ascender la escala, mala o buena, pero elegida por ella a su biendas; escala en que, bajo el símbolo de Conti, el periodista, el amor verdadero va a perseguirla sin alcanzarla nunca; mientras que "la chiquilla", a partir del momento de su entrega, desde el instante preciso de su escapatoria, se pierde; pero se pierde en el sentido total de la palabra, (34) Opus cit. p. 179. (35).-Opus cit. p. 181.

a la vida social, a la vida familiar, al medio en que había vivido siempre de la vecindad, al sentimiento maternal de la hermana mayor que inútilmente anhela saber su paradero, a las páginas mismas de la novela en que Don Carlos González Peña abandona a sus lectores para que cada uno busque en la realidad que conozca el paradero de la jovencita.

Las dos muchachas llevan más o menos la misma vida, tienen con leves diferencias las mismas inquietudes, se hunden exactamente en la misma frivolidad, se entregan a su narcisismo plenamente, coquetean, pasean y se divierten; pero el fruto, la caída, los resultados, son absolutamente diversos, porque a pesar de la semejanza de troncos, una raíz se ha nutrido más que la otra en los abonos de la vida, la tierra, el medio, han sido más pródigos para una de las dos plantas; y cada una de ellas vive a su modo, sufriendo sus penas como la vida les ha enseñado a sufrirlas en su caso particular.

Alberto, el hermano de Antofita y Lena, es otro estudio tipológico del autor de "La Chiquilla", pocas veces interfiere en su vida porque su presencia en el hogar es más virtual que física, porque su vida misma de vagancia y crápula lo sitúan en un medio ajeno al que se describe en la obra; pero cuando llega a aparecer, denota claramente las características de un hombre desordenado; no le importa despertar inquietudes y atizar el fuego de la malicia en la hermanita menor, la contempla con la misma libertad que a una amiga, el amor familiar no le ata y sólo al calor de sus descarríos se refugia al invulnerable retiro de su cuarto, cuya tranquilidad es velada celosamente por el cariño sencillo de Antofita y el disimulo de doña Papa. Es Alberto ese tipo de estudiante eterno que Carlos González Peña, como estudiante primero y como maestro más tarde, debe haber visto alguna vez aparecer por las aulas, desvelado, ignorante del curso, dispuesto a sacar dinero de sus compañeros por todos los medios, asistiendo a los empeños y malbaratando los libros, para presentarse en exámenes y ser reprobados una vez y otra más hasta el

cansancio y la deserción; y que, una vez separados definitivamente de la escuela, resbalan más por inercia que por "necesidad" en el camino del vicio y de las malas costumbres.

Doña Pepa representa en la novela de González Peña otro "caso" más; el de la mujer que se desentiende de su casa para refugiar sus actividades en el templo; la que arrastrada por una mal entendida religiosidad, se entrega a misas, rosarios y sermones en la búsqueda de una relativa paz interior; desocupada muchas veces, llevada otras por las exigencias sociales de su actividad religiosa, llena sus ratos de libertad concurrendo al chisporreo de la vecindad y afiliándose a sociedades de dudosa filiación benéfica. El dibujo es preciso, con todas las características de la beata, formando parte de una corte de adulatoras dedicadas a incensar a un sacerdote mediocre. Con todo, en el momento necesario, en que la enfermedad de Antoñita la pone al borde de la tumba, el instinto maternal domina sobre la inclinación religiosa y las noches de insomnio junto al lecho de la hija reivindican en algo la calidad humana de la mujer. El carácter sumiso a los caprichos de Lena, encubridor de las irresponsabilidades de Alberto, desentendido de todo lo que pudiese significarle problema doméstico, propicia su inclinación devota hasta el grado de velar su entendimiento llevándole a exigir dinero a la hija para satisfacer sus "caritativas" contribuciones a las sociedades en que milita, precisamente cuando el esfuerzo de Antoñita está llegando a la utilización de sus últimas energías.

Nos presenta además en esta obra, otro estudio maravillosamente logrado; el personaje insignificante de la criada; Estéfana, la vieja sirvienta de la familia, que Don Carlos González Peña conduce esmeradamente por el escabroso camino de la novela. Desde su sana obscuridad, apenas alegrada por el sabor del chisme que disfruta en labios de la correvelle de la vecindad, la vieja ropavejera doña Mamuela, se regocija y sufre con todas las alegrías y todos los contratiempos de la familia a

la que presta sus servicios, comparte con ellos el techo y el pan, alivia su soledad y sus miserias de paria en la compañía y los afectos logrados a cambio de su trabajo; su vida transcurre monótona y fría, apenas con el aliciente que le proporciona la idea del viejo arcón que le sirve de alcancía y que le garantiza de una manera relativa, la seguridad de una vejez tranquila.

El prototipo de la canina fidelidad de un alma humana, el ser nacido para entregarse al servicio de los demás haciendo de su trabajo un hábito placentero y teniendo en sus goces espirituales acaso el resonar de las campanas que platican de torre a torre: "Con las enaguas raídas de color indefinible, el rebozo liado en torno de la cabeza y del busto, para escapar a la penetración del remusgo, alta, enjuta, con la escoba en la mano, prestaba atento oído al resonar pausado que llenaba el ambiente de una armonía muy dulce, muy tierna..." (36)

Cuando el trabajo de Antofita falta, ese personaje que nuestro autor había conservado como arrinconado, empolvándose un poco entre las cosas viejas, será el que tome de firme las riendas de la casa, es la fiel Estéfana quien sale a solicitar crédito de todas las tiendas, de la patrona de Antofita, de todo el que quería dárselo; es la afligida Estéfana la que una vez agotado el crédito, habrá de elegir lo que debe y lo que no debe empeñarse para obtener unos cuantos pesos que permitan ir viviendo, la que se entristece al ver morir los adornos de la casa cuando les falta el cuidado de su adorada amita, la que se llena de profunda indignación contra los demás por su indiferencia hacia el dolor de su consentida que yace abatida por la enfermedad.

Y en el momento de su propia sublimación, después de la lucha interior en la que se debatía la angustia de perder su seguridad futura contra el cariño amasado más firmemente que sus ahorros, lucha que decide su rústica ternura ante la contemplación de un rizo y un zapatito que guardara como reliquia desde la niñez de su ama.

Estéfana emociona, llena por sí sola uno de los puntos de apoyo - más fuertes de la obra, acaso se trate de un verdadero personaje, real, llevado desde el sereno hogar tranquilo, observado por los ojos del novelista, hasta las páginas de su novela para engalanar con su sencilla calidad genuina de joya vernácula los ropajes del relato, multicolores y ágiles como galas de muchacha.

La ropavejera, la eterna comadreja de vecindad, no podía faltar - en un medio como el que se utiliza en "La Chiquilla"; doña Manuela es como el distintivo, como la ficha de filiación que no puede pensarse - ajena a los patios de vecindad; González Peña sabe que en las comunidades de todas las categorías, nunca falta esa extraña y molesta psicología del ser que goza con las desgracias ajenas, que se asoma a los sucesos cotidianos con el mismo placer con que un intelectual lo hace a la ciencia; el ser que pasa por alto todos los desprecios con tal de saborear las vicisitudes de la casa ajena. Con rapidez asombrosa se mueve la vieja buscando la carroña que no escapa a su mirada de buitre, con la misma paciencia del cazador que espera silencioso al venado, sus --ojos de lechuga escrutan pertinaces la sombra para arrancarle los secretos que pudieran ocultarse en ella.

No pasa por alto los detalles que pudieran acumular nuevos datos - a la estructura de su personaje, la queja constante de su "negocio", - de las utilidades que cada día van mermándose, la explotación morbosa - de sus chismes que se truecan por desayunos, su despreciable adulación para quien escucha y los vituperios que lanza contra los ausentes, que al presentarse en escena, son melosamente elogiados por esta escoria - de la calidad humana. Su repugnante moralidad se mueve con la rapidez - y la precisión de una lanzadera de telar antiguo, ruidosamente, plena - de ostentación, mordiendo aquí, lastimando allá, y sirviendo a todas - las mesas sus manjares de miseria. Pero con todo eso, doña Manuela no deja de darnos presentes con la simpatía humana que su despreciable -

actividad le logra, en su medio, en su restringido círculo social de la vecindad, ella es todo un personaje, en la charla continua e ininterrumpida de todo el día, practica su léxico y los giros que le son habituales hasta lograr toda la perfección posible dentro de esta modalidad de la oratoria popular. La valoración constante de virtudes y defectos ajenos, le gana la amistad de quien la escucha aunque más tarde esa misma amistad ganada se convierta en el objetivo de sus más denigrantes comentarios. Es notable cómo Don Carlos González Peña, acaso como una reminiscencia de su vida de comerciante donde la tienda se convierte en el mentidero del barrio, observa los detalles que fijan definitivamente -- las características que distinguen a este tipo de mujeres; sabe el momento preciso en que se curan en salud diciendo que no es por chisme sino por deseo de regeneración social que intervienen en lo ajeno, en que disimulan la intención ajena que las hiere vengativamente, sabe también el procedimiento de insinuaciones y previas negativas que provocan la invitación a fiestas y saraos y el círculo de urracas que frecuentan robándose unas a otras la presa obtenida en sus piratescas faenas.

Eugenio, el novio de Antoñita, antes de hacer su aparición por las páginas de la novela, ya ha llegado al ánimo del lector como el presunto novio de la muchacha. Rápidamente y con pincelazos precisos, González Peña le traza un pasado que relata en labios de doña Pepa; una historia de dolor y desamparo que lo recluye en un apartado cuarto de soltero joven, la insinuación de su regreso que turba notablemente a la costurera y más tarde, apoyándose en un simple juguete de repisa, toda la historia de un idilio sencillo y natural que nace en el simple proceso del contacto, de la inocencia de una muchacha que una por primera vez y de la malicia general de todos los vecinos que mentalmente los presionan hasta el grado de obligarlos casi al romance. El pasado del joven es por sí solo toda una novela, pero solamente va a delinear un carácter indeciso que a la postre se habría de inclinar más al deseo --

que a la satisfacción espiritual. ¿Crítica acaso para la inclinación general de los jóvenes? ¿Sencillo producto de la observación directa? Es más relevante inclinarse por lo primero, la prueba se nos entrega al final de la obra cuando regresa Eugenio arrepentido de sus actos a buscar la confianza en el poeta, el bohemio ya convertido en burgués y propietario del cafetucho transformado en próspero comercio.

En la interrelación de los tres jóvenes, el proceso psicológico -- que va empujando los hechos hacia los resultados que tienen, se ha logrado plenamente: el noviazgo inicial entre Antofita y Eugenio, brota sencillo y natural, con las vivencias inocentes de miradas, suspiros y contemplaciones que tienen su eco y motor determinantes en el afecto -- que nace al margen de las inclinaciones ajenas, la feliz soledad de dos seres en medio de la balumba que les rodea, el ávido vivir de los sentimientos que atrae irresistiblemente a dos seres como el imán dominando al hierro.

Posteriormente, el contraste que va insensiblemente detallándose -- a la percepción del lector, insistente, pero sin dejar entrever sus consecuentes efectos.

De pronto, cuando el proceso ha sido llevado al momento crítico, el autor hace intervenir en forma decisiva a la inquieta Lena y gradualmente, sin violentar los sucesos, provoca la dualidad de afectos en Eugenio Linares, que no hacen más que responder a la dualidad de físicos y de caracteres que tiene enfrente; el apetito le arrastra irremisiblemente hacia "la chiquilla", que inconscientemente se le ofrenda en plenitud de vida y con vuelos alocados de mariposa que acabará muriendo en las llamas; y su espíritu, anhelante de afecto como exigencia de su soledad, deseoso de ternuras infinitas que suplan la falta de la madre -- muerta, le inclinan al apacible y sincero cariño de Antofita, a la protección de su desmedrada naturaleza, al amor que, una vez perdido, habría de perdurar estigmatizando su vida de ser mediocre y falto de voluntad que se deja llevar por las pasiones.

Esta suma de individualidades, va a dar un resultado complejo como la vida misma, sin embargo, no es todo; no podía faltar en la vecindad el aspecto colectivo de la familia; allí están también los Gómez; el jefe de familia, Don Hilario, prototipo de la insignificancia y la mediocridad, es dibujado como el eterno empleadillo de oficina, el emplemano destinado a pasar toda su vida tras de un escritorio de papeles olorosos a viejo y a inutilidad; su mujer, una de esas matronas de jamona apariencia y cuyo único respeto procede de haber formado una familia y tener dos hijas; las hijas mismas, solteronas neuróticas deseadas de marido y que dedicaban su esfuerzo y todas las horas de sus días a la cacería humana de novios que insinuaran la posibilidad de formar un hogar. En este estudio colectivo, el novelista va desmenuzando todos los pormenores hasta pintar la insignificancia social de este tipo de seres; matrimonio que ofrece su prole al primer postor que cruce su camino, que en su prostituido concepto del honor, después de arrojar a Teresa, la mayor de sus hijas, en brazos de Conti, buscan la satisfacción de la falta en un matrimonio que les es negado, culpando a la muchacha de lo que nadie más que ellos fuera culpable y para llevar "dignamente" la afrenta, se escudan en los regaños, en hacerle la vida imposible y en ostentar a la que todavía puede salir de la casa como una mercenaria que no se ha menospreciado. Con todo, esa vida llena de faltas y de "vigas en los propios ojos", no les impide ver la paja en los ajenos cuando Lena, "la chiquilla" se ve obligada a abandonar el hogar corrida por las exigencias sociales de esa sociedad que se refocila en arrojar su propia ignominia en los seres que no se pliegan a sus caprichos enfermos de sexualidad mal conducida.

A todo esto hay que agregar los múltiples matices que saltan a cada paso; el periodista insignificante también que persiguiendo el único beso amoroso de Clara no se detiene ante las más execrables acciones para escalar la carrera económica que lo impele a igualar la em --

prendida por la veleidosa muchacha; el poeta rípioso, imbuido totalmente de los conceptos bohémios que le arrojan a la disipación absoluta de sus mensualidades, a refugiarse en el café de "La Dama Blanca" para vivir a costa de una simpática e ignorante patrona que sostiene su familiaridad humana y a la que acaba uniéndose cuando convencido de su absoluto fracaso literario se decide a adoptar medios más prácticos de vida; las orladadas que como Petra transcurren por casas y mercados deteniéndose en patios y lavaderos para censurar al prójimo; el médico que con austeridades e indiferencia elude las preguntas ignorantes de las familias que desean ver sanos a sus enfermos, las borracheras de la madre de Clara, corista fracasada viuda y víctima de sus disipaciones; el viejo libidinoso, don Antonio Cortezo, que a cambio de una vida de anacoreta ofrece a Clara la seguridad económica; y en el fondo de toda esta danza de marionetas, el escenario de la ciudad, deliciosamente contemplado por don Carlos González Peña.

No deja de señalarnos sus lacras, el teatrillo de barrio con sus espectadores que devoran por los ojos las desnudeces de las coristas, la comerciante que explota miserablemente a las obreras, las calles saturadas de rapaces, borrachos y olorosos a pulque en contraste con las avenidas donde pasean los coches de las empingorotadas señoritas ricas, el sabor del siglo en sus costumbres y sus paseos, en sus trajes, en sus medios de locomoción, en sus mesas arregladas para banquetes pobres, y todo esto con el encanto de lo añejo, con el sabor rancio de lo que madura y se gusta sibaríticamente paladeándolo, aspirando su aroma, sintiendo profundamente el palpitar de su existencia desaparecida ya, pero que se conserva en plenitud sobre las páginas de la obra envuelta en las artísticas ideas del novelista.

- 61 -
CAPITULO VI.
"LA MUSA BOHEMIA"

Es notable cómo, en esta novela, se nos muestra un San Angel totalmente diferente al que conocemos actualmente. La época, tal como sucede en la novela anterior, gira en rededor del cambio de siglo y nos encontramos con que el urbanismo está totalmente alejado de ser lo que por razón natural del crecimiento de la ciudad misma, es ahora.

Con esto, queremos señalar el detalle de que, a pesar de encontrarnos con los lugares ya familiares, San Angel, Xochimilco, Tlalpan, Churubusco, Coyacán, etc., el solo hecho de que los sucesos se desarrollen a medio siglo de distancia, o un poco más que eso, nos darán un aspecto diferente ciento por ciento, de lo que podemos conocer.

Estos lugares, descritos por Carlos González Peña, tienen, además de la importancia literaria de sus relatos, la importancia histórica de situarnos en una época ya borrada por el progreso de la ciudad que al edificarse, va comiéndose los espacios libres para formar un todo en el que no queda nada que pueda señalarnos las viejas divisiones que separaban con llamas a estos pueblos que ahora no existen independientemente, sino formando parte única del México actual.

Es pues, por esto, el campo, con sus llanos y sus cerros en el paisaje, como una provincia, como un pueblo alejado de la Capital, aunque tenga el mismo nombre de San Angel.

Este es ahora el escenario en que van a desarrollarse los hechos; afuera de la casa, las mismas estampas que pasan ante nuestros ojos por las carreteras que nos han traído a México; los hombres vestidos de blanco que trabajan bajo los rayos del sol excitando al animal que tira de la carreta o del arado antiguo.

Y al relatarnos la vida de los hombres de campo, sencillamente presentada a nuestros ojos, el paisaje que rodea su casa brota mágicamente, simultáneamente a los árboles y a todas las plantas: "La primavera había reverdecido los viejos troncos que se retorcían junto a las cercas.

Trepaban las enredaderas por los muros blancos del caserío cercano, cuyos techos de cine reverberaban a la luz solar; las hiedras rodeaban los postigos abiertos a la alegría de la mañana, coronándolos de campanillas azules; el rojo de las amapolas tachoneaba la verdura de los huertos..."

González Peña nos hace ver casi desfilando todas estas impresiones de la misma manera en que disfrutamos de un paseo cómodamente instalados en la ventanilla de nuestro coche; y luego, nos llama la atención para que nos fijemos bien en los matices de la flor que acaso no veamos con sus hermosos colores por la rapidez con que hemos pasado; después, las mismas escenas de todos los caminos de México, a los que les presta su propia voz para que nos griten cuando pasamos junto a ellos y contemplemos su presencia de paisaje: "Y hasta los magueyes alineados perdiéndose en la lejanía; los álamos blancos de ancha copa; los arbolados de fresnos y perales, de entre cuyo follaje dijérase brotaban puntiagudos cipreses, parecían sonreír a la mañana cálida de mayo. Sobre la chimenea rojiza de una fábrica, oculta en la espesura, cerníase gris penacho de humo. En los hilos del telégrafo, tendidos a lo largo de la vía del ferrocarril del Valle, bandadas de pájaros se detenían, lanzando al aire su parloteo ebrio de sol." (36)

Son las cosas que se ven mucho, pero que al ser fijadas en las páginas de una novela, nos van llamando más la atención porque al verlas en la vida misma, acaso no nos hemos detenido a contemplarlas con el mismo gusto, absorbidos tal vez por los problemas, por las inquietudes del trabajo, por la rapidez con que pasan todas las cosas a nuestro rededor.

En este ambiente que rodea a los personajes de la obra, sobre todo a los principales protagonistas de ella, notamos otra peculiaridad que no se advirtió en la novela anterior. En aquella, la ciudad entera fué el fondo al desarrollo de la trama; mientras que en ésta aunque hay algunas referencias fuera del sitio habitual, se ve reducido al interior de una casa de dos pisos en la que se mueven los amantes y una familia.

(36) -C.G.P., La Musa Behenia, - Edit. Sempere, - Valencia, - 1908, P. 9. -

Largas y minuciosas descripciones van detallando con lujo verdadero hasta los últimos rincones de los interiores; siguiendo el camino marcado desde los románticos que se solazaban persiguiendo hasta el aspecto más imperceptible, González Peña colorea hasta el más apartado de los rincones.

Es notable ver al iniciarse el libro, una dedicatoria: "A don Vicente Blasco Ibáñez, el novelista que en páginas admirables ha sabido encerrar múltiples aspectos del alma contemporánea. Carlos González Peña." Indudablemente que, con esto, González Peña tributa admiración al escritor, es tal vez la afinidad de sentimientos ante la vida lo que impulsa al mexicano a la admiración, al digno trabajo literario que se entrega a los consagrados para que ellos armen caballeros en el "difícil arte" de la novelística. Y al buscar este espaldarazo, al pretender para sus páginas la mirada benévola del escritor, ¿no se está declarando admirar su obra?; y al señalar esto, ¿no se está declarando también el deseo de "llegar" a la misma altura de quien se admira? ¿Qué significación entonces la expresión de González Peña al decirnos del escritor que "ha sabido encerrar múltiples aspectos" del alma contemporánea? No puede significar otra cosa que en esos "múltiples aspectos" se encierran los mismos a donde él quisiera llegar.

Hemos visto la naturalidad, la verosimilitud con que presenta los hechos de sus obras, hemos conocido en la anterior novela personajes de absoluta presencia y en ésta encontraremos también esa misma seguridad, la precisión para ir señalando lo notable, para llamar la atención sobre lo pintoresco, para describir no solamente el mundo que rodea al ser humano, sino el que vive dentro de él, el que nace en su propio corazón y va señalando con inquietudes, con dolores, con ilusiones, con sentimientos, el camino interior de las almas.

Es la tendencia realista que señala crudamente lo falso, lo impropio, lo despreciable, el índice que aprueba o condena la conducta de la

humanidad y le hace menos o más ante los propios ojos para que corrija -- sus vicios y cultive sus virtudes. Basta con describir la vida, basta con presentarla en toda su maldad, para que el hombre sienta repugnancia por lo malo; basta señalar sus bondades, para que el instinto de imitación en el hombre, le lleve a imitar lo que es amable, para que el natural bondadoso, se sienta atraído hasta rayar en la nobleza.

Esta obra, es la historia de dos amantes, dos seres que viven al margen de la sociedad porque los ha unido el cariño y su amor no sabe de prejuicios; se aman y su amor les conduce a la vida conyugal sin contratos, -- "¿qué significaba un artículo del código o un fragmento de los evangelios ante el amor libre, soberano, de dos muchachos que se encuentran en su camino y se dan el uno al otro sin reticencias, sin tiquis-miquis sociales, impulsados solamente por sus instintos, obedientes a la ley de la Naturaleza que les manda amar, amar mucho, para que el mundo perdure y sea grande y domine a la muerte y a los siglos?" (37).

El ambiente, más reducido que en la Chiquilla, tiene necesidad de -- menos personajes, la tipología es mucho más reducida y casi la totalidad de la obra se desarrolla en espacios reducidos; hay una sensación de pequeñez, acaso para hacer sentir la intimidad de las relaciones entre los dos jóvenes.

El, Mauricio Villaseca, es un periodista; naturaleza humana muy conocida de González Peña por sus propias actividades en los diarios; nos lo pinta como toda una promesa intelectual que se llena de ambiciones, -- que desea fervientemente el triunfo, que busca incansablemente la gloria y las grandes cosas; su personaje es al fin y al cabo un personaje joven, -- de cultivado espíritu artístico, creado en el encierro mental de la religiosidad extrema de su vieja tía, recluido en el internado en que lo ha colocado doña Victorina para que se convierta en hombre creyente y de buenas costumbres y donde al contrario de los deseos santamente buenos de la beatífica señora, no tarda en seguir la escuela de sus compañeros que sigue (37).- C.G.P.- La Musa Bohemia.- F. Sempere y Cía.- Valencia.- 1908. P.69.

ados de toda moral, le conducen pronto por el camino de ilustrativa - vagancia en la que se adiestra con mucho mayor rapidez y deleite que - bajo las severas indicaciones de sus rígidos mentores.

No dejamos de observar la claridad con que el novelista ha delineado las características del personaje; todo su proceso está visualizado bajo la difícil dualidad del periodista de educación artística y el hombre con sus más naturales apasionamientos.

El periodista, cuando nos es presentado desde la interioridad de su estudio, se encuentra en plena juventud y en actividad completa. Lo conocemos apaciblemente en un rato de ocio, en una tregua que ha tomado entre dos jornadas de trabajo; contemplando el campo por la ventana, bebiéndose la belleza circundante por la vista; más tarde, después de darle al lector el toque característico del pincelazo que humaniza a Mauricio que se desespera por no terminar el artículo que debe entregar al periódico, después de retratar su inquietud por reanudar el trabajo que decide abandonar por más tiempo, pasa a la descripción del estudio; es el mismo Mauricio que recostado en un diván, va repasando el interior de su pieza, "...pasó la distraída mirada por el cuarto, deteniéndola con insistencia en cada uno de los objetos que lo embellecían, ocupa una posición ésta muy propia de los ratos de holganza." (38) Pretextos que el novelista necesita como apoyo para ir señalando las dimensiones y colores del escenario en que va a situar su drama.

Para mostrarnos el sentimiento artístico, recurre al símbolo de Venus, la diosa del amor y la belleza que rompiendo sus moldes clásicos, se presenta en la mentalidad del hombre con las líneas que éste quiere verla, con las que su percepción artística le permite interpretar, hasta el amor mismo de las cosas que le rodean considerándolas como parte integrante de "un segundo yo".

El contraste no se hace esperar. Nita, la amante, irrumpe en el sueño de su amado despertando con zalamerías femeninas el descanso del-
(39). -Opus Cit. p. 9.

del periodista; momento que estalla en risas y juegos, en besos y contemplaciones que van a dar motivo a una nueva disección de sentimientos, el hombre que piensa mientras ama, que aprovecha el resquicio para desenvolver sus memorias, gozando del idilio en plenitud de vida y facultades, cuando la conquista de la gloria y de la fama se considera un proceso fácil, alcanzable.

Con todo, después del primer triunfo, el hombre vence al artista, se ve arrastrado al mundo de los halagos y las admiraciones, se ve reclamado por la novedad que le exige su relación mundana; y el hombre, cede ante las vanalidades que se ofrecen al artista. Se lanza a la fama arduamente, asalta todos los horizontes y se olvida del pequeño rincón espiritual que es el verdadero oasis en su desierto. Pronto parte hacia la lejanía, es una entrega total a falsas ambiciones que bajo una envoltura aparente le entregan poco contenido real. El juguete nuevo de los niños que atrae y ocupa todos sus momentos de juego, pero -- que una vez roto o des pintado, se arroja en un rincón y se olvida, se relega al abandono absoluto; y si acaso hay una mirada o un momento de solas en volver a jugarlo, pronto vuelve a su sitio de arribamiento, -- hasta que, finalmente, el niño lo destruye o lo regala. Así, bajo el -- falso aspecto de un bonancible porvenir, el personaje se olvida de la que es toda entrega para hundirse en la belleza que encubre la frivolidad, para lanzarse a una aventura novedosa e incierta, que, al resultarle adversa, le obliga a volver a su punto de origen, pero sin su antiguo espejo, sin sus pasadas ambiciones que pudieron impulsarlo a todas las conquistas, con el alma vacía de ideales y acaso vacía también de amor; por lo menos de aquel amor juvenil capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios.

Es la evolución del ser humano que en su niñez y en su juventud -- es promesa; pero que al hundirse en la vida debe hacer su destino con el esfuerzo para no perderse en la mediocridad.

Acaso la intención del novelista sea llevar en esto un mensaje a sus lectores, acaso sea la simple tendencia a presentar la verosimilitud de la realidad misma; tal vez la realización consciente del positivismo hecho idea al presentar su personaje. Lo cierto es que al elaborarnos su psicología parece asomarse frecuentemente a esa personalidad la intención irónica del novelista que nos dice que está actuando mal, que en su ánimo lo censura, pero sin embargo lo presenta así por la sencilla razón de que así es, que así se conduce en la vida real. Y no porque sea un personaje aislado, que solamente exista en las páginas de la novela, sino que en ocasiones múltiples aparece en la vida, acaso a nuestro propio lado sin habernos dado cuenta que existe.

La amante, la sufrida "musa", es la chica sencilla emanada de un criterio educativo distinto al común. En sus remembranzas, vemos surgir la fuerte personalidad del padre de Nita, culto y artista, seguro y amoroso, en plena madurez mental, guiando a la hija de un modo singular contra todo concepto de la época, acaso el romántico que se rebela y contradice lo establecido, acaso solamente el cerebro que va determinando rutas diversas a las conocidas en la convicción de la mayor utilidad benéfica al emprenderlas.

Personaje secundario en la trama de la novela, pero delineado en rasgos de fuertes caracteres notables. Descentrado en su época, pero con la tendencia firme de labrar una obra artística en el espíritu mismo de su hija, de Nita que lo conserva en el recuerdo con toda la entereza digna con que merece conservarse lo que sólo es virtud, hasta el momento en que el amor, y la entrega sentimental para la que fué cuidadosamente preparada, va borrando lentamente el recuerdo y la devoción casi mística en que le colocara el pasado, para vivir plenamente su idilio con el periodista, pero en todo momento, la gratitud, el amor filial al que sacrificara su vida para "hacerla" a ella, le presentaba en la idea integral de su entereza.

Soledad angustiosa de viejo entregado a lograr en su hija la idea de realización que no tuvo en su propia vida; músico de oficio, procurando llenar con experiencia y sentimientos nobles la falta de una madre que abandonara al esposo y a la hija misma; conservando a costa de la propia pena y las emociones de anciano, la idea incólume de una buena madre, cuya realidad no sería conocida sino hasta después de su muerte y por una indiscreción del amigo. "Desde aquella mañana nubosa en que sus recuerdos ofrecíanle la primera huella de su padre, los años huían, huían, sin desvirtuar nunca la silueta del pobre músico, que a través de las cotidianas vicisitudes fué el mismo siempre: idólatra de la hija única; adusto, impenetrable para los demás."(39).

Nita, diferentemente educada a las niñas de su tiempo, sigue al principio los mismos pasos de asistir a una escuela, con sus inquietudes y sus luchas por obtener los primeros lugares, triunfando sobre -- "las envidiosillas y sabihondas que se lo disputaran", sin faltar el instante dramático de la madre que falta para recibir el tributo del esfuerzo de la hija con el consiguiente dolor del padre, único conocedor de su íntima desgracia. Más tarde, bajo la vigilante mirada del padre que la ponía en contacto con el arte, con la música con los idiomas y con las novelas; siendo notable el concepto que vierte González Peña al respecto. "Y en los ratos perdidos, cuando el odioso plantel no la retenía, estudiaba el francés, íbase de paseo del brazo de papá, o leía novelas. El músico guardaba algunas de las mejores, realistas todas, que enseñaron a Nita muchas cosas que le ocultara la vida. ¿Cuánto había aprendido en aquellos libros que con discípulas aventajadas consideraban inútiles!"(40) ¿No es ésto un reconocimiento a la utilidad novelística del realismo? ¿No es acaso en González Peña esta idea, la expresión de fe de una doctrina novelística? Todo se va hilvanando casi inconscientemente en la vida, de una manera natural, sencilla, a pesar de los problemas, y es así como trata el autor de reflejarlo.

(39).- Opus cit. p. 24.

(40).-Opus. cit. p. 31.

Nita es la víctima, a pesar de la educación seguida al detalle por la vigilancia del viejo artista, la muerte de su padre la deja sin el amparo necesario a una edad temprana todavía y sin otro recurso que la amistad de don Juan Monte, hombre de buena intención que atiende al devalimiento de la muchacha haciendo lo pertinente para su bienestar económico. Personaje intrascendente, el señor Monte y su esposa solamente significan ese apoyo moral que es tan necesario al que ha tenido una pena de la magnitud de la que lastimaba a Nita, que viendo las cosas más fríamente, pueden discernir y obtener la "tabla de salvación en el naufrragio. Una vez que el tiempo, la soledad, y la natural resistencia humana al dolor han cerrado un poco las heridas, Nita conoció al amigo Julio - Esclava, a quien recordara haber visto por primera vez en el entierro de su padre, llevando una corona y por conducto suyo, a Mauricio, el que poco tiempo después, fuera lanzado en sus brazos al romper definitivamente con la tía Victorina.

Y así, a vivir plenamente su idilio, su amor hecho todo entrega, en el que toda actividad se manifiesta por la liturgia cotidiana del ser amado; en el que los halagos y los gozos, por muchos que sean, nunca alcanzan a satisfacer las necesidades amorosas.

Todo un deslizarse en medio de ilusiones y proyectos, todo un convivir en los anhelos, en la soledad del estudio, en el retiro creativo-que permite proyectar el pensamiento a regiones insospechadas, un insen- sible transcurrir del tiempo que deja a su paso la íntima impresión de la placidez, de la felicidad.

Nita se entrega a la casa, después de Mauricio, la preocupación de mayores proporciones era hacer al amado un ambiente agradable, que le hiciera atractiva la vida en aquel rinconcito de retiro, que le retuvie- ra a su lado la mayor parte del tiempo que fuera posible para que su carriffo perdurase siempre, que se prolongara durante todos los momentos de su vida que no tenía más objeto que el amor mismo.

Nuevamente, los factores que determinan el drama, la parte negativa de la vida en la heroína de la novela, son factores externos, no se deben a los actos de ella misma, son generados en el exterior ajeno a su propia voluntad y dominio. Tal parece que el personaje central de la anterior novela, el verdadero personaje central, que es Antofita; y ahora la mujer extraordinaria que dibuja González Peña en "La Musa Bohemia" son la representación del naturalismo que señala entre sus principales postulados el del ambiente como un factor determinante en la vida humana, el medio que obliga, que presiona como una verdadera predestina -- cion, como si el camino vital fuera realmente señalado paso a paso.

Nita misma le explica a Julio Eslava su manera de pensar en lo que respecta a su posición de amante y no de esposa, su educación, ajena a los prejuicios, le sirvió como aliciente para tomar la determinación de su estado civil que el amor le exigía como imperativo; pero mujer al -- fin, sujeta a la crítica cruda y a los preceptos de la sociedad, no dejaba de sentir el impacto de la amistad de Juan Montes, el viejo amigo de su padre, que se había resfriado totalmente al tomar ella el camino que su corazón le ordenara, no dejaba de notar las murmuraciones y actitudes que le rodeaban; hasta las muchachas del piso inferior, que des -- pues de haberlas intimado fueron su único apoyo al segundo desamparo de su vida, la habían recibido exigiéndole esa tarjeta de visita que se le pide a toda mujer que hace vida matrimonial con un hombre; le habían -- preguntado: "¿Es usted casada?" Y ella, con una simple respuesta, que no necesita comprobaciones, les había contestado afirmativamente, logrando de esta manera su inicial aceptación. Ahora, le decía al periodista-amigo: "--¡Ay Julio de mi alma! Usted no se imagina lo feliz que soy. Al principio de esta vida, yo sentía los escrúpulos de toda muchacha criada en cierta esfera de preocupaciones, desconocedora del mundo, ignorante del porvenir. ¡El pobre de papa me educó tan sola, me enseñó tan poco de la vida!..." (41).

41. --Opus cit. p. 45.

Sin embargo, el autor tiene el cuidado de contradecir a Nita durante el transcurso de toda la novela; al pintarnos al padre, al darnos la variadísima tonalidad de sus relaciones con Mauricio, al mostrarnos el espíritu pleno de "la musa" que impulsa a su hombre al triunfo, independientemente de todo contrato social, con el único aliciente que da el cariño.

Posteriormente, ya en pleno desarrollo, cuando Mauricio impulsado e inspirado por ella saborea el triunfo e inicia su abandono, la va sublimando el autor, implacable, despiadadamente le asesta golpe tras golpe la hunde en el aburrimiento, en el abandono, en la soledad, en el lento y tedioso transcurrir de las horas muertas de inútiles esperas, le entrega todo el dolor que surge de pequeñas o graves disputas con el amante, y se lo da con toda crueldad, gota a gota, envenenando el ánimo y matando lentamente los alicientes hasta minar su salud, hasta derrumbar anhelos y esperanzas, hasta el descuido de la única arma con que lo ganaban la batalla: su propia belleza. Hasta este último extremo que es la negación de la mujer que ama.

Y cuando Villaseca vuelve a su lado, destrozado, después de encontrar el desden en María Luisa Zayas, después que se refugia en una indiferencia falsa que estalla en servilismo al empuje de los celos que le llevan hasta a abandonar a Nita en las galerías del teatro para correr al lado de la que lo atrae sin remedio, después que ante el deseo de Nita que anhela un hijo como salvación a su abandono se decide a emprender de nueva cuenta el camino de la conquista literaria y se encuentra inútil, con las armas perdidas, con los sentidos embotados a la percepción artística, entonces viene el contraste violento de la cualidad interna de Nita. Surge la mujer abandonando a la idea, la personalidad de "musa", se pierde en la lucha interna de la mujer íntegra que recupera espiritualmente el bien perdido, que lo ve regresar a ella como único refugio a su impotencia creativa: "Nita reprimió un estremecimiento-

de regocijo. La intensa sensación del triunfo sobre la esterilidad del amante, la poseía. De meses atrás había muerto la musa como un pájaro-caído del nido sobre la nieve. Sólo vivía en ella la mujer, la mujer enamorada de su hombre, la mujer egoísta de sus caricias; la que le quería para ella y experimentaba celos, celos desgarradores de todo y de todos." (42). Pero ante el grito de dolor de Mauricio, ante la angustia del amante que le suplica le ayude como antes, en la época en que era "la musa", se vuelve más poderoso su sacrificio, su entrega ante aquel hombre que había tenido de ella todo, que había agotado hasta el espíritu de la muchacha, y una vez más le tiende la mano para alzarlo del fango espiritual en que se hallaba hundido. "Desfallecida, sintiendo que algo se desmoronaba dentro, que el viejo torreón de las ilusiones se venía al suelo, decidió sacrificarse. Era la musa bohemia, la pobre amorosa que venía del pueblo, de la obscuridad, y a la obscuridad y al pueblo tornaría. Su abnegación de víctima se agigantaba en aquel instante junto al amor mesquino del artista. Era grande, más grande que él, más grande que su obra futura, porque era divinamente humana." (43).

No se conforma González Peña en ósto con presentarnos desnudamente la realidad como correspondería a un realista, siente la necesidad, humana como su personaje, de externar su propio juicio, acaso teme que un lector poco perspicaz paseara desapercibida esta grandeza de la mujer que ha creado; teme dejar caer las cosas por su propio peso, adquiere la convicción de que debe apuntarlas al sitio exacto, para que no se pierdan.

Julio Eslava es vecino de Nita y de su padre, artista también, admira con espíritu crítico de periodista al viejo; y sostiene una muda amistad contemplativa. Nita es para él, el sedante a las arideces del estudio; levanta la vista de los libros para verla pasar o desenvolver su gracia y vuelve luego la atención a comprender las páginas que tiene ante los ojos.

(42).-Opus cit. p. 200.

(43).-Opus cit. p. 201.

A la muerte del viejo, Ealava se convierte en la alegría de la vida, es el que levanta los ánimos perdidos, es el que con amistad suple en algo la paternidad separada por el eterno evolucionar humano de la hija que adora. Ealava, tácitamente, apadrina el amasiato de sus dos más queridos amigos, guarda para ellos el sitio exacto de la sinceridad amistosa, les une, les ama, y les contempla con agrado; es el interlocutor a la altura espiritual del poeta, del artista, es el confidente afín a los sentimientos; y en el momento del fracaso amoroso, desaparece para retornar más tarde a contemplar la vejez anímica de sus amigos, para respirar el aire bohemio del pasado grato; aparentemente insubstancial, pero ligado a obra y personajes por el lazo sentimental de lo necesario en el sentimiento mismo, de lo indispensable al recogimiento, de lo amable a todos los sentidos.

María Luisa Zayas, el viejo periodista llegado a la cumbre por oportunismos, la madre de ella, con vuelos de aristócrata, el ambiente social lleno de luces y de seres vacíos, son la representación de una vida desocupada, llena de prejuicios y de inutilidades, hecha a base de pequeños detalles carentes del respaldo anímico, pero plenos de formalismo y sociabilidad. La madre, levemente esbozada, nada deja al lector que pueda impresionarle; es el personaje gris y "de relleno", necesario a la estructura familiar, pero no a la novelística; el padre, es toda la representación de un acomodaticio; comerciante mejor que intelectual, vacío de entendaderas, hecho todo él a base de bluff, como un muñeco gordo, pero relleno de paja. Es el director del periódico, pero su labor es ajena a las exigencias del periódico mismo, que marcha solo; el rebelde incapaz de respaldar sus rebeldías, el ser despreciable que no tiene notables valimientos, que exige rectitud a quienes le rodean, pero que no puede vanagloriarse de ejemplar conducta. Desprendido de su casa y entregado a una disipación tardía de escapatorias furtivas y ocultaciones, inmoral a veces y despreocupado en otras hasta de los más íntimos problemas de su familia.

María Luisa, con todo el aparato de ostentación que luce en los salones, es la típica señorita de sociedad, la hija del acomodado e influyente personaje, acostumbrada a imponer la voluntad veleidosa de sus más nimios caprichos. La muchacha más o menos bonita, rodeada siempre de una corte de admiradores, elevada al sitio más alto de un mezquino círculo de relamidos jovencillos, pedantescos, inútiles, ostentosos como ella misma y que se complacen eternamente en representar a sus ojos el papel de hombres buenos o de "convenientes partidos" para ser electos en matrimonio. Es la niña bien, que gusta del incienso diario que la gaudulería vestida de casimires finos le tributa a manos llenas, rutinaria en el vivir, rutinaria en las emociones, en las fiestas, en los saraos pomposos, hasta en sus propios sentimientos frívolos e inútiles como todo su ser. Mientras Mauricio Villaescusa es solamente el reportero obscuro, ignorado e insignificante que cumple con su obligación de pergeñar curtilias intrascendentemente noticiosas, que van a traducirse en columnas en el diario de su padre, María Luisa es para él la desdeñosa y arrogante señorita de Zayas que apenas si se digna mirarle como a cualquiera de los obreros del diario, dejando caer desde su inmarcescible altura una -- que otra mirada de desden altivo cuando la casualidad o la necesidad le ponía en su camino; pero cuando los ojos de todos se vuelven a él para -- admirar su triunfo, cuando la atención de los salones le llama y lo colma de homenajes, entonces la señorita encumbrada le atrae a su lado, pone en juego sus artes más refinadas para que aquel escritor que la había admirado siempre sin que ella se diera por enterada, llegue a la altura -- desde la que su orgullo le menospreciara.

Idilio de luz, de penumbras, de suntuosidades absorbentes, de salones y comidas, de contraste con su vida habitual, sostenía Mauricio olvidando la serenidad y ternura de sus amores con Rita. La voluntariosa María Luisa, ocupaba todo su entusiasmo hasta el grado de hacerle olvidar sus más caros ideales.

Mientras tanto allá, en el lejano pueblecillo de San Angel, el contraste de la vida limpia y sencilla del campo, marcaba con su sola presencia la diversidad de situaciones que vivía el periodista.

La gente buena que rodeaba a Nita, era toda amable; el viejo boticario consagrado plenamente a su labor comercialmente benéfica de buscar panaceas que curasen todos los males, sumido entre la infinidad de frascos polvosos y los tubos de ensayo, manteniendo la unidad de su hogar con ayuda de su hija mayor, Jacobina, que pasa casi inadvertida en la obra; Lupe, la más sociable de las hijas, el tipo común de muchacha, campesina casi, casi social, con las inquietudes de toda jovencita que solamente anhela tener un hogar propio; amada como en las novelas pastoriles, por un muchacho al que desdeña y que a su vez es amado por otra de las hermanas hacia la que él solamente siente un cariño fraternal y compasivo; y Nela, la ciega, la más espiritual de las tres hermanas, es ciega; y su desgracia, parece haberle afinado el gusto, toca el piano, ama apacible a Juanito, el eterno ayudante de la botica que adora en silencio a Lupe.

Y en torno a esta familia, los amigos de ella: Juanito, el ayudante de la botica, sumado desde tempranísima edad a la familia y viviendo a su amparo; aprendiz de poeta, discutidor y apegado al trabajo; en sustitución, nunca se atreve a declarar su amor a Lupe, pero eso no le impide recibir plenamente asestado, el impacto dramático del rival y más tarde del matrimonio de su amada. El otro amigo de la casa, don Aquiles, viejo amigo del boticario, decididor y francote, militar retirado que como distintivo y recuerdo de sus bizarras campañas al lado de Hidalgo, del Generalísimo Morelos, arrastra una pata de palo que le tipifica mejor; abierto de carácter, de lengua pronta a la chanza burda, a la brusca ironía, a la puya, y a los duelos de ingenio popular. Sincerote y franco, dispuesto siempre a la picaresca o al exabrupto, es sin embargo simpático componente del pequeño círculo campirano.

Aquí, en la casa humilde, en el retiro apacible del pueblo enclavado en la campiña, la vida se desarrolla de muy diversa manera que en el palacete de don Luis de Zayas. El contraste es notable, la intimidad y el desarrollo de los hechos en la sencilla tertulia casera, no puede semejarse en nada al lujo de la cena descrita en casa del opulento Zayas; versos, música, charla, bromas; ante la mesa de la abundancia donde se flirtea, y al amparo de los manteles, se roban caricias furtivas. La intimidad en contrapunto a la soledad en medio del tumulto.

No falta en la novela el relato simplemente descriptivo de hechos, sitios y costumbres de la época; el pueblo de San Angel, que en evocación surge pleno de una serie de descripciones minuciosas que nos van llevando por las calles en grato paseo, en la criada, Moní, leemos todo un capítulo de costumbrismo local tapatío, además de lo humano del gremio a que pertenece; las representaciones en el Teatro Hidalgo que fueran características de la época, la reunión familiar misma, los días de campo con todas sus fatigas, incidentes y dificultades, el paseo de Xochimilco o de Chapultepec a la manera de entonces, las antecelas, los viajes en simones de chirriantes ruedas, la ópera, los vendedores, etc. Todo hábilmente intercalado y siempre a mano para situar la trama de la obra.

Nada pasa inadvertido: la observación directa constituye su fuerza y su vitalidad. Cuando nos describe la vida del Mauricio ya casado, burgués, convertido en todo un señor director de diario, nos pinta de maravilla los argumentos de las criadas, sus charlas y chismorreos que desmenuzan los defectos y escasas cualidades de sus patrones; la crítica implacable de las comadres que satiriza, condena y hace cargos a las ajenas conciencias.

La situación del hijo de Mauricio, el debilucho Luisito que entrega la vida en manos del descuido y la despreocupación de la madre; de una madre que se dedica con más gusto a la vida social que a sus deberes de maternidad.

El desamparo matrimonial de Villaescusa, se deja sentir por todas partes, él se ve obligado a hacer las veces de padre y suplir en mucho a la madre; después de encauzar su cariño hacia la adoración de Luisito, sufre todo por él, hasta humillaciones que le rebajan en su dignidad humana, y vive en razón de la vida del niño.

Nada detiene la muerte, los desvelos del padre, la falsa preocupación de la madre que en compañía de la abuela se entrega a la charla - insulsa con sus amistades mientras en la obscuridad de una recámara se está librando la batalla contra la muerte. Todo fracasa ante la pulmonía que hunde sus garras en el pequeño; hasta la misma sabiduría del doctor amigo de Mauricio que hace lo imposible por salvar al hijo del periodista. La crítica del novelista señala ahora el descuido de las madres que no preparan físicamente a sus hijos contra la batalla destructiva de las enfermedades que a cada paso pueden asaltarles; al mismo tiempo, se sienta la base fisiológica para el desenvolvimiento natural de los hechos que habrán de acontecer después, apegándose en esto, a la escuela de Zola. El dibujo de este rasgo de la madre de sociedad, es característico: las fiestas y reuniones ocupan el interés inútilmente, se cree haber cumplido con la maternidad, haciendo nacer al hijo, sin ocuparse más de él, sin saber siquiera si necesita lo más elemental para su desarrollo, sin ocuparse de forjarle una estructura mental o sentimental y "usándolo" como una pieza más de su adorno personal, para ser lucido limpio y hermoso ante los ojos de las insubstanciales -- amistades que los ven también como objetos, no como seres vivientes.

El realismo, más acentuado en la novela anterior, tiende aquí más al naturalismo; en La Chiquilla, el transcribir la vida, se manifiesta más fielmente apegado a la realidad misma, a la sucesión de hechos, olvidando un tanto, la personalidad del autor; en La Musa Bohemia, los juicios de González Peña saltan a la vista más a menudo, ya no es el relato de los hechos crudamente ajustados a la influencia de la herencia o de un adecuado determinismo, sino que se enjuicia y se critica,

desde sus páginas, el carácter de los protagonistas se delinea con la finalidad de señalar vicios a una sociedad que trata de ocultárselos a sí misma; y la función social de la novela, se ve encaminada a cumplirse, a no dejar pasar los errores comunes de la vida diaria que en todas partes se cometen, pero que una hipocresía social los oculta y hace caer al hombre en errores mayores.

Tanto en una obra, como en otra, vemos al novelista consciente de su papel, señalando lacras y caminos para educar, en cierto modo, los innumerables males sociales; el camino, la escuela, la técnica, los sistemas, van evolucionando, tratando de conservarse o de afirmarse, pero al mismo tiempo, abriendo los ojos y el ánimo a toda influencia que pudiera ser beneficiosa para mejorar el producto literario, en una actitud ecléctica, asimilativa de todos los factores buenos, deseosa de realizaciones y anhelante de elevar el espíritu.

LA FUGA DE LA QUIMERA.

En la dedicatoria de este libro, dirigida al maestro Antonio Caso, el novelista González Peña señala la posición que tuvieron los escritores del Ateneo en la cruenta etapa revolucionaria; asegura que las páginas de esta obra, "Fueron escritas en momentos en que obligado por la agitación que informa el curso ordinario de los días, inclinaba al pensamiento a reconcentrarse en sí mismo, substituyendo con acelerada labor la inmovilidad externa, para no morir." (44).

Los escritores de aquella juventud estudiosa e inquieta, se vieron entonces obligados a correr, como el de aquella simpática nota de "Mambrú se fué a la guerra...", para empuñar las armas unos, y otros a luchar desde las tribunas del pensamiento, o a enarbolar las banderas de México en puestos diplomáticos como el mismo Alfonso Reyes; y otros, como González Peña, al refugio apartado "del mundanal ruido", que permitiera libremente, el fecundo prodncir de las plumas al servicio del pensamiento, "mientras allá afuera, en la ciudad, reinaba el silencio de sepulcro impuesto por la guerra civil." (45)

En la misma dedicatoria, un poco más adelante y antes de ofrecer su estimación y cariño al maestro Caso, hace González Peña profesión de fe por su propia novela: "Mi libro es un libro honesto y sereno. Si en él hay dolor e ironía, hay también amor." (46).

La Fuga de la Quimera es la única novela de don Carlos González Peña, que fué escrita después de fundado el Ateneo de la Juventud, y en sus páginas no aparecen ya aquellas largas descripciones del ambiente, aquel gusto del novelista por mostrarnos patios y azoteas recorriendo hasta la última baldosa, aquel pasear ordenado de nuestra vista por los objetos y muebles pobres, pero con olor a limpio, de la casa de Antofilita en La Chiquilla; no encontramos el mismo detenerse contemplativo

(44). - Carlos González Peña, La Fuga de la Quimera, -Ed. Stylo, -1949, p 3.

(45). - Opus cit. p. 3.

(46). - Opus cit. p. 7.

-- por cumbres y valles detallando hasta los diversos maticos del verde en las hojas de los árboles, la nitidez del aire y quién sabe cuántos y cuántos detalles más que Mauricio miraba desde la ventana en que se apoyaba de codos. Ya no encontramos esas descripciones interiores del estudio de escritor, de la pequeña casita de campo de dos pisos, que se palpan materialmente en La Musa Bohemia ; no se describe al detalle el escenario en que van a moverse los personajes de la novela.

Ahora se llega de lleno a la acción, en lugar de descripciones pasivas, nos encontramos de buenas a primeras con la bulliciosa charla de un andén en que se despide a los novios, don Miguel Bringas y a su antigua secretaria, desde entonces su joven e irreflexiva esposa, Sofía Lavín.

La separación que notáramos entre los escenarios claramente dibujados de La Chiquilla y de La Musa Bohemia , para mover en ellos a los diversos personajes que aparecían en estas obras, se encuentran ahora diluidos de la misma forma que la descripción de personas y de objetos; todo se halla incrustado dentro de la acción misma, sin detener la lectura, sin detener casi el desarrollo del movimiento, insensiblemente, van realizándose los aspectos de fondo escénico; las descripciones de interiores, las digresiones mentales de sus personajes son muchas veces el conducto por el que nos lleva a la contemplación descriptiva.

El principal personaje de la obra, vuelve a ser una mujer, parece que don Carlos González Peña pudo profundizar mucho mejor en las delicadas del alma femenina que en las que pudiera presentar un hombre; las mujeres que dibuja tienen todos los aspectos espirituales, pero él parece recrearse en la pintura de tipos femeninos notamente humanos, con su sensibilidad elevada por momentos a verdaderas sublimaciones, como la sentimental y débil Antoñita a la que el dolor sechaba por todas partes, como la espiritualísima "musa" que era toda sacrificio y entrega para el ser amado en La Musa Bohemia ; como Rosa María y Julia, como

en algunos momentos, aunque escasos, la misma Sofía, que nos pinta en La Fuga de la Quimera. Hasta la descripción de su pueblo natal, Lagos de Moreno, se encuentra diluida a lo largo de toda la obra; puede ser, que cuando se detiene un poco más a describirlo, sea en el momento de convalecencia de Julia, que parte hasta a aquel rinconcito provinciano, para restablecer las fuerzas perdidas en la grave enfermedad que coincide con el despego de su novio, el más tarde diputado Jorge Bazán; y hasta en ese momento, toma el novelista como pretexto las cartas que escribe Julia para su padre, para su novio y para su amiga.

Sofía Lavín, es la taquígrafa de importante casa comercial que por suerte, o por artes de toda índole, escala una relativa "posición social" por la ruta del matrimonio. Huérfana de un burócrata que había pasado toda una vida ante el escritorio de una Secretaría de Estado, se ve, junto a su inválida hermanita y a su madre, después de llevar a base de deudas y restricciones una vida de clase media más o menos acomodada, hundida "de golpe y porrazo", "en una hórrida vivienda del centro de la ciudad" de donde con esfuerzo y trabajo, las tres mujeres habrían de salir para lograr el día a día sustento no sin muchos esfuerzos y problemas, entre los que contaba mucho la propia belleza, si no extraordinaria, sí agraciada, de Sofía Lavín; obstáculo al que la muchacha pudo vencer más por intuición que por otra cosa. "-Oh! Lo que Sofía pensó en bufetes y oficinas... Como era de buen palmito: morena apañada, con aquellos cabellos negrísimo y quebrados, aquellos ojos húmedos de sombra, aquella naricilla delgada y nerviosa, y aquella boca de gruesos y rojos labios, -notarios y comerciantes se interesaban, más que por su trabajo, por su cara-. Así, no fueron poco los manazos que dió y las despachaderas que tuvo, en su constante rodar por tugurios de mercaderes y litigantes." (47).

Llega Sofía al matrimonio atraída por la sed de bienestar económico, diríase que se casa al olor del oro del comerciante que sería su marido (47). -Opus cit. p. 19.

rido; la empleada, desde que nos la presenta el novelista, deja traslucir el interés que no pasa inadvertido para los que la rodean, comentarios y hechos, van reflejando la valorización que tiene el acto en el círculo social en que va a desenvolverse la vida de tan desigual pareja, cada uno de los que asisten a la estación para despedir a los que parten en viaje de bodas, externa en unas cuantas palabras, el comentario que da la calidad social del matrimonio; y ella, desde el momento en que pide para el viaje la colección de rebozos que le ha sido regalada como presente de bodas, está denotando su actitud de ostentación que se habrá de prolongar en todos sus actos y apariciones en que se nos describe el atuendoso atavío que luce.

El realismo, el naturalismo, el costumbrismo, tendencias todas que observáramos en La Chiquilla, han sufrido una seria transformación -- desde aquella novela a ésta; no es que el novelista se haya olvidado de dichas corrientes, ni es tampoco que en las páginas de La Fuga de la Quimera estén del todo ausentes; pero sí da la impresión don Carlos González Peña, de que en esta obra se han pulido más, existe una conciencia más acentuada en el novelista, parece ir con paso seguro por la senda determinada por las tendencias ateneístas, procura deslindar las más acentuadas reconditeces del espíritu mexicano, trata de ahondar en la vida de la sociedad porfiriana hasta diseccionar las mismas ideas, ya no se trata de la simple realidad presentada en su crudeza, en su desenvolvimiento, en sus actitudes; se trata ahora de sustentar casi, en los personajes, en lo que dicen, en sus actos, y sobre todo en las discusiones que sostienen, toda una filosofía, una serie de postulados que van a explayar el sentimiento y el pensamiento político del novelista, aún en las teorías opuestas que chocaban en la época.

La novela se ha convertido en un pretexto para entregar su credo ecléctico que se anunciaba ya en La Musa Bohémica; su único objetivo verdaderamente vital, es su patria; y aún de ideas que se contradicen, trata de obtener lo benéfico.

rído; la empleada, desde que nos la presenta el novelista, deja traslucir el interés que no pasa inadvertido para los que la rodean, comentarios y hechos, van reflejando la valorización que tiene el acto en el círculo social en que va a desenvolverse la vida de tan desigual pareja, cada uno de los que asisten a la estación para despedir a los que parten en viaje de bodas, externa en unas cuantas palabras, el comentario que da la calidad social del matrimonio; y ella, desde el momento en que pide para el viaje la colección de rebozos que le ha sido regalada como presente de bodas, está denotando su actitud de ostentación que se habrá de prolongar en todos sus actos y apariciones en que se nos describe el atuendoso atavío que luce.

El realismo, el naturalismo, el costumbrismo, tendencias todas que observáramos en La Chiquilla, han sufrido una seria transformación desde aquella novela a ésta; no es que el novelista se haya olvidado de dichas corrientes, ni es tampoco que en las páginas de La Fuga de la Quimera estén del todo ausentes; pero sí da la impresión don Carlos González Peña, de que en esta obra se han pulido más, existe una conciencia más acentuada en el novelista, parece ir con paso seguro por la senda determinada por las tendencias ateneístas, procura deslindar las más acentuadas reconditeces del espíritu mexicano, trata de ahondar en la vida de la sociedad porfiriana hasta diseccionar las mismas ideas, ya no se trata de la simple realidad presentada en su crudeza, en su desenvolvimiento, en sus actitudes; se trata ahora de sustentar casi, en los personajes, en lo que dicen, en sus actos, y sobre todo en las discusiones que sostienen, toda una filosofía, una serie de postulados que van a explayar el sentimiento y el pensamiento político del novelista, aún en las teorías opuestas que chocaban en la época.

La novela se ha convertido en un pretexto para entregar su credo ecléctico que se anunciaba ya en La Musa Bohemia; su único objetivo verdaderamente vital, es su patria; y aún de ideas que se contradicen, trata de obtener lo benéfico.

Pronto la empleadita Sofía Lavín, se convierte en toda una señora de sociedad, sus esfuerzos todos le impulsan a lograr por el camino de las apariencias lo que no ha tenido nunca antes del ventajoso matrimonio el desaire de los componentes del círculo a que ella aspira, le obliga a buscar el trampolín que lanzara su condición hasta la misma altura social de falsedades, de vestidura, de apariencias, que ostentan las damas de la época en los mejores salones. La solución es la casa.

Abandona su rumbo de las calles de Sabino, para colocarse en el corazón mismo de la ciudad; a un paso de Reforma, donde el lujo que soñara, habría de encontrar corporeización, hasta el grado de que a su marido "lo que le faltó fueron manos, de tanto como se las llevó al bolsillo, al presentarse factura tras factura." (48) Y desde allí, desde su nuevo refugio, en el que Julia, la hija de la casa, apenas pudo lograr un cuartito en las azoteas en el cual refugiar sus ansiedades tan lejanas de las de su madrastra, empezó la vida frívola y derrochadora que siempre había anhelado; tarde se le hace para organizar su primer reunión, y ofrece un té que le serviría de motivo para ostentar el nuevo lujo adquirido, que deslumbrara la envidiosa atención de sus nuevas amigas.

En contraste, es de notarse la flenta ofrecida por la madre de Sofía para "festejar" cuyo verdadero objetivo de la interesada señora, era el de atraer al yerno hasta su propio círculo por ver si algo de su fortuna le favorecía, al mismo tiempo que, de manera semejante a la de su hija, lograba, en su círculo también, ostentar un bienestar económico que estaba muy lejos de ser realidad; es notable, con todo, que a pesar de la pobreza de esta familia, tenía sirviente; y esto, que es una necesidad, debía ser en ella un lujo. Para darnos idea de la necesidad de doña Eduviges, nos dice el autor: "Tenía la viuda de Lavín la cabeza rellena de guano." (49).

(48) - Opus cit. p. 56.

49) - Opus cit. p. 57.

Don Miguel Bringas, después de ser el jefe de Sofía, contrae matrimonio con ella; su edad notablemente avanzada junto a la de su nueva esposa, pronto comienza a ser inconveniente para las relaciones entre los cónyuges; ya desde el viaje de bodas, se le hace notable a Sofía el hecho de que "los maridos mozos no suelen interesarse tanto en la prensa, en viaje de bodas."³⁰ Poco después, ofrece don Miguel sus píldoras antidisépticas a la esposa, como si se tratara de un delicado manjar: -- "-¿Gustas? -interrogó él, mostrando dos entre el pulgar y el índice de la diestra, y disparándolas después camino de sus abiertas fauces-. No hay medicamento mejor -añadió, luego de haber dado varios sorbos de -- agua cristalina." (31); y poco después, el primer beso de su marido, que recibía la muchacha "con un no se qué de malestar en el semblante".

Todos estos pequeños detalles, miserias del diario transcurrir en la vida de las gentes, nos son entregados en las páginas de la novela, como el descuido, despertando a veces con su presencia el asombro, la predisposición de ánimo, la sonrisa, o la mirada burlona del lector ante el personaje que ha sido ridiculizado.

Enamorado el señor Bringas de la juventud de su esposa, con ese cariño "paternal", que le cumple los caprichos más que a su propia hija, ha sido estudiado lentamente, con toda minuciosidad, en el proceso de su transformación hasta en el terreno mercantil; desde que le cumple a Sofía el primer capricho de caños, de comprarle los tamales que había manifestado desear y que luego, inexplicablemente se negara a tomar, hasta la compra de la casa y más tarde el costosísimo amueblado de ella, en que se van diseccionando sus estados de ánimo, preocupaciones enormes que comenzaron por ser satisfacciones pequeñas al ver cumplidos los deseos de Sofía.

Poco a poco también, nos va presentando los personajes que van a ser más tarde decisivos en la trama de la obra, Jorge Bazan, en situación

(30).-Opus cit. p.15.

(31).-Opus cit. p.15.

en su departamento de soltero libertino, después de una parranda en compañía de secretarios y agregados de las embajadas especiales a las fiestas del Centenario. Jornada que "había sido de las que merecen perpetuarse con lápida blanca"; y aprovecha González Peña la ocasión de colorear el cuadro con la pincelada costumbrista: "Sonaban las seis en la Catedral, cuando los honorables diplomáticos, de frao y todo, entraron en el callejón de la Alcaicería, a instancias de sus colegas mexicanos, para reparar quebrantos con el platillo nacional de los juerguistas: la humeante y substanciosa "pancita", servida en burdos platos de Guanajuato por una figonera mugrienta."(52). Todavía, cuando visitantes extranjeros llegan a México, no falta el amigo que los conduce a lugares como Garibaldi en que se oye música típica y se prueban platillos mexicanos.

Político acomodaticio, Jorge Bazán es presentado como el hombre que busca siempre el propio bienestar en todos los órdenes y que no vacila en sacrificar sus ideales a la comodidad económica o a la holgura que le permitiese trasnochar y levantarse tarde. El político, que durante la etapa pacífica y segura del régimen porfirista, medra en torno a los empleos fugaces o a las comisiones remuneradas que pudieran brotar de sus relaciones adquiridas por el prestigio de su desaparecido padre; el mismo que, durante la época de luchas, se mantiene a la expectativa haciendo aparecer su fluctuante posición íntima, como una aparente disposición al nuevo pensamiento sin olvidarse de las bondades del gobierno a punto de caer; pero que en el momento del derrumbe, se eleva sobre las ruinas anarbolando como bandera, el espíritu más revolucionario que pudiera pasearse por las calles del México agitado de entonces. A partir de ese momento, que llega como rayo de luz a su desorientado espíritu, su trayectoria social estará plenamente definida para lograr, después de su campaña en Texcoco, la curul de diputado. Esta inconsistencia moral en la política, es la misma que se refleja en la personalidad civil de Jorge Bazán; es, en el momento que le conocemos, el novio oficial de Julia Bringas, da la

(52). -- Opus cit. p. 35.

impresión de tratarse de uno de esos noviazgos que cimentan sus bases -- no en el amor, sino en la necesidad social de tener noviazgo, que el -- sentimiento amoroso está transformado en sencilla amistad o estimación, con la finalidad matrimonial, sí, pero también determinada por la necesidad de ostentarse ante la sociedad con ese estado civil.

Al aparecer "la madrastra" de su novia, el trato con ella lo va -- acercando cada vez más a la esposa de don Miguel y separándolo de Julia, aun cuando este cambio sea insensible para él y aunque no tengan plena conciencia de la situación hasta que ésta se les revela en su crudeza. -- "Ambos parecían hermanos. Dos sentimientos los identificaban: la ligereza, la vanidad." (53) y ya en plena enfermedad de Julia, acomodándose -- una vez más a lo fácil, Jorge Bazán busca para aprovechar toda situa -- ción y al alejarse Julia, para convalecer en Lagos, mientras la novia -- se deshace en misivas amorosas, él se entrega a la plena conquista de -- Sofía, hasta verla lograda.

Julia, la novia de Jorge Bazán, hija del acaudalado comerciante -- don Miguel de Bringas, es la auténtica hija de familia nacida para obedecer a los seres de quienes dependía; aún ante el anuncio de don Miguel cuando decidió por tomar a Sofía como compañera, a pesar de todo su descontento, la muchacha no tuvo siquiera el recurso de replicar; el azoro de la hija al enterarse que se trataba de la taquígrafa, fué sofocado -- por la sequedad incisiva del padre acostumbrado a mandar. "El matrimonio de su padre hirió a Julia Bringas en lo más vivo del alma. Y no precisamente en razón de que la elegida, por su calidad y origen, así como por su situación en el momento de tomar estado, estuviese muy lejos de agradarla; sino antes bien porque el tal enlace significaba a sus ojos -- una evidente falta de respeto a la memoria de su madre." (54). Julia sabe, sin embargo, sobrellevar la situación del nuevo orden en la casa de su padre y gracias al deseo de Sofía por agradarla, se establece cierta -- amistad que permite la buena relación entre las dos muchachas.

(53). - Opus cit.

54. - Opus cit. v. 42.

Al caer Sofía en las seducciones de Bazán, se inicia la separación entre ellas, más por abandono de relaciones, que por otra parte absorben a la joven madrastra, que por distanciamiento sentimental; éste, solo surge en los momentos en que el instinto femenino les hace concurrir a la situación que viven de amar al mismo hombre; y, de una manera definitiva, en el momento en que Julia Bringas adquiere la certeza del amasiato entre Sofía y Jorge.

En ese momento, González Peña llega al climax sentimental de la novela; cuidadosamente ha venido preparando los detalles para entregarnos en un momento, la conjunción de los más profundos contrastes sensitivos, y la inconsecuente superación del ser humano sobre sus adversidades. Ante el cariño profundo de la hija que se eleva sobre el amor de su vida, para salvaguardar la situación moral de su padre, nos presenta el más intenso momento del desprecio, que se manifiesta en el propio despreciarse de Jorge Bazán al sentirse empequeñecido por la espiritual Julia Bringas; en ese momento, en la soledad de dos situaciones que chocan, acumuladas en sólo dos personajes, se desbordan los problemas de los principales protagonistas; sobre estos dos personajes pesa la responsabilidad dramática del problema de don Miguel Bringas; el hombre viejo, que solamente gracias a su habilidad como negociante, puede sostener durante mucho tiempo el peligro inminente de la quiebra y la ruina por el amor de Sofía, pesa el más ingrato abandono de la mujer al marido que a base de un cariño burdo si se quiere, pero íntegro, ha elevado sus ambiciones desde la categoría del ensueño de muchacha pobre y pretensiosa, hasta la de realidades plenas de entrega; pesa la gratitud del empleado, de Sixto Beltrán que con la discreción digna del que quiere corresponder, entrega en sacrificio su propia felicidad; pesa también, con sus peculiaridades, el problema de Sofía que una vez casada, atada a un hombre por el vínculo matrimonial, descubre que el amor había sido confundido con la gratitud, que al enamorarse de veras, debe ocultarlo a los ojos de la sociedad; y los procesos de cambio que en esa ocultación se

efectúan, pesa esa transformación de gratitud en desprecio hacia el marido que le cumple todos sus anhelos de vanidad, de lujo, de derroche, y que, a pesar de sus momentos de duda y vacilaciones, se ve obligada materialmente por el impulso más inexplicable para ella y recóndito, - que la arroja cada ocasión con más furia en brazos del amante; ante el cual se ve arrastrando su orgullo y su dignidad cuando por dos veces se ve rechazada.

El amor, afecto o estimación que tiene Jorge hacia Julia Bringas, aun en el principio de su idilio, el que más tarde tiene por Sofía, y hasta el mismo interés que aparenta por su trabajo, contrastan con el que Sixto Beltrán profesa a la hermana de la rica taquígrafa, la balda Rosa María; no es comparable al sentido de responsabilidad que Sixto despliega para cumplir con sus obligaciones en la casa Bringas, y más tarde al servicio mismo del "señor licenciado Bazán".

Rosa María, es el romance espiritual en la obra; se desarrolla, un tanto débil por cierto, el proceso psicológico que habrá de llevarla a recluírse en el convento. Su desgracia física, la cojera que padece, es el primer motor de donde parte su final decisión. Desde el principio de la novela, la vemos rudamente tratada por doña Eduvigés, que al comparar la posibilidad de un matrimonio con el recién realizado por su hermana, la menosprecia a causa de su defecto. Este trato frecuente en la madre hacia la hija, va abriendo cada vez más la herida de su honra; pronto se refugia en la devoción que la lleva por templos y santuarios, se nos dibuja claramente este rasgo, cuando va a postrar sus rezos y a colgar su más querida imagen a la cabecera de la doliente Julia Bringas; pero al llegar a la decisión definitiva, cuando ingresa al convento, la naturalidad que quiere darle González Peña al hecho, es precisamente lo que lo hace parecer un tanto inverosímil; por fortuna, el novelista parece darse cuenta de esta inconsistencia y hace caer en manos de Sixto una carta en que explica su nueva situación; con todo, no parece nos quita del todo ese leve sabor de amargura que nos ha dado.

La madre de Sixto Beltrán, parece como esfumada, es una mujer incolora, pero que refleja las acciones y vida del hijo, que se entrega a una vida gris, pero dedicada a la integral atención de Sixto. En cambio, doña Eduviges es la mujer que en la miseria lucha hasta entregar medios de subsistencia a sus dos hijas, endiosando de rústica y hasta ridícula manera, al esposo muerto, pero ambiciosa, calculadora, hasta chocar con la realidad dolorosa del abandono de Sofía, que una vez en la opulencia, se olvida de ella y como que se avergüenza de su relación familiar.

En torno a ésto, la vida insubstancial de los salones aristócratas del México de entonces, su lujo de relumbrón y cosas falsas, la existencia fracasada que modra de pasadas glorias en un Senador Ondarza o en el parasitario hermano de doña Eduviges que lo único rico en él es la abundancia de apelativos: don Ruperto Lugo y Berruguete; la universal Berta Güemes, mujer ampliamente relacionada en el mundo político y social de la época; o bien, el rancio abolengo de las Alcaláes. Todo en un perfecto canevá entretejido con miles de incidentes y con infinidad de "decires y tomares."

González Peña, en esta novela, acaso por haberse fundado ya el Ateneo para la época de su elaboración y por estar definidas sus ideas de novelista, parece más consciente de su misión como tal; frecuentemente, encontramos en la obra citas francesas, italianas, y locuciones en estos dos idiomas; citas de escritores que militaron junto a él en las filas ateneístas y en la lucha contra el positivismo sin dejar de subrayar en las discusiones de sus personajes los lineamientos que en terreno artístico, señalara la generación ateneísta, como cuando se refiere a la música de Ponce, que ante los ataques del maestro Núñez que reclama en él lo clásico, y ante la cursilería de las niñas pedantes que citan a músicos europeos, se eleva la voz de Ondarza y Ferrin que dice:

....."Más les valiera a los músicos mexicanos seguir el camino abierto por Ponce, que no insistir, como hasta ayer, en la composición de obras-

nacionales con título francés. Los músicos de México, con excepciones -
contadísimas y muy honrosas, se parecen a los fabricantes de casimires:
necesitan la marca de fábrica extranjera.", para terminar una larga ti-
rada de defectos de este tipo con la cruda afirmación siguiente: "Hace-
mos una revolución, y se nos figura que copiamos a Francia: que éste es
Danton, aquel Robespierre, el de más allá Camilo Desmoulins, Carlota -
Corday una prieta cualquiera, y media docena de granujas los Girondinos
...; En fin, señor mío, que estamos lastimados con esa reprochable manía
de extranjerismo!" (55)

Y no es solamente de esa manera ampulosa y grandilocuente en la ex-
presión apasionada del Senador, que se expresan sus ideas arrancadas a -
la medular filosofía del Ateneo, sino que muchas son las ocasiones en -
que indica el mexicanismo, la idea antipositivista, el rasgo nacionali-
zante, que señalen lacras que minan la integridad patriótica del concep-
to arraigado al espíritu de nuestro pensamiento, cuando tratamos de com-
prender las características del mexicano.

Acaso como una reminiscencia de lo adquirido en la época del porfi-
rismo, deja deslizar en labios de Ondarza que discute con Bazan, al re-
ferirse al beneficio del régimen dictatorial, lo siguiente: "Y sobre to
do, ha amamantado, formándola de pies a cabeza, a una clase verdadera -
mente intelectual y culta, producto legítimo del medio, en cuyas manos -
está la futura dirección del país..." (56)

¿No se está expresando en estas ideas, la preocupación ateneísta -
de la comprensión espiritual de México? No falta el gesto despectivo, el
rasgo que menosprecia, al pasar, como quien no quiere detenerse a mirar
con el mismo gesto dantesco del Limbo: "...alimentando, finalmente, a -
una camarilla de negociantes que, enfrascados en su criterio positivo, -
reconocían en los hombres seres desprovistos de espíritu..." o bien en
labios de Montalvo, asistente a una tertulia, al expresar el deseo de -
que "desapareciera el pasado, y los mexicanos nos dispusiéramos a vivir

(55).-Opus cit. p. 153.

(56).-Opus cit. p. 155.

la nueva historia, con un concepto menos oropelesco y más humilde de las cosas!"(57). Y cuando dice que para hacer un análisis de Don Miguel Brin^gas, aunque lo pone en labios de Bazán, "no se necesita ser un Bourget", ¿no será una insinuación de una tendencia en Carlos González Peña?

Ya no es el mismo novelista de La Chiquilla que sitúa más apegado a los lineamientos franceses sus recursos y los aspectos naturalistas que tiene en aquella obra; no es tampoco el más sereno, el que tiende al sentido ecléctico de buscar direcciones buenas en todas partes, tal como lo vemos desenvolverse en La Musa Bohemia; en esta última novela, ya es la seguridad de ideas y tendencias, la que dicta las palabras al escritor, aunque pierda un tanto de espontaneidad, un tanto de realidad en el dibujo de sus protagonistas.

0 -----o----- 0

(57).—Opus cit. p. 155.

CAPÍTULO VIII.

Hasta aquí, hemos tratado de presentar un panorama general de la obra novelística de Don Carlos González Peña; se han abordado las tres novelas que pueden ser consultadas en ediciones del dominio público, o en bibliotecas; siendo notable la falta de su primera novela: De Noche, que por estar totalmente agotada en librerías, y ausente de los anaqueles accesibles al estudio público, no nos ha sido posible incluirla en el presente estudio.

Con todo, considerando que el conocimiento de un autor como don Carlos González Peña, no puede restringirse a la novela, aun cuando sea ésta el enfoque principal del estudio, vamos a abordar brevemente, los demás aspectos de este polifacético escritor.

Sin incluir su labor periodística, que podría ser objeto de especializado estudio, vamos a referirnos a lo que se conoce publicado en forma de volúmenes actualmente; hemos visto ya, al referirnos a sus diferentes obras literarias, que escribe, además de las novelas, estudios, discurso, viajes, crónicas, y ensayos.

Por lo que respecta a los Estudios, debemos considerar que don Carlos González Peña, haciendo acopio de sus conocimientos, adquiridos durante el transcurso de toda una vida de dedicaciones y esfuerzos, sin olvidar por un solo momento su papel de maestro, supo dar el giro a su afición y conocimiento, para producir obras que ayudaran a las juventudes de México en el camino del aprendizaje gramatical y literario.

El Manual de Gramática Castellana, editado por primera vez en 1921, es, como lo advierte el autor en el prefacio, "un resumen o recopilación de teorías gramaticales conocidas y sancionadas, adaptado a los programas hoy vigentes en las escuelas de enseñanza secundaria." (58). Para este trabajo, don Carlos González Peña tuvo muy presente la doctrina de Andrés Bello, que desde el año de 1915, fué decretada de uso básico para la enseñanza de la lengua castellana en México.

(58). -C.G.P., Manual de Gramática Castellana, -Ed. Patria, -México, 1938, -7ª Edición aumentada y corregida, p.XI.

El mérito de esta obra, es esencialmente didáctico; pues desde el principio, González Peña asienta la afirmación de que no se trata de un libro original, que obedece a una necesidad escolar, para la enseñanza razonada y lógica del idioma. Respecto al contenido, el maestro explica que se trata de exponer en su Manual, "de un modo claro y sencillo, la doctrina de Bello, transcribiéndola literalmente cuando estimé (González Peña) que respondía a las posibilidades de comprensión del alumno; modificándola, aunque sin alterarla en lo esencial, en caso contrario; adicionándola, además, conforme a las exigencias de nuestros programas, con los principios gramaticales sustentados por otros eminentes tratadistas, en cuanto ellos no la desvirtúan ni rompen su unidad necesaria; y presentando todo esto, en suma, con arreglo a un plan que justamente por ser usual en libros escolares, hállese sancionado por una experiencia que -- bien pudiéramos apellidar tradicional." 58

En seguida, nos habla el autor del plan seguido en el texto; de que se ha incluido una parte de Ortografía, otra de Morfología basada en los Rudimentos de Etimología de don Pedro Felipe Monlau; y un vocabulario de homófonas, necesario a los hispanoamericanos por necesidades fonéticas; sigue a continuación una serie de anotaciones didácticas y bibliográficas, para terminar señalándonos que a pesar de que el libro se produjo por "acuerdo expreso de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, para que sirva de texto en las clases de Lengua Castellana de la Escuela Superior de Comercio y Administración, se le ha dado, no obstante, amplitud suficiente, a fin de que pueda adaptarse a los programas de las escuelas secundarias en general." 59.

Salta pues a la vista, la intención claramente magisterial de González Peña; la idea de que su libro sirva a la mayor parte posible de alumnos, que en las escuelas superiores de México, se inician en el complicado estudio gramatical, para allanar, en lo posible, la escabrosidad que pudiera obstaculizar el conocimiento.

(58).- Opus cit.- p. XII, y XIII.

(59).- Opus cit.- p. XII, y XIII.

Idénticas son sus intenciones y la utilidad que prestan los subse-
cuentes textos literarios que escribe González Peña; la Historia de -
La Literatura Mexicana, editada en 1928 por primera vez, alcanza tam-
bién varias ediciones, que merecen la aprobación y el consumo entre ma-
estros y estudiantes de la enseñanza superior mexicana; y tal como lo
expresa en el Curso de Literatura, para todas estas ediciones lo impul-
sa el exclusivo ánimo de ser útil a la educación, de entregar de una -
manera simple y con la explicitud necesarias para ser comprendidos por
los alumnos, los conocimientos que señalan los programas en cada una -
de las asignaturas que aborda. "Nos hemos impuesto, antes que nada, -
la firme resolución de condensar." (60). Afirmaciones como ésta, saltan-
a cada paso de las páginas de sus textos: "En la imposibilidad -y en -
la inutilidad, dado el fin propuesto, que lo es de sumaria enseñanza a
adolescentes- de mostrarlo y examinarlo todo, nos reducimos a lo carac-
terístico y a lo grande. Miramos tan sólo a las cimas." (61). Pero hasta
en este tipo de libros, se realiza a veces la obsesión filosófica del -
grupo ateneísta al que de hecho primero, y en espíritu más tarde, se -
siente siempre vinculado: "Tal finalidad de quedar en lo nuestro, de -
no olvidar y de que no se olvide lo nuestro, nos ha alentado muy espe-
cialmente al componer este libro. Hay que tener en cuenta lo español, -
hasta donde lo español es nuestro; pero hay que pensar en lo nacional-
y nutrirnos de lo nacional, desde el momento en que lo nacional existe."
(62). Insistentemente señala sus propósitos didácticos, no se cansa de -
afirmar que trabaja para los alumnos adolescentes, de recomendar a los
profesores que no se enseñe, sino que se haga sentir y gustar las mate-
rias para las que están hechos sus textos.

Complemento necesario para lograr ese gusto y ese sentimiento, ha-
brá de ser El Jardín de las Letras y el Florilegio de Cuentos; obras anto-
lógicas ambas, que reúnen en sus páginas selectas lecturas llenas de in-
terés y que el maestro González Peña ha calculado a la altura del enten-

(60). -C.G.P., Curso de Literatura, -Ed. Patria, -México, 1944, -pp. XIX a XXXV.
(61). -Opus cit. id. (62). -Opus cit. id.

dimiento juvenil, que con su vasta erudición ha recogido de los más selectos veneros literarios para entregarlos en condensamiento cultural - al gusto estudiantil; libros con la doble finalidad de ejemplificar lo estudiado, y despertar el amor a las letras que purifique el sentimiento estético del adolescente, con la expresa finalidad de que lleguen a ser libros placenteros, amables, para todo el que se asome a sus páginas; libros que, para lograrse, requerirían el atinado juicio crítico de un literato y maestro capaz de comprender y valorar las dotes de capacidad y gusto en el nivel medio del alumnado de las escuelas superiores de México, capaz de sentir profundamente las diferentes etapas evolutivas de los fenómenos y hechos literarios, para poder transmitir tales sensaciones sin deformar su calidad.

Otro aspecto, plenamente definido en su obra, es la CRONICA; nos encontramos en ella, ante una nueva faceta literaria que, si un poco menos brillante que las puramente literarias de creación, no por eso es indigna de considerarse. No vemos en Carlos González Peña el cronista, - la misma facilidad y desenvoltura que tiene para sus novelas o para sus ensayos; mientras dura su exposición como cronista, aparece constantemente el báculo de sus lecturas para apoyar las aseveraciones; muy frecuentemente acude al decir ajeno, se documenta y lo dice sin ocultaciones, aplica numerosas citas entre comillas y recurre a diarios, memorias, epistolarios, y obras de toda índole que pudieran ayudarle a exponer su propio punto de vista. Este tipo de literatura, se manifiesta claramente en Flores de Pasión y de Melancolía; en la mayor parte de las páginas de este libro, se anotan incidentes que, fuera del dominio general, se encuentran sin embargo íntimamente ligados a la Historia de México, dentro del capítulo que se escribiera por la imperial pareja de Carlota y Maximiliano; anécdotas, hechos, relatos, murmuraciones, infinidad de sucesos que se desarrollan al margen de lo histórico, se reúnen en las páginas de este volumen; del suceso histórico, se desparraman por el mundo entero noticias que complementan los acontecimientos, que interpretan -

Los hechos puramente históricos, tras del cristal de la verosimilitud, tratando de explicar en la realidad sentimental y humana, lo que se exterioriza en una realidad política, sujeta a convencionalismos y necesidades diplomáticas; incomedidas vividas en la intimidad por los emperadores que, no pudiendo ser registradas por las páginas históricas, - sí en cambio tienen cabida en las de la anécdota o las del ensayo; disección de personajes como D. José Manuel Hidalgo, como la furtiva Armida de los jardines de Cuernavaca, como la misma emperatriz Eugenia, - que van pasando bajo la mirada plena de astucia del literato que interpreta, que valoriza y que proyecta situaciones e ideas que escaparían al lector común, que se perderían acaso en el pincelazo frívolo de un diario o unas memorias sin mayor trascendencia que el noticioso chismorreo del saber por saber sin más objetivos.

De igual manera hace crónicas cuando su amor por la ciudad, ya se trate de Lagos, ya se trate de México, hace pasear nuestras impresiones por páginas arrancadas a los colores propios del transcurrir móvil o estático de calles, plazas, jardines, tiendas, mercados, etc, en El Nicho Iluminado nos retrata en una literaria estadística el México de 1857, la carestía que ridiculiza en época de sus abuelos que se pinta en la Guía de Forasteros, de un señor Juan Nepomuceno, al hablarnos de lagartijos en Plateros, de los pregones del México antiguo, de la amistad, de la transformación citadina, del trabajo, de Chapultepec, etc.- Hasta en el ensayo histórico de El Hechizo Musical, va desmenuzando inquietudes, espiritualidad creativa en Rossini, diabólica en el violínista Paganini, o tranquila y genial en Beethoven, cartas, diarios, literatura crítica, todo va entregando a González Peña valores que están devueltos ya elaborados en su peculiar percepción. En Flores de Pasión y de Melancolía, llega hasta el extremo de motivar en el frío de dos lápidas el accidentado y espiritualísimo idilio de José Ma. Lafragua, - la crónica sentimental de un amor de sacrificio, en la pluma del ensayista pulcro y respetuoso del ajeno dolor.

Una ~~faceta~~ más en la sencilla poligrafía de González Peña, nos la presentan sus VIAJES. Él mismo se encarga en el prólogo a su libro Entre el Polvo del Camino, de exponernos ampliamente sus ideas ante los viajes: "¿Nos da placer? ¿Nos infunde alegría? Difícil sería decidirlo. Por corto que fuera, yo nunca he emprendido un viaje sin zozobra. Permittedme la confidencia: no tengo el alma viajera; soy un pobre ser sedentario; un hombre -como suele decirse-, "de costumbres", precisamente por lo reactivo en cuanto a abandonarlas."....."Me sobresalta, pero, a la vez, me atrae el viaje. Me sobresalta por lo que entraña de desacomodo de lo usual. Y, por singular antítesis, me atrae porque precisamente rompe con lo usual." (63). Sin embargo, este libro no es propiamente un libro de viajes; lo he citado ahora, porque puede ser una resultante del "tumultuoso" transcurrir por los Estados Unidos, cuando en 1918, lo invitara con otros periodistas, el gobierno del vecino norteño. Parece ser que en este prólogo, su intención no se encuentra del todo lejana a las experiencias vividas en aquel recorrido por los Estados Unidos, y que produjera el relato de La Vida Tumultuosa; muy interesante este libro, que podría ajustarse a la actual política de buena vecindad entre México y los Estados Unidos; y más interesante aún, si consideramos que los hechos e impresiones de sus páginas fueron vividos por Carlos González Peña en el período del Presidente Woodrow Wilson. Otro libro más de viajes viene con posterioridad: París y Londres, a éste, lo subtitula ya, decididamente, Cuadros de Viaje; pues bien, con la diferencia que Entre el Polvo del Camino, se refiere a México, a diversos sitios, y a diferentes épocas, podría intitularse también como cuadros de viaje; porque cuadros, y no otra cosa, son los que se desprenden de los tres libros mencionados.

De los tres, el primero es el que se refiere a los Estados Unidos, y desde el prólogo, dedicado a Luis Castillo Ledón, gana absolutamente nuestra simpatía; se necesita ser limpio de espíritu, honrado y valeroso

(63). -C.G.P.-Entre el Polvo del Camino, Ed. Stylo, -México, -1950.

so como demuestra serlo el escritor mexicano, para asegurar firme y -
claramente, después de explicar equivocados conceptos de los Estados-
Unidos, que "por la índole familiar, íntima, de tal suceso, nada diría
yo de él en las presentes páginas, si no fuera porque la disparatada-
creencia en que estábamos, tú antes de tu viaje, y yo mucho antes del
mío, no fuese la misma en que se ha hallado siempre la inmensa mayoría
de los mexicanos." Este principio de erróneas relaciones, se ve expli-
cado más adelante, cuando asegura: "Débese tal incomprensión a las no-
ticias auténticas, escasas, que -no obstante la vecindad- de un país en
el otro se reciben." (64)

No olvida González Peña mencionar antiguas rencillas de 1847 y -
el odio irrazonado que cultiva en los dos países "cierto género de a-
gitadores" Y luego, lo más asombroso de todo, lo que hasta nuestros -
días, como si el tiempo no hubiera transcurrido en cuarenta años, si-
gue siendo motivo de central interés, con ligerísimas variantes, en -
la llamada Política de Buena Vecindad. De labios del Senador Burke, -
arranca don Carlos González Peña toda la fuerza serena de la doctrina;
la limpieza de una amistosa mano abierta: "Entendernos. Ya lo ha dicho
el antiguo Senador Burke. -¿Cómo? Yendo nosotros allá y viniendo ellos
acá: viendo, oyendo, examinando, palpando cuanto sea digno de ver, oír,
examinar y palpar tanto en los Estados Unidos como en México. Una reve-
lación justa y recíproca de lo que efectivamente grande encierran las
dos naciones, nos haría rectificar obstinados y mutuos errores; borra-
ría resentimientos; y, por último, restaría vigor, si no es que la am-
lana del todo, a la malsana obra a que los "jingoístas" de allende el
Bravo, y los "yancófobos" de aquende el propio río, con tanto empeño -
se dedican." (65). Todo el resto del libro, parece perseguir obstinada-
mente la misma idea; este prólogo constituye por sí solo, un verdadero
documento que debiera difundirse en las dos naciones, para lograr el -
beneficio espiritual que de sus páginas se desprende.

{64}. -C. G. P. La Vida Turbulenta, -A. Botas e Hijo, -México, -1920, -Pról.
{65}. -Opus cit. id.

Verdaderamente notable, maravilloso, resulta el trabajo perceptivo de don Carlos, que transcurriendo velozmente por múltiples parajes del país, va detallando fisonomías de ciudades, lugares notables que visita, sensaciones que cuidadosamente prepara como sus encuentros con el Puente de Brooklin, o el ansioso llegar hasta el grandioso espectáculo de las Cataratas del Niágara; la sensación de presencia constante por toda la ciudad del edificio del Capitolio que tiene ante sus ojos un aparecer y desaparecer de cada momento; sus comparaciones de la Casa Blanca con Versalles o Chapultepec; los retratos de Ford o del mismo Presidente a quien llama simplemente Mr. Wilson.

Y todavía más de maravillar, resulta el acierto de sus interpretaciones, la calidad de sus críticas constructivas, como el momento en que por necesidades de la guerra, ve a las mujeres supliendo a los hombres en las fábricas y se horroriza ante la idea de que la mujer pueda "ser devorada por las máquinas", que pierda su femineidad y se vea alejada para siempre de las labores propias de su sexo, para terminar haciendo profesión de fe en el "eterno femenino"; o bien el momento en que sin manifestarlo, siente sus propias ideas enlazadas íntimamente a las del intelectual que es el mismo Presidente Wilson; primero, por la afición vital del escritor reflejada en el pensamiento del estadista que afirma cuando se refiere a la enseñanza: "el estudio de la literatura que contiene la idealidad de la raza, los nobles ejemplos, las aspiraciones delicadas del carácter, de la espiritualidad y del pensamiento de la nación a que se refiere." y que considera esta disciplina necesaria en el centro mismo de una Universidad que quiera ser nacional. Y más tarde, cuando nada menos que de acuerdo con sus ideales de grupo, se manifiesta Wilson como un escéptico de la ciencia: "La ciencia -asegura- ha creado en nosotros un espíritu de investigación tanto como de desprecio por el pasado; nos ha hecho crédulos ante todas las promesas de progreso rápido, ante todas las panaceas; nos ha hecho --- creer en la virtud de todo lo que es nuevo... En filosofía nos ha dado

el agnosticismo; en política, el anarquismo científico..." (66)

No falta en la obra el rasgo pintoresco, la pincelada humorística - que tiene el poder de arrancar una sonrisa; nos la dan la sorpresa de González Peña al encontrarse de pronto, navegando en un ferry, los incidentes derivados de la vestimenta que debe adoptar para ver de cerca las Cataratas del Niágara, o el asombro de un norteamericano al expresar González Peña su deseo de visitar la tumba de Edgar Alan Poe. Espectáculo tras espectáculo van sucediéndose ante los ojos del escritor que observa; visto en su intención afectiva, todo le resulta muy agradable y endulzado por la novedad; novedad y agrado, que son llevados espontáneamente al papel.

Lo mismo observamos en su libro París y Londres, Cuadros de Viaje. - El absoluto detalle de sus impresiones sentimentales, desde su viaje en el avión, los contrastes físicos de las sobrecargas, las atenciones en el trayecto, la monotonía en los letreros de Londres, la agobiante longitud de sus calles, sus sensaciones en la Abadía de Westminster con el musical fondo del Big-Ben, que fuera el asombro de principios de siglo, la Universidad de Oxford en donde llama su atención la abundancia de librerías, y su visita a Stratford, tierra de Shakespeare, donde le asalta la reminiscencia literaria y donde tiene que resignarse a su recuerdo, ya que por ser domingo, el pueblo no ofrece más sitio de conocimiento que sus desiertas calles para lograr solamente, al fin, "...visitar la casa natal de Shakespeare, ya por ventura abierta." Y antes de emprender la salida para Londres, exclamar en pleno convencimiento, que "¡Ya es mucho haber siquiera pisado la tierra donde nació y murió aquel genio!" (67).

Aquí, y en Entre el Polvo del Camino, el viaje no adquiere la calidad de relato de viaje lograda en La Vida Tumultuosa; allí el ensayista surge a cada momento y los relatos de viaje se vuelven motivo de ensayos.

(66).- Opus cit.

(67).- C.G.P., París y Londres, Ed. Porrúa, México, 1950

Siendo la generación del Ateneo de la Juventud, como era, una generación de esencia crítica, que a base de postulados, doctrinas y hechos habría de desterrar al positivismo, es de suma importancia considerar en la obra de don Carlos González Peña su actitud de CRITICO.

Limpiamente, con absoluta sanidad de espíritu, aborda don Carlos el difícil terreno de la Crítica. Limpieza y sanidad, en las que interviene preponderantemente su franqueza, no se detiene ante nada al tratar de justipreciar la calidad literaria; cuando piensa que el elogio es necesario y constructivo, sabe prodigarlo a manos llenas, si por lo contrario, se trata de señalar defectos, sabe hacerlo sin lastimar susceptibilidades. Dispuesto siempre a la admiración, su crítica se convierte muchas veces en el simple "relato de las aventuras a través de una lectura" que señalara Anatole France; y en este camino, no sabe engañarse a sí mismo; casi se olvida de que él es un autor original y dedicado a las letras por verdadera vocación, se coloca en el sitio preciso del fiel de la balanza, para determinar el peso de las obras que valoriza.

Pero, ¿cuál de todas es su obra esencialmente crítica? Tal vez la que mejor representa este género sea El Nicho Iluminado, o bien El Alma y la Máscara; pero nos parece que en éste el ensayo vuelve a jugarle a su autor una mala pasada; la crítica se encuentra en todas sus obras y en ninguna en particular; se funde al ensayo, salta entre las líneas amenas y ágiles para darnos el toque austero, de seriedad, de verdadera calidad de ensayista. A veces, cuando nos habla de personajes más o menos cercanos a su propia vida, cuando nos dice de las escuelas o tendencias a que pertenecieron en los diversos culturales, deja deslizar un velado juicio; infiltra una sonrisa irónica, o bien aborda decididamente hechos, situaciones y posiciones dentro del campo literario para determinar, de acuerdo con su conocimiento y sus sensaciones, lo que en comunión con su sinceridad piensa cualitativamente de lo que enjuicia.

Su amplitud de criterio y de espíritu, le hace sentir y comprender magnitudes enormes en todo lo que le rodea, y así lo expresa en su prólogo a Mirando Pasar la Vida: "...no hay vidas pequeñas; la más obscura, la más humilde, si nos acercamos y detenidamente habemos de contemplarla, se nos antoja grande. Grande en el bien o en el mal; grande siquiera en su continuidad resignada." . Por lo demás, la constructiva crítica de González Peña, que parece brotar al peso como una necesidad, como algo instintivo, se difumina en su obra toda; lo mismo encontramos crítica en las arideces de los textos gramaticales, que en los viajes, que en la crónica o que en el ensayo. Como algo perteneciente ya a su ser mismo, sale al exterior sin ser sentido casi por él, brota prístina, con claridad linfática de manantial.

El ENSAYISTA en cambio, se encuentra en don Carlos González Peña, — absolutamente consciente de su labor literaria; por algo nos han dicho y hemos visto que es el ensayo precisamente, el lazo de unión entre todos los ateneístas; y en González Peña adquiere tal preponderancia esta actividad, que durante la mayor parte de su vida productiva como literato, su madurez de escritor, llena totalmente el campo de sus actividades, llega hasta a borrar al novelista, que muy atrás, en el recuerdo de juventud batalladora y fértil, olvida el equipaje para abordar el camino de nuevas inquietudes, en que, como un sucederse de diapositivas, — va presentándonos la luminosidad pintoresca y múltiple de un verdadero kaleidoscopio literario.

Muchas veces, apunta la inquietud de la novela, brota del ensayo — una novela corta, el cuento, el fruto de la propia experiencia que no se resigna a quedarse marchito en el capullo. Así vemos en Gente Mía, — saltar del pasado juvenil los recuerdos del amor en Luz de Atardecer, — o bien cuando nos habla de Mozart, el prodigio novelado y arrancado de la vida misma en El Hechizo Musical, sentimiento en cadencia de pasos infantiles que se vuelve poesía: "allá va el niño con su aureola de milagro..."

Cultiva González Peña, magistralmente también, el ensayo descriptivo; ya en las páginas de sus novelas vemos desarrollarse esta cualidad de su literatura, sucesión constante de imágenes rápidas y seguras, que van haciendo saltar de detalle en detalle para lograr un conjunto bello y armónico; en la novela, y más tarde en el ensayo, don Carlos hace precisas y coloreadas pinturas de ciudades; se solaza plenamente en la contemplación de calles, torres y plazas, se recrea haciendo la fisonomía de los tipos diversos que pueblan las ciudades; nos enmarca en ellas a sus poetas que parecen ornamentos más que seres; y todo, - adorando cada piedra, cada teja, cada muro.

Y como si cruzáramos por enorme galería de un museo de cera, van surgiendo con verdadera pujanza una serie de personajes que crecen bajo su pluma y se enaltecen en el rasgo humano, que se agigantan en la observación que hace González Peña de sus cualidades; que se elevan a insospechables alturas cuando va desenvolviendo el fino paquete de -- sus virtudes. Así como las esculturas de cera parecen animarse al menor movimiento de las tarimas que las sostienen o al soplo insignificante que les mueve la ropa, los retratos que hace don Carlos parecen levantarse por momentos de las páginas del libro para echar a caminar sobre ellas y hablar directamente con los lectores.

Sabe encontrar el rasgo peculiar, la característica, la anécdota, el sentimiento adecuado, para presentarnos una semblanza completa en una sola frase o en unas cuantas líneas; al hablar por ejemplo de don Justo Sierra, comienza diciendo simplemente: "Era todo majestad." y de esas tres sencillas palabras que ya lo pintan, arranca hacia la altura para comprobar su aseveración, para respaldar en el ensayo, el título, poético también, de la obra: Claridad en la Lejanía. "...cómo lo absorbían los problemas altos, las magnas concepciones del espíritu; aun el humilde ingenio que solicita y retiene." 68. Y después de hacernos su retrato físico, la pregunta que resume: "Y qué habría de contener aquel gran cuerpo, si no un gran espíritu?" 69.

(68). -C.G.P.- Claridad en la Lejanía, -Ed. Stylo, -México, -1947.

(69). -Opus tit.

Victoriano Salado Alvarez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Luis Castillo Ledón, Teodoro Torres, Alfonso Cravioto, gente toda que reúne González Peña bajo el posesivo "mía"; personajes que para él, representan una etapa de anhelos y ambiciones vitales, que para nosotros, son gigantes intelectuales que hicieron una época cultural de un país. Allí, en Gente Mía, el que desaparece, el que triunfa, el que se recuerda con agrado por algún pintoresco incidente, tiene su sitio labrado de virtudes y hechos. En Más Allá del Mar, otras épocas, aunque diversas entre sí y diferentes en significación a la del libro anterior, encuentran su expresión; son otros nombres, otros sitios lejanos a estos, pero todos bajo el pincel del mismo maestro, delineados firmemente, con el mismo pulso crítico y con el mismo amor literario; Lope, Goethe, Bécquer, Jorge Sand, Gorki, Eckermann, Tirso de Molina, todos unidos por el solo lazo de las influencias literarias, van desfilando ante nuestro entendimiento para entregarnos un mosaico pleno de colores.

Muy otro será el pretexto para unir otra serie más de personajes — bajo una candileja, unos gemelos de teatro, "ficción y realidad palpitante", la esencia misma del teatro que salta de los ensayos de Almas y Máscaras célebres un día para rodar mendigando al siguiente, El Alma y la Máscara, donde González Peña va "a pasar revista de vestimenta a los actores", los va a arrancar de su farsa para desnudar almas y diso-ear aplausos. Allí pasan bajo las luces de los particulares reflectores del autor, bailarinas y actrices, cómicos, actores, autores teatrales a quienes burla a veces y otras ensalza y hasta el Via Crucis de Clara Arcoos llevado a la realidad escénica por José Joaquín Gamboa.

Una insignificancia, una vivencia común, un instante filosófico, son pretexto suficiente para que el escritor enhebre una serie de relatos, de ensayos que ya sobre un trivial esqueleto de modas como en Mira de pasar la Vida, o ya en la "contemplación del pasado literario" como en Claridad en la Lejanía, van dejando en el ánimo del lector una serie

Victoriano Salado Alvarez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Luis Castillo Ledón, Teodoro Torres, Alfonso Cravioto, gente toda que reúne González Peña bajo el posesivo "mía"; personajes que para él, representan una etapa de anhelos y ambiciones vitales, que para nosotros, son gigantes intelectuales que hicieron una época cultural de un país. — Allí, en Gente Mía, el que desaparece, el que triunfa, el que se recuerda con agrado por algún pintoresco incidente, tiene su sitio labrado de virtudes y hechos. En Más Allá del Mar, otras épocas, aunque diversas — entre sí y diferentes en significación a la del libro anterior, encuentran su expresión; son otros nombres, otros sitios lejanos a estos, pero todos bajo el pincel del mismo maestro, delineados firmemente, con el mismo pulso crítico y con el mismo amor literario; Lope, Goethe, Bécquer, Jorge Sand, Gorki, Eckermann, Tirso de Molina, todos unidos por el solo lazo de las influencias literarias, van desfilando ante nuestro entendimiento para entregarnos un mosaico pleno de colores.

Muy otro será el pretexto para unir otra serie más de personajes — bajo una candileja, unos gemelos de teatro, "ficción y realidad palpitante", la esencia misma del teatro que salta de los ensayos de Almas y Máscaras célebres un día para rodar mendigando al siguiente, El Alma y la Máscara, donde González Peña va "a pasar revista de vestimenta a los actores", los va a arrancar de su farsa para desnudar almas y disoñar aplausos. Allí pasan bajo las luces de los particulares reflectores del autor, bailarinas y actrices, cómicos, actores, autores teatrales a quienes burla a veces y otras ensalza y hasta el Via Crucis de Clara Arco llevado a la realidad escénica por José Joaquín Gamboa.

Una insignificancia, una vivencia común, un instante filosófico, — son pretexto suficiente para que el escritor enhebre una serie de relatos, de ensayos que ya sobre un trivial esqueleto de modas como en Mirando pasar la Vida, o ya en la "contemplación del pasado literario" como en Claridad en la Lejanía, van dejando en el ánimo del lector una serie

de juicios y sugerencias, que son producto de toda una vida de dedicación literaria, y que se entregan sin reservas al dominio general.

Recia y vigorosa resalta en las páginas de Claridad en la Lejanía la personalidad indígena, fuerte y honrada de un Altamirano que se crece hasta insospechadas alturas en la tribuna del Congreso para deshacerse en ternura ante la esposa sencilla y abnegada; que sabe responder a las necesidades sociales de la patria con el sable, con la voz y con la pluma, como sabe responder también a las necesidades morales de la casa; de un Altamirano novelista que vende por adelantado su obra para regalar a su esposa en su onomástico y que detiene el trabajo ante la inexplicable superstición, acaso atávica, de su mente recia de intelectual hecha a la disciplina del trabajo. Noble, tesorero y profético carácter, que sublima y enaltece el orgullo de su raza.

Luminosa, feliz y poética, la actividad de Luis G. Urbina, diseminada en éste y otros libros de González Peña. Multicitada la gargantamágica de la Peralta que llegaba en labios de sus antepasados, a prodigios insospechables y dignos de ángeles. Escándalo en vida literaria y abnegación de amante en el romanticismo vivido por Jorge Sand. Todo ésto, y muchas figuras más, muchos valores, mexicanos y universales, llenan los ensayos de don Carlos que nada retiene para sí, que se vuelca hacia su público que como él lo expresa de la misma Mme. Sand, "lo conoce, pero no lo lee." (70)

BIBLIOGRAFIA:

GONZALEZ PEÑA, CARLOS.

- Novela: - LA CHIQUILLA.-Ed. Porrúa, S.A., México D.F.- 1946. (1905)
- LA MUSA BOHEMIA.- Ed. Sempere.-Valencia, Esp.- 1908.(1908)
- LA FUGA DE LA QUIMERA.-Ed. Stylo.-México,D.F.- 1948.(1919)
- Estudios:- MANUAL DE GRAMATICA CASTELLANA.-Ed.Patria.-1938. 7º.(1921)
- HISTORIA DE LA LITERATURA MEXICANA, Ed.Patria.-1940.(1928)
- CURSO DE LITERATURA.-Ed. Patria.-1944. (1944)
- EL JARDIN DE LAS LETRAS.-Ed. Patria.-1944. (1944)
- FLORILEGIO DE CUENTOS.-Ed. Patria.-1944. (1944)
- Viajes: - LA VIDA TUMULTUOSA.-A.Botas e Hijo.-México, 1920. (1920)
- PARIS Y LONDRES.-Ed. Porrúa, S. A.-México, 1950. (1950)
- Crítica y Ensayo:
- EL PATIO BAJO LA LUNA.-Ed. Stylo,México,D.F. (1945)
- FLORES DE PASION Y DE MELANCOLIA.-Ed.Stylo.-México. (1945)
- EL HECHIZO MUSICAL.-Ed. Stylo.-México,D.F.- (1946)
- GENTE MIA.-Ed, Stylo.-México, D.F. (1946)
- EL NICHU ILLUMINADO.-Ed. Stylo.-México,D.F. (1947)
- MIRANDO PASAR LA VIDA.-Ed. Stylo.-México,D.F. (1947)
- CLARIDAD EN LA DEJANIA.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1947)
- EL ALMA Y LA MASCARA.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1948)
- MAS ALLA DEL MAR.- Ed. Stylo.-México, D.F. (1949)
- GENTES Y PAISAJES DE JALISCO.-México, D. F. (1949)
- ENTRE EL POLVO DEL CAMINO.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1950)

- ALONSO MARTIN.- CIENCIA DEL LENGUAJE Y ARTE DEL ESTILO.-Aguil-
lar.- Madrid.- 1953.
- ATENTEO DE LA JUVENTUD, CONFERENCIAS DEL.- Lacaud, Imprenta.--
.-1910.
- CROCE, BENEDETTO.- LA POESIA.- INTRODUCCION A LA CRITICA E -
HISTORIA DE LA POESIA Y DE LA LITERATURA.- Emecé Edi-
tores, S.A.- Bs.As.- 1954.
- EDUCACION PUBLICA, SECRETARIA DE.- MÉXICO EN LA CULTURA.-1946.
- GAMBOA FEDERICO.- SANTA.- Barcelona.- 1919.
- JUSTO SIERRA .- DISCURSO EN HONOR DE GABINO BARREDA.- U.N.A.M.
.-Biblioteca del Est. Univ.- 1939
- LANSON, G.-HISTOIRE DE LA LITTERATURE FRANCAISE.-Hachette, Pa-
ris.- 1931.

- MARSHAL URBAN, WILBUR.- LENGUAJE Y REALIDAD.-Fondo de Cult. Ec.-México 1952.
- MARTINEZ, JOSE LUIS.- LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XX.-Robredo.-México.- 1950.
- GUIAS BIBLIOGRAFICAS.- Segunda Parte.- Robredo.-México.- -
.-1950.
- MORTON, F. RAND.-LOS NOVELISTAS DE LA REVOLUCION MEXICANA.-Cultura.-México.- 1949.
- MUÑOZ RAFAEL.-SE LLEVARON EL CAÑON PARA BACHIMBA.-Bs. Aires.-1941.
- RAMOS, SAMUEL.-HISTORIA DE LA FILOSOFIA EN MEXICO.-U.N.A.M.- 1943.
- REYES, ALFONSO.- EL PASADO INMEDIATO.-Colegio de México.-1941.
- HOMENAJE DE EL COLEGIO NACIONAL AL MAESTRO ANTONIO CASO.-
Discurso.-México, D.F.- 1946.
- SCHUCKING, LEVIN L. / EL GUSTO LITERARIO.-Fondo de Cult. Ec.- s/f.
- TORRI, JULIO.- LA LITERATURA ESPAÑOLA.- Fondo de Cult. Ec.- 1952.
- TORRES BODET, JAIME.-HOMENAJE DEL COLEGIO NACIONAL AL MAESTRO ANTONIO-
CASO.-México, D.F., 1946.
- UNIVERSITY OF CALIFORNIA.-GRANDES NOVELISTAS DE LA AMERICA HISPANA.- -
v.1.- 1941.
- VALBUENA PRAT, ANGEL.- HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.-G. Gili,S.A.
.-Barcelona, Esp.- 1950.
- VASCONCELOS, JOSE.-EL VIENTO DE BAGDAD.-Letras de México.-1945.
- ZEA, REGINALDO.-APOGEO Y DECADENCIA DEL POSITIVISMO EN MEXICO.- 1944.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Carlos González Peña

TESIS

QUE PRESENTA

Harry Cooper Keenan

PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN LETRAS

MÉXICO

1957

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

S U M A R I O .

I.- SEMBLANZA.

Lagos de Moreno.-Los años escolares.- El comerciante.-
El amor.-Viaje a México.-Nuevos horizontes.- Don Justo Sierra.
.-Periodismo y novela.- El dramaturgo.- Matrimonio.- Los viajes.
.-La muerte. 1.

II.-EL MEDIO LITERARIO.

El Ateneo.-Influencias que determinan la Agrupación.- El
período post-revolucionario en las letras.- La Revista Azul.-
Porfirismo y Revolución.-Conciencia de la vida mexicana.- Don
Justo Sierra y la Universidad. 10.

III.-EL POSITIVISMO EN EL MEDIO CULTURAL.

La generación ateneísta frente al Positivismo.-Momento -
histórico y doctrinas.-"Los científicos" y el positivismo mexica
no.- Justo Sierra y los positivistas.- Savia Moderna.-La funda
ción de la Universidad y las corrientes culturales.-Labor de Pe
dro Henríquez Ureña.-La filosofía de Vasconcelos, Reyes y Caso... 18.

IV.-NOVELA DE GONZALEZ PEÑA Y ATENEISMO.

Doctrina y necesidad social determinante del grupo ateneísta.
-Los ideales.-Henríquez Ureña en el Ateneo.-Los lazos de unión
y la desbandada.- Los filósofos ateneístas.-La fundación del Ate
neo de la Juventud.- El Ateneo y González Peña.-El costumbrismo y
la obra de Federico Gamboa.- Gamboa y González Peña ante el natu
ralismo y el realismo..... 31.

V.- LA CHIQUILLA.

El ambiente.-El naturalismo de esta novela.-La Chiquilla -
y Santa, de Federico Gamboa.-Los personajes.- Antoñita.-Lena.-Cla
ra.-Alberto y doña Pepa.-Estéfana.- Otros personajes.- Crítica... 42.

VI.-LA MUSA BOHEMIA.

México antiguo y moderno.-Mauricio y Nita.-Tesis educativa
de la novela.-El sentido realista.- El periodismo.- Dos familias

en contraste.-La Chiquilla y La Musa Bohemia..... .. 61.

VII.-LA FUGA DE LA QUINERA.-

Esta novela en la época.-Conciencia del novelista.-La sociedad en los personajes y los personajes en la sociedad.- Los contrastes sensitivos.- El escritor en las tres novelas..... ..79.

VIII.- OTROS ASPECTOS LITERARIOS DE GONZALEZ PEÑA.

Los Estudios.-La Crónica.-Los Viajes.-El crítico.-En ensayista.-Espíritu novelador en el ensayo.-La galería de personajes. 92.

IX.- BIBLIOGRAFIA. 106.

— 1 —
CAPITULO I.

Lagos de Moreno, Jalisco, es una ciudad típicamente provinciana. Casitas de un solo piso, cuya blancura contrasta con el verde claro de los huertos abundantes en la población. La mayor parte de sus calles están bien empedradas, señalándose por la poca regularidad y amplitud que caracteriza a todas las viejas ciudades de México.

Sobre las largas series de casas, se levantan aquí y acullá algunos buenos edificios de dos pisos, destacando entre todas éstas construcciones, los elevados campanarios de los templos.

Lagos de Moreno cuenta con varios paseos muy frecuentados; su sombría Alameda y bellos jardines, donde los niños juegan; la Calzada del Río con su frescor y verdura bordeada de magníficos sauces llorones; la Plaza, sitio principal de reunión de enamorados, estudiantes y políticos, donde se lleva a cabo la típica serenata de provincia; escenario de ensueños amorosos y de ilusiones perdidas.

Nació don Carlos González Peña, en esta risueña ciudad de Lagos, el día 7 de julio de 1885, habiendo sido sus padres el doctor don Carlos González y doña Elvira de la Peña de González, familia acomodada de esta población, que gozara en ella de estimación y prestigio.

Se inició en el aprendizaje de las primeras letras, al lado de su madre para continuar más tarde sus estudios primarios en una pequeña escuela de la misma ciudad, transcurrió su niñez en ese pueblo, en que "...la vida se desliza poco a poco, las horas se alargan, se desenvuelven perezosamente unas tras otras. Y la noche- y la vida- se extinguen, con mansedumbre, al cabo de dilatado crepúsculo."¹

El clima sano, la temperatura agradable, el ambiente apacible de este pueblo netamente tapatío y provinciano, despierta en él la sensibilidad y fantasía, que aunadas, habrán de influir en sus ensayos y novelas.

(1). - Carlos González Peña, El Patio Bajo la Luna, "Los Paseos", Editorial Stylo, México, D. F., 1943, p. 103-104

Todavía bastante niño, lo llevaron a Guadalajara, donde permaneció -- varios años estudiando en el "Liceo para Varones". Y de regreso en Lagos, a los quince años, considerando bien terminados sus estudios, su madre le puso una tienda con el fin de dedicarlo a comerciante.

Pero estaba vástro que no había nacido para ese oficio; "La Simpatía" que así se llamaba la tienda, estuvo muy lejos de prosperar y al fin hubo de cerrarse tanto por falta de interés, como por el sobrado abandono en que la tenía el muchacho.

No había vocación de negociante, pero había, en cambio, decidida inclinación a la literatura. Desde muy niño mostraba ya vivas aficiones a todo cuanto despertase su imaginación y fantasía.

El mismo, en El Patio Bajo la Luna nos cuenta la devoción y apasionamiento con que desde muy pequeño escuchaba, embelesado, los inocentes relatos que de mil cuentos y leyendas hacían las criadas de su casa. También desde pequeño, le gustó leer; y leer cuanto podía alcanzar con sus manos todavía inseguras. No es de extrañarse pues, que de tal hartazgo de lectura, fueran naciendo las ansias de emborronar papeles.

A los quince años, aconteció el trascendental momento del amor, el instante feliz de la juventud primera, la risa y el alborozo de la vida. Sintiéndose alguno de los héroes de sus novelas, encontraba el gran amor que llenara su existencia; y en su alma, tan sensible como llena de fantasía, aquel amor había de arraigar al grado de dejarle huellas impercederas.

Tenía apenas trece años, blanca, de cabellos negros, con un par de -- ojos negros también y extraordinariamente hermosos. El cordón travieso, alegrísimo y alborotador de Aspero, hizo rabiar de lo lindo a su joven adorador, que en su seriedad, sólo provocaba más las risas y los alborotos de su prima.

Vivía Aspero en un molino cercano a Lagos. El viejo edificio, a más o

del río y las arboledas, acababan por colocarla en un escenario pintoresco, y tan romántico, que el pobre muchacho se bebía los vientos en contemplaciones y goces por la joven doncella.

Tres años duró el enamoramiento de cuya intensidad podemos juzgar por algunas frases halladas por las páginas de El Patio Bajo la Luna en las que como si desempolvara una reliquia, pinta un enamorado en sus mismas circunstancias:

"Sentía amarla con ardimientos locos. Yo no era yo, sino Chactas, Werther, Rafael... ó más bien Efraín. Me cuadraba mejor, por motivos del parentesco, equipararme con el héroe de la novela de Isaac. Pero a veces todos estos sentimentales amadores me venían cortos. Metido de cabeza en Walter Scott, imaginaba que renacía en mi ánimo adolescente el misticismo amoroso de los caballeros medioevales".²

Adolescente y novelesco, de espíritu imaginativo, aventurero, casi calenturiento, no podía menos que identificar sus vivencias con las descritas en las infinitas páginas de sus lecturas.

Cumplidos los dieciséis años, Carlos González Peña abandona su ciudad nativa, Lagos de Moreno, para dirigir a México sus pasos. Por años enteros comentó las impresiones tensas de aquella noche inolvidable.

La pasó de claro en claro, en su asiento del vagón "de primera". Brillaba tristemente la luna sobre llanuras y montes poblados de nombres largos que parecían fantasmas, y acompañando a todo ésto, se arrastraba el retico continuo y trepidante del tren sobre los rieles. El muchacho se puso a pensar... Pensaba en su tierna juventud y en las perspectivas que habría de encontrar en la capital.... Trac-trac, trac-trac, subrayaban las ruedas monótonas del tren....

(2). - Carlos González Peña, El Patio Bajo la Luna. "Luz de Atardecer", Editorial Stylo, México, D. F. 1945. p. 45.

Al fin, lujosa de ropajes, lo saludó la mañana con escándalo de oro sobre rascos. Levantó su cristal, y sacó la cabeza por la ventanilla. El tren culobreado incansable, ascendiendo y descendiendo, sobre montañas y más montañas. ¡Qué lejos se había quedado Lagos! ¡Qué lejos su casa y sus infantiles días!

Por primera vez se contempló a sí mismo bajo los luces de la preocupación y el temor del provinciano que estaba a punto de llegar a la metrópoli. ¡Llevaba tan poco dinero...!. Una tía suya, señora muy prudente, le había cosido el bolsillo con el dinero para evitar que se lo robaran.

Ya cerca de la Capital, el tren corría más que nunca, como un caballo que se sintiera próximo a su establo. De pronto el tren se detuvo, hecho a andar a la inversa, ya habían llegado. Ya estaban en México. ¡Qué grande le pareció la ciudad! ¡Iba sin duda a perderse en ella!

Algunos parientes comedidos, tenían prevenido para el joven provinciano, un empleo en la Secretaría de Guerra. Apenas llegado a México, don Carlos lo coupó en seguida.

Pero su espíritu, anhelante de otros horizontes, le hizo comenzar a asociarse con los muchachos que, en aquella época, eran aficionados a cultivar las letras.

"No permanecí sentado, - escribe más tarde González Peña en su prólogo a Santa Hía, - esfuerzame por estar espiritualmente de pie. Sentía que del amago de perennidad burocrático solo me salvarían las letras" Y se empeña en escribir en los ratos perdidos. Considera que tiene un camino muy largo que recorrer y que solo a fuerza de tesón lo podrá conquistar. "Tenía un bagaje muy corto, - sigue diciendo- Había que enriquecerlo y luchar." Se considera inepto y a fin de acrecentar sus conocimientos se pone a trabajar sin descanso, a estudiar, a meditar y sobre todo a leer, a leer voraz y ansiosamente. ¡Entregábase por las mañanas a la respetable

tarea de redactar oficios, evitando prudentemente el contagio de la prosa oficinesca, pedregosa y atribulada." Y continúa más adelante: "Las de la tarde, aún más ansiosamente aguardadas, eran las horas mías. Entonces me daba el lujo de pertenecerme; entonces era yo dentro de mí mismo. Se iban perfilando, me iban nutriendo, en mente y corazón los maestros amados."

Bien aprovechó don Carlos las horas que él llamaba suyas. Leía y escribía sin descanso. A poco, el primer cuento estuvo listo para la imprenta. ¡Cuánta fué su emoción al ver por primera vez su nombre en letras del molde! Antes de mucho, ya estaba colaborando en la revista "La Patria" de don Irineo Paz.

Así como Ignacio Ramírez es el animador cultural de las letras patrias en el primer período del siglo XIX, é Ignacio Altamirano es el maestro del renacimiento literario de la segunda mitad, la generación literaria de Carlos González Peña tuvo por maestro a un hombre eminentísimo cuya influencia espiritual fué decisiva, don Justo Sierra.

Poeta y cuentista de fina inspiración romántica, en su juventud, profundo historiador más tarde, sagaz sociólogo en su madurez, tuvo Justo Sierra, sobre estas virtudes la de ser un verdadero maestro. González Peña se la pasó que otros jóvenes escritores iban en su busca seguros de encontrar en él auxilio y consejo.

Y a más de auxilio y consejo, algo que Don Justo Sierra había dicho en medio de su sonriente y benévola ironía, ayudó al muchacho a sobrellevar con paciencia los sinsabores burocráticos. Cada vez que las cuartillas en blanco le atraían a deshora, una cara de sonrisa un tanto burlesca se adivinaba hasta ocupar la primera línea: "Si el escritor, en México, no vive de los empleos, ¿de qué vive?".

Y así corrieron, -"semejantes y diversos"- los días. Después de la co-

laboración en "La Patria" de don Irineo Paz, vino la colaboración en "El Mundo Ilustrado" y algunas otras revistas de la época; y cuando se fundó "El Universal", entró desde luego a formar parte del cuerpo de colaboradores fijos. 3.

Vino en seguida la primer novela, De Noche (1905) y a poco, en medio de algunos divertidos incidentos, aunque no por eso menos molestos para el autor, estrenó su único drama: El Huerto.

Su amor por las obras teatrales hacía que, domingo a domingo, fuese asiduo asistente al viejo Teatro Hidalgo, aunque su espíritu crítico ironice más tarde en La Musa Bohemia, el tipo de obras que allí se representaban.

En aquel mismo Hidalgo, conoció a uno de los actores que constituían firme pilar del espectáculo, Dn. Felipe Montoya y Alarcón; una tarde, se dirigió a la casa del comediante, situada en una vivienda humilde de un callejón cercano. Le llevó sus primicias dramáticas, su obra El Huerto.

Se trata de una pieza en tres actos cuya acción transcurre en la lagunense tierra nativa, idilio rural entre árboles y flores, que al final se desenlaza en tragedia. Toda la obra de un sabor mexicanísimo; se proyectó que la presentaría Elisa de la Haza, primera actriz española, que llevaba con gentil garbo el rebozo y el trajecillo de percal de la campesina mexicana.

Grandísima fué la sorpresa que el entonces joven González Peña, recibió cuando vió la representación de su pieza dramática. Fué tal su desconcierto, que no se encontraba a sí mismo.

Salvo la primera actriz, todos los demás estaban fuera de lugar; el primer galán, portando chaquetilla corta y sombrero calañés, a la andaluza (3).— Al fundarse "El Universal", entró como colaborador, siendo más tarde articulista y editorialista, trabajando en él hasta su muerte.

za, engendraba el tipo de un muchacho gallardo, medio charro y valentón - de Jalisco, deformando así la calidad de los tipos.

Para la concurrencia fué un éxito rotundo, pero para el sentir mexicano del escritor fué una desilusión, ver su obra representada en una auténtica farsa española con tinte mexicano. Desencantado de la actuación así como de la colaboración, decidió retirar la pieza del cartel esa misma noche y no volver a cultivar jamás el teatro. Decisión drástica, pero que se vería radicalmente susplida.

La reacción que El Huerto despertó entre nuestras clases acomodadas de provincia, nos da una idea de la idiosincrasia de aquellos medios a principios del presente siglo. Una tía para quien don Carlos había sido siempre su ojo derecho, lo desheredó en medio de profundo disgusto por el solo hecho de que había escrito un drama. Tía que acaso sea la misma tía Victorina que nos presenta el escritor en La Musa Bohemia.

La vida sentimental de Carlos González Peña siempre se vió perseguida por la imagen de la que fuera el primer amor, su prima Amparo González. - Fué don Carlos, muy voluble en sus amores influenciado tal vez por la impresión del recuerdo, hasta que se casó con Julieta Parrodi, por el año de 1916. De esta unión tuvo cinco hijos, que fueron el complemento necesario a su vida. Supo ser un padre ejemplar y cariñoso, que sostuvo su hogar - dentro de estricta disciplina educativa.

Por el año de 1918 fué invitado con un grupo de periodistas, por el - - Presidente Wilson, a pasar unas semanas en los Estados Unidos; y de este - viaje nos cuenta sus particulares impresiones en: La Vida Turbulenta, que se editó en 1920; siendo este libro, como todos los suyos, preciso en sus observaciones y elegante en el estilo.

Hizo varios viajes a los Estados Unidos y a Europa. El primero al viaje Continente, fué en el año de 1952, desempeñando en él una comisión cul-

tural ante la UNESCO.

A la 1:10 de la madrugada, el día primero de agosto de 1955, dejó de existir don Carlos González Peña, periodista, escritor y poeta, en su domicilio de las calle de Díaz Mirón 183, de la ciudad de México, víctima de un delicado padecimiento cardíaco. Al morir contaba setenta años de edad, que fueron por fortuna para la cultura mexicana, laboriosamente vividos.

Abundante es la obra que produjo don Carlos González Peña, en la que deben considerarse los múltiples artículos que escribió para "El Universal", y para algunas revistas extranjeras. Trabajador fuerte y enamorado de su profesión, editó las siguientes obras literarias:

NOVELA: De Noche, 1905.- La Chiquilla, Valencia, España, 1907-1908.- Pról. de José Escofet.-1946.- Pról. de A. Castro Leal.- La Musa Bohemia, Valencia, España, 1909.- La Fuga de la Quimera, 1919, 1948.

VIAJES: La Vida Tumultuosa.- Seis semanas en los Estados Unidos, 1920.

CRONICAS Y ENSAYOS: El Patio Bajo la Luna, 1945.- Flores de Pasión y de Melancolía, 1945.- El Hechizo Musical, 1946.- Gente Mía, 1946.- El Nicho Iluminado, 1947.- Mirando Pasar la Vida, 1947.- Claridad en la Lejanía, 1947.- El Alma y la Máscara, 1948.- Más Allá del Mar, 1949.- Gentes y Paisajes de Jalisco, 1949.- Pról. de Alfonso de Alba.

DISCURSO: Elogio de la Bella Flor, 1946.

ESTUDIOS: Manual de Gramática Castellana, 1921.- (10 ediciones).- Historia de la Literatura Castellana, El Jardín de las Letras.-1944.- Historia de la Literatura Mexicana, 1928, 1940, 1945.- Florilegio de Cuentos. (4).

(4).- Esta Bibliografía ha sido tomada de las Guías Bibliográficas adjuntas a la Literatura Mexicana del Siglo XX, de José Luis Martínez.- Antigua Librería Robredo.- México, 1949. p. 58.

La muerte del ilustre hombre de letras, fué muy sentida en todos los centros intelectuales de la Capital Mexicana, donde era muy querido por sus cualidades de hombre y dotes de intelectual.

La noticia de su deceso fué hondamente sentida en los círculos literarios, en "El Universal", diario en el que fuere uno de los fundadores y - al que su pluma dió siempre los mejores frutos para sus páginas despertando en sus lectores gran interés. Todavía el miércoles anterior a su muerte, dictó los últimos artículos a su secretaria, para el diario que amaba entrañablemente.

Hasta en sus últimos días, la literaria obsesión fué "su periódico", al que sirvió siempre con lealtad y con todo el cariño que abrigaba su noble corazón.

Puede afirmarse que la muerte, llegó en plena labor de producción y que don Carlos González Peña deja a la literatura mexicana una enorme y valiosa herencia.

Fuó durante su vida bondadoso y magnánimo. Siempre tenía a flor de labio una palabra amable, y poseía un espíritu sereno, que jamás cayó en el ex abrupto. Alma de filósofo, que nunca conoció el desaliento y de un auténtico valor moral.

Comenzó su vida sintiéndose reformador, pero acabó siendo conservador, y en sus últimos años, profundamente religioso.

Con su muerte, México perdió un hombre ejemplar, modelo de trabajo y de perseverancia, que supo entregarse plenamente a la literatura mexicana, honrando de esta manera a su patria.

CAPITULO IX.

El grupo del Ateneo, del que forma parte relevante Carlos González Peña, representa en la literatura Mexicana, el enlace con el pasado inmediato -- del que todavía conserva algunas tendencias; este grupo continúa su labor -- a través de una época plena de violencia y de confusión, en la que los -- ideales, y las vidas mismas, ven sufriendo variaciones profundas y radica -- les; y aún dispersos por los múltiples incidentes provocados por los azares -- revolucionarios, los miembros del Ateneo han creado y determinado el tono -- característico de la productividad literaria contemporánea. Sus influen -- cias permanecen aún en las actuales generaciones, y las obras de muchos de -- ellos, siguen engalanando páginas para servir de modelo en el presente y en -- el futuro de México.

Pueden resumirse en tres las principales influencias decisivas que ha -- brían de dar forma y color al amplio escenario sobre el que la famosa Gene -- ración Ateneísta, cuya obra y labor todavía norma y guía la cultura mexica -- na, hiciera su aparición para desarrollarse en plenitud de ideales.

El Modernismo, esa tendencia caracterizada por el cuidadoso refinamiento de las formas, por el uso de palabras sonoras y rimas elegantes aunadas a sím -- bolos intencionalmente oscuros é imprecisos, incontenible y avasallador -- movimiento que naciera en Francia encabezado por los parnasianos, que en -- América alcanza insospechadas alturas y que en México lograra representa -- tes de la importancia de M. José Othon, Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera, puede ser considerado, hasta cierto punto, un -- excitante que provocara entre otros, las reacciones culturales que más tar -- de dieron base al ateneísmo.

En segundo término, el impulso nuevo y vigoroso que a todas las facetas -- de la educación imprimiera don Justo Sierra, al que nunca dejaremos de con -- siderar como el gran maestro, como el sabio consejero y enérgico líder, y -- cuya figura ocupa, de luego, un lugar preminente y multifacético en la his --

toria de la educación de México. Su influencia bienhechora, sirve de tónica para agrupar los esfuerzos juveniles de su época, a la que sabe servir dignamente.

Y por último, la Revolución, cuya notable abundancia de optimismo e idealismo, no podía menos que influir en los más variados aspectos del arte mexicano; y, principalmente, en el trascendental de las letras, cuyos representantes más destacados, se hallaban reunidos en torno al Ateneo de la Juventud.

Durante el largo período comprendido entre los años que corren de 1866 a 1910, México sufre profundos y determinantes cambios en su política, en el orden social, y en el de sus instituciones económicas. Dentro de él, el "porfirismo", es una patente realidad política.

Los años de paz, iniciados en 1867, y que culminan con el régimen de Porfirio Díaz, provocan una nueva etapa en la que los mexicanos, "arrojando el sable" como dice don Ignacio M. Altamirano, empiezan, una vez más, a tomarle el gusto novedoso a los asuntos culturales.

El estado de cosas, parece sólidamente asentado sobre el eje mismo de la vida cotidiana y no esoma por ninguna parte el peligro de una nueva lucha. La atmósfera social se despeja, y las pasiones políticas se adormecen; la tranquilidad predomina y las letras mexicanas progresan al protector amparo de un ambiente favorable. Y es entonces cuando el Modernismo surge como un florecer de primavera, que sin detenerse en formalidades académicas irrumpe desbordante en tierras de América.

En el período posterior a la Reforma, los escritores se van despojando de las pasiones políticas que alentaban a los hombres de letras en épocas precedentes; y poco a poco, después del incendio modernista, su obra va siendo, cada vez más, resultado lógico de investigaciones serenas, acuciosas y desinteresadas; de una labor firme, tenaz, y absorbente, que iba a

substituir con la calma académica los arranques líricos de Lugones, Darío y Santos Chocano, las rebeldías bohemias de Díaz Mirón y los afrancesados toques del Duque Job.

No intentamos asegurar con esto, que la literatura haya perdido del todo su contacto con la realidad social, que se haya olvidado de su conciencia de época, sino que esta ya no la encadena a restringidos conceptos, ni le impone sus propios límites. Todos los aspectos de la vida pública mexicana han ido perdiendo para entonces, las violencias que los arrastraban; y la literatura, alejándose ó acercándose a voluntad, a la realidad nacional, cambia sus rumbos, sus metas, sus ritmos, en pleno acuerdo con sus propias iniciativas.

El advenimiento de una nueva época cultural, se puede advertir con signo claro é inconfundible, en un hecho exclusivamente literario: la aparición del primer número de la Revista Azul publicado el 6 de mayo del año de 1894, por Manuel Gutiérrez Nájera.

Iniciado desde 1876, el período dictatorial del General Díaz, salvo un breve intervalo, se mantiene firme hasta 1911, año en el que su gobierno es derrotado por Francisco I. Madero al frente de la Revolución Mexicana.

El poder y la riqueza, reconcentrados entonces en algunas ciudades y en pocas familias, y junto a ellas, el pueblo de México que se empobrecía física y moralmente, provocan la Revolución.

Este período, que podría considerarse pernicioso para el desarrollo del espíritu cívico de México visto en su aspecto esclusivo, fué extraordinariamente propicio para las letras; acaso porque éstas, tácitamente sirvieron para dar lustre a aquella dictadura que no intentaron destruir. La poesía de esta época es tal vez la más valiosa que se produce en la literatura mexicana, y toda la cultura experimentó un innegable progreso preparando el advenimiento de las nuevas ideas y del nuevo gobierno.

Si el impulso generador de la revolución hubiera descansado solamente en las armas, tal vez lo que fué cruenta lucha, no hubiera pasado, de un simple levantamiento, de un instante en la vida de México, tan corto, como fácil de ahogar. Pero, aunque obedeciendo ostensiblemente a causas políticas, el movimiento revolucionario tenía una profunda raigambre en la opinión pública y en la vida misma del pueblo.

Que la nación viviera en calma bajo una democracia aparente dentro de la cual, la cultura, el comercio y la industria tomaran incremento; que afluyeran al país cuantiosos capitales extranjeros, para la explotación de las riquezas naturales; y que se emprendieran muchas y muy importantes obras públicas, no quiere decir que tan bellos colores, alcanzaran a cubrir todas las superficies grises que ensombrecían el cuadro.

Sin tomar en cuenta a los grupos privilegiados en cuyas manos estaban los buenos empleos burocráticos, que se habían apoderado de la industria, el comercio y las grandes propiedades, tanto urbanas como rurales, la ola se media y las clases trabajadoras se encontraban en situaciones de indiscutible inferioridad, que inúmeras veces implicaban la miseria.

Así pues, la Revolución Mexicana, encontró eco inmediato en todos los ámbitos sociales, tuvo inmediatas respuestas desde las enormes masas de peones y obreros que vegetaban sin esperanza de incrementar sus exiguos salarios, hasta los puntos más elevados de las clases cultas donde se alojaban la filosofía, el arte y la política.

El fervor revolucionario comenzó a palpitar penetrando en lo más sensible de la vida nacional, y al mismo tiempo que la arrastraba a enormes y cruentas vicisitudes, le inyectaba la potente esperanza de un futuro mejor, que nos detallan muchos literatos mexicanos; entre los que Arturo Torres-Rioseco, nos dice que:

"La idea revolucionaria está metida en el tuétano mismo de la raza. -

No hay un solo grupo social que sea indiferente a la gran causa. Despertaron los campesinos y comprendieron que ellos también eran factor importante en el desarrollo de su pueblo...."5

F. Rand Morton, con enorme perspicacia y tino, en la parte final de su estudio sobre los Novelistas de la Revolución Mexicana y tratando de definir al hombre emanado de ella, escribe lo siguiente:

"El despertar del sentido humano de la vida mexicana hubo de acontecer cuando el pueblo mexicano se dió cuenta de que el vivir su propia vida - compensaba los sufrimientos, las angustias y el dolor que siempre representan una revolución."

"El mexicano, dígame mejor, el verdadero mexicano, apareció como el - personaje principal tanto en la novela como en la pintura. Se le ve, ahora, y por primera vez, igual a como es. Su fisonomía, aun su cutis, ganan en importancia. El "héroe" ya no tiene que ser de apariencia europea, mucho menos española; ahora la negrura de su cabello, el bronce de su cara, los lineamientos que denotan una fuerza viril son las virtudes - con que debe contar."6

Rafael Muñoz, en su novela "Se llevaron el cañón para Bachimba", deja a la palabra de Marcos Ruiz, uno de sus personajes, que explique a Alvarito su concepto de la Revolución, comprendida en el sentimiento popular, - en el mexicano que lucha y sabe entregarse a sus ideales:

"...No estamos peleando por venganza, Alvarito, La Revolución es algo

(5) - Grandes Novelistas de la América Hispana, Vol. 1. University of California Press, 1941.

(6) - F. Rand Morton, Los Novelistas de la Revolución Mexicana, "Los Valores de la Novela de la Revolución", "El Valor Social y Psicológico", Editorial Cultura, T. G. S. A. México, 1949. p. 245.

más, algo tan grande, que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia; es la inconformidad del pueblo con su miseria." 7

Idea que después canalizará hacia el deseo natural de no sentir inutilizados sus esfuerzos, al concluir en labios del mismo personaje: "Que nos serene y que nos consuele, la seguridad de que podemos ayudar todavía después de haber ayudado un poco ..."

La Revolución invade, avasalladora y firme, todos los aspectos de la vida mexicana; y su característica principal, son los anhelos que piden libertad, los anhelos que gritan su odio y su repugnancia a lo que significa opresión, ante la falta de libertad en todos los órdenes: en el orden individual, en la expresión de prensa, en la política y en la elevación económica ó cultural.

Y los mexicanos, que hasta entonces se habían pasado los días imitando todo lo europeo arrancando un espíritu prestado al Viejo Continente, comienzan a ver de pronto que México tiene su propia belleza deficientemente explotada, que existe en propias tierras un manantial incalculable de posibilidades. Pintores, filósofos, músicos y literatos, comienzan así la tarea de aprovecharse de la mexicanidad tanto tiempo escondida, dando principio a un intenso desarrollo de esta nueva fase en la cultura de su patria.

La labor pedagógica del maestro Justo Sierra, como Ministro de Instrucción Pública, no solo se redujo a las funciones relacionadas con la educación impartida en las escuelas, no se concretó a labores internas, sino que abrió una amplia puerta de entrada para dar cabida a todas las corrientes culturales de los albores del siglo.

No cejó en sus empeños, hasta ver fundada la Universidad Nacional de México y agrupados a su amparo, a los jóvenes estudiosos de la época, an-

(7).- W. Hand Morton, Los Novelistas de la Revolución Mexicana, "Los Valores de la Novela de la Revolución", "El Valor Social y Psicológico", Editorial Cultura, T. G. S. A. México, 1949 p. 248.

tre los que habían de descollar más tarde, muchos de los valores actuales, del panorama intelectual en este país.

Funda Justo Sierra la Universidad en 1910, año preciso en el que el régimen de Dn. Porfirio Díaz había llegado al punto máximo de su esplendor. Se cuenta que las fiestas conmemorando el Centenario de la Independencia de México, fueron fastuosamente espectaculares.

Después de treinta años de paz vividos en el régimen porfirista, también la labor pedagógica de don Justo llegaba al sitio de elevación máxima. Pero, al contrario del régimen, que aún pareciendo indestructible estaba al borde mismo de su inminente desintegración, el Régimen Educativo de don Justo Sierra se afirmaba en un carácter imperecedero; sufriría inclinándose a todos los vientos y a todas las sacudidas, pero siempre para reaparecer pleno de vida y cada vez más fuerte, aún ante el impacto tremendo de la Revolución Mexicana.

Heredó don Justo Sierra, su amor a la literatura, directamente de su padre, que fué novelista y jurisconsulto. Después de iniciar sus estudios en Mérida, Yucatán, vino a la ciudad de México en 1861 para continuarlos en la Academia de San Ildefonso.

Fuó el más destacado discípulo de Altamirano, y a la muerte de éste, se convirtió en el maestro de dos generaciones; orador distinguido, político de altura, aficionado a los viajes, historiador, poeta y periodista; pero, sobre todo, maestro brillante que influyera grandemente en sus alumnos y en los incontables escritores que le sucedieron.

Dice Taine que "hay un sistema en los sentimientos y en las ideas humanas, y ese sistema tiene por principal motor ciertos rasgos generales, ciertos caracteres de espíritu y de corazón comunes a los hombres de una raza, de un siglo, de un país".

Y, siguiendo la afeveración del viejo filósofo, creemos que hay entre los hombres comunes a una misma generación, a un mismo ambiente, caracte-

res notablemente especiales, espíritus privilegiados, seres excepcionales, que sirven precisamente para darle calidad de tono y color a ese ambiente, a la realidad nacional a que pertenecen; y de ese tipo de hombres, fué el maestro don Justo Sierra.

Carlos González Peña, nos dibuja cuidadosamente sus rasgos al afirmar que: "Trascendía la majestad corpórea de Justo Sierra a su propio arte. De nuestros grandes escritores, unos habrán que nos hechicen por su sutileza, por su gracia, cuáles por su capacidad de emoción, quiénes por su don pintoresco ó por la tersura de su lenguaje; cuando no por unas y otras, juntas, de estas cosas. En Justo Sierra todo ésto se traducía en grandeza. Grandeza hay en su poesía; grandeza majestuosísima en su prosa."(8)

En este ambiente, con el valor moral y literario de don Justo Sierra, al que respetaron, a pesar del desorden y el enrarecimiento del medio, todos los tirones y desordenadas tendencias de la Revolución, antes de la misma fundación de la Universidad, habrían de gestarse los sentimientos, las pasiones, las filosofías y las corrientes culturales todas, que dieran cuerpo a la agrupación de juventudes ambiciosas en el "Ateneo de la Juventud".

Cuando se funda la Universidad, don Justo cumple con la misión de darles el espaldarazo que habría de lanzarlos por el camino de conquista que ya habían iniciado; cumplió con la delicada misión de entregarles su conocimiento y su firme apoyo, para facilitar el advenimiento de la nueva cultura que elevaba a grandes alturas, el pensamiento nacional.

Poco importa ya que más tarde la Revolución dispersara las rutas de los estencistas; cuando esto sucedía, la simiente, había germinado; y sus magníficos frutos, a pesar de todas las tempestades, irían volando por los aires en semilla fructífera y reproductiva; seguirían siempre en actividad una vez restablecida la calma.

(8). — Carlos González Peña. — Claridad en la Lenguaje. — "La Majestad de Justo Sierra". — Editorial Stylo. — México, D.F. — 1947. p. 223.

res notablemente especiales, espíritus privilegiados, seres excepcionales, que sirven precisamente para darle calidad de tono y color a ese ambiente, a la realidad nacional a que pertenecen; y de ese tipo de hombres, fué el maestro don Justo Sierra.

Carlos González Peña, nos dibuja cuidadosamente sus rasgos al afirmar que: "Trascendía la majestad corpórea de Justo Sierra a su propio arte. De nuestros grandes escritores, unos habrá que nos hechicen por su sutileza, por su gracia, cuáles por su capacidad de emoción, quiénes por su don pintoresco ó por la tersura de su lenguaje; cuando no por unas y otras, juntas, de estas cosas. En Justo Sierra todo ésto se traducía en grandeza. Grandeza hay en su poesía; grandeza majestuosísima en su prosa."(8)

En este ambiente, con el valor moral y literario de don Justo Sierra, al que respetaron, a pesar del desorden y el enrarecimiento del medio, todos los tirones y desordenadas tendencias de la Revolución, antes de la misma fundación de la Universidad, habrían de gestarse los sentimientos, las pasiones, las filosofías y las corrientes culturales todas, que dieran cuerpo a la agrupación de juventudes ambiciosas en el "Ateneo de la Juventud".

Cuando se funda la Universidad, don Justo cumple con la misión de darles el espaldarazo que habría de lanzarlos por el camino de conquista que ya habían iniciado; cumplió con la delicada misión de entregarles su conocimiento y su firme apoyo, para facilitar el advenimiento de la nueva cultura que elevaba a grandes alturas, el pensamiento nacional.

Poco importa ya que más tarde la Revolución dispersara las rutas de los ateneístas; cuando esto sucedió, la simiente, había germinado; y sus magníficos frutos, a pesar de todas las tempestades, irían volando por los aires en semilla fructífera y reproductiva; seguirían siempre en actividad una vez restablecida la calma.

(8).- Carlos González Peña.- Claridad en la Lenguaje .- "La Majestad de Justo Sierra".- Editorial Stylo.- México, D.F. .- 1947. p. 223.

CAPITULO III.

Hemos visto ya, cómo don Carlos González Peña forma parte de aquella libertadora Generación de 1910, que, haciendo irrupción en el recinto cerrado en la que la llamada doctrina positivista había enclaustrado a México, abrió las puertas a las nuevas corrientes culturales brotadas al calor de las nuevas ideologías y de bien cimentadas ambiciones de progreso.

La efervescencia sentimental é intelectual que venía dominando a este grupo desde 1906, y que llegó a su climax en 1908, al manifestarse claramente el apoyo de don Justo Sierra, cuando éste demostrara conocer y aprobar los ideales, producto de las nuevas ideologías, por medio de su famoso Discurso en Honor de Gabino Barrera, y que poco tiempo después, fuera a consolidarse en 1909 con la fundación del Ateneo de la Juventud.

Lo que no lograron nunca las más ruidas críticas ni las más variadas sátiras, que de todas partes se enderezaban en contra el positivismo, lo habría de lograr, por el camino del esfuerzo intelectual, este grupo del Ateneo, que acometió la tarea decidida y firmemente.

Aquella generación se declaró en plena rebeldía contra el positivismo, combatía de lleno su carácter dogmático que había sembrado el descontento en todos los medios intelectuales de México; se manifestaba abiertamente en contra de las limitaciones que forzosamente imponía aquella ideología que se basaba en el orden, mantenido a cualquier precio, obstaculizando así la evolución de la sociedad.

La situación, a la que se había buscado una solución en el positivismo, había dejado de existir; y aquella doctrina que buscaba todas las soluciones posibles en la ciencia, comenzó a resultar ineficaz, al demostrarse que la ciencia misma era la que menos resultados tenía y en cambio planteaba mayor número de problemas.

Entonces, el positivismo, olvidando de pronto su dogma inicial, comenzó a plegarse en forma acomodaticia a las necesidades burguesas del ambiente porfirista, tomando, en cambio, un rumbo político que procuraba mantener estacionarios todos los ideales de progreso de la nación.

Y fué la generación de 1910, agrupada en espíritu y esfuerzo al Ateneo de la Juventud, quien dió la batalla contra el positivismo y no cesó hasta eliminar su preponderante influencia.

El fundador del positivismo fué Augusto Comte, aunque no le faltaron precursores; se reconoce a sí mismo, como sucesor principalmente de Hume y secundariamente de Kant. Hume es con su empirismo el ascendiente directo de Comte, en el método positivo; y sus relaciones con Kant, si bien tardías y superficiales, son claras.

Era para el desarrollo del positivismo propicio el momento histórico en que Comte lo formuló. Las ideas materialistas y empiristas se habían ido infiltrando; el criticismo había socavado todos los simientos, y las derivaciones de la metafísica idealista y panteísta no bastaban para conciliarle la estima de los hombres aficionados a lo material y concreto.

Por otra parte, los progresos en las ciencias, físico matemáticas, la nueva afición a los estudios históricos, un ambiente intelectual verdaderamente positivo eran terreno abonado al florecimiento de una doctrina que no exigía sacrificio alguno, ni pedía esfuerzos intelectuales. El portador de esta corriente filosófica de Europa a México, fué Gabino Barrera.

En México, como en Francia, el momento histórico se prestaba a la implantación de las nuevas doctrinas que, en sí, eran influidas por la política. Una vez vencido el intento de establecer un imperio en tierras de Anáhuac y habiendo tomado las riendas del poder, don Benito Juárez,

se encontró con una situación caótica que amenazaba prolongarse indefinidamente, debido al espíritu general impregnado de la anarquía reinante.

El doctor don Gabino Barreda había sido discípulo de Augusto Comte en sus cursos de París y estaba convertido en el más ardiente positivista; pensó que la doctrina de Comte era la más apropiada para formar un nuevo espíritu en los mexicanos y la creía destinada a asegurar para el país un benéfico y nuevo orden social.

Barreda transformó el lema de Comte en una tesis revolucionaria. -- Comte decía: "amor, orden y progreso"; y al modificarlo, Barreda dijo, "libertad, orden y progreso"; "la libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin." La principal tesis, sustentada por don Gabino Barreda, era La Separación de la Educación y el Estado. El anhelo de una institución educativa libre de influencias políticas y religiosas.

Barreda quería hacer prevalecer el lema comtiano que subordina la inteligencia al amor y a todo sentimiento. Descansando sobre estos principios filosóficos, se reorganizó la educación mexicana que hasta entonces no había podido liberarse de las influencias políticas. El plan de estudios se organizó conforme a la clasificación de las ciencias de Comte, pensando Barreda que la educación intelectual debía ser el principal objetivo de la instrucción de un pueblo. Consideraba también, siguiendo las enseñanzas de su maestro, que el fin de la ciencia no debía detenerse en el saber puro, sino en comunión con el lema positivista, "saber para prever; y prever para obrar." El positivismo pronto echó profundas y sólidas raíces, pero se transformó, con el tiempo, en una ideología de tipo conservador. La situación social de esta doctrina, nos la determina Leopoldo Zea, destacado filósofo mexicano, de la siguiente manera:

"La filosofía positiva fué uno de los instrumentos que se utilizaron

en la coordinación de intereses de la burguesía mexicana; sin embargo, llegó un momento en que la filosofía positiva dejó de ser útil y se tornó contraria a los intereses que este grupo social trataba de equilibrar. El orden que sostenía la filosofía positiva no era ya el orden que la realidad necesitaba, perdiendo así su justificación social. El ideal de la filosofía positiva continuó siendo una utopía para quienes se titulaban auténticos positivistas." (9)

La burguesía mexicana, que buscaba siempre la defensa de sus intereses, hizo a un lado de manera acomodaticia, lo que había sido uno de los principios filosóficos fundamentales del positivismo; es decir, el progreso.

Se constituyeron en portavoces de esta ideología un pequeño grupo de intelectuales, una minoría de privilegiados que protegía el régimen de don Porfirio Díaz y que fueron llamados por el pueblo con el colectivo mote de "los científicos."

Este grupo, en realidad ajeno a los verdaderos ideales delineados en esta doctrina, es el que nos interesa, pues tiene influencia decisiva en la política, y es el que representa las tendencias del positivismo mexicano.

Escudo al calor de la escuela comtiana de Gabino Barreda, el positivismo había congregado a un grupo de redactores, para editar, como propio vocero, el periódico La Libertad, que contaba entre sus miembros principales, en sitial preponderante, a don Justo Sierra.

El Maestro, que en un principio apoyó y simpatizó con las sucesivas reelecciones de don Porfirio Díaz, llegó a comprender claramente tal política, así como la adoptada por los científicos, no podía menos que ser muy peligrosa.

(9).— Leopoldo Zea, Apogeo y Decadencia del Positivismo en México, El Colegio de México, México, 1944. p. 23.

La burguesía mexicana no tenía otro ideal político que el orden, y a este orden, se iban sacrificando paulatinamente, la libertad social y la libertad política. Se había hecho del Estado y del General Díaz guardianes de los intereses de la burguesía; y del partido de los científicos, un servidor de ésta misma.

El grupo de los científicos adoptó los principios de Comte y de Barrera, a las necesidades emanadas de los intereses que representaba; y es nuevamente Leopoldo Zea, quien se encargó de puntualizarlo así:

"Lo importante para ellos no era la doctrina, sino la realidad que perseguían. Sobre la doctrina estaban los intereses de su grupo. Del positivismo tomarían lo que conviniese a tales intereses y desearían aquello que se les opusiese. Tal grupo no podía ser considerado como positivista por quienes habían hecho del positivismo un ideal."¹⁰

No pasó mucho tiempo sin que este grupo abandonara sus afanes políticos para convertir a todos sus miembros en personajes claramente influyentes dentro de la administración pública. El grupo político, se encontraba ya desintegrado y sus componentes se dedicaron a muy diversas actividades; hasta que, por un golpe de suerte para México, don Justo Sierra, en 1905, fué a hacerse cargo del Ministerio de Instrucción Pública.

El positivismo, que había sido la base de la educación mexicana, y el más sólido apoyo del porfirismo, recibe con este hecho el primer golpe efectivo.

El Maestro Justo Sierra, iba ya para entonces, a la cabeza de los escépticos que, habiéndose formado en las enseñanzas de don Gabino Barrera, y habiendo vivido el más puro optimismo de los positivistas mexicanos, había terminado por reconocer su inutilidad en la época y por

(10) - Opus cit. p. 14.

rechazar la idea de que la ciencia lo era todo.

Los principios de "libertad, orden y progreso", habían sido establecidos por Gabino Barreda, pero alcanzados por medio de la ciencia. Con todo, el proclamo entendimiento de Justo Sierra, encontraba ahora que la ciencia proporcionaba exactamente lo contrario: lucha perpetua, perpetuos problemas, y sin ninguna solución. El sabía todo ésto, y así se lo hizo saber a las nuevas generaciones; al situar la etapa, Zea asegura ra:

"El positivismo mexicano entraba así en crisis; dejaba de ser ciencia definitiva, apareciendo como una filosofía más, como lo que actualmente llamamos una ideología. No expresaba ya el Orden, sino un "un orden", no era un instrumento de paz sino instrumento de guerra. Frente a él se alzarían otros pendones, nuevas filosofías y con ellas nuevos nombres. (11)

En 1906, un grupo de entusiastas estudiantes y escritores jóvenes se congregaron con un mismo afán: el de romper el cerco de una cultura que ya no les satisfacía. Sus tendencias se ponían de manifiesto en una publicación que representaba el esfuerzo y las propias ideas. Savia Moderna fué el nombre de la revista, y en ella se exponían las nuevas filosofías contrarias al positivismo.

Durante el año de 1908 vino a sumarse a todo ésto, la actitud de don Justo Sierra al pronunciar su discurso sobre Barreda, en la que exponía en una forma clara y precisa, las inquietudes en que la nueva generación vivía. Pero no fué sino hasta 1910 cuando se hizo más clara y plena la inquietud de la nueva generación y su repulsa del positivismo con las conferencias del Ateneo de la Juventud. Este acto, se complementa con el hecho de que ese año, Justo Sierra fundó la Universidad Nacional de

(11).- Opus cit. P. 254.

México, y en su discurso de inauguración fijó la empresa cultural del México que entonces nacía.

Hasta la época del Maestro Sierra, no existía sino la Escuela de Altos Estudios, que más tarde había de convertirse en la Facultad de Filosofía y Letras, pues desde el año de 1883, Valentín Gómez Farías había disuelto la que hasta entonces fuera la Real y Pontificia Universidad de México.

Desde esta época, unas cuantas escuelas superiores, dispersas y sin coordinación, entre las que se contaba la Escuela de Altos Estudios, - eran las únicas fuentes de cultura en México. Justo Sierra decidió acabar con esta anarquía, reorganizar las escuelas, agruparlas; en una palabra, volver a rehacer la Universidad, y se convirtió en el creador de una nueva escuela, cuyo ideal puede simplificarse en las siguientes palabras que el mismo Sierra pronunciara con motivo de la inauguración:

'Los fundadores de la Universidad de antaño decían: "la verdad está definida, enseñadla", nosotros decimos a los universitarios de hoy: "la verdad se va definiendo, buscadla". (12).

Estas palabras del Maestro, fueron un aliciente para la nueva generación cuyo ideal era la "restauración de la filosofía", de su libertad y de sus derechos". Generación que no se contentó con el mundo que le había tocado en suerte vivir, que deseaba un mundo en el que cumpliera una misión, no el mundo anquilosadamente positivista en que vivían.

El amor por las letras españolas, se vino a sumar al creciente interés por las humanidades clásicas, con entereza se trató de exaltar las cualidades de la raza latina, sin poner trabas a la imaginación, sino dejándola obrar libremente aunque evitando caer en vanas utopías.

(12).- Justo Sierra, Discurso en Honor de Gabino Barreda.- Poesías, prólogo y selección de Antonio Caso, Biblioteca Estudiante Universitario.- México, 1939. P. 191.

Ante el freno intelectual de la filosofía positivista, se lucharía con sus propias armas: "la filosofía metafísica", cómo la llamaron sus enemigos positivistas. Estas doctrinas sentaron sus reales en la Universidad, para enaltecer los esfuerzos de la juventud filosófica de México.

Exponentes destacados de esta nueva doctrina, se reunieron en el Ateneo de la Juventud, y se mantuvieron alertas y en pie de lucha. Su dirigente, Pedro Henríquez Ureña, los alentaba y guiaba con claridad y precisión. El derrotero estaba trazado, y los entusiastas ateneístas lo seguían con paso firme.

Antonio Caso pronunciaba, por esos años, sus famosas conferencias - exponiendo la manera de sentir de su generación en una conferencia titulada, La Filosofía Moral de Eugenio M. de Hostos.

Durante todo su discurso, se ve que Caso está contagiado con el optimismo de Hostos, dice que no hay que dejarse seducir por los que piensan edificar la moral sobre bases científicas, sino que debe recordarse la doctrina del gran moralista buscando la superioridad del espíritu creativo, del pensamiento deductivo, que puede llevar el ser, al perfeccionamiento.

Al cerrar su discurso, llega a la conclusión de que "solo es digno de haber hecho el bien, ó de haber contribuido á un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado ó realizado."¹³.

En la conferencia de Pedro Henríquez Ureña, denominada "La Obra de José Enrique Rodó," demuestra con una oratoria vigorosa cómo es posible hablar de moral, utilizando una fraseología diferente a la cien-

(13)- Antonio Caso, "La Filosofía Moral de Don Eugenio M. de Hostos," en Conferencias del Ateneo de la Juventud, Imprenta Lacand, México, 1910. p. 30.

tífica, cómo es posible filosofar con otra clase de conceptos. Aprueba las expresiones que Rodó usa para enfocar problemas morales, asegura que el lenguaje científico, no es el medio para enfocarlos, y prueba que hay un lenguaje que ofrece la experiencia personal del hombre. José Enrique Rodó, dice Ureña, aporta a la filosofía una idea de evolución que es contraria a la forma en que la entendían los positivistas.

Estas nuevas corrientes consideran que la naturaleza no puede responder de los actos del hombre; sino que el hombre es el único responsable de ellos. De este modo el ser humano no puede ser ya el irresponsable que confía en leyes morales consideradas inmutables.

Dice Ureña: "la fé en el destino personal, debe apoyarse en la confianza de que nunca se habrá agotado nuestra energía, de que subsisten en nuestro espíritu capacidades para manifestaciones nuevas, vigor para superarnos en el trabajo."¹⁴ Demuestra la moral egoísta del positivismo, por lo limitado de sus fines, y ensalza la nueva moral desinteresada, creadora de una libertad ajena a todo límite utilitario y finalista.

José Vasconcelos, con su conferencia titulada "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", se enfrenta, desde el Ateneo de la Juventud, en una forma valiente y veraz, a la filosofía vigente; expresa la alegría de vivir en una época llena de posibilidades, sin detenerse a contemplar la herencia de la generación anterior en una forma pasiva, sino inconforme, actuando frente a un grupo de valores que ya no entusiasman a las juventudes.

Justifica la implantación del positivismo en México por Barrera, que en su tiempo, tenía como única mira, la de terminar con el dogmatismo

14.- Pedro Henríquez Ureña, "La obra de José Enrique Rodó", en Conferencias del Ateneo de la Juventud. Imprenta Lacaud, Callejón de Santa Inés, s. - México, 1910. p. 79.

impuesto por la iglesia católica. Hace hincapié en que no todo fué negativo en la enseñanza positivista, se refiere a las ideas fundamentales por lo que se refiere a la moral: "la solidaridad" la cual, dice Vasconcelos, "permite la vida colectiva en que la civilización se desarrolla." Otra, el altruismo, "la más fecunda de estas ideas" dice Vasconcelos; "una vieja virtud, limitada a sus consecuencias sociales; el sacrificio no lo premia Dios alguno, pero lo aprovechan el individuo y la sociedad; el beneficio no se extiende más allá de nuestra propia vida y de la vida de los demás hombres, pero es un beneficio positivo."¹⁵.

Traza José Vasconcelos en una forma definida y clara, el ideal moral con un amplio concepto de libertad; libertad de espíritu y libertad material, demostrando que a la realidad no sólo se llega por el camino de la ciencia positiva.

Así como para la generación positivista el interés jugaba el principal papel, al lado del de utilidad y confort, el desinterés jugará el principal papel en la ideología de la nueva generación.

La contribución de Carlos González Peña a este ciclo de conferencias, "El Pensador Mexicano y su Tiempo," nos da una idea acabada del "mexicanismo" y del afán de liberarse que dominaba al autor, y razonablemente, a todo el grupo; nos señala el interés que el pueblo, en todos sus aspectos, despertaba ya en el que, más tarde, se dedicaría con tanta paciencia y cariño, al estudio y observación de sus usos y costumbres. Por su Conferencia, comprendemos el entusiasmo que el amor patrio despertaba en él. Llama a Fernández de Lizarzá "novelador burdo y poco culto", para concederle luego todos los honores del hombre que amó a su

(15).- José Vasconcelos, "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", en Conferencias del Ateneo de la Juventud. p. 145.

pueblo sobre todo; del patriota valiente y luchador que vivió por el pueblo y para el pueblo; del colaborador entusiasta en la causa de Independencia Mexicana, aunque su colaboración a la literatura pecase de poco artística. De la misma manera, al ensalzar a Othón, expresa Alfonso Reyes el anhelo de su generación: la libertad de ideales.

En uno de los párrafos finales hay singular belleza en la síntesis que hace Reyes de las enseñanzas y conclusiones que obtiene de la obra de Manuel José Othón:

"Amor a la tierra que hay que labrar; amor a la casa que hay que proveer; amor a la patria que hay que defender; amor al ideal sobrehumano, interna virtud de todo lo humano."¹⁶

Estas fueron, en resumen, las ideas principalmente sustentadas en las conferencias del grupo del Ateneo, aunque debe mencionarse también, en esta serie, la del español José Escofet, que disertó sobre Sor Juana Inés de la Cruz.

Esta no era, ná con mucho, la primera serie de conferencias que organizara el grupo que después formara el Ateneo. Cuando Alfonso Cravioto, con su viaje a Europa, dió fin a la publicación de "Savia Moderna", ya Jesús Acevedo había organizado una serie; y más tarde, en 1909, otra más se había efectuado en el Conservatorio Nacional.

Desde un principio, las actividades del Ateneo van abriendo un surco en la vida intelectual de México.

No son actividades carentes de disciplina ni de fines precisos. Era una nueva generación de escritores y filósofos que, habiendo crecido ayuna de Humanidades, sentía de pronto el anhelo de cultivarse. Quería "redescubrir" España y empaparse en todo lo que de bueno po-

(16)- Alfonso Reyes, Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón, Conferencias del Ateneo de la Juventud, Imprenta Lacand, México, D. F., 1910, p. 60.

dían darle sus letres y tradiciones, emanciparse de la tutela del positivismo y conocer todas las corrientes filosóficas, asomarse a todas las literaturas sin ovidar la francesa que había sido, hasta entonces, el único accesible baluarte. Quería, en fin, independizarse de sus viejos maestros, de cuya ciencia comenzaba a dudar.

¿No eran acaso, los maestros que habían formado la generación anterior, demasiado "académicos"? Y los escritores de la escuela modernista que les habían precedido, ¿no estaban, a veces, demasiado escasos, en materia de cultura? La nueva generación se preparó incansablemente. Leían, discutían, escribían, buscaban la crítica tratando de superarse.

Los escritores pasaron, evolucionando bruscamente, casi sin transición, de una generación un tanto descuidada, aficionada a la bohemia, y a trabajos de poca altura, a una generación sesuda que, sin temor a la investigación y al estudio, se empeña, aún más, en trabajos de gran envergadura. En esta forma, logran cambiar los horizontes intelectuales de toda una nación, amplificándolos y profundizándolos.

La transición entre una generación y la otra, la forman Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, quienes sin empacho ni idea de superioridad, se unen a los jóvenes, estudian y discuten con ellos, y les hacen el don, el primero, de sus conocimientos técnicos adquiridos de la generación modernista, y, el segundo, de su rara penetración, seriedad, sencillez y probidad.

Y en las clásicas fuentes de la lectura de los griegos, del estudio de los españoles, y del análisis de los ingleses, franceses y alemanes, las tendencias van tomando forma y redondeándose; se atacan todas las opresiones intelectuales y políticas; se desacreditan las ma-

nifestaciones de arte rampón; se hacen esfuerzos sobrehumanos por encontrar y poner de relieve las tradiciones y el pasado artístico de la tierra nativa.

Y junto con la filosofía de Henríquez Ureña, Caso, Vasconcelos y Reyes, se va formando la prosa, ya delicada de Torri, ya llena de vigor de Carlos González Peña ó Alfonso Cravioto, y la poesía de Rafael López, Manuel de la Parra o Argüelles Bringas.

El ensayo fué lazo de unión común a prosistas y filósofos. Solo Carlos González Peña tendría la preocupación de cultivar la novela.

La Revolución dispersó al grupo que tan brillantemente iniciara sus trabajos en el Ateneo. No todos sus componentes siguieron carreras literarias; pero el núcleo principal, que permanecería estrechamente atado por sus ideales é intereses intelectuales, formado por Carlos González Peña, Antonio Caso, Henríquez Ureña, Vasconcelos y Reyes, tiene una función relevante en la vida mexicana, y su aportación a dicha cultura es indiscutible.

La generación del Ateneo logró sus fines: "Abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que restar otra vez al carro del tiempo."¹⁷

(17) - Alfonso Reyes, El Pasado Inmediato, Editorial Colegio de México, México, D. F., 1941.

- 21 -
CAPÍTULO IV.

El ateneo de la Juventud, "cuya obra establecería las bases de nuestra cultura contemporánea", (18) pudo así elevar a la categoría de realidad, los preceptos de Justo Sierra, que al fundarse la Universidad, fijara en su discurso de inauguración; pudo ser parte formativa de los nuevos horizontes filosóficos que Caso contemplara en sus famosas conferencias que liquidaron la vigencia de la "doctrina oficial del antiguo régimen." (19).

Al preocuparse por valorar y explicar la tradición cultural de México, al interesarse por todo lo que fuera manifestación mexicanista y buscar en las literaturas europeas, como la inglesa, francesa y española, el sentido de sus métodos nuevos de investigación para ser aplicados al propio medio, iba determinando las dimensiones del pensamiento y fijando al mismo tiempo, la calidad del intelecto nacional.

Con anterioridad se habían vuelto los ojos a la tierra, se habían señalado los tipos característicos de una balbuceante búsqueda de lo mexicano; el charro, con bien calzadas espuelas, caballero de brioses monturas, elevado a la categoría de héroe popular, llenaba las páginas de la obra de don Manuel Payno y de don Luis G. Inclán. Ya Emilio Rabasa y Angel de Campo (micrósc), nos dibujaron tipos que señalaran características acusadas en delicioso sabor costumbrista; pero es hasta la generación del Ateneo de la Juventud, cuando esa mirada que se dirige al pueblo mexicano, no es la simple mirada cariñosa o de simpatía, tal vez un tanto amorosa de las anteriores generaciones; se trata de algo más digno desde el punto de vista intelectual, es la mirada cariñosa, sí, pero severa; de austera simpatía, amorosa hasta el extremo de olvidarse del propio genio para entregar el esfuerzo a la plena conciencia hecha fe, de lo que se está realizando.

La doctrina ateneísta no es la simple teoría que se emite o que se adorna; es la realidad hecha cuerpo, la naturaleza misma de las cosas, que se vuelve estudio, preparación, técnica en aras del deber cívico que responde a la necesidad humana de un pueblo.

(18) José Luis Martínez, *Lit. Mex. del Siglo XX*, Rebrede, 1949, p. 4.

(19) Opuscit. p. 4.

Ante las doctrinas positivistas, hechas silencios intelectuales - que permitían a las generaciones anteriores a la del Ateneo libertades como el olvido y la confusión de términos en cambio de lograr bellos adornos, como las mezclas de seres reales e irreales, como el intrascendente jugar con las técnicas, el costumbrismo se torna en un instrumento para encerrar la estética vernácula, la poesía sencilla de los corazones humildes, la expresión de los más íntimos y nobles sentimientos del pueblo en su totalidad compleja.

Y ésto, es solamente el principio, el paso inicial en la senda de los propios encuentros. De acuerdo con los ideales del grupo ateneísta, los autores se lanzan a la tarea de realizar una labor de comprensión - espiritual de México; al anhelo de entender y hacer entender el espíritu mexicano; estas ideas se convierten en objetivo y tendencia, postulado y norma, en labor a desarrollar. Conocer y valorar lo nacional, se vuelve la central preocupación de los escritores.

Con todo, desde el punto de reunión que es el Ateneo de la Juventud, partirán todos sus componentes para convertirlo en punto de salida; los más opuestos caminos, y hasta una diversificación de ideologías, -- habrá de separar, cada vez más, los variados senderos que cada uno de ellos seguiría; José Luis Martínez nos lo hace notable al decir que "...conscientes de sus deberes cívicos tanto como de su responsabilidad humana, alentados por los ejemplos venerables de heroísmo moral e intelectual con que se nutrían en aquellas lecturas colectivas cuyo recuerdo perdura, los ateneístas mudaron radicalmente los ideales de vida de sus predecesores por otros, si menos brillantes, más fértiles para su formación intelectual." (20)

Después, el mismo José Luis Martínez, nos señala las obras autobiográficas de los distintos ateneístas para comparar el proceso de las transformaciones intelectuales de cada uno para concluir en que, por é

(20) - J. Luis Martínez, LIT. MEX. DEL SIGLO XX, - Tobarredo, - México, - 1949, - P. 5.

te conducto, "...se apreciará qué radical variación han sufrido los ideales y las vidas mismas de nuestros escritores. Para expresarlo con una fórmula, parcial pero ilustrativa, diríase que los escritores han pasado, casi sin gradaciones, de la bohemia al gabinete de estudio."(21).

Fuerte tronco en la formación mecánica del Ateneo de la Juventud - fue don Pedro Henríquez Ureña; sus conocimientos filosóficos fueron de notabilísima influencia al iniciarse la vida intelectual de los filósofos del grupo: Reyes, Vasconcelos, y Case.

Llegó a México el maestro Henríquez Ureña, en el año de 1906, después de haber colaborado en revistas de La Habana y del puerto de Veracruz, ingresando de inmediato a la "Revista Moderna de México", que era dirigida por el poeta Jesús E. Valenzuela.

Cuando comenzó a tomar forma el grupo que más tarde sería el Ateneo, él era el baluarte a que acudían sus miembros en busca de refugio-intelectual; promovía lecturas colectivas, daba a conocer los últimos libros que presentaban aspectos nuevos de la ciencia o de la literatura; y estaba pronto a proporcionar datos o señalar errores a los que se le acercaban en demanda de sus enseñanzas e indicaciones. "No basta vivir para la educación, hay que sufrir por ella." Era su postulado del maestro que enseñaba sin esfuerzo ni vano alarde de saber. A él se debe la integración de la Escuela de Verano y el intercambio de profesores con otros países de América.

Y cuando años más tarde, se fué a radicar en la Argentina, nunca dejó de tener contacto con México, Santo Domingo y los Estados Unidos, donde fué profesor de la Universidad de Minnesota. Conocía a fondo el idioma inglés y estudiaba detalladamente sus filósofos, sus ensayistas, y sus poetas.

Alfonso Reyes, actualmente una de las cumbres de la intelectualidad mexicana, demostró desde muy joven sus aficiones literarias dándose a conocer como exquisito poeta y excelente prosista, desde su época es-

(21). - Opus cit. p.5.

tudiantil. Formó parte integrante del Ateneo de la Juventud, aportando su propia sensibilidad y dispuesto a contribuir con su obra, a la común empresa del grupo.

Al separarse disgregándose los ateneístas, Alfonso Reyes inicia una carrera diplomática que lo lleva a veces en representaciones culturales y en otras en representaciones políticas, al asalto de horizontes europeos, a la colaboración en revistas y periódicos que harían, por su conducto, conocer en el viejo mundo los sentimientos de México.

Su camino, sin embargo, está señalado por las rutas del clasicismo. En primer lugar es ensayista, y aunque su lírica, su prosa narrativa y su drama, son también de alta calidad, no son sin embargo "la cuerda" en que mejor suena su literatura. Encarna al humanista por excelencia, tiene el don inapreciable del propio estilo y es creador de un tipo individual de prosa.

Tal vez José Vasconcelos, y más que él todavía, Antonio Caso, son los pilares estructurales del edificio ateneísta; porque son los dos representantes de lazo filosófico que une al grupo, porque ellos representan en los albores de estas actividades, la fuerza de las ideas que van a mantener la unidad, que van a dar solidez a las labores que se desarrollaron.

Vasconcelos llevó la revolución, del campo político, al terreno de la enseñanza; con su obra trató de plasmar la conciencia de una cultura nacional elevando como principios la raza, el idioma y la tradición. Caso abandona el Beracho para entregarse a la filosofía de la literatura y de las ciencias sociales y desde su cátedra, se enfrentó al medio hostil que las circunstancias le depararon.

La obra de Vasconcelos muestra un gesto filosófico que se eleva a la inminencia de romper las limitaciones de la mente para alcanzar lo absoluto; señala el anhelo de resolver grandes enigmas y unificar la vida espiritual, y lo encontramos formando parte integrante de la

reacción contra el positivismo, al grado de que su conferencia "Don Gabino Barreda y las Ideas Contemporáneas", puede ser considerada como el manifiesto filosófico del Ateneo. Cuando partió a tomar parte más activa en la lucha establecida, cuenta Alfonso Reyes que encontró en su casa la magnífica Enciclopedia Británica que tanto le envidiara a Vasconcelos; acompañando a los volúmenes una festiva nota: "Mambrú se fué a la guerra..." El amigo había partido.

Caso, después de haberse educado dentro de las doctrinas positivistas, de hallarse fascinado por la ciega fe en el valor de las ciencias, de sentir el profundo desprecio por los rigurosos exámenes minuciosamente detallados de la metafísica, se rebeló contra la doctrina por haberse convertido en una ideología conservadora que defendía los intereses materiales de un grupo dominante. Consagró su vida de escritor y maestro, a combatir los errores del positivismo, al mismo tiempo que encauzaba la parte constructiva de su obra hacia una filosofía de la vida forjada en la intuición y la acción. Filosofía que enseña como valor supremo la existencia que representa el supuesto para la realización de los más altos ideales, en la que sólo la intuición nos pone en contacto con la realidad concreta y en que la acción nos sitúa en el mundo para obrar, para elaborar, para producir.

Antonio Caso elaboró su propia filosofía, haciendo suyas ciertas ideas fundamentales del pensamiento europeo contemporáneo a su época. Mediante una síntesis personal de estas ideas, el maestro Caso logró formar una serie de normas en rededor de las que ordenó un sistema filosófico; creó un estilo propio de exponer sus ideas; y a él se debe el haber introducido los cursos de filosofía en la Universidad Nacional de México, convirtiendo su cátedra en una de las más atractivas, lo grande así ser el filósofo más escuchado y admirado.

Su aparición en el mundo intelectual de México, fué una exigencia del momento histórico de este país, en el que un empobrecimiento, al

mitaciones de la vía espiritual, reclamaban un esfuerzo para levantarla con el aliciente de un pensamiento profundo que señalara y abriera nuevos horizontes de elevación y promesa.

José Vasconcelos, por su parte, trata de construir un sistema filosófico, y ateniéndose a los principios irrefutables de la filosofía, se sirve de la intuición emocional como instrumento, para llegar a concluir que su filosofía "es un monismo fundamentado en la Estética."

Castro Leal, al prologarle El Viento de Bagdad, señala el encuentro de Vasconcelos con su propia filosofía de la manera siguiente:

"Un día, entre los basaltos gigantescos de la sierra de Durango, oye a un violinista ciego; los sonidos que arranca a su instrumento penetran en el secreto de lo inerte, parecen ser el alma de la roca; y aquel hálito de la piedra hecho melodía, se inserta en el corazón y se vuelve sensibilidad. El filósofo acaba por descubrir, con la elocuencia de una revelación, que un temblor recorre y anima la substancia, un temblor musical, un ritmo que sostiene y redime a las cosas y en el que la piedra y el árbol, la bestia y el hombre, hunden las raíces de su misteriosa unidad. Música orientada hacia lo absoluto, elemental y sorda en las etapas inferiores, más rica y libre según asciende la substancia, hasta llegar a la sinfonía gloriosa del espíritu en la creación estética y en el rapto místico." (22)

Los escritos de Vasconcelos son siempre apasionados, llenos de fuego, y en tono de constante alegato, trátase de cuestiones personales, o bien de proposiciones filosóficas y destaca siempre en ellos, una extraordinaria capacidad para expresar la realidad a través de su propio criterio; como escritor, se define él mismo, con simpático desenfado, entre los escritores que escriben mal; y aunque algunas páginas le darían la razón, muchas tiene que muestran una capacidad de expresión atinada y rica, a la misma altura de los mejores escritores mexicanos.

(22).-Vasconcelos, José, - El Viento de Bagdad, -Letras de México, -1945.

Este aspecto, el filosófico, que vemos repetirse en Vasconcelos, en Antonio Caso, y en Alfonso Reyes, es precisamente la tónica que determina la tensión en el lazo que une el espíritu distintivo del grupo, - es la Filosofía la más importante de sus actividades, tal como señalara ya el mismo Henríquez Ureña, afirmación que se encargaron de comprobar las actividades que acabamos de analizar en sus tres más afines discípulos, en los que se encargaron de definir la actividad global.

A ellos debían agregarse otros; de la primera agrupación, del pie veterano, de los directos discípulos del maestro Henríquez Ureña, el poeta González Martínez, Gómez Robelo, Julio Torri, Jesús T. Acevedo; nombres todos que forman en las filas ateneístas con destacada preponderancia. Junto a ellos, más tarde, destacarían también otros, Rafael López, Alfonso Cravioto, Roberto Arguelles Bringas, Manuel de la Parra Alejandro Quijano, etc., entre los que también tendríamos, naturalmente, el único que aparece esgrimiendo las armas de la novela dentro del grupo ateneísta: don Carlos González Peña.

Cierto es que González Peña llega al Ateneo de la Juventud con tres de sus obras ya publicadas; De Noche en 1905, La Chiguilla en 1907 y La Musa Bohemia en 1908; pero cierto es también que desde el año de 1905 precisamente, se van a iniciar las inquietudes decisivas para agruparlas en una sociedad literaria; aquel escándalo que fuera motivado por el intento del veterano periodista Manuel Caballero al tratar de reeditar la "Revista Azul" de Gutiérrez Nájera; intento que viera destruido por la violenta protesta estudiantil que llevó en manifestación sus airados ánimos en un recorrido desde el jardín de Santo Domingo a la Alameda Central para terminar más tarde en el teatro "Arbeu", pronunciando airados discursos llenos de vituperios. Al fundarse el Ateneo de la Juventud, el 28 de octubre de 1909, solamente culminaban en esto una serie de inquietudes literarias, filosóficas, humanas, que se acogían al amparo cultural que los serios lineamientos del grupo señalaban.

A partir de aquella ingenua protesta en que Urueta hiciera oír su colérica voz, advenía a las letras mexicanas la generación que más tarde constituyera el grupo en que la inquietud filosófica, el doble afán de creación y crítica, el ansia de estudio metodizado y la seriedad de sus normas, agrupaba a los jóvenes en unidad de ideales.

No faltaron otros miembros del Ateneo de la juventud que hicieran novelas, pero el único que la cultiva y que a pesar de tener antes de la fundación misma del grupo las publicaciones mencionadas, es también quien representa en sus obras de novelista el pensamiento que más tarde habría de identificarse con los lineamientos más puros que llevaron a los miembros de esta generación, a buscar la fuerza en la unidad del grupo. La fundación del Ateneo, solamente realizaba lo que vivía latente o se manifestaba en forma individual, para reunirlo como hecho necesario a la existencia de un sentimiento.

Ya para entonces, alcanzaba el costumbrismo su más pura expresión en los cuentos delicados y sentimentales del "poeta de la vida humilde", como lo llama José Luis Martínez, en la pluma de ternura y piedad, de Angel de Campo y más tarde en la novelística de Federico Gamboa.

Este autor, don Federico Gamboa, escribe dentro de los lineamientos de la corriente que llegaba de Francia, el naturalismo; y todos los juicios coinciden en considerarlo como lo hace José Luis Martínez, como el escritor que dentro de esta corriente, "llega a la mayor intensidad que podía ganar (el naturalismo) en pluma mexicana." "... Poseedor de un auténtico sentido de novelista, hábil para suscitar el interés y para animar la acción de sus obras, y dueño de una fecunda aunque truculenta imaginación, Gamboa ha sido uno de los novelistas más leídos de nuestro tiempo, cuyas obras forman ya parte de la mitología popular." (20): Con todo, el mismo José Luis Martínez hace la observación de que "Su naturalismo se limita a los hechos, a los ambientes y a los nocena

(20). — J. L. M. — "Las Letras Patrias" en México y la Cultura. — S. E. P. — 1946. — p. 424, 427.

rios toques escatológicos, ya que la doctrina y la tesis deberían permanecer, después de todos sus naufragios, incólumes." Y para diferenciar — el naturalismo de Gamboa del Francés, que podría ser también diferenciado hasta cierto punto con el que cultiva González Peña, nos dice que: "Conrazón se ha señalado que semejante tendencia no podía prosperar completamente en Gamboa a causa de su religiosidad!" (24)

Esta situación la supera Carlos González Peña con sus frecuentes — ironías anticlericales, no deja de dibujar en La Chiquilla al padre Morales, un cura mediocre de barrio que deslumbra a sus beatas cortesanas, entre las que se cuenta doña Peña, la madre de Lena y Antoñita. Cura que deslumbra los apocados entendimientos de las religiosas mujeres con sus "conocimientos" y con su oratoria ampulosa. Don Carlos González Peña no se detiene a pensarlo antes de ridiculizar la fe de doña Peña que en su obscurantismo espiritual prende una veladora y reza antes que buscar al médico que alivie los males terribles de su débil hija; ni se detiene al señalar la avidez del sacerdote que exige limosnas y funda asociaciones religiosas que solo tienen como finalidad acrecentar el caudal de sus ingresos; y no se detiene al criticar la actitud del padre Morales cuando se entera del triste final de Lena, que en vez de impartir el tan necesario consuelo espiritual, que sería su deber, se deshace en vituperios — contra la falta de religiosidad en el mundo, contra la falta de fe, en dilgándoles un sermón pobre y ridículo.

Las novelas de Carlos González Peña tienen ese naturalismo en un — grado más avanzado que el de Gamboa, más acorde con el naturalismo que se alaban Zola, o Flaubert en sus obras, pero no corrieron sus novelas la misma suerte que las del autor de Santa. El mismo González Peña nos habla del naturalismo de Gamboa diciéndonos que "no va más allá de la — tética, de las exterioridades; se aparta de las doctrinas de tal escuela,..." "Ausente hállase de su obra el determinismo, y sus personajes, — que por algo sentimos palpitantes — mávense conforme al libre albedrío.

(24). — Opus cit. P. 427.

Ausente, la estrechez material que todo resuelve por procesos fisiológicos. No cortó las alas a la poesía ni al ensueño, y su mundo novelesco-nímbase, hacia las postrimerías, con los resplandores de la fe."(25)

González Peña va más allá, se interna en el conocimiento de la doctrina, y al referirse a las novelas de Gamboa que siguieron los lineamientos del naturalismo, nos habla de esto como de escuelas que están "mandadas archivar por su puerilidad" y que "mentira parece que hayan provocado tantas borrascas".

Con todo, en la obra misma de don Carlos, aparece el naturalismo; al pasar en seguida, al análisis de las tres novelas existentes en el mercado y en anaqueles de biblioteca, veremos surgir las diáfanas pinturas de los perfiles humanos, con virtudes y defectos, con los mismos temas, que si "nadie se había atrevido a proponer" antes de Gamboa, son en cambio tratados por González Peña sin las inhibiciones del consagrado por Santa, superándolo al no limitarse ante la crítica religiosa, y teniendo presente las teorías de Zola, en las que todo lo humano es consecuencia del organismo fisiológico, determinado a su vez por el ambiente y la herencia. De este modo, vemos en La Chiquilla que Clara es el producto hereditario de la disipación, que el ambiente la obliga a elegir el fácil camino de la entrega, para solucionar su situación económica y la ambición de lujos; que Lena y Antoñita, que Alberto mismo, son producto también, cada uno dentro de sus características, de diversos aspectos manifestados en abandono o consentimiento de los padres; y al mismo tiempo, de la rudeza de un ambiente que si no los obliga, como en el caso de la costurera, propicia las situaciones como en el de los otros hijos de don Peña; veremos más tarde en La Musa Bohemia, que Nita es resultado psicológico de una educación determinada, que su carácter íntegro dentro de su sencillez, en parte es heredado y ajustado a los moldes que la vida le exige; y veremos en La Fuga de la Quimera dos líneas

(25).— C.G.P., Santa Rita, Ed. Stylo, México, 1946, p. 91.

hereditarias que se bifurcan en los personajes que aparecen como hijos; por una parte, la madre de Sofía se refleja amplificada en sus ambiciones insulsamente sociales, por la hija que logra ventajoso matrimonio - para olvidarse de su origen humilde y hacerlo rodar por el derroche; en otro lugar, la segunda hija, inválida, que representa la parte buena de la herencia, pero que obligada por su situación en el medio, se ve alejada del mundo en un convento. En la otra familia, Julia es el reflejo pasivo de su madre muerta, se pliega a todo y se ajusta a vivir como le indica la momentánea circunstancia, hasta el momento en que los hechos que lo rodean le impelen al sacrificio espiritual y más tarde al suicidio, que en este caso, es el sacrificio "fisiológico".

González Peña, por sus frecuentes citas, por su exposición clara - de ideas artísticamente tendenciosas, parece conocer muy bien las diferentes corrientes y escuelas literarias de su época y las anteriores a él; a veces, nos da el mismo sabor de Zola, de los Goncourt o de Daudet; cosa que, por lo demás, no debe parecer extraña, debido a la gran atención cultural de México, que estaba pendiente del más leve movimiento - cultural de Europa, para valorizarlo y asimilarlo.

... 42 ...
CAPITULO V.
LA CHIQUILIA.

Esta novela, se desarrolla en torno a la vida mexicana de 1900. Nos muestra las inquietudes de la gente humilde, el diario trajinar que se desenvuelve irremisiblemente, a pesar de todo tropiezo y obstáculo que la problemática individual interponga.

Los asuntos se enlazan insensiblemente para presentar a la vista -- del lector el delineado estudio de los personajes, se vierten las páginas de colorido y sencillez, transcurriendo por ellas con asombrosa naturalidad, los más variados aspectos que, impresionando nuestra percepción, le atrae y le envuelve en un encanto suave de pulidas y cuidadas descripciones; se pintan con tal acierto los movimientos, los detalles, y hasta el vestuario de los personajes, que nos da la impresión de contemplar una cinta cinematográfica.

La vieja Ciudad de México parece brotar por arte de magia entre las actuales calles plenas de movimiento y vertiginosa rapidez, se dijera -- como un reposo momentáneo del tiempo que se detuviese a contemplar el pasado; como un instante de paz que naciera en medio del tumulto; como el extraño sabor de la leyenda que nos habla de cosas desconocidas que nos atraen y nos elevan en alas del pensamiento por los etéreos caminos de la fantasía.

La casa de vecindad, enclavada dentro del mismo corazón del barrio-bajo, de ese barrio separado tan sólo por unos pasos del paseo distinguido y aristócrata de los señoritos, es un pretexto que sirve como punto de apoyo para lanzar a sus moradores al gran escenario de la vida ciudadana; y como ellos, luce sus andrajos que contrastan con las galas de la gran avenida. El patio amplio, herencia acaso lejana de la arquitectura española de la Conquista, los muros recios y vetustos, los lavaderos con su pileta común al centro, las viviendas, los sórdidos cuartuchos de jóvenes solteros, las azoteas lavadas que en nada envidian a cómodas terrazas, llenan de naturalísimos telones el foro de la diaria farsa.

Arrancando de toda una tradición de diferentes corrientes literarias, que en constante contradicción evoluciona superándose o criticándose unas a otras, después que la prosa del siglo XVIII reacciona con sentido purista contra los barrocos en España, y que es importada a las tierras de América; después que la muy estudiada novelística francesa dejaba de sentir su influencia en México, de que los escritores mexicanos siguieron la misma ruta de los literatos españoles, que volviendo los ojos y las plumas a la visión del pueblo bajo, llenaban páginas reflejando los colores de una vida que pretendía con más o menos éxito llevar el reflejo de la integridad sentimental del hombre característico de su época; arrancando de todas estas etapas, en que la historia de la literatura parece calcarse de pueblo a pueblo, se presentan las tendencias romántica y modernista.

El Romanticismo, apasionado e impetuoso en la expresión, en vez de renovar el vocabulario, busca su fuerza en el gusto de intensificar la musicalidad de la frase con adjetivos honoros, y de alargar el estilo en párrafos de pulida retórica. Por su parte el Realismo, consistente "en una copia servil de la vida diaria", en el trasplantar y reproducirse de tendencias en los escritores que lanzan sus obras llenas de hechos acontecidos en torno suyo, aparece como lógica deducción del costumbrista y el romántico; pero estas dos corrientes, a su vez, realismo y romanticismo, nos produce el naturalismo como la flora que nace de las dos tendencias.

Y todo óato, tiene que reflejarse en la obra de los que aparecen ligados a su época por estas corrientes literarias; por eso José Luis Martínez asegura que la obra de González Peña "puede enlazarse con la tradición en que participan todas las obras de ficción de las postrimerías del siglo XIX." (26). Así, las obras de González Peña nos dibujan personajes reales que se mueven en ellas con asombrosa verosimilitud.

(26).—J. Luis Martínez.—"LIT. MEX. DEL SIGLO XX",—Robredo,—México,—1949,

p. (11).

El 14 de febrero de 1902, don Federico Gamboa, había terminado la novela llamada a ser la más popular de México: Santa; tanto, que el mismo González Peña la califica de "un raro suceso de librería". Y para 1903, se encontraba ya en poder del público. Sucedió esto cuatro años antes de la aparición de La Chiquilla.

Según el mismo autor, a decir de González Peña, esta novela fué inspirada por Safo de Daudet; y de la misma manera que las obras francesas de la época, Naná de Zola y La Garçonne de Monsieur Margueritte; sólo que, a diferencia de ellas, Gamboa salvaguarda para Santa un "sople romántico" que la hace totalmente diversa de las otras. Dice Don Carlos que Santa "es una novela casta, y sin alardear de propósito moralizante, aunque lo tenga, una novela romántica. Encontramos más pureza allí, que en muchos pretendidos "estudios de psicología" (27)

La Chiquilla, aunque podría recibir los mismos juicios que emite don Carlos para la novela de Gamboa, ha estado muy lejos de ser ni la sombra del éxito librero que alcanzara Santa; siendo aquella, con todo, más fiel representante de las corrientes naturalista y realista. Aparecerente, el éxito de Santa se debe a que los lectores, buscando nuevas rutas, habían vuelto los ojos a la corriente desatada en Francia; y al aparecer Santa, encuentran en ella la novedad buscada. Realmente, González Peña explica la causa que resulta más burda, pero más humana también, más natural, más verosímil: "...popularidad tan fuera de lo común para México tiene -según algunos lo habrán advertido- algo de pecadora. Una curiosidad insana ha llevado y lleva a muchos -y a muchas- a leer Santa. La atracción del pecado, el olor del pecado trascienden de sus páginas. ¿Cómo es una mujer de mala vida? ¿Qué de cosas no nos revelará el autor -truculentas, viciosas, terribles- al contar la historia de una perdida?... " (28). Esto, aunado al adelanto de cuatro años sobre La Chiquilla, anón de muchos otros motivos menos importantes, relegan a segundo término la obra de Carlos González Peña en el tozbellino literario de la época.

(27) -C.G.P.- Conte Pía, -Ed. Stylo, - México, - 1946, p. 38. (28) Opus Cit.

El ambiente se deja sentir con vigorosa fuerza; lo que ya se conoce, se identifica plenamente; y lo que se desconoce, asombra nuestros ojos y nuestro entendimiento despertando el deseo de la observación directa. El hombre se ve arrancado materialmente a su medio para mostrárenos desnudo de alma, diseccionado hasta insospechadas reconditeces mentales, a veces ridiculizado en sus miserias o ensalzado tal vez por sus virtudes; — en ocasiones descubierta la llega de su mediocridad o su insignificancia o bien elevándose en la plenitud del sentimiento y de la integridad humana. Y este transcurrir por la vida se enmarca detalladamente en todos — los rincones de la ciudad; el teatro, el cafeticho de barriada, la tienda, el banco de la Alameda, todo va prestando su concurso decorativo a las necesidades del novelista que sabe elegir el sitio apropiado para cada caso; y muchas veces, con el toque pintoresco que aparece con la espontaneidad que nace de lo que es natural o familiar. Así, nos lleva al "cuartito pequeño perdido en las azoteas" haciendo centro de atención lo que puede encontrarse en infinidad de sitios, lo que a fuerza de verse — se convierte en insignificante a la percepción. Indirectamente nos señala la humilde pobreza: "Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes..." Y de una manera insensible nos lleva de la mano por la casa que él ya conoce, su casa, en la que — nos introduce con el orgullo de quien la muestra limpia y de quien la — ofrece con el más amplio sentido de hospitalidad.

Pronto nos hace sentirnos a gusto, enuchamos con él la música agobiante del trabajo humano, o sobrehumano, de la débil Antojita que canta — dulcemente mientras "el traqueo de la máquina de coser, puesta a un lado de la ventana, resonaba acompasado, lento unas veces, con lentitud de — agua corriente; presuroso otras, como torrente que se despeña." (29).

Vamos conociendo a sus personajes dentro del medio mismo en que ha-

(29). — C.G.P. —, La Chiquilla, Editorial Porrúa, S.A., México, — 1946.

bitan, con sus movimientos propios, sin detenerlos para hacernos su retrato; los describe al mismo tiempo que se mueven o piensan, aprovecha un momento de descanso en ellos para hacernos notar un nuevo detalle, un estado de ánimo del que no hubiese hablado hasta entonces, una reacción, un incidente, un gesto, pero todo en el momento preciso en que se observa y no por el camino de lo que se acostumbra.

Para adornar el medio, la frialdad emotiva que pudiese tener el decorado de una vieja casa de vecindad semejante a tantas otras, para dar la nota musical en el ruidoso trajinar de la gente humilde, se recurre a lo íntimo, a la placidez del descanso en la penumbra, al momento de contemplación de un crepúsculo o de la ciudad que despierta bajo la cálida presencia de la mañana con prendedores de cúpulas brillantes sobre el percal gris de la neblina.

Y en el inmenso tinglado de la ciudad imprecisa, se enfoca el reflector que va localizando los aspectos que, bajo el índice luminoso, adquieren inusitadas tonalidades, matices insospechados en muestras personales impresiones y sentimientos. Del movimiento estruendoso de la calle plena de gritos y de ruidos diversos, nos lleva al movimiento escandaloso también del patio de vecindad en que se siente el frotar continuo de la ropa que se enjuaga en los lavaderos, el zumbido constante del ohime que se hilvana a la plática intrascendente, la rapidez de la escoba sobre las baldosas y el interminable vaivén de la gente doméstica que entra y sale golpeando con su andar el negruzco embaldonado.

Y ya en la intimidad de las viviendas, donde los personajes de la novela refugian sus anhelos, sus dolores, sus tristezas y sus alegrías, nos hace pasear en los más nimios detalles; el reloj, la repisa, el pequeño adorno sellado con recuerdos, la escalera, los gastados peldaños, la silla de madera, la raída alfombra, las jaulas, una infinidad de pequeños toques imperceptibles que nos señalan los gustos, las aficiones, las costumbres de quienes transcurren en medio de todo ésto.

Al centro de este torbellino, sostenida por su propia integridad, destaca la endeble figura de Antoñita, la hermana mayor de una familia que, golpeada por la desgracia de perder el sostén económico, no tiene otro recurso que "aquella rubita que se sacrificó en aras del bienestar de la casa, transformándose en hada protectora." (30) Recurso que ella sabe sostener dignamente, a base de esfuerzo y desmedido trabajo, absor-ta en la obtención del diario sustento sin casi distraerse en otras ocu-paciones; en la absoluta entrega de su vida con el sólo fin y principio de satisfacer las necesidades y caprichos de los suyos; en el constante y firme anhelo de hacer felices a los demás aún a costa de su salud y su bienestar.

Con un mayorazgo de sólo tres años sobre su hermana, consideraba su experiencia lo suficientemente madura para vivir por sí misma, para-prestar a la hermana menor el apoyo necesario a una inocencia artifi-cial que solamente adquiriría visos de realidad en el concepto de la espi-ritual Antoñita, que con ocultaciones y deformando la realidad, tenía la sana intención de conducir a "la chiquilla" hacia el bien aunque los resultados se apartaran del objetivo buscado.

En el retrato físico que nos hace el autor de este personaje, seña-la los rasgos de la simpatía, Antoñita es graciosa y rubia, de carácter introverso y dulcificado por los sufrimientos, amorosa y consentidora con su familia, pero de aspecto desgarrado, casi infantil, ajeno a la femineidad en las formas, de andar desprovisto de toda provocación. Sus aficiones le conducían al deleite espiritual, contemplativo, y la frivo-lidad que le rodeaba no le proporcionaba placer. Mujer sencilla y canó-rica que prefería someterse al prejuicio que entregarse a la vida intem-perante de sus vecinas, afecta a purificar su dolor en el llanto gotan-do en sufrimientos y angustias antes que sentir desesperación o rebel-día; dedicada a satisfacer con su presencia a los seres que amaba y pe-diente de aliviar las penalidades ajenas en cuanto le fuese posible.

(30). -Opus cit.

Antoñita es la verdadera "chiquilla", el personaje central de la novela; transcurre por sus páginas serenamente, a pesar de ser la más golpeada por la vida; su espíritu se aparta de las mezquindades que la rodean en la vecindad repleta de chismes y mordacidades. Todo lo que le sucede surge de los demás, no de sí misma, ya que ella sólo interviene para procurar bienestar a sus semejantes y para hacerles alegre el diario transcurrir.

Lena, por su parte, el personaje que Don Carlos González Peña ha tomado como apoyo para su novela, pasa a ser de carácter secundario en el desarrollo de la obra; es "la chiquilla" por el solo hecho de ser la menor, por el ambiente familiar de consentimiento y satisfacción de caprichos que le rodea, por saberse ella misma objeto de todas las atenciones y miramientos que tienen su fuerza en el cariño de la hermana mayor. Su desocupación, es ocio nacido del mismo cariño de que se le hace objeto, de un amor que suple a todos los afectos familiares haciendo a un lado todo elemento que pudiera significarle preocupación o molestia. Lena se convierte en la señorita de la casa a quien debe supeditarse todo; y esto, surge del esfuerzo de Antoñita que se le entrega sin reservas y hasta donde sus menudadas fuerzas se lo permiten; tanto, que llega al producto opuesto al que Antoñita hubiera deseado.

Su ocio le lleva a cultivar la amistad de otra coquera, y a encontrar en esta relación la afinidad de sentimientos y aficiones que van a constituir el único y vano objetivo de su vida, el amor a sí misma, — la constante y superficial contemplación de su propio físico, la conciencia maliciosa de su propia hermosura, su fuerte inclinación a la frivolidad. Lena, instintivamente tal vez, inducida acaso por la construcción social interna de su familia, aparenta ante la hermana ser la chica inocente que Antoñita piensa que es; y oculta sus malicias entre rines y pueriles posturas que agradan a la hermana mayor, entre rines y saltos que llenan de bullicio la casa taciturna, entre bromas pesadas a la vieja

serviente que en cierto modo, y a pesar de su aparente enojo, se sentía halagada con las ocurrencias de la pequeña.

Se encierra claramente acusada la crítica del novelista hacia una educación que permite alejarse de lo constructivo, del trabajo, de la vida agradable, para caer en la molición, en la desocupación, en la vanidad; se critica el egoísmo que encierra a cada individuo dentro de su propia problemática sin ocuparse de lo ajeno para beneficiarlo, porque cuando se dan casos como el de Antoñita, que es toda benevolencia y entrega, se abreva ávidamente el beneficio, sin importar que se agote la fuente y sin corresponder casi al goce obtenido de sus linfas.

Antoñita, cegada por su cariño a su hermana menor, presiente los peligros que pudieran amonazarla, le disgusta la amistad que considera pernicioso, se duele profundamente ante la negativa de Lena cuando se le pide ayuda en el trabajo, pero no tiene la capacidad suficiente para prever las consecuencias de la educación que prodiga a la "chiquilla"; en su candorosa imaginación no tiene cabida la idea de cómo su amor profundamente sentido por la hermana menor, puede perjudicar a ésta; sabe que la amistad de Clara es nociva, pero no puntualiza el por qué; y al verse rechazada por ella cuando le ofrece un empleo para ayudarse económicamente, cede el capricho y a las pretensiones de la hermana menor -- tratando de suplir con su propio esfuerzo, con su sacrificio físico, el ingreso necesario para las exigencias de la casa que se complican al canalizarse por las actividades de los que viven a su costa.

La amiga íntima de Lena, la voluntariosa Clara, conserva cierto paralelismo con "la chiquilla". Les une el común atractivo por lo fácil, les une lo natural que nace de la mutua e intrascendente compañía, insignificancias cotidianas que las acercan, su afición por el vestir, por pasear, por verse halagadas en su hermosura que debe ser contemplada por el mundo que les rodea. Solamente que Clara Ruiz tiene motivos muy diferentes que Lena para ser ociosa, su ocio ha nacido en alambicgos muy distintos a los de "la chiquilla".

En una de ellas, en la bulliciosa Lena, vamos a ver representada la inquietud adolescente; sus reacciones, sus actos todos, se han observado y presentado cuidadosamente por el autor; sus malicias y sus insinuaciones son producto de la curiosidad que empuja a los jóvenes a descubrir los misterios en que sus mayores ocultan el conocimiento de la vida y -- que, unas veces fácil y otras dolorosamente, se les van entregando con más o menos crudeza. La "chiquilla", al desbordarse impetuosa, sólo está siguiendo el cauce que le determina su exuberancia física, el impulso natural de sus exigencias orgánicas; no se trata de malicia o de insinuaciones elaboradas, no es la mentalidad la que provoca, se trata solamente del instinto que no ha llegado a valorarse en la conciencia, que actúa ciegamente, sin medir siquiera la intención, que ya no la consecuencia que pudiera derivarse de sus actos, a pesar de la reflexión final de González Peña que pone en labios de Urizar las siguientes palabras: "... ..Y la chiquilla es la vida, Eugenio, la eterna engañadora que sonríe y muere. Hay que despreciarla."(31) De la impresión de que al concluir, en uno de sus característicos jugueteos, Lena se le escabulle al mismo autor cuando trata de asirla por la mano. Nada tan lejos de la pequeña que el engaño; su vida es una verdad plena, su caída se debe más a la ignorancia que a la falsedad y la única herida en esa eclosión es ella misma, porque es la única que paga, sin valorizar el hecho en el ánimo de su hermana, las consecuencias directas de haber amado y deseado sin saberlo.

En la otra, en Clara, el problema es semejante en la superficie, pero totalmente diverso en sus orígenes y en su proceso: hija de padres irresponsables, se ve apartada del hogar para recluirse en un internado; que critica en esto el novelista, el desentendimiento hacia la educación de los hijos? La niña, alejada del medio natural en que debía desenvolverse, facilita la vida disipada del militar y la corista que la engendraron y el amor filial es un sentimiento ajeno a su estructura sentimen-

(31).-Opus cit. p. 330.

tal; por este motivo, cuando la desgracia principia a lastimar su vida, a la muerte del padre disipado, ella y Silveria, su madre, se sienten desorientadas, como si dieran vueltas en un cuarto oscuro y cerrado al que no se le encuentra salida. Pronto, sin embargo, el tiempo cambia y hace llegar hasta ellas un pequeño rayo de luz, la pensión que como militar corresponde al padre de Clara, alivia precariamente la situación de las dos mujeres, respondiendo a la fe de la hija que ante el pesimismo ebrio de su madre, empieza a destacar su natural calculador y despreocupado: "-Pero mamá -decía la niña-; tú te apuras por nada. ¿Cómo sabes si papá nos deja algo con que vivir cómodamente?" (32).

Más tarde, cuando ya es una mujercita hermosa, en el momento que la conocemos nosotros en la novela, ese sentido de cálculo se habrá desarrollado. Su vida exterior, como la de Lena, transcurre en el ocio, se lanza a la calle en la búsqueda conciente de una fuga, la huida que le permite olvidar un tanto la miseria que vive y rememorar en algo su infancia de niña mimada, aunque la calle no alcance a satisfacer sus ambiciones de lujo y de comodidad social.

A Clara le atrae la farándula, ¿no es ésto una identificación de sí misma con la naturaleza del espectáculo? ¿no puede considerarse como el reflejo de sus propios deseos exhibicionistas? Esto se prueba en el momento de su fracaso: su anhelo de ostentaciones, sus ensueños de triunfo, le conducen por vía de uno de sus admiradores hasta el escenario de un teatrillo en el que la naturaleza de la obra y la calidad de su público, la derrumban estrepitosamente. Aquí, la habilidad del novelista vuelve a lucirse, hace abandonar el teatro a su personaje, con toda la dignidad posible en el caso, salva a Clara, la cuida, en vez de entregarla a un llanto natural y rabioso, la conserva altiva, desdénosa, "como si esa noche fuese la noche de su triunfo, y en vez de silbidos le hubiesen ofrendado coronas." (33) No se olvida, empero, de que su personaje es humano; pinta en ella el coraje, la rabia, el odio, la desespera-

(32) *Opus cit.*

(33) *Opus cit.*

ción y hasta el intento de suicidio que pasa como una sombra por su pensamiento; y no es sino hasta que Clara ha llegado a su descuidada vivienda, cuando el novelista, que la ha venido sosteniendo, ayudándole a caminar violentamente, la deja caer de golpe sobre el lecho con todo el peso de su desgracia, "inmóvil, sin pensar, sin sentir nada, como si el peso de sus ambiciones desmoronadas la aplastase." (34)

Y cuando la ha llevado hasta ese extremo, desde su estupefacción profunda que buscaba inútilmente refugio en el sueño, desde la pesadilla horrible de su fracaso, la levanta de un salto para entregarle, de golpe también todo el consuelo íntimo que necesitaba: "Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz a la lámpara y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores. No; el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda." (35) Desde ese momento, el autor entrega a su personaje toda la fuerza de las armas que desde un principio puso en su poder, devolviéndola al misticismo de su propia adoración.

Al adquirir nuevamente la conciencia de su "tesoro", ya no sería tan rudo el golpe de perder la pensión cuando el escándalo del fracaso de "debut" trasciende; su malicia sigue el cauce necesario a que le obliga su nueva condición, accede a entregarse en brazos de quien le ofrece seguridad económica para poder sostener su tren de vida de no hacer nada, para poder dedicarse al culto de su propia belleza, para abandonar definitivamente la miseria que le ahoga. Y al contrario que Lena, empieza a ascender la escala, mala o buena, pero elegida por ella a sabiendas; escala en que, bajo el símbolo de Conti, el periodista, el amor verdadero va a perseguirla sin alcanzarla nunca; mientras que "la chiquilla", a partir del momento de su entrega, desde el instante preciso de su aceptación, se pierde; pero se pierde en el sentido total de la palabra, (34) Opus cit. p. 179. (35) Opus cit. p. 181.

a la vida social, a la vida familiar, al medio en que había vivido siempre de la vecindad, al sentimiento maternal de la hermana mayor que inútilmente anhela saber su paradero, a las páginas mismas de la novela en que Don Carlos González Peña abandona a sus lectores para que cada uno busque en la realidad que conozca el paradero de la jovencita.

Las dos muchachas llevan más o menos la misma vida, tienen con leves diferencias las mismas inquietudes, se hunden exactamente en la misma frivolidad, se entregan a su narcisismo plenamente, coquetean, pasean y se divierten; pero el fruto, la caída, los resultados, son absolutamente diversos, porque a pesar de la semejanza de troncos, una raíz se ha nutrido más que la otra en los abonos de la vida, la tierra, el medio, han sido más pródigos para una de las dos plantas; y cada una de ellas vive a su modo, sufriendo sus penas como la vida les ha enseñado a sufrirlas en su caso particular.

Alberto, el hermano de Antofita y Lena, es otro estudio tipológico del autor de "La Chiquilla", pocas veces interfiere en su vida porque su presencia en el hogar es más virtual que física, porque su vida misma de vagancia y crápula lo sitúan en un medio ajeno al que se describe en la obra; pero cuando llega a aparecer, denota claramente las características de un hombre desordenado; no le importa despertar inquietudes y atizar el fuego de la malicia en la hermanita menor, la contempla con la misma libertad que a una amiga, el amor familiar no le ata y sólo al calor de sus descarríos se refugia al invulnerable retiro de su cuarto, cuya tranquilidad es velada colosamente por el cariño sencillo de Antofita y el dinamulo de doña Pepa. Es Alberto ese tipo de estudiante eterno que Carlos González Peña, como estudiante primero y como maestro más tarde, debe haber visto alguna vez aparecer por las aulas, desvelado, ignorante del curso, dispuesto a sacar dinero de sus compañeros por todos los medios, asistiendo a los empeños y malbaratando los libros, para presentarse en exámenes y ser reprobado una vez y otra aún tanto si

casamiento y la deserción; y que, una vez separados definitivamente de la escuela, resbalan más por inercia que por "necesidad" en el camino del vicio y de las malas costumbres.

Doña Pepa representa en la novela de González Peña otro "caso" más; el de la mujer que se desentiende de su casa para refugiar sus actividades en el templo; la que arrastrada por una mal entendida religiosidad, se entrega a misas, rosarios y sermones en la búsqueda de una relativa paz interior; desocupada muchas veces, llevada otras por las exigencias sociales de su actividad religiosa, llena sus ratos de libertad concurrendo al chismorreo de la vecindad y afiliándose a sociedades de dudosa filiación benéfica. El dibujo es preciso, con todas las características de la beata, formando parte de una corte de adúladoras dedicadas a incensar a un sacerdote mediocre. Con todo, en el momento necesario, en que la enfermedad de Antojita la pone al borde de la tumba, el instinto maternal domina sobre la inclinación religiosa y las noches de insomnio junto al lecho de la hija reivindican en algo la calidad humana de la mujer. El carácter sumiso a los caprichos de Lena, encubridor de las irresponsabilidades de Alberto, desentendido de todo lo que pudiese significarle problema doméstico, propicia su inclinación devota hasta el grado de velar su entendimiento llevándole a exigir dinero a la hija para satisfacer sus "caritativas" contribuciones a las sociedades en que milita, precisamente cuando el esfuerzo de Antojita está llegando a la utilización de sus últimas energías.

Nos presenta además en esta obra, otro estudio maravillosamente logrado; el personaje insignificante de la criada; Estéfana, la vieja sirvienta de la familia, que Don Carlos González Peña conduce esmeradamente por el escabroso camino de la novela. Desde su nana obscuridad, apenas alegrada por el sabor del chisme que disfruta en labios de la correveallile de la vecindad, la vieja ropavejera doña Manuela, se regocija y sufre con todas las alegrías y todos los contratiempos de la familia a

la que presta sus servicios, comparte con ellos el techo y el pan, alivia su soledad y sus miserias de paria en la compañía y los afectos logrados a cambio de su trabajo; su vida transcurre monótona y fría, apenas con el aliciente que le proporciona la idea del viejo arcón que le sirve de alcancía y que le garantiza de una manera relativa, la seguridad de una vejez tranquila.

El prototipo de la cenina fidelidad de un alma humana, el ser nacido para entregarse al servicio de los demás haciendo de su trabajo un hábito placentero y teniendo en sus goces espirituales acaso el resonar de las campanas que platican de torre a torre: "Con las enaguas raídas de color indefinible, el rebozo liado en torno de la cabeza y del busto, para escapar a la penetración del ramusgo, alta, enjuta, con la escoba en la mano, prestaba atento oído al resonar pausado que llenaba el ambiente de una armonía muy dulce, muy tierna..." (36)

Cuando el trabajo de Antoñita falta, ese personaje que nuestro autor había conservado como arrinconado, empolvándose un poco entre las cosas viejas, será el que tome de firme las riendas de la casa, es la fiel Estéfana quien sale a solicitar crédito de todas las tiendas, de la patrona de Antoñita, de todo el que quería dárselo; es la afligida Estéfana la que una vez agotado el crédito, habrá de elegir lo que debe y lo que no debe empeñarse para obtener unos cuantos pesos que permitan ir viviendo, la que se entristece al ver morir los adornos de la casa cuando les falta el cuidado de su adorada amita, la que se llena de profunda indignación contra los demás por su indiferencia hacia el dolor de su consentida que yace abatida por la enfermedad.

Y en el momento de su propia sublimación, después de la lucha interior en la que se debatía la angustia de perder su seguridad futura— contra el cariño amasado más firmemente que sus ahorros, lucha que deoide su rústica ternura ante la contemplación de un rizo y un zapatito que guardara como reliquia desde la niñez de su ama.

Estéfana emociona, llena por sí sola uno de los puntos de apoyo - más fuertes de la obra, acaso se trate de un verdadero personaje, real, llevado desde el sereno hogar tranquilo, observado por los ojos del novelista, hasta las páginas de su novela para engalanar con su sencilla calidad genuina de joya vernácula los ropajes del relato, multicolores y ágiles como galas de muchacha.

La ropavejera, la eterna comadreja de vecindad, no podía faltar - en un medio como el que se utiliza en "La Chiquilla"; doña Manuela es como el distintivo, como la ficha de filiación que no puede pensarse - ajena a los patios de vecindad; González Peña sabe que en las comunidades de todas las categorías, nunca falta esa extraña y molesta psicología del ser que goza con las desgracias ajenas, que se asoma a los sucesos cotidianos con el mismo placer con que un intelectual lo hace a la ciencia; el ser que pasa por alto todos los desprecios con tal de saborear las vicisitudes de la casa ajena. Con rapidez asombrosa se mueve la vieja buscando la carroña que no escapa a su mirada de buitre, con la misma paciencia del cazador que espera silencioso al venado, sus -- ojos de lechuza escrutan pertinaces la sombra para arrancarle los secretos que pudieran ocultarse en ella.

No pasa por alto los detalles que pudieran acumular nuevos datos - a la estructura de su personaje, la queja constante de su "negocio", - de las utilidades que cada día van mermándose, la explotación morbosa - de sus chismes que se truecan por desayunos, su despreciable adulación para quien escucha y los vituperios que lanza contra los ausentes, que al presentarse en escena, son melosamente elogiados por esta escoria - de la calidad humana. Su repugnante moralidad se mueve con la rapidez - y la precisión de una lanzadera de telar antiguo, ruidosamente, plena - de ostentación, mordiendo aquí, lastimando allá, y sirviendo a todas - las mesas sus manjares de miseria. Pero con todo eso, doña Manuela no - deja de sernos presentada con la simpatía humana que su despreciable -

actividad le logra, en su medio, en su restringido círculo social de la vecindad, ella es todo un personaje, en la charla continua e ininterrompida de todo el día, practica su léxico y los giros que le son habituales hasta lograr toda la perfección posible dentro de esta modalidad de la oratoria popular. La valoración constante de virtudes y defectos ajenos, le gana la amistad de quien la escucha aunque más tarde esa misma amistad ganada se convierta en el objetivo de sus más denigrantes comentarios. Es notable cómo Don Carlos González Peña, acaso como una reminiscencia de su vida de comerciante donde la tienda se convierte en el mentidero del barrio, observa los detalles que fijan definitivamente -- las características que distinguen a este tipo de mujeres; sabe el momento preciso en que se curan en salud diciendo que no es por chisme sino por deseo de regeneración social que intervienen en lo ajeno, en que disimulan la intención ajena que las hierre vengativamente, sabe también el procedimiento de insinuaciones y previas negativas que provocan la invitación a fiestas y saraos y el círculo de urracas que frecuentan robándose unas a otras la presa obtenida en sus piratescas faenas.

Eugenio, el novio de Antofita, antes de hacer su aparición por las páginas de la novela, ya ha llegado al ánimo del lector como el presunto novio de la muchacha. Rápidamente y con pincelazos precisos, González Peña le trae un pasado que relata en labios de doña Papa; una historia de dolor y desamparo que lo recluye en un apartado cuarto de soltero. Luego, la insinuación de su regreso que turba notablemente a la concubina y más tarde, apoyándose en un simple juguete de repisa, toda la materia de un idilio sencillo y natural que nace en el simple proceso del contacto, de la inocencia de una muchacha que ama por primera vez y de la malicia general de todos los vecinos que mentalmente los preparan hasta el grado de obligarlos casi al romance. El pasado del joven es por sí solo toda una novela, pero solamente va a delinear un carácter indeciso que a la postre se habría de inclinar más al deseo --

que a la satisfacción espiritual. ¿Crítica acaso para la inclinación general de los jóvenes? ¿Sencillo producto de la observación directa? Es más relevante inclinarse por lo primero, la prueba se nos entrega al final de la obra cuando regresa Eugenio arrepentido de sus actos a buscar la confianza en el poeta, el bohemio ya convertido en burgués y propietario del cafetucho transformado en próspero comercio.

En la interrelación de los tres jóvenes, el proceso psicológico -- que va empujando los hechos hacia los resultados que tienen, se ha logrado plenamente: el noviazgo inicial entre Antofita y Eugenio, brota -- sencillo y natural, con las vivencias inocentes de miradas, suspiros y contemplaciones que tienen su eco y motor determinantes en el afecto -- que nace al margen de las inclinaciones ajenas, la feliz soledad de dos seres en medio de la balumba que les rodea, el ávido vivir de los sentimientos que atrae irresistiblemente a dos seres como el imán dominando al hierro.

Posteriormente, el contraste que va insensiblemente detallándose -- a la percepción del lector, insistente, pero sin dejar entrever sus consecuentes efectos.

De pronto, cuando el proceso ha sido llevado al momento crítico, el autor hace intervenir en forma decisiva a la inquieta Lena y gradualmente, sin violentar los sucesos, provoca la dualidad de afectos en Eugenio Linares, que no hacen más que responder a la dualidad de físicos y de caracteres que tiene enfrente; el apetito le arrastra irremisiblemente hacia "la chiquilla", que inconscientemente se le ofrenda en plenitud de vida y con vuelos alocados de mariposa que acabará muriendo en las llamas; y su espíritu, anhelante de afecto como exigencia de su soledad, deseoso de ternuras infinitas que suplan la falta de la madre -- muerta, le inclinan al apacible y sincero cariño de Antofita, a la proyección de su desmedrada naturaleza, al amor que, una vez perdido, habría de perdurar estigmatizando su vida de ser mediocre y falta de voluntad que se deja llevar por las pasiones.

Esta suma de individualidades, va a dar un resultado complejo como la vida misma, sin embargo, no es todo; no podía faltar en la vecindad el aspecto colectivo de la familia; allí están también los Gómez; el jefe de familia, Don Hilario, prototipo de la insignificancia y la mediocridad, es dibujado como el eterno empleadillo de oficina, el empleado destinado a pasar toda su vida tras de un escritorio de papeles olorosos a viejo y a inutilidad; su mujer, una de esas matronas de jamona apariencia y cuyo único respeto procede de haber formado una familia y tener dos hijas; las hijas mismas, solteronas neuróticas deseadas de marido y que dedicaban su esfuerzo y todas las horas de sus días a la cacería humana de novios que insinuaran la posibilidad de formar un hogar. En este estudio colectivo, el novelista va desmenuzando todos los pormenores hasta pintar la insignificancia social de este tipo de seres; matrimonio que ofrece su prole al primer postor que cruce su camino, que en su prostituido concepto del honor, después de arrojar a Teresa, la mayor de sus hijas, en brazos de Conti, buscan la satisfacción de la falta en un matrimonio que les es negado, culpando a la muchacha de lo que nadie más que ellos fuera culpable y para llevar "dignamente" la afrenta, se escudan en los regaños, en hacerle la vida imposible y en ostentar a la que todavía puede salir de la casa como una mercancía que no se ha menospreciado. Con todo, esa vida llena de faltas y de "vigas en los propios ojos", no les impide ver la paja en los ajenos cuando Lena, "la chiquilla" se ve obligada a abandonar el hogar corrida por las exigencias sociales de esa sociedad que se refocila en arrojar su propia ignominia en los seres que no se pliegan a sus caprichos enfermos de sexualidad mal conducida.

A todo esto hay que agregar los múltiples matices que saltan a cada paso; el periodista insignificante también que persiguiendo el único beso amoroso de Clara no se detiene ante las más execrables acciones para escoger la carrera económica que lo impule a igualar la en --

prendida por la veleidosa muchacha; el poeta rípioso, imbuído totalmente de los conceptos bohemios que le arrojan a la disipación absoluta - de sus mensualidades, a refugiarse en el café de "La Dama Blanca" para vivir a costa de una simpática e ignorante patrona que sostiene su fármica humanidad y a la que acaba uniéndose cuando convencido de su absoluto fracaso literario se decide a adoptar medios más prácticos de vida; las criadas que como Petra transcurren por casas y mercados deteniéndose en patios y lavaderos para censurar al prójimo; el médico que con austeridades e indiferencia elude las preguntas ignorantes de las familias que desean ver sanos a sus enfermos, las borracheras de la madre de Clara, corista fracasada vinda y víctima de sus disipaciones; el viejo libidinoso, don Antonio Cortezo, que a cambio de una vida de amasiate ofrece a Clara la seguridad económica; y en el fondo de toda esta danza de marionetas, el escenario de la ciudad, deliciosamente contemplado por don Carlos González Peña.

No deja de señalarnos sus lacras, el teatrillo de barrio con sus espectadores que devoran por los ojos las desnudeces de las coristas, - la comerciante que explota miserablemente a las obreras, las calles saturadas de rapaces, borrachos y olorosas a pulque en contraste con las avenidas donde pasean los coches de las empingorotadas señoritas ricas, el sabor del siglo en sus costumbres y sus paseos, en sus trajes, en sus medios de locomoción, en sus mesas arregladas para banquetes pobres, y todo esto con el encanto de lo añejo, con el sabor rancio de lo que madura y se gusta siberitamente paladeándolo, aspirando su aroma, sintiendo profundamente el palpitar de su existencia desaparecida ya, pero que se conserva en plenitud sobre las páginas de la obra envuelta en las artísticas ideas del novelista.

- 61 -
CAPÍTULO VI.
"LA MUSA BOHEMIA"

Es notable cómo, en esta novela, se nos muestra un San Angel totalmente diferente al que conocemos actualmente. La época, tal como sucede en la novela anterior, gira en rededor del cambio de siglo y nos encontramos con que el urbanismo está totalmente alejado de ser lo que por razón natural del crecimiento de la ciudad misma, es ahora.

Con ésto, queremos señalar el detalle de que, a pesar de encontrarnos con los lugares ya familiares, San Angel, Xochimilco, Tlalpan, Churubusco, Coyoacán, etc., el solo hecho de que los sucesos se desarrollen a medio siglo de distancia, o un poco más que eso, nos darán un aspecto diferente ciento por ciento, de lo que podemos conocer.

Estos lugares, descritos por Carlos González Peña, tienen, además de la importancia literaria de sus relatos, la importancia histórica de situarnos en una época ya borrada por el progreso de la ciudad que al edificarse, va comiéndose los espacios libres para formar un todo en el que no queda nada que pueda señalarnos las viejas divisiones que separaban con llanuras a estos pueblos que ahora no existen independientemente, sino formando parte única del México actual.

En pues, por ésto, el campo, con sus llanos y sus cerros en el paisaje, como una provincia, como un pueblo alejado de la Capital, aunque tenga el mismo nombre de San Angel.

Este es ahora el escenario en que van a desarrollarse los hechos; - afuera de la casa, las mismas estampas que pasan ante nuestros ojos por las carreteras que nos han traído a México; los hombres vestidos de blanco que trabajan bajo los rayos del sol excitando al animal que tira de la carreta o del arado antiguo.

Y al relatarnos la vida de los hombres de campo, sencillamente presentada a nuestros ojos, el paisaje que rodea su casa brota mágicamente, simultáneamente a los árboles y a todas las plantas: "La primavera había reverdecido los viejos troncos que se retorcían junto a las cercas.

Trepaban las enredaderas por los muros blancos del caserío cercano, cuyos techos de cine reverberaban a la luz solar; las hiedras rodeaban los postigos abiertos a la alegría de la mañana, coronándoles de campanillas azules; el rojo de las amapolas tachoneaba la verdure de los huertos..."

González Peña nos hace ver casi desfilando todas estas impresiones de la misma manera en que disfrutamos de un paseo cómodamente instalados en la ventanilla de nuestro coche; y luego, nos llama la atención para que nos fijemos bien en los matices de la flor que acaso no veamos con sus hermosos colores por la rapidez con que hemos pasado; después, las mismas escenas de todos los caminos de México, a los que les presta su propia voz para que nos griten cuando pasamos junto a ellos y contemplemos su presencia de paisaje: "Y hasta los magueyes alineados perdiéndose en la lejanía; los álamos blancos de ancha copa; los arbolados de fresnos y perales, de entre cuyo follaje dijérase brotaban puntiagudos cipreses, parecían sonreír a la mañana cálida de mayo. Sobre la chimenea roja de una fábrica, oculta en la espesura, cerníase gris penacho de humo. En los hilos del telégrafo, tendidos a lo largo de la vía del ferrocarril del Valle, bandadas de pájaros se detenían, lanzando al aire su parloteo ebrio de sol." (36)

Son las cosas que se ven mucho, pero que al ser fijadas en las páginas de una novela, nos van llamando más la atención porque al verlas en la vida misma, acaso no nos hemos detenido a contemplarlas con el mismo gusto, absorbidos tal vez por los problemas, por las inquietudes del trabajo, por la rapidez con que pasan todas las cosas a nuestro alrededor.

En este ambiente que rodea a los personajes de la obra, sobre todo a los principales protagonistas de ella, notamos otra peculiaridad que no se advirtió en la novela anterior. En aquella, la ciudad entera fué el fondo al desarrollo de la trama; mientras que en ésta aunque hay algunas referencias fuera del sitio habitual, se ve reducido al interior de una casa de dos pisos en la que se mueven los amantes y una familia.

(36) -C.G.P., "La Musa Bohemia", - Edit. Serpere, - Valencia, - 1908, P. 9. -

Largas y minuciosas descripciones van detallando con lujo verdadero hasta los últimos rincones de los interiores; siguiendo el camino marcado desde los románticos que se solazaban persiguiendo hasta el aspecto más imperceptible, González Peña colorea hasta el más apartado de los rincones.

Es notable ver al iniciarse el libro, una dedicatoria: "A don Vicente Blasco Ibáñez, el novelista que en páginas admirables ha sabido encerrar múltiples aspectos del alma contemporánea. Carlos González Peña." Indudablemente que, con ésto, González Peña tributa admiración al escritor, es tal vez la afinidad de sentimientos ante la vida lo que impulsa al mexicano a la admiración, al digno trabajo literario que se entrega a los consagrados para que ellos armen caballeros en el "ámbito" de la novelística. Y al buscar este espaldarazo, al pretender para sus páginas la mirada benévola del escritor, ¿no se está declarando admirar su obra?; y al señalar ésto, ¿no se está declarando también el deseo de "llegar" a la misma altura de quien se admira? ¿Qué significa entonces la expresión de González Peña al decirnos del escritor que "ha sabido encerrar múltiples aspectos" del alma contemporánea? No puede significar otra cosa que en esos "múltiples aspectos" se encierran los mismos a donde él quisiera llegar.

Hemos visto la naturalidad, la verosimilitud con que presenta los hechos de sus obras, hemos conocido en la anterior novela personajes de absoluta presencia y en ésta encontraremos también esa misma seguridad, la precisión para ir señalando lo notable, para llamar la atención sobre lo pintoresco, para describir no solamente el mundo que rodea al ser humano, sino el que vive dentro de él, el que nace en su propio corazón y va señalando con inquietudes, con dolores, con ilusiones, con sentimientos, el camino interior de las almas.

Es la tendencia realista que señala arduamente lo falso, lo impropio, lo despreciable, el índice que aprueba e condena la conducta de la

humanidad y le hace menos o más ante los propios ojos para que corrija -- sus vicios y cultive sus virtudes. Basta con describir la vida, basta con presentarla en toda su maldad, para que el hombre sienta repugnancia por lo malo; basta señalar sus bondades, para que el instinto de imitación en el hombre, le lleve a imitar lo que es amable, para que el natural bondadoso, se sienta atraído hasta rayar en la nobleza.

Esta obra, es la historia de dos amantes, dos seres que viven al margen de la sociedad porque les ha unido el cariño y su amor no sabe de prejuicios; se aman y su amor les conduce a la vida conyugal sin contratos, -- "¿qué significaba un artículo del código o un fragmento de los evangelios ante el amor libre, soberano, de dos muchachos que se encuentran en su camino y se dan el uno al otro sin reticencias, sin tiquis-miquis sociales, impulsados solamente por sus instintos, obedientes a la ley de la Naturaleza que les manda amar, amar mucho, para que el mundo perdure y sea grande y domine a la muerte y a los siglos?" (37).

El ambiente, más reducido que en la Chiquilla, tiene necesidad de -- menos personajes, la tipología es mucho más reducida y casi la totalidad de la obra se desarrolla en espacios reducidos; hay una sensación de pequeñez, acaso para hacer sentir la intimidad de las relaciones entre los dos jóvenes.

El, Mauricio Villacuso, es un periodista; naturaleza humana muy conocida de González Peña por sus propias actividades en los diarios; nos lo pinta como toda una promesa intelectual que se llena de ambiciones, -- que desea fervientemente el triunfo, que busca incesantemente la gloria y las grandes cosas; su personaje es al fin y al cabo un personaje joven, -- de cultivado espíritu artístico, creado en el encierro mental de la religiosidad extrema de su vieja tía, recluido en el internado en que le ha colocado doña Victoria para que se convierta en hombre creyente y de buenas costumbres y donde al contrario de los deseos santamente buenos de la beatífica señora, no tarda en seguir la escuela de sus compañeros que alg (37). -- C.G.P. -- La Musa Bohemia. -- F. Sempere y Cia. -- Valencia. -- 1908. P.69.

jados de toda moral, le conducen pronto por el camino de ilustrativa - vagancia en la que se adiestra con mucho mayor rapidez y deleite que - bajo las severas indicaciones de sus rígidos mentores.

No dejamos de observar la claridad con que el novelista ha delineado las características del personaje; todo su proceso está visualizado bajo la difícil dualidad del periodista de educación artística y el hombre con sus más naturales apasionamientos.

El periodista, cuando nos es presentado desde la interioridad de su estudio, se encuentra en plena juventud y en actividad completa. Lo conocemos apaciblemente en un rato de ocio, en una tregua que ha tomado entre dos jornadas de trabajo; contemplando el campo por la ventana, bebiéndose la belleza circundante por la vista; más tarde, después de darle al lector el toque característico del pincelazo que humaniza a Mauricio que se desespera por no terminar el artículo que debe entregar al periódico, después de retratar su inquietud por reanudar el trabajo que decide abandonar por más tiempo, pasa a la descripción del estudio; es el mismo Mauricio que recostado en un diván, va repasando el interior de su pieza, "...paseó la distraída mirada por el cuarto, deteniéndola con insistencia en cada uno de los objetos que lo embellecían, ocupa acción ésta muy propia de los ratos de holganza." (38) Contextos que el novelista necesita como apoyo para ir señalando las dimensiones y colores del escenario en que va a situar su drama.

Para mostrarnos el sentimiento artístico, recurre al símbolo de Venus, la diosa del amor y la belleza que rompiendo sus moldes clásicos, se presenta en la mentalidad del hombre con las líneas que éste quiere verla, con las que su percepción artística le permite interpretar, hasta el amor mismo de las cosas que le rodean considerándolas como parte integrante de "un segundo yo".

El contraste no se hace esperar. Nita, la amante, irrumpe en el sueño de su amado despertando con zalamerías femeninas el descanso del - (38). - Opus Cit. p. 9.

del periodista; momento que estalla en risas y juegos, en besos y contemplaciones que van a dar motivo a una nueva disección de sentimientos, el hombre que piensa mientras ama, que aprovecha el resquicio para desenvolver sus memorias, gozando del idilio en plenitud de vida y facultades, cuando la conquista de la gloria y de la fama se considere un proceso fácil, alcanzable.

Con todo, después del primer triunfo, el hombre vence al artista, se ve arrastrado al mundo de los halagos y las admiraciones, se ve reclamado por la novedad que le exige su relación mundana; y el hombre, cede ante las vanalidades que se ofrecen al artista. Se lanza a la fama arduamente, asalta todos los horizontes y se olvida del pequeño rincón espiritual que es el verdadero oasis en su desierto. Pronto parte hacia la lojanía, es una entrega total a falsas ambiciones que bajo una envoltura aparente le entregan poco contenido real. El juguete nuevo de los niños que atrae y ocupa todos sus momentos de juego, pero -- que una vez roto o despintado, se arroja en un rincón y se olvida, se relega al abandono absoluto; y si acaso hay una mirada o un momento de solaz en volver a jugarlo, pronto vuelve a su sitio de arrumbamiento, -- hasta que, finalmente, el niño lo destruye o lo regala. Así, bajo el falso aspecto de un benévolo porvenir, el personaje se olvida de la que es toda entrega para hundirse en la belleza que encubre la frivolidad, para lanzarse a una aventura novedosa e incierta, que, al resultarle adversa, le obliga a volver a su punto de origen, pero sin su antiguo espejo, sin sus pasadas ambiciones que pudieron impulsarlo a todas las conquistas, con el alma vacía de ideales y acaso vacía también de amor; por lo menos de aquel amor juvenil capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios.

Es la evolución del ser humano que en su niñez y en su juventud -- es promesa; pero que al hundirse en la vida debe hacer su destino con el esfuerzo para no perderse en la mediocridad.

Acaso la intención del novelista sea llevar en esto un mensaje a sus lectores, acaso sea la simple tendencia a presentar la verosimilitud de la realidad misma; tal vez la realización consciente del positivismo hecho idea al presentar su personaje. Lo cierto es que al elaborar su psicología parece asomarse frecuentemente a esa personalidad la intención irónica del novelista que nos dice que está actuando mal, que en su ánimo lo censura, pero sin embargo lo presenta así por la sencilla razón de que así es, que así se conduce en la vida real. Y no porque sea un personaje aislado, que solamente exista en las páginas de la novela, sino que en ocasiones múltiples aparece en la vida, acaso a nuestro propio lado sin habernos dado cuenta que existe.

La amante, la sufrida "musa", es la chica sencilla emanada de un criterio educativo distinto al común. En sus remembranzas, vemos surgir la fuerte personalidad del padre de Nita, culto y artista, seguro y amoroso, en plena madurez mental, guiando a la hija de un modo singular contra todo concepto de la época, acaso el romántico que se rebela y contradice lo establecido, acaso solamente el cerebro que va determinando rutas diversas a las conocidas en la convicción de la mayor utilidad benéfica al emprenderlas.

Personaje secundario en la trama de la novela, pero delineando en rasgos de fuertes caracteres notables. Descontentado en su época, pero con la tendencia firme de labrar una obra artística en el espíritu mismo de su hija, de Nita que lo conservaba en el recuerdo con toda la entereza digna con que merece conservarse lo que sólo es virtud, hasta el momento en que el amor, y la entrega sentimental para la que fué cuidadosamente preparada, va borrando lentamente el recuerdo y la devoción casi mística en que lo colocara el pasado, para vivir plenamente su idilio con el periodista, pero en todo momento, la gratitud, el amor filial al que sacrificara su vida para "hacerla" a ella, lo presentaba en la idea integral de su entereza.

Soledad angustiosa de viejo entregado a lograr en su hija la idea de realización que no tuvo en su propia vida; músico de oficio, procurando llenar con experiencia y sentimientos nobles la falta de una madre que abandonara al esposo y a la hija misma; conservando a costa de la propia pena y las emociones de anciano, la idea incólume de una buena madre, cuya realidad no sería conocida sino hasta después de su muerte y por una indiscreción del amigo. "Desde aquella mañana nubosa en que sus recuerdos ofrecíanle la primera huella de su padre, los años huían, huían, sin desvirtuar nunca la silueta del pobre músico, que a través de las cotidianas vicisitudes fué el mismo siempre: idólatra de la hija única; adusto, impenetrable para los demás."(39).

Nita, diferentemente educada a las niñas de su tiempo, sigue al principio los mismos pasos de asistir a una escuela, con sus inquietudes y sus luchas por obtener los primeros lugares, triunfando sobre "las envidiosillas y sabihondas que se lo disputaran", sin faltar el instante dramático de la madre que falta para recibir el tributo del esfuerzo de la hija con el consiguiente dolor del padre, único conocedor de su íntimo desgracia. Más tarde, bajo la vigilante mirada del padre que la ponía en contacto con el arte, con la música con los títeres y con las novelas; siendo notable el concepto que vierte González-Peña al respecto. "Y en los ratos perdidos, cuando el odioso plantel no la retenía, estudiaba el francés, íbase de paseo del brazo de papá; o leía novelas. El músico guardaba algunas de las mejores, realistas -- teóricas, que enseñaron a Nita muchas cosas que le ocultara la vida. ¿Cuánto había aprendido en aquellos libros que condiscípulas aventajadas consideraban inútiles!"(40) ¿No es esto un reconocimiento a la utilidad novelística del realismo? ¿No es acaso en González Peña esta idea, la expresión de fe de una doctrina novelística? Todo se va hilvanando casi inconscientemente en la vida, de una manera natural, sencilla, a pesar de los problemas, y es así como trata el autor de reflejarlo.

(39). - Opus cit. p. 24.

(40). - Opus. cit. p. 31.

Nita es la víctima, a pesar de la educación seguida al detalle por la vigilancia del viejo artista, la muerte de su padre la deja sin el amparo necesario a una edad temprana todavía y sin otro recurso que la amistad de don Juan Monte, hombre de buena intención que atiende al desvalimiento de la muchacha haciendo lo pertinente para su bienestar económico. Personaje intrascendente, el señor Monte y su esposa solamente significan ese apoyo moral que es tan necesario al que ha tenido una pena de la magnitud de la que lastimaba a Nita, que viendo las cosas más fríamente, pueden discernir y obtener la "tabla de salvación en el naufragio. Una vez que el tiempo, la soledad, y la natural resistencia humana al dolor han cerrado un poco las heridas, Nita conoció al amigo Julio Eslava, a quien recordara haber visto por primera vez en el entierro de su padre, llevando una corona y por conducto suyo, a Mauricio, el que poco tiempo después, fuera lanzado en sus brazos al romper definitivamente con la tía Victorina.

Y así, a vivir plenamente su idilio, su amor hecho todo entrega, en el que toda actividad se manifiesta por la liturgia cotidiana del ser amado; en el que los halagos y los gozos, por muchos que sean, nunca alcanzan a satisfacer las necesidades amorosas.

Todo un deslizarse en medio de ilusiones y proyectos, todo un convivir en los anhelos, en la soledad del estudio, en el retiro creativo que permite proyectar el pensamiento a regiones insospechadas, un insensible transcurrir del tiempo que deja a su paso la íntima impresión de la placidez, de la felicidad.

Nita se entrega a la casa, después de Mauricio, la preocupación de mayores proporciones era hacer al amado un ambiente agradable, que le hiciera atractiva la vida en aquel rinconcito de retiro, que le retuviera a su lado la mayor parte del tiempo que fuera posible para que su cariño perdurase siempre, que se prolongara durante todos los momentos de su vida que no tenía más objeto que el amor mismo.

Nita es la víctima, a pesar de la educación seguida al detalle por la vigilancia del viejo artista, la muerte de su padre la deja sin el amparo necesario a una edad temprana todavía y sin otro recurso que la amistad de don Juan Monte, hombre de buena intención que atiende al degvalimiento de la muchacha haciendo lo pertinente para su bienestar económico. Personaje intrascendente, el señor Monte y su esposa solamente significan ese apoyo moral que es tan necesario al que ha tenido una pena de la magnitud de la que lastimaba a Nita, que viendo las cosas más fríamente, pueden discernir y obtener la "tabla de salvación en el naufragio. Una vez que el tiempo, la soledad, y la natural resistencia humana al dolor han cerrado un poco las heridas, Nita conoció al amigo Julio Eslava, a quien recordara haber visto por primera vez en el entierro de su padre, llevando una corona y por conducto suyo, a Mauricio, el que poco tiempo después, fuera lanzado en sus brazos al romper definitivamente con la tía Victorina.

Y así, a vivir plenamente su idilio, su amor hecho todo entrega, en el que toda actividad se manifiesta por la liturgia cotidiana del ser amado; en el que los halagos y los gozos, por muchos que sean, nunca alcanzan a satisfacer las necesidades amorosas.

Todo un deslizarse en medio de ilusiones y proyectos, todo un convivir en los anhelos, en la soledad del estudio, en el retiro creativo que permite proyectar el pensamiento a regiones insospechadas, un insensible transcurrir del tiempo que deja a su paso la íntima impresión de la placidez, de la felicidad.

Nita se entrega a la casa, después de Mauricio, la preocupación de mayores proporciones era hacer al amado un ambiente agradable, que le hiciera atractiva la vida en aquel rincón de retiro, que le retuviera a su lado la mayor parte del tiempo que fuera posible para que su cariño perdurase siempre, que se prolongara durante todos los momentos de su vida que no tenía más objeto que el amor mismo.

Nuevamente, los factores que determinan el drama, la parte negativa de la vida en la heroína de la novela, son factores externos, no se deben a los actos de ella misma, son generados en el exterior ajeno a su propia voluntad y dominio. Tal parece que el personaje central de la anterior novela, el verdadero personaje central, que es Antofita; y ahora la mujer extraordinaria que dibuja González Peña en "La Musa Bohemia" son la representación del naturalismo que señala entre sus principales postulados el del ambiente como un factor determinante en la vida humana, el medio que obliga, que presiona como una verdadera predestinación, como si el camino vital fuera realmente señalado paso a paso.

Nita misma le explica a Julio Esclava su manera de pensar en lo que respecta a su posición de amante y no de esposa, su educación, ajena a los prejuicios, le sirvió como aliciente para tomar la determinación de su estado civil que el amor le exigía como imperativo; pero mujer al fin, sujeta a la crítica cruda y a los preceptos de la sociedad, no dejaba de sentir el impacto de la amistad de Juan Montes, el viejo amigo de su padre, que se había resfriado totalmente al tomar ella el camino que su corazón le ordenara, no dejaba de notar las murmuraciones y actitudes que le rodeaban; hasta las muchachas del piso inferior, que después de haberlas intimado fueron su único apoyo al segundo desamparo de su vida, la habían recibido exigiéndole esa tarjeta de visita que se le pide a toda mujer que hace vida matrimonial con un hombre; le habían preguntado: "¿Es usted casada?" Y ella, con una simple respuesta, que no necesita comprobaciones, les había contestado afirmativamente, logrando de esta manera su inicial aceptación. Ahora, le decía al periodista-amigo: "¡Ay Julio de mi alma! Usted no se imagina lo feliz que soy. Al principio de esta vida, yo sentía los escrúpulos de toda muchacha criada en cierta esfera de preocupaciones, desconocedora del mundo, ignorante del porvenir. ¡El pobre de papa me educó tan sola, me enseñó tan poco de la vida!..." (41).

41. — Opus cit. p. 45.

Sin embargo, el autor tiene el cuidado de contradecir a Nita durante el transcurso de toda la novela; al pintarnos al padre, al darnos la variadísima tonalidad de sus relaciones con Mauricio, al mostrarnos el espíritu pleno de "la musa" que impulsa a su hombre al triunfo, independientemente de todo contrato social, con el único aliciente que da el cariño.

Posteriormente, ya en pleno desarrollo, cuando Mauricio impulsado e inspirado por ella saborea el triunfo e inicia su abandono, la va sublimando el autor, implacable, despiadadamente le asesta golpe tras golpe, la hunde en el aburrimiento, en el abandono, en la soledad, en el lento y tedioso transcurrir de las horas muertas de inútiles esperas, le entrega todo el dolor que surge de pequeñas o graves disputas con el amante, y se lo da con toda crueldad, gota a gota, envenenando el ánimo y matando lentamente los alicientes hasta minar su salud, hasta derrumbar anhelos y esperanzas, hasta el descuido de la única arma con que le ganaban la batalla: su propia belleza. Hasta este último extremo que es la negación de la mujer que ama.

Y cuando Villaseca vuelve a su lado, destrozado, después de encontrar el desden en María Luisa Zayas, después que se refugia en una indiferencia falsa que estalla en servilismo al empuje de los celos que le llevan hasta a abandonar a Nita en las galerías del teatro para correr al lado de la que le atrae sin remedio, después que ante el deseo de Nita que anhela un hijo como salvación a su abandono se decide a emprender de nueva cuenta el camino de la conquista literaria y se encuentra inútil, con las armas perdidas, con los sentidos embotados a la percepción artística, entonces viene el contraste violento de la cualidad interna de Nita. Surge la mujer abandonando a la idea, la personalidad de "musa", se pierde en la lucha interna de la mujer íntegra que recupera espiritualmente el bien perdido, que lo ve regresar a ella como único refugio a su impotencia creativa: "Nita reprimió un estremecimiento-

de regocijo. La intensa sensación del triunfo sobre la esterilidad del amante, la poseía. De meses atrás había muerto la musa como un pájaro caído del nido sobre la nieve. Sólo vivía en ella la mujer, la mujer enamorada de su hombre, la mujer egoísta de sus caricias; la que le quería para ella y experimentaba celos, celos desgarradores de todo y de todos." (42). Pero ante el grito de dolor de Mauricio, ante la angustia del amante que le suplica le ayude como antes, en la época en que era "la musa", se vuelve más poderoso su sacrificio, su entrega ante aquel hombre que había tenido de ella todo, que había agotado hasta el espíritu de la muchacha, y una vez más le tiende la mano para alzarlo del fango espiritual en que se hallaba hundido. "Desfallecida, sintiendo que algo se desmoronaba dentro, que el viejo torreón de las ilusiones se venía al suelo, decidió sacrificarse. Era la musa bohemia, la pobre amorosa que venía del pueblo, de la obscuridad, y a la obscuridad y al pueblo tornaría. Su abnegación de víctima se agigantaba en aquel instante junto al amor mezquino del artista. Era grande, más grande que él, más grande que su obra futura, porque era divinamente humana." (43).

No se conforma González Peña en esto con presentarnos desnudamente la realidad como correspondería a un realista, siente la necesidad, humana como su personaje, de externar su propio juicio, acaso teme que un lector poco perspicaz pasara desapercibida esta grandeza de la mujer que ha creado; teme dejar caer las cosas por su propio peso, adquiere la convicción de que debe apuntarlas al sitio exacto, para que no se pierdan.

Julio Eslava es vecino de Nita y de su padre, artista también, admite con espíritu crítico de periodista al viejo; y sostiene una muda amistad contemplativa. Nita es para él, el sedante a las arideces del estudio; levanta la vista de los libros para verla pasar o desenvolver su gracia y vuelve luego la atención a comprender las páginas que tiene ante los ojos.

(42).-Opus cit. p. 200.

(43).-Opus cit. p. 201.

A la muerte del viejo, Eslava se convierte en la alegría de la vida, es el que levanta los ánimos perdidos, es el que con amistad suple en algo la paternidad separada por el eterno evolucionar humano de la hija que adora. Eslava, tácitamente, apadrina el amasiato de sus dos más queridos amigos, guarda para ellos el sitio exacto de la sinceridad amistosa, los une, los ama, y los contempla con agrado; es el interlocutor a la altura espiritual del poeta, del artista, es el confidente afín a los sentimientos; y en el momento del fracaso amoroso, desaparece para retornar más tarde a contemplar la vejez anímica de sus amigos, para respirar el aire bohemio del pasado grato; aparentemente insubstancial, pero ligado a obra y personajes por el lazo sentimental de lo necesario en el sentimiento mismo, de lo indispensable al recogimiento, de lo amable a todos los sentidos.

María Luisa Zayas, el viejo periodista llegado a la cumbre por oportunismos, la madre de ella, con vuelos de aristócrata, el ambiente social lleno de luces y de seres vacíos, son la representación de una vida desocupada, llena de prejuicios y de inutilidades, hecha a base de pequeños detalles carentes del respaldo anímico, pero plenos de formalismo y sociabilidad. La madre, levemente esbozada, nada deja al lector que pueda impresionarle; es el personaje gris y "de relleno", necesario a la estructura familiar, pero no a la novelística; el padre, es toda la representación de un acomodaticio; comerciante mejor que intelectual, vacío de entendedoras, hecho todo él a base de bluff, como un muñeco gordo, pero relleno de paja. Es el director del periódico, pero su labor es ajena a las exigencias del periódico mismo, que marcha solo; el rebelde incapaz de respaldar sus rebeldías, el ser despreciable que no tiene notables valimientos, que exige rectitud a quienes le rodean, pero que no puede vanagloriarse de ejemplar conducta. Desprendido de su casa y entregado a una disipación tardía de escapatorias furtivas y ocultaciones, inmoral a veces y despreocupado en otras hasta de los más íntimos problemas de su familia.

María Luisa, con todo el aparato de ostentación que luce en los salones, es la típica señorita de sociedad, la hija del acomodado e influyente personaje, acostumbrada a imponer la voluntad veleidosa de sus más nimios caprichos. La muchacha más o menos bonita, rodeada siempre de una corte de admiradores, elevada al sitio más alto de un mezquino círculo de relamidos jovencillos, pedantescos, inútiles, ostentosos como ella misma y que se complacen eternamente en representar a sus ojos el papel de hombres buenos o de "convenientes partidos" para ser electos en matrimonio. Es la niña bien, que gusta del incienso diario que la gandulería vestida de casimires finos le tributa a manos llenas, rutinaria en el vivir, rutinaria en las emociones, en las fiestas, en los saraos pomposos, hasta en sus propios sentimientos frívolos e inútiles como todo su ser. Mientras Mauricio Villaescusa es solamente el reportero obscuro, ignorado e insignificante que cumple con su obligación de pergeñar cuartillas intrascendentemente noticiosas, que van a traducirse en columnas en el diario de su padre, María Luisa es para él la desdeñosa y arrogante señorita de Zayas que apenas si se digna mirarlo como a cualquiera de los obreros del diario, dejando caer desde su inmarcescible altura una -- que otra mirada de desden altivo cuando la casualidad o la necesidad le ponía en su camino; pero cuando los ojos de todos se vuelven a él para admirar su triunfo, cuando la atención de los salones le llama y lo colma de homenajes, entonces la señorita encumbrada le atrae a su lado, pone en juego sus artes más refinadas para que aquel escritor que la había admirado siempre sin que ella se diera por enterada, llegue a la altura desde la que su orgullo le menospreciara.

Idilio de luz, de penumbras, de suntuosidades absorbentes, de salones y comidas, de contraste con su vida habitual, sostenía Mauricio olvidando la serenidad y ternura de sus amores con Nita. La voluntariosa María Luisa, ocupaba todo su entusiasmo hasta el grado de hacerle olvidar sus más caros ideales.

Mientras tanto allá, en el lejano pueblecillo de San Angel, el contraste de la vida limpia y sencilla del campo, marcaba con su sola presencia la diversidad de situaciones que vivía el periodista.

La gente buena que rodeaba a Nita, era toda amable; el viejo boticario consagrado plenamente a su labor comercialmente benéfica de buscar panaceas que curasen todos los males, sumido entre la infinidad de frascos polvosos y los tubos de ensayo, manteniendo la unidad de su hogar con ayuda de su hija mayor, Jacobina, que pasa casi inadvertida en la obra; Lupe, la más sociable de las hijas, el tipo común de muchacha, campesina casi, casi social, con las inquietudes de toda jovencita que solamente anhela tener un hogar propio; amada como en las novelas pastoriles, por un muchacho al que desdeña y que a su vez es amado por otra de las hermanas hacia la que él solamente siente un cariño fraternal y compasivo; y Nela, la ciega, la más espiritual de las tres hermanas, es ciega; y su desgracia, parece haberle afinado el gusto, toca el piano, ama apacible a Juanito, el eterno ayudante de la botica que adora en silencio a Lupe.

Y en torno a esta familia, los amigos de ella: Juanito, el ayudante de la botica, sumado desde tempranísima edad a la familia y viviendo a su sueldo; aprendiz de poeta, discutidor y apegado al trabajo; en su timidez, nunca se atreve a declarar su amor a Lupe, pero eso no le impide recibir plenamente asentado, el impacto dramático del rival y más tarde del matrimonio de su amada. El otro amigo de la casa, don Aquiles, viejo amigo del boticario, decididor y francote, militar retirado que como distintivo y recuerdo de sus bizarras campañas al lado de Hidalgo, del Generalísimo Morelos, arrastra una pata de palo que le tipifica mejor; abierto de carácter, de lengua pronta a la chanza burda, a la broma inocua, a la puya, y a los juegos de ingenio popular. Sincerote y franco, dispuesto siempre a la picardía o al exabrupto, es sin embargo simpático componente del pequeño círculo campirano.

Aquí, en la casa humilde, en el retiro apacible del pueblo enclavado en la campiña, la vida se desarrolla de muy diversa manera que en el palacete de don Luis de Zayas. El contraste es notable, la intimidad y el desarrollo de los hechos en la sencilla tertulia casera, no puede semejarse en nada al lujo de la cena descrita en casa del opulento Zayas; versos, música, charla, bromas; ante la mesa de la abundancia donde se flirtea, y al amparo de los manteles, se roban caricias furtivas. La intimidad en contrapunto a la soledad en medio del tumulto.

No falta en la novela el relato simplemente descriptivo de hechos, sitios y costumbres de la época; el pueblo de San Angel, que en evocación surge pleno de una serie de descripciones minuciosas que nos van llevando por las calles en grato paseo, en la criada, Moni, leemos todo un capítulo de costumbrismo local tapatio, además de lo humano del gremio a que pertenece; las representaciones en el Teatro Hidalgo que fueran características de la época, la reunión familiar misma, los días de campo con todas sus fatigas, incidentes y dificultades, el paseo de Xochimilco o de Chapultepec a la manera de entonces, las antesalas, los viajes en simones de chirriantes ruedas, la ópera, los vendedores, etc. Todo hábilmente intercalado y siempre a mano para situar la trama de la obra.

Nada para inadvertidos: la observación directa constituye su fuerza y su vitalidad. Cuando nos describe la vida del Mauricio ya casado, burgués, convertido en todo un señor director de diario, nos pinta de maravilla los argumentos de las criadas, sus charlas y chismorreos que denuncian los defectos y escasas cualidades de sus patronos; la crítica implacable de las comadres que satiriza, condena y hace cargo a las ajenas conciencias.

La situación del hijo de Mauricio, el debilucho Luisito que entrega la vida en manos del descuido y la despreocupación de la madre; de una madre que se dedica con más gusto a la vida social que a sus deberes de maternidad.

El desamparo matrimonial de Villaescusa, se deja sentir por todas partes, él se ve obligado a hacer las veces de padre y suplir en mucho a la madre; después de encauzar su cariño hacia la adoración de Luisito, sufre todo por él, hasta humillaciones que le rebajan en su dignidad humana, y vive en razón de la vida del niño.

Nada detiene la muerte, los desvelos del padre, la falsa preocupación de la madre que en compañía de la abuela se entrega a la charla - insulsa con sus amistades mientras en la obscuridad de una recámara se está librando la batalla contra la muerte. Todo fracasa ante la pulmonía que hunde sus garras en el pequeño; hasta la misma sabiduría del doctor amigo de Mauricio que hace lo imposible por salvar al hijo del periodista. La crítica del novelista señala ahora el descuido de las madres que no preparan físicamente a sus hijos contra la batalla destructiva de las enfermedades que a cada paso pueden asaltarles; al mismo tiempo, se sienta la base fisiológica para el desenvolvimiento natural de los hechos que habrán de acontecer después, apegándose en esto, a la escuela de Zola. El dibujo de este rasgo de la madre de sociedad, es característico: las fiestas y reuniones ocupan el interés inútilmente, se cree haber cumplido con la maternidad, haciendo nacer al hijo, sin ocuparse más de él, sin saber siquiera si necesita lo más elemental para su desarrollo, sin ocuparse de forjarle una estructura mental o sentimental y "usándolo" como una pieza más de su adorno personal, para ser lucido limpio y hermoso ante los ojos de las insubstanciales amistades que los ven también como objetos, no como seres vivientes.

El realismo, más acentuado en la novela anterior, tiende aquí más al naturalismo; en La Chiquilla, el transcribir la vida, se manifiesta más fielmente apegado a la realidad misma, a la sucesión de hechos, olvidando un tanto, la personalidad del autor; en La Musa Bohemia, los juicios de González Peña saltan a la vista más a menudo, ya no es el relato de los hechos crudamente ajustados a la influencia de la leyenda o de un adecuado determinismo, sino que se enjuicia y se critica.

desde sus páginas, el carácter de los protagonistas se delinea con la finalidad de señalar vicios a una sociedad que trata de ocultárselos a sí misma; y la función social de la novela, se ve encaminada a cumplirse, a no dejar pasar los errores comunes de la vida diaria que en todas partes se cometen, pero que una hipocresía social los oculta y hace caer al hombre en errores mayores.

Tanto en una obra, como en otra, vemos al novelista consciente de su papel, señalando lacras y caminos para educar, en cierto modo, los innumerables males sociales; el camino, la escuela, la técnica, los sistemas, van evolucionando, tratando de conservarse o de afirmarse, pero al mismo tiempo, abriendo los ojos y el ánimo a toda influencia que pudiera ser beneficiosa para mejorar el producto literario, en una actitud ecléctica, asimilativa de todos los factores buenos, deseosa de realizaciones y anhelante de elevar el espíritu.

LA FUGA DE LA QUIMERA.

En la dedicatoria de este libro, dirigida al maestro Antonio Caso, el novelista González Peña señala la posición que tuvieron los escritores del Ateneo en la cruenta etapa revolucionaria; asegura que las páginas de esta obra, "fueron escritas en momentos en que obligado por el paréntesis en la agitación que informa el curso ordinario de los días, inclinaba al pensamiento a reconcentrarse en sí mismo, substituyendo con acelerada labor la inmovilidad externa, para no morir." (44).

Los escritores de aquella juventud estudiosa e inquieta, se vieron entonces obligados a correr, como el de aquella simpática nota de "Mambrúse fué a la guerra...", para empuñar las armas unos, y otros a luchar desde las tribunas del pensamiento, o a enarbolar las banderas de México en puestos diplomáticos como el mismo Alfonso Reyes; y otros, como González Peña, al refugio apartado "del mundanal ruido", que permitiera libremente, el fecundo producir de las plumas al servicio del pensamiento, "mientras allá afuera, en la ciudad, reinaba el silencio de sepulcro impuesto por la guerra civil." (45)

En la misma dedicatoria, un poco más adelante y antes de ofrecer su estimación y cariño al maestro Caso, hace González Peña profesión de fe por su propia novela: "Mi libro es un libro honesto y sereno. Si en él hay dolor e ironía, hay también amor." (46).

La Fuga de la Quimera es la única novela de don Carlos González Peña, que fué escrita después de fundado el Ateneo de la Juventud, y en sus páginas no aparecen ya aquellas largas descripciones del ambiente, aquel gusto del novelista por mostrarnos patios y azoteas recorriendo hasta la última baldosa, aquel pasear ordenado de nuestra vista por los objetos y muebles pobres, pero con olor a limpio, de la casa de Antonita en La Chiquilla; no encontramos el mismo detenerse contemplativo

(44). - Carlos González Peña, La Fuga de la Quimera, - Ed. Stylo, - 1949, p. 3.
(45). - Opus cit. p. 3.
(46). - Opus cit. p. 7.

-- por cumbres y valles detallando hasta los diversos matices del verde en las hojas de los árboles, la nitidez del aire y quién sabe cuántos y cuántos detalles más que Mauricio miraba desde la ventana en que se apoyaba de codos. Ya no encontramos esas descripciones interiores del estudio de escritor, de la pequeña casita de campo de dos pisos, que se palpan materialmente en La Musa Bohemia; no se describe al detalle el escenario en que van a moverse los personajes de la novela.

Ahora se llega de lleno a la acción, en lugar de descripciones pasivas, nos encontramos de buenas a primeras con la bulliciosa charla de un salón en que se despide a los novios, don Miguel Bringuas y a su antigua secretaria, desde entonces su joven e irreflexiva esposa, Sofía Lavín.

La separación que notáramos entre los escenarios claramente dibujados de La Chiquilla y de La Musa Bohemia, para mover en ellos a los diversos personajes que aparecían en estas obras, se encuentran ahora diluidos de la misma forma que la descripción de personas y de objetos; todo se halla incrustado dentro de la acción misma, sin detener la lectura, sin detener casi el desarrollo del movimiento, insensiblemente, van desliziándose los aspectos de fondo escénico; las descripciones de interiores, las digresiones mentales de sus personajes son muchas veces el conducto por el que nos lleva a la contemplación descriptiva.

El principal personaje de la obra, vuelve a ser una mujer, parece que don Carlos González Peña pudo profundizar mucho mejor en las delicadesas del alma femenina que en las que pudiera presentar un hombre; las mujeres que dibuja tienen todos los aspectos espirituales, pero él parece recrearse en la pintura de tipos femeninos netamente humanos, con su sensibilidad elevada por momentos a verdaderas sublimaciones, como la sentimental y débil Antofita a la que el dolor aschaba por todas partes, como la espiritualísima "mama" que era toda sacrificio y entrega para el ser amado en La Musa Bohemia; como Rosa María y Julia, como

en algunos momentos, aunque escasos, la misma Sofía, que nos pinta en La Fuga de la Quimera. Hasta la descripción de su pueblo natal, Lagos de Moreno, se encuentra diluida a lo largo de toda la obra; puede ser, que cuando se detiene un poco más a describirlo, sea en el momento de convalecencia de Julia, que parte hasta a aquel rinconcito provinciano, para restablecer las fuerzas perdidas en la grave enfermedad que coincide con el despego de su novio, el más tarde diputado Jorge Bazán; y hasta en ese momento, toma el novelista como pretexto las cartas que escribe Julia para su padre, para su novio y para su amiga.

Sofía Lavín, es la taquígrafa de importante casa comercial que por suerte, o por artes de toda índole, escala una relativa "posición social" por la ruta del matrimonio. Huérfana de un burócrata que había pasado toda una vida ante el escritorio de una Secretaría de Estado, se ve, junto a su inválida hermanita y a su madre, después de llevar a base de dudas y restricciones una vida de clase media más o menos acomodada, hundida "de golpe y porrazo", "en una horribilísima vivienda del centro de la ciudad" de donde con esfuerzo y trabajo, las tres mujeres habrían de salir para lograr el diario sustento no sin muchos esfuerzos y problemas, entre los que contaba mucho la propia belleza, si no extraordinaria, sí agraciada, de Sofía Lavín; obstáculo al que la muchacha pudo vencer más por intuición que por otra cosa. "—Oh! Lo que Sofía pensó en bufetes y oficina... Como era de buen palmito: morena aplicada, con aquellos bellos negrículos y quebrados, aquellos ojos húmedos de sombra, aquella narizcilla delgado y nerviosa, y aquella boca de gruesos y labios carnosos, aquellos y comerciantes se interesaban, más que por su trabajo, por su belleza. Así, no fueron pocas las tentaciones que dió y las desparadas que tuvo, en su constante andar por lugares de mercedarios y libertinos." (47).

Llega Sofía al matrimonio atraída por la sed de bienestar económico, diríase que se casa al calor del oro del oro del comerciante que sería su marido. (47).—Opus cit. p. 19.

rido; la empleada, desde que nos la presenta el novelista, deja traslucir el interés que no pasa inadvertido para los que la rodean, comentarios y hechos, van reflejando la valorización que tiene el acto en el círculo social en que va a desenvolverse la vida de tan desigual pareja, cada uno de los que asisten a la estación para despedir a los que parten en viaje de bodas, externa en unas cuantas palabras, el comentario que da la calidad social del matrimonio; y ella, desde el momento en que pide para el viaje la colección de rebozos que le ha sido regalada como presente de bodas, está denotando su actitud de ostentación que se habrá de prolongar en todos sus actos y apariciones en que se nos describe el atuendoso atavío que luce.

El realismo, el naturalismo, el costumbrismo, tendencias todas que observáramos en La Chiquilla, han sufrido una seria transformación -- desde aquella novela a ésta; no es que el novelista se haya olvidado de dichas corrientes, ni es tampoco que en las páginas de La Fuga de la Quimera estén del todo ausentes; pero sí da la impresión don Carlos González Peña, de que en esta obra se han pulido más, existe una conciencia más acentuada en el novelista, parece ir con paso seguro por la senda determinada por las tendencias ateneístas, procura deslindar las más acentuadas reconditeces del espíritu mexicano, trata de ahondar en la vida de la sociedad porfiriana hasta diseccionar las mismas ideas, ya no se trata de la simple realidad presentada en su crudeza, en su desahucio, en sus actitudes; se trata ahora de sustentar casi, en los personajes, en lo que dicen, en sus actos, y sobre todo en las discusiones que sostienen, toda una filosofía, una serie de postulados que van a expresar el sentimiento y el pensamiento político del novelista, aún en las teorías opuestas que chocaban en la época.

La novela se ha convertido en un pretexto para entregar un credo ecléctico que se anunciaba ya en La Musa Bohémica; su único objetivo verdaderamente vital, es su patria; y aún de ideas que se contradicen, trata de obtener lo benéfico.

Pronto la empleadita Sofía Lavín, se convierte en toda una señora de sociedad, sus esfuerzos todos le impulsan a lograr por el camino de las apariencias lo que no ha tenido nunca antes del ventajoso matrimonio, el desaire de los componentes del círculo a que ella aspira, le obliga a buscar el trampolín que lanzara su condición hasta la misma altura social de falsedades, de vestidura, de apariencias, que ostentan las damas de la época en los mejores salones. La solución es la casa.

Abandona su rumbo de las calles de Sabino, para colocarse en el corazón mismo de la ciudad; a un paso de Reforma, donde el lujo que soñara, habría de encontrar corporeización, hasta el grado de que a su marido "lo que le faltó fueron manos, de tanto como se las llevó al bolsillo, al presentarse factura tras factura." (48) Y desde allí, desde su nuevo refugio, en el que Julia, la hija de la casa, apenas pudo lograr un cuartito en las azoteas en el cual refugiar sus ansiedades tan lejanas de las de su madrastra, empezó la vida frívola y derrochadora que siempre había anhelado; tarde se le hace para organizar su primera reunión, y ofrece un té que le serviría de motivo para ostentar el nuevo lujo adquirido, que deslumbrara la envidiosa atención de sus nuevas amigas.

En contraste, es de notarse la fiesta ofrecida por la madre de Sofía para "festejar" cuyo verdadero objetivo de la interesada señora, era el de atraer al yerno hasta su propio círculo por ver si algo de su fortuna le favorecía, al mismo tiempo que, de manera semejante a la de su hija, lograba, en su círculo también, ostentar un bienestar económico que estaba muy lejos de ser realidad; es notable, con todo, que a pesar de la pobreza de esta familia, tenía sirviente; y esto, que es una necesidad, debía ser en ella un lujo. Para darnos idea de la necesidad de doña Eduvigis, nos dice el autor: "Tenía la viuda de Lavín la cabeza rellena de guano." (49).

(48) - Opus cit. p. 86.

(49) - Opus cit. p. 87.

Don Miguel Bringas, después de ser el jefe de Sofía, contrae matrimonio con ella; su edad notablemente avanzada junto a la de su nueva esposa, pronto comienza a ser inconveniente para las relaciones entre los cónyuges; ya desde el viaje de bodas, se le hace notable a Sofía el hecho de que "los maridos mozos no suelen interesarse tanto en la prensa, en viaje de bodas." (50) Poco después, ofrece don Miguel sus píldoras antidiarréicas a la esposa, como si se tratara de un delicado manjar: -- "¿Gustas? -interrogó él, mostrando dos entre el pulgar y el índice de la diestra, y disparándolas después camino de sus abiertas fauces-. No hay medicamento mejor -añadió, luego de haber dado varios sorbos de -- agua cristalina." (51); y poco después, el primer beso de su marido, que recibía la muchacha "con un no se qué de malestar en el semblante".

Todos estos pequeños detalles, miserias del diario transcurrir en la vida de las gentes, nos son entregados en las páginas de la novela, como al descuido, despertando a veces con su presencia el asombro, la predisposición de ánimo, la sonrisa, o la mirada burlona del lector ante el personaje que ha sido ridiculizado.

Enamorado el señor Bringas de la juventud de su esposa, con ese cariño "paternal", que le cumple los caprichos más que a su propia hija, ha sido estudiado lentamente, con toda minuciosidad, en el proceso de su transformación hasta en el terreno mercantil; desde que le cumple a Sofía el primer capricho de cañón, de comprarle los tamales que había manifestado desear y que luego, inexplicablemente se negara a tomar, hasta la compra de la casa y más tarde el costosísimo amueblado de ella, en que se van diseccionando sus estados de ánimo, preocupaciones enormes que comenzaron por ser satisfacciones pequeñas al ver cumplidos los deseos de Sofía.

Poco a poco también, nos va presentando los personajes que van a ser más tarde decisivos en la trama de la obra, Jorge Bazan, es situado

(50). -Opus cit. p. 15.

(51). -Opus cit. p. 15.

en su departamento de soltero libertino, después de una parranda en compañía de secretarios y agregados de las embajadas especiales a las fiestas del Centenario. Jornada que "había sido de las que merecen perpetuarse con lápida blanca"; y aprovecha González Peña la ocasión de colorear el cuadro con la pincelada costumbrista: "Sonaban las seis en la Catedral, cuando los honorables diplomáticos, de frío y todo, entraron en el callejón de la Alcaicería, a instancias de sus colegas mexicanos, para reparar quebrantos con el platillo nacional de los juerguistas: la humeante y substanciosa "pancita", servida en burdos platos de Guanajuato por una figonera mugrienta."(52). Todavía, cuando visitantes extranjeros llegan a México, no falta el amigo que los conduce a lugares como Garibaldi en que se oye música típica y se prueban platillos mexicanos.

Político acomodaticio, Jorge Bazán es presentado como el hombre que busca siempre el propio bienestar en todos los órdenes y que no vacila en sacrificar sus ideales a la comodidad económica o a la holgura que le permitiese trasechar y levantarse tarde. El político, que durante la etapa pacífica y segura del régimen porfirista, medra en torno a los empleos fugaces o a las comisiones remuneradas que pudieran brotar de sus relaciones adquiridas por el prestigio de su desaparecido padre; el mismo que, durante la época de luchas, se mantiene a la expectativa haciendo aparecer su fluctuante posición íntima, como una aparente disposición al nuevo pensamiento sin olvidarse de las bondades del gobierno a punto de caer; pero que en el momento del derrumbe, se eleva sobre las ruinas enarbolando como bandera, el espíritu más revolucionario que pudiera pasearse por las calles del México agitado de entonces. A partir de ese momento, que llega como rayo de luz a su desorientado espíritu, su trayectoria social estará plenamente definida para lograr, después de su campaña en Texcoco, la curul de diputado. Esta inconsistencia moral en la política, es la misma que se refleja en la personalidad civil de Jorge Bazán; es, en el momento que le conocemos, el novio oficial de Julia Bringas, da le (52). - Opus cit. p. 35.

impresión de tratarse de uno de esos noviazgos que cimentan sus bases -- no en el amor, sino en la necesidad social de tener noviazgo, que el -- sentimiento amoroso está transformado en sencilla amistad o estimación, con la finalidad matrimonial, sí, pero también determinada por la necesidad de ostentarse ante la sociedad con ese estado civil.

Al aparecer "la madrastra" de su novia, el trato con ella lo va -- acercando cada vez más a la esposa de don Miguel y separándolo de Julia, aun cuando este cambio sea insensible para él y aunque no tengan plena conciencia de la situación hasta que ésta se les revela en su crudeza. -- "Ambos parecían hermanos. Dos sentimientos los identificaban: la ligereza, la vanidad." (53) Y ya en plena enfermedad de Julia, acomodándose -- una vez más a lo fácil, Jorge Bazán busca para aprovechar toda situa -- ción y al alejarse Julia, para convalecer en Lagos, mientras la novia -- se deshace en misivas amorosas, él se entrega a la plena conquista de -- Sofía, hasta verla lograda.

Julia, la novia de Jorge Bazán, hija del acaudalado comerciante -- don Miguel de Bringas, es la auténtica hija de familia nacida para obedecer a los seres de quienes dependía; aún ante el anuncio de don Miguel cuando decidió por tomar a Sofía como compañera, a pesar de todo su des -- contento, la muchacha no tuvo siquiera el recurso de replicar; el azoro de la hija al enterarse que se trataba de la taquígrafa, fué sofocado -- por la sequedad incisiva del padre acostumbrado a mandar. "El matrimo -- nio de su padre hirió a Julia Bringas en lo más vivo del alma. Y no pre -- cisamente en razón de que la elegida, por su calidad y origen, así como por su situación en el momento de tomar estado, estuviese muy lejos de agradarla; sino antes bien porque el tal enlace significaba a sus ojos -- una evidente falta de respeto a la memoria de su madre." (54). Julia sabe, sin embargo, sobrellevar la situación del nuevo orden en la casa de su padre y gracias al deseo de Sofía por agradarla, se establece cierta -- amistad que permite la buena relación entre las dos muchachas.

(53). -- Opus cit.

54. -- Opus cit. v. 41.

Al caer Sofía en las seducciones de Bazán, se inicia la separación entre ellas, más por abandono de relaciones, que por otra parte absorben a la joven madrastra, que por distanciamiento sentimental; éste, solo surge en los momentos en que el instinto femenino les hace concurrir a la situación que viven de amar al mismo hombre; y, de una manera definitiva, en el momento en que Julia Bringas adquiere la certeza del amasiato entre Sofía y Jorge.

En ese momento, González Peña llega al climax sentimental de la novela; cuidadosamente ha venido preparando los detalles para entregarnos en un momento, la conjunción de los más profundos contrastes sensitivos, y la inconsecuente superación del ser humano sobre sus adversidades. Ante el cariño profundo de la hija que se eleva sobre el amor de su vida, para salvaguardar la situación moral de su padre, nos presenta el más intenso momento del desprecio, que se manifiesta en el propio despreciarse de Jorge Bazán al sentirse empequeñecido por la espiritual Julia Bringas; en ese momento, en la soledad de dos situaciones que chocan, acumuladas en sólo dos personajes, se desbordan los problemas de los principales protagonistas; sobre estos dos personajes pesa la responsabilidad dramática del problema de don Miguel Bringas; el hombre viejo, que solamente gracias a su habilidad como negociante, puede sostener durante mucho tiempo el peligro inminente de la quiebra y la ruina por el amor de Sofía, pesa el más ingrato abandono de la mujer al marido que a base de un cariño burdo si se quiere, pero íntegro, ha elevado sus habilidades desde la categoría del empuje de muchacha pobre y pretenciosa, hasta la de realidades plenas de entrega; pesa la gratitud del empleado, de Nito Beltrán que con la discreción digna del que quiere corresponder, entrega en sacrificio su propia felicidad; pesa también, con sus peculiaridades, el problema de Sofía que una vez casada, atada a un hombre por el vínculo matrimonial, descubre que el amor había sido confundido con la gratitud, que al enamorarse de veras, debe ocultarlo a los ojos de la sociedad; y los procesos de cambio que en esa ocultación se

efectúan, pesa esa transformación de gratitud en desprecio hacia el marido que le cumple todos sus anhelos de vanidad, de lujo, de derroche, y que, a pesar de sus momentos de duda y vacilaciones, se ve obligada materialmente por el impulso más inexplicable para ella y recóndito, -- que la arroja cada ocasión con más furia en brazos del amante; ante el cual se ve arrastrando su orgullo y su dignidad cuando por dos veces se ve rechazada.

El amor, afecto o estimación que tiene Jorge hacia Julia Bringas, aun en el principio de su idilio, el que más tarde tiene por Sofía, y hasta el mismo interés que aparenta por su trabajo, contrastan con el que Sixto Beltrañ profesa a la hermana de la rica taquígrafa, la balda Rosa María; no es comparable al sentido de responsabilidad que Sixto despliega para cumplir con sus obligaciones en la casa Bringas, y -- más tarde al servicio mismo del "señor licenciado Bazán".

Rosa María, es el remanso espiritual en la obra; se desarrolla, un tanto débil por cierto, el proceso psicológico que habrá de llevarla a recluírse en el convento. Su desgracia física, la cojera que padece, -- es el primer motor de donde parte su final decisión. Desde el principio de la novela, la vemos rudamente tratada por doña Eduviges, que al comparar la posibilidad de un matrimonio con el recién realizado por su hermana, la menosprecia a causa de su defecto. Este trato frecuente en la madre hacia la hija, va abriendo cada vez más la herida de suyo honra; pronto se refugia en la devoción que la lleva por templos y santuarios, se nos dibuja claramente este rasgo, cuando va a postrar sus rezos y a colgar su más querida imagen a la cabecera de la doliente Julia Bringas; pero al llegar a la decisión definitiva, cuando ingresa al convento, la naturalidad que quiere Jarle González Peña al hecho, es precisamente lo que lo hace parecer un tanto inverosímil; por fortuna, el novelista parece darse cuenta de esta incoherencia y hace caer en manos de Sixto una carta en que explica su nueva situación; con todo, no parece nos quite del todo ese leve sabor de exageración que nos ha dado.

La madre de Sixto Beltrán, parece como esfumada, es una mujer incolora, pero que refleja las acciones y vida del hijo, que se entrega a una vida gris, pero dedicada a la integral atención de Sixto. En cambio, doña Eduviges es la mujer que en la miseria lucha hasta entregar medios de subsistencia a sus dos hijas, endiosando de rústica y hasta ridícula manera, al esposo muerto, pero ambiciosa, calculadora, hasta chocar con la realidad dolorosa del abandono de Sofía, que una vez en la opulencia, se olvida de ella y como que se avergüenza de su relación familiar.

En torno a ésto, la vida insubstancial de los salones aristócratas del México de entonces, su lujo de relumbrón y cosas falsas, la existencia fracasada que medra de pasadas glorias en un Senador Ondarza o en el parasitario hermano de doña Eduviges que lo único rico en él es la abundancia de apelativos; don Ruperto Lugo y Berruguete; la universal Berta Güemes, mujer ampliamente relacionada en el mundo político y social de la época; o bien, el rancio abolengo de las Alcaldías. Todo en un perfecto canevá entretrejido con miles de incidentes y con infinidad de "decires y tomares."

González Peña, en esta novela, acaso por haberse fundado ya el Ateneo para la época de su elaboración y por estar definidas sus ideas de novelista, parece más consciente de su misión como tal; frecuentemente, encontramos en la obra citas francesas, italianas, y locuciones en estos dos idiomas; citas de escritores que militaron junto a él en las filas ateneístas y en la lucha contra el positivismo sin dejar de subrayar en las discusiones de sus personajes los lineamientos que en terreno artístico, señalara la generación ateneísta, como cuando se refiere a la música de Ponce, que ante los ataques del maestro Núñez que reclama en él lo clásico, y ante la cursilería de las niñas pedantes que citan a músicos europeos, se eleva la voz de Ondarza y Perrin que dice:

....."Más les valiera a los músicos mexicanos seguir el camino abierto por Ponce, que no insistir, como hasta ayer, en la composición de obras-

nacionales con título francés. Los músicos de México, con excepciones -
contadísimas y muy honrosas, se parecen a los fabricantes de casimires:
necesitan la marca de fábrica extranjera.", para terminar una larga ti-
rada de defectos de este tipo con la cruda afirmación siguiente: "Hace-
mos una revolución, y se nos figura que copiamos a Francia: que éste es
Danton, aquel Robespierre, el de más allá Camilo Desmoulins, Carlota -
Corday una prieta cualquiera, y media docena de granujas los Girondinos
...; En fin, señor mío, que estamos rastiñados con esa reprochable manía
de extranjerismo!" (55)

Y no es solamente de esa manera ampulosa y grandilocuente en la ex-
presión apasionada del Senador, que se expresan sus ideas arrancadas a -
la medular filosofía del Ateneo, sino que muchas son las ocasiones en -
que indica el mexicanismo, la idea antipositivista, el rasgo nacionali-
zante, que señalen lacras que minan la integridad patriótica del concep-
to arraigado al espíritu de nuestro pensamiento, cuando tratamos de com-
prender las características del mexicano.

Acaso como una reminiscencia de lo adquirido en la época del porfi-
rismo, deja deslizar en labios de Ondarza que discute con Bazan, al re-
ferirse al beneficio del régimen dictatorial, lo siguiente: "Y sobre to-
do, ha amamantado, formándola de pies a cabeza, a una clase verdadera -
mente intelectual y culta, producto legítimo del medio, en cuyas manos
está la futura dirección del país..." (56)

¿No se está expresando en estas ideas, la preocupación ateneísta -
de la comprensión espiritual de México? No falta el gesto despectivo, el
rasgo que menosprecia, al pasar, como quien no quiere detenerse a mirar
con el mismo gesto dantesco del limbo: "...alimentando, finalmente, a -
una camarilla de negociantes que, enfrascados en su criterio positivo, -
reconocían en los hombres seres desprovistos de espíritu..." o bien en
labios de Montalvo, asistente a una tertulia, al expresar el deseo de -
que "desapareciera el pasado, y los mexicanos nos dispusiéramos a vivir

(55). - Opus cit. p. 153.

(56). - Opus cit. p. 155.

la nueva historia, con un concepto menos oropelesco y más humilde de las cosas!"(57.). Y cuando dice que para hacer un análisis de Don Miguel Bringas, aunque lo pone en labios de Bazán, "no se necesita ser un Bourget", ¿no será una insinuación de una tendencia en Carlos González Peña?

Ya no es el mismo novelista de La Chiquilla que sitúa más apegados a los lineamientos franceses sus recursos y los aspectos naturalistas que tiene en aquella obra; no es tampoco el más sereno, el que tiende al sentido ecléctico de buscar direcciones buenas en todas partes, tal como lo vemos desenvolverse en La Musa Bohemia; en esta última novela, ya es la seguridad de ideas y tendencias, la que dicta las palabras al escritor, aunque pierda un tanto de espontaneidad, un tanto de realidad en el dibujo de sus protagonistas.

0 -----0----- 0

(57).-Opus cit. p. 155.

Hasta aquí, hemos tratado de presentar un panorama general de la obra novelística de Don Carlos González Peña; se han abordado las tres novelas que pueden ser consultadas en ediciones del dominio público, o en bibliotecas; siendo notable la falta de su primera novela: De Noche, que por estar totalmente agotada en librerías, y ausente de los anaqueles accesibles al estudio público, no nos ha sido posible incluirla en el presente estudio.

Con todo, considerando que el conocimiento de un autor como don Carlos González Peña, no puede restringirse a la novela, aun cuando sea ésta el enfoque principal del estudio, vamos a abordar brevemente, los demás aspectos de este polifacético escritor.

Sin incluir su labor periodística, que podría ser objeto de especializado estudio, vamos a referirnos a lo que se conoce publicado en forma de volúmenes actualmente; hemos visto ya, al referirnos a sus diferentes obras literarias, que escribe, además de las novelas, estudios, discurso, viajes, crónicas, y ensayos.

Por lo que respecta a los Estudios, debemos considerar que don Carlos González Peña, haciendo acopio de sus conocimientos, adquiridos durante el transcurso de toda una vida de dedicaciones y esfuerzos, sin olvidar por un solo momento su papel de maestro, supo dar el giro a su afición y conocimiento, para producir obras que ayudaran a las juventudes de México en el camino del aprendizaje gramatical y literario.

El Manual de Gramática Castellana, editado por primera vez en 1921, es, como lo advierte el autor en el prefacio, "un resumen o recopilación de teorías gramaticales conocidas y sancionadas, adaptado a los programas hoy vigentes en las escuelas de enseñanza secundaria." (58). Para este trabajo, don Carlos González Peña tuvo muy presente la doctrina de Andrés Bello, que desde el año de 1915, fué decretada de uso básico para la enseñanza de la lengua castellana en México.

(58). -C.G.P., Manual de Gramática Castellana, -Ed. Patria, -México, 1938, -7ª Edición aumentada y corregida, p. XI.

El mérito de esta obra, es esencialmente didáctico; pues desde el principio, González Peña asienta la afirmación de que no se trata de un libro original, que obedece a una necesidad escolar, para la enseñanza-razonada y lógica del idioma. Respecto al contenido, el maestro explica que se trata de exponer en su Manual, "de un modo claro y sencillo, la doctrina de Bello, transcribiéndola literalmente cuando estimé (González Peña) que respondía a las posibilidades de comprensión del alumno; modificándola, aunque sin alterarla en lo esencial, en caso contrario; adicionándola, además, conforme a las exigencias de nuestros programas, con los principios gramaticales sustentados por otros eminentes tratadistas, en cuanto ellos no la desvirtúan ni rompen su unidad necesaria; y presentando todo esto, en suma, con arreglo a un plan que justamente por ser usual en libros escolares, hállese sancionado por una experiencia que -- bien pudiéramos apellidar tradicional." 58

En seguida, nos habla el autor del plan seguido en el texto; de que se ha incluido una parte de Ortografía, otra de Morfología basada en los Ruñimentos de Etimología de don Pedro Felipe Monlau; y un vocabulario de homófonas, necesario a los hispanoamericanos por necesidades fonéticas; sigue a continuación una serie de anotaciones didácticas y bibliográficas, para terminar señalamientos que a pesar de que el libro se produjo -- por "acuerdo expreso de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, -- para que sirva de texto en las clases de Lengua Castellana de la Escuela Superior de Comercio y Administración, se lo ha dado, no obstante, amplitud suficiente, a fin de que pueda adaptarse a los programas de las escuelas secundarias en general." 59.

Salta pues a la vista, la intención claramente magisterial de González Peña; la idea de que su libro sirva a la mayor parte posible de alumnos, que en las escuelas superiores de México, se inician en el complicado estudio gramatical, para allanar, en lo posible, la escabrosidad que pudiera obstaculizar el conocimiento.

(58). -- Opus cit. -- p. XII, y XIII.

(59). -- Opus cit. -- p. XII, y XIII.

Idénticas son sus intenciones y la utilidad que prestan los subse-
cuentes textos literarios que escribe González Peña; la Historia de -
La Literatura Mexicana, editada en 1928 por primera vez, alcanza tam-
bién varias ediciones, que merecen la aprobación y el consumo entre ma-
estros y estudiantes de la enseñanza superior mexicana; y tal como lo
expresa en el Curso de Literatura, para todas estas ediciones lo impul-
sa el exclusivo ánimo de ser útil a la educación, de entregar de una -
manera simple y con la explicitud necesarias para ser comprendidos por
los alumnos, los conocimientos que señalan los programas en cada una -
de las asignaturas que aborda. "Nos hemos impuesto, antes que nada, -
la firme resolución de condensar." (60). Afirmaciones como ésta, saltan-
a cada paso de las páginas de sus textos: "En la imposibilidad -y en -
la inutilidad, dado el fin propuesto, que lo es de sumaria enseñanza a
adolescentes- de mostrarlo y examinarlo todo, nos reducimos a lo caracte-
rístico y a lo grande. Miramos tan sólo a las cimas." (61). Pero hasta
en este tipo de libros, se desliza a veces la obsesión filosófica del -
grupo ateneísta al que de hecho primero, y en espíritu más tarde, se -
siente siempre vinculado: "Tal finalidad de quedar en lo nuestro, de -
no olvidar y de que no se olvide lo nuestro, nos ha alentado muy espe-
cialmente al componer este libro. Hay que tener en cuenta lo español, -
hasta donde lo español es nuestro; pero hay que pensar en lo nacional -
y nutrirnos de lo nacional, desde el momento en que lo nacional existe."
(62). Insistentemente señala sus propósitos didácticos, no se cansa de -
afirmar que trabaja para los alumnos adolescentes, de recomendar a los
profesores que no se enseñe, sino que se haga sentir y gustar las cate-
gorías para las que están hechos sus textos.

Complemento necesario para lograr ese gusto y ese sentimiento, ha-
brá de ser El Jardín de las Letras y el Florilegio de Cuentos; obras anto-
lógicas ambas, que reúnen en sus páginas selectas lecturas llenas de in-
terés y que el maestro González Peña ha calculado a la altura del enten-

(60). -C.G.P., Curso de Literatura, -Ed. Patria, México, 1944, -pp. XII e XLIV.
(61). -Opus cit. id. (62). -Opus cit. id.

dimiento juvenil, que con su vasta erudición ha recogido de los más selectos veneros literarios para entregarlos en condensamiento cultural - al gusto estudiantil; libros con la doble finalidad de ejemplificar lo estudiado, y despertar el amor a las letras que purifique el sentimiento estético del adolescente, con la expresa finalidad de que lleguen a ser libros placenteros, amables, para todo el que se asome a sus páginas; libros que, para lograrse, requerirían el atinado juicio crítico de un literato y maestro capaz de comprender y valorar las dotes de capacidad y gusto en el nivel medio del alumnado de las escuelas superiores de México, capaz de sentir profundamente las diferentes etapas evolutivas de los fenómenos y hechos literarios, para poder transmitir tales sensaciones sin deformar su calidad.

Otro aspecto, plenamente definido en su obra, es la CRONICA; nos encontramos en ella, ante una nueva faceta literaria que, si un poco menos brillante que las puramente literarias de creación, no por eso es indigna de considerarse. No vemos en Carlos González Peña el cronista, - la misma facilidad y desenvoltura que tiene para sus novelas o para sus ensayos; mientras dura su exposición como cronista, aparece constantemente el báculo de sus lecturas para apoyar las aseveraciones; muy frecuentemente acude al decir ajeno, se documenta y lo dice sin ocultaciones, aplica numerosas citas entre comillas y recurre a diarios, memorias, epistolarios, y obras de toda índole que pudieran ayudarle a exponer su propio punto de vista. Este tipo de literatura, se manifiesta claramente en Flores de Pasión y de Melancolía; en la mayor parte de las páginas de este libro, se anotan incidentes que, fuera del dominio general, se encuentran sin embargo íntimamente ligados a la Historia de México, dentro del capítulo que se escribiera por la imperial pareja de Carlota y Maximiliano; anécdotas, hechos, relatos, murmuraciones, infinidad de sucesos que se desarrollan al margen de lo histórico, se reúnen en las páginas de este volumen; del suceso histórico, se desparzaman por el mundo entero noticias que complementan los acontecimientos, que interpretan -

los hechos puramente históricos, tras del cristal de la verosimilitud, tratando de explicar en la realidad sentimental y humana, lo que se exterioriza en una realidad política, sujeta a convencionalismos y necesidades diplomáticas; incomodidades vividas en la intimidad por los emperadores que, no pudiendo ser registradas por las páginas históricas, — así en cambio tienen cabida en las de la anécdota o las del ensayo; disección de personajes como D. José Manuel Hidalgo, como la furtiva Armida de los jardines de Cuernavaca, como la misma emperatriz Eugenia, — que van pasando bajo la mirada plena de astucia del literato que interpreta, que valoriza y que proyecta situaciones e ideas que escaparían al lector común, que se perderían acaso en el pincelazo frívolo de un diario o unas memorias sin mayor trascendencia que el noticioso chismorreo del saber por saber sin más objetivos.

De igual manera hace crónicas cuando su amor por la ciudad, ya se trate de Lagos, ya se trate de México, hace pasear nuestras impresiones por páginas arrancadas a los colores propios del transcurrir móvil o estático de calles, plazas, jardines, tiendas, mercados, etc, en El Nicho Iluminado nos retrata en una literatura estadística el México de 1857, la carestía que ridiculiza en época de sus abuelos que se pinta en la Guía de Forasteros, de un señor Juan Nepomuceno, al hablarnos de la artijos en Plateros, de los pregones del México antiguo, de la amistad, de la transformación citadina, del trabajo, de Chapultepec, etc. — Hasta en el ensayo histórico de El Hechizo Musical, va desmenuzando inquietudes, espiritualidad creativa en Rossini, diabólica en el violinista Paganini, o tranquila y genial en Beethoven, cartas, diarios, literatura crítica, todo va entregando a González Peña valores que serán devueltos ya elaborados en su peculiar percepción. En Flores de Pasión y de Melancolía, llega hasta el extremo de motivar en el frío de dos lápidas el accidentado y espiritualísimo idilio de José Ma. Lafregua, — la crónica sentimental de un amor de sacrificio, en la pluma del ensayista pulcro y respetuoso del ajeno dolor.

Una ~~faceta~~ más en la sencilla poligrafía de González Peña, nos la presentan sus VIAJES. Él mismo se encarga en el prólogo a su libro Entre el Polvo del Camino, de exponernos ampliamente sus ideas ante los viajes: "¿Nos da placer? ¿Nos infunde alegría? Difícil sería decidirlo. Por corto que fuera, yo nunca he emprendido un viaje sin zozobra. Permitidme la confianza: no tengo el alma viajera; soy un pobre ser sedentario; un hombre -como suele decirse-, "de costumbres", precisamente por lo reactivo en cuanto a abandonarlas."....."Me sobresalta, pero, a la vez, me atrae el viaje. Me sobresalta por lo que entraña de desacomodo de lo usual. Y, por singular antítesis, me atrae porque precisamente rompe con lo usual." (63). Sin embargo, este libro no es propiamente un libro de viajes; lo he citado ahora, porque puede ser una resultante del "tumultuoso" transcurrir por los Estados Unidos, cuando en 1918, lo invitara con otros periodistas, el gobierno del vecino norteño. Parece ser que en este prólogo, su intención no se encuentra del todo lejana a las experiencias vividas en aquel recorrido por los Estados Unidos, y que produjera el relato de La Vida Tumultuosa; muy interesante este libro, que podría ajustarse a la actual política de buena vecindad entre México y los Estados Unidos; y más interesante aún, si consideramos que los hechos e impresiones de sus páginas fueron vividos por Carlos González Peña en el período del Presidente Woodrow Wilson. Otro libro más de viajes viene con posterioridad: París y Londres, a éste, lo subtitula ya, decididamente, Cuadros de Viaje; pues bien, con la diferencia que Entre el Polvo del Camino, se refiere a México, a diversos sitios, y a diferentes épocas, podría intitularse también como cuadros de viaje; porque cuadros, y no otra cosa, son los que se desprenden de los tres libros mencionados.

De los tres, el primero es el que se refiere a los Estados Unidos, y desde el prólogo, dedicando a Luis Castillo Ledón, gana absolutamente nuestra simpatía; se necesita ser limpio de espíritu, honrado y valeroso

(63). -C.G.P.- Entre el Polvo del Camino, Ed. Stylo, México, -1950.

so como demuestra serlo el escritor mexicano, para asegurar firme y -
claramente, después de explicar equivocados conceptos de los Estados-
Unidos, que "por la índole familiar, íntima, de tal suceso, nada diría
yo de él en las presentes páginas, si no fuera porque la disparatada-
creencia en que estábamos, tú antes de tu viaje, y yo mucho antes del
mío, no fuese la misma en que se ha hallado siempre la inmensa mayoría
de los mexicanos." Este principio de erróneas relaciones, se ve expli-
cado más adelante, cuando asegura: "Débese tal incomprensión a las no-
ticias auténticas, escasas, que -no obstante la vecindad- de un país en
el otro se reciben." (64)

No olvida González Peña mencionar antiguas rencillas de 1847 y -
el odio irrazonado que cultiva en los dos países "cierto género de a-
gitadores" Y luego, lo más asombroso de todo, lo que hasta nuestros -
días, como si el tiempo no hubiera transcurrido en cuarenta años, si-
gue siendo motivo de central interés, con ligerísimas variantes, en -
la llamada Política de Buena Vecindad. De labios del Senador Burke, -
arranca don Carlos González Peña toda la fuerza serena de la doctrina;
la limpieza de una amistosa mano abierta: "Entendernos. Ya lo ha dicho
el antiguo Senador Burke. -¿Cómo? Yendo nosotros allá y viniendo ellos
acá: viendo, oyendo, examinando, palpando cuanto sea digno de ver, oír,
examinar y palpar tanto en los Estados Unidos como en México. Una reve-
lación justa y recíproca de lo que efectivamente grande encierran las
dos naciones, nos haría rectificar obstinados y mutuos errores; borra-
ría resentimientos; y, por último, restaría vigor, si no es que la amu-
lara del todo, a la malsana obra a que los "jingoístas" de allende el
Bravo, y los "yancofobos" de aquende el propio río, con tanto empeño -
se dedican." (65). Todo el resto del libro, parece perseguir obstinada-
mente la misma idea; este prólogo constituye por sí solo, un verdadero
documento que debiera difundirse en las dos naciones, para lograr el -
beneficio espiritual que de sus páginas se desprende.

(64). - C. G. P. La Vida Mexicana, - A. Rojas e Hijo, - México, - 1920, - Pról.
(65). - Opus cit. 10.

Verdaderamente notable, maravilloso, resulta el trabajo perceptivo de don Carlos, que transcurriendo velozmente por múltiples parajes del país, va detallando fisonomías de ciudades, lugares notables que visita sensaciones que cuidadosamente prepara como sus encuentros con el Puente de Brooklin, o el ansioso llegar hasta el grandioso espectáculo de las Cataratas del Niágara; la sensación de presencia constante por toda la ciudad del edificio del Capitolio que tiene ante sus ojos un aparecer y desaparecer de cada momento; sus comparaciones de la Casa Blanca con Versalles o Chapultepec; los retratos de Ford o del mismo Presidente a quien llama simplemente Mr. Wilson.

Y todavía más de maravillar, resulta el acierto de sus interpretaciones, la calidad de sus críticas constructivas, como el momento en que por necesidades de la guerra, ve a las mujeres supliendo a los hombres en las fábricas y se horroriza ante la idea de que la mujer pueda "ser devorada por las máquinas", que pierda su femineidad y se vea alejada para siempre de las labores propias de su sexo, para terminar haciendo profesión de fe en el "eterno femenino"; o bien el momento en que sin manifestarlo, siente sus propias ideas enlazadas íntimamente a las del intelectual que es el mismo Presidente Wilson; primero, por la afición vital del escritor reflejada en el pensamiento del estadista que afirma cuando se refiere a la enseñanza: "el estudio de la literatura que contiene la idealidad de la raza, los nobles ejemplos, las aspiraciones delicadas del carácter, de la espiritualidad y del pensamiento de la nación a que se refiere." y que considera esta disciplina necesaria en el centro mismo de una Universidad que quiera ser nacional. Y más tarde, cuando nada menos que de acuerdo con sus ideales de grupo, se manifiesta Wilson como un escéptico de la ciencia: "La ciencia -asegura- ha creado en nosotros un espíritu de investigación tanto como de desprecio por el pasado; nos ha hecho crédulos ante todas las promesas de progreso rápido, ante todas las panaceas; nos ha hecho creer en la virtud de todo lo que es nuevo... En filosofía nos ha dado

el agnosticismo; en política, el anarquismo científico..." (66)

No falta en la obra el rasgo pintoresco, la pincelada humorística - que tiene el poder de arrancar una sonrisa; nos la dan la sorpresa de González Peña al encontrarse de pronto, navegando en un ferry, los in cidentes derivados de la vestimenta que debe adoptar para ver de cer ca las Cataratas del Niágara, o el asombro de un norteamericano al - expresar González Peña su deseo de visitar la tumba de Edgar Alan Poe. Espectáculo tras espectáculo van sucediéndose ante los ojos del escri- tor que observa; visto en su intención afectiva, todo le resulta muy - agradable y endulzado por la novedad; novedad y agrado, que son lleva- dos espontáneamente al papel.

Lo mismo observamos en su libro París y Londres, Cuadros de Viaje. - El absoluto detalle de sus impresiones sentimentales, desde su viaje en el avión, los contrastes físicos de las sobrecargas, las atenciones en el trayecto, la monotonía en los letreros de Londres, la agobiante -- longitud de sus calles, sus sensaciones en la Abadía de Westminster con el musical fondo del Big-Ben, que fuera el asombro de principios de si- glo, la Universidad de Oxford en donde llama su atención la abundancia de librerías, y su visita a Stratford, tierra de Shakespeare, donde le asalta la reminiscencia literaria y donde tiene que resignarse a su re- cuerdo, ya que por ser domingo, el pueblo no ofrece más sitio de cono- cimiento que sus desiertas calles para lograr solamente, al fin, "...vi- sitar la casa natal de Shakespeare, ya por ventura abierta." Y antes- de emprender la salida para Londres, exclamar en pleno convencimien- to, que "¡Ya es mucho haber siquiera pisado la tierra donde nació y -- murió aquel genio!" (67).

Aquí, y en Entre el Polvo del Camino, el viaje no adquiere la calidad de relato de viaje lograda en La Vida Tumultuosa; allá el ensayista sur- ge a cada momento y los relatos de viaje se vuelven motivo de ensayos. -

(66).- Opus cit.

(67).- C.O.P., París y Londres, y Ed. Porrúa, México, 1980

Siendo la generación del Ateneo de la Juventud, como era, una generación de esencia crítica, que a base de postulados, doctrinas y hechos habría de desterrar al positivismo, es de suma importancia considerar en la obra de don Carlos González Peña su actitud de CRÍTICO.

Limpiamente, con absoluta sanidad de espíritu, aborda don Carlos el difícil terreno de la Crítica. Limpieza y sanidad, en las que interviene preponderantemente su franqueza, no se detiene ante nada al tratar de justipreciar la calidad literaria; cuando piensa que el elogio es necesario y constructivo, sabe prodigarlo a manos llenas, si por lo contrario, se trata de señalar defectos, sabe hacerlo sin lastimar susceptibilidades. Dispuesto siempre a la admiración, su crítica se convierte muchas veces en el simple "relato de las aventuras a través de una lectura" que señalara Anatole France; y en este camino, no sabe engañarse a sí mismo; casi se olvida de que él es un autor original y dedicado a las letras por verdadera vocación, se coloca en el sitio preciso del fiel de la balanza, para determinar el peso de las obras que valoriza.

Pero, ¿cuál de todas es su obra esencialmente crítica? Tal vez la que mejor representa este género sea El Nicho Iluminado, o bien El Alma y la Máscara; pero nos parece que en éste el ensayo vuelve a jugarle a su autor una mala pasada; la crítica se encuentra en todas sus obras y en ninguna en particular; se funde al ensayo, salta entre las líneas amenas y ágiles para darnos el toque austero, de seriedad, de verdadera calidad de ensayista. A veces, cuando nos habla de personajes más o menos cercanos a su propia vida, cuando nos dice de las escuelas o tendencias a que pertenecieron en los diversos campos culturales, deja deslizar un velado juicio; infiltra una sonrisa irónica, o bien aborda decididamente hechos, situaciones y posiciones dentro del campo literario para determinar, de acuerdo con su conocimiento y sus sensaciones, lo que en comunión con su sinceridad piensa cualitativamente de lo que enjuicia.

Su amplitud de criterio y de espíritu, le hace sentir y comprender magnitudes enormes en todo lo que le rodea, y así lo expresa en su prólogo a Mirando Pasar la Vida: "...no hay vidas pequeñas; la más obscura, la más humilde, si nos acercamos y detonidamente habemos de contemplarla, se nos antoja grande. Grande en el bien o en el mal; grande siquiera en su continuidad resignada." . Por lo demás, la constructiva crítica de González Peña, que parece brotar al paso como una necesidad, como algo instintivo, se difumina en su obra toda; lo mismo encontramos crítica en las arideces de los textos gramaticales, que en los viajes, que en la crónica o que en el ensayo. Como algo perteneciente ya a su ser mismo, sale al exterior sin ser sentido casi por él, brota prístina, con claridad linfática de manantial.

El ENSAYISTA en cambio, se encuentra en don Carlos González Peña, absolutamente consciente de su labor literaria; por algo nos han dicho y hemos visto que es el ensayo precisamente, el lazo de unión entre todos los ateneístas; y en González Peña adquiere tal preponderancia esta actividad, que durante la mayor parte de su vida productiva como literato, su madurez de escritor, llena totalmente el campo de sus actividades, llega hasta a borrar al novelista, que muy atrás, en el recuerdo de juventud batalladora y fértil, olvida el equipaje para abordar el camino de nuevas inquietudes, en que, como un sucederse de diapositivas, va presentándonos la luminosidad pintoresca y múltiple de un verdadero kaleidoscopio literario.

Muchas veces, apunta la inquietud de la novela, brota del ensayo una novela corta, el cuento, el fruto de la propia experiencia que no se resigna a quedarse marchito en el capullo. Así vemos en Gente Mía, saltar del pasado juvenil los recuerdos del amor en Luz de Atardecer, o bien cuando nos habla de Mozart, el prodigio novelado y arrancado de la vida misma en El Hechizo Musical, sentimiento en cadencia de pasos infantiles que se vuelve poesía: "allá va el niño con su aureola de milagro..."

Cultiva González Peña, magistralmente también, el ensayo descriptivo; ya en las páginas de sus novelas vemos desarrollarse esta cualidad de su literatura, sucesión constante de imágenes rápidas y seguras, que van haciendo saltar de detalle en detalle para lograr un conjunto bello y armónico; en la novela, y más tarde en el ensayo, don Carlos hace precisas y coloreadas pinturas de ciudades; se solaza plenamente en la contemplación de calles, torres y plazas, se recrea haciendo la fisonomía de los tipos diversos que pueblan las ciudades; nos enmarca en ellas a sus poetas que parecen ornamentos más que seres; y todo, - adorando cada piedra, cada teja, cada muro.

Y como si cruzáramos por enorme galería de un museo de cera, van surgiendo con verdadera pujanza una serie de personajes que crecen bajo su pluma y se enaltecen en el rasgo humano, que se agigantan en la observación que hace González Peña de sus cualidades; que se elevan a insospechables alturas cuando va desenvolviendo el fino paquete de -- sus virtudes. Así como las esculturas de cera parecen animarse al menor movimiento de las tarimas que las sostienen o al soplo insignificante que les mueve la ropa, los retratos que hace don Carlos parecen levantarse por momentos de las páginas del libro para echar a caminar sobre ellas y hablar directamente con los lectores.

Sabe encontrar el rasgo peculiar, la característica, la anécdota, el sentimiento adecuado, para presentarnos una semblanza completa en una sola frase o en unas cuantas líneas; al hablar por ejemplo de don Justo Sierra, comienza diciendo simplemente: "Era todo majestad." y de esas tres sencillas palabras que ya lo pintan, arranca hacia la altura para comprobar su aseveración, para respaldar en el ensayo, el título, poético también, de la obra: Claridad en la Lejanía. "...cómo lo absorben los problemas altos, las magnas concepciones del espíritu; aun el haurido ingenio que solicita y retiene." 68. Y después de hacernos su retrato físico, la pregunta que resume: "Y qué habría de contener aquel

68. cuerpo, si lo un gran espíritu." 69.
69. Claridad en la Lejanía, Ed. Nery, México, 1947.
1947, 200 p.

Victoriano Salado Alvarez, Federico Gamboa, Luis González Obregón, Luis Castillo Ledón, Teodoro Torres, Alfonso Cravioto, gente toda que reúne González Peña bajo el posesivo "mía"; personajes que para él, representan una etapa de anhelos y ambiciones vitales, que para nosotros, son gigantes intelectuales que hicieron una época cultural de un país. — Allí, en Gente Mía, el que desaparece, el que triunfa, el que se recuerda con agrado por algún pintoresco incidente, tiene su sitio labrado de virtudes y hechos. En Más Allá del Mar, otras épocas, aunque diversas — entre sí y diferentes en significación a la del libro anterior, encuentran su expresión; son otros nombres, otros sitios lejanos a estos, pero todos bajo el pincel del mismo maestro, delineados firmemente, con el mismo pulso crítico y con el mismo amor literario; Lope, Goethe, Bécquer, Jorge Sand, Gorki, Eckermann, Tirso de Molina, todos unidos por el solo lazo de las influencias literarias, van desfilando ante nuestro entendimiento para entregarnos un mosaico pleno de colores.

Muy otro será el pretexto para unir otra serie más de personajes — bajo una candileja, unos gemelos de teatro, "ficción y realidad palpitante", la esencia misma del teatro que salta de los ensayos de Almas y Máscaras célebres un día para rodar mendigando al siguiente, El Alma y la Máscara, donde González Peña va "a pasar revista de vestimenta a los actores", los va a arrancar de su farsa para desnudar almas y desear aplausos. Allí pasan bajo las luces de los particulares reflectores del autor, bailarinas y actrices, cómicos, actores, autores teatrales a quienes burla a veces y otras ensalza y hasta el Via Crucis de Clara Arco llevado a la realidad escénica por José Joaquín Gamboa.

Una insignificancia, una vivencia común, un instante filosófico, — son pretexto suficiente para que el escritor enhebre una serie de relaciones, de ensayos que ya sobre un trivial esqueleto de cosas como en El Arte de Pasar la Vida, o ya en la "contemplación del pasado literario" como en Claridad en la Lejanía, van dejando en el ánimo del lector una serie

de juicios y sugerencias, que son producto de toda una vida de dedicación literaria, y que se entregan sin reservas al dominio general.

Recia y vigorosa resalta en las páginas de Claridad en la Lejanía la personalidad indígena, fuerte y honrada de un Altamirano que se cree hasta insospechadas alturas en la tribuna del Congreso para deshacerse en ternura ante la esposa sencilla y abnegada; que sabe responder a las necesidades sociales de la patria con el sable, con la voz y con la pluma, como sabe responder también a las necesidades morales de la casa; de un Altamirano novelista que vende por adelantado su obra para regalar a su esposa en su onomástico y que detiene el trabajo ante la inexplicable superstición, acaso atávica, de su mente recia de intelectual hecha a la disciplina del trabajo. Noble, tesonero y profético carácter, que sublima y enaltece el orgullo de su raza.

Luminosa, feliz y poética, la actividad de Luis G. Urbina, diseminada en éste y otros libros de González Peña. Multicitada la garganta-mágica de la Peralta que llegaba en labios de sus antepasados, a prodigios insospechables y dignos de ángeles. Escándalo en vida literaria y abnegación de amante en el romanticismo vivido por Jorge Sand. Todo ésto, y muchas figuras más, muchos valores, mexicanos y universales, llenan los ensayos de don Carlos que nada retiene para sí, que se vuelca hacia su público que como él lo expresa de la misma Mrs. Sand, "lo conoce, pero no lo lee." (70)

BIBLIOGRAFIA:

GONZALEZ PEÑA, CARLOS.

- Novela: - LA CHIQUILLA.-Ed. Porrúa, S.A., México D.F.- 1946. (1905)
- LA MUSA BOHEMIA.- Ed. Sempere.-Valencia, Esp.- 1908.(1908)
- LA FUGA DE LA QUIMERA.-Ed. Stylo.-México,D.F.- 1948.(1919)

- Estudios:- MANUAL DE GRAMATICA CASTELLANA.-Ed.Patria.-1938. 7ª.(1921)
- HISTORIA DE LA LITERATURA MEXICANA, Ed.Patria.-1940.(1928)
- CURSO DE LITERATURA.-Ed. Patria.-1944. (1944)
- EL JARDIN DE LAS LETRAS.-Ed. Patria.-1944. (1944)
- FLORILEGIO DE CUENTOS.-Ed. Patria.-1944. (1944)

- Viajes: - LA VIDA TUMULTUOSA.-A.Botas e Hijo.-México, 1920. (1920)
- PARIS Y LONDRES.-Ed. Porrúa, S. A.-México, 1950. (1950)

Crítica y Ensayo:

- EL PAVIO BAJO LA LUNA.-Ed. Stylo,México,D.F. (1945)
- FLORES DE PASION Y DE MELANCOLIA.-Ed.Stylo.-México. (1945)
- EL HECHIZO MUSICAL.-Ed. Stylo.-México,D.F.- (1946)
- GENTE MIA.-Ed, Stylo.-México, D.F. (1946)
- EL NICHILISMO ILLUMINADO.-Ed. Stylo.-México,D.F. (1947)
- MIRANDO PASAR LA VIDA.-Ed. Stylo.-México,D.F. (1947)
- CLARIDAD EN LA LEJANIA.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1947)
- EL ALMA Y LA MASCARA.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1948)
- MAS ALTA DEL MAR.- Ed. Stylo.-México, D.F. (1949)
- GENTES Y PAISAJES DE JALISCO.-México, D. F. (1949)
- ENTRE EL POLVO DEL CAMINO.-Ed. Stylo.-México, D.F. (1950)

ALONSO MARTIN.- CIENCIA DEL LENGUAJE Y ARTE DEL ESTILO.-Aguil-
lar.- Madrid.- 1953.

ATENEO DE LA JUVENTUD, CONFERENCIAS DEL.- Lacand, Imprenta.-
.-1910.

CROCE, BENEDETTO.- LA POESIA.- INTRODUCCION A LA CRITICA E -
HISTORIA DE LA POESIA Y DE LA LITERATURA.- Emecé Edi-
tores, S.A.- Bs.As.- 1954.

EDUCACION PUBLICA, SECRETARIA DE.- MÉXICO EN LA CULTURA.-1946.

GAMBOA FEDERICO.- SANTA.- Barcelona.- 1919.

JUSTO SIERRA .- DISCURSO EN HONOR DE GABINO BARREDA.- U.N.A.M.
.-Biblioteca del Est. Univ.- 1939

LANSON, G.-HISTOIRE DE LA LITTERATURE FRANCAISE.-Hachette, Pa-
ris.- 1931.

- MARSHAL URBAN, WILBUR.- LENGUAJE Y REALIDAD.-Fondo de Cult. Ec.-México 1952.
- MARTINEZ, JOSE LUIS.- LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XX.-Robredo.-México.- 1950.
- GUIAS BIBLIOGRAFICAS.- Segunda Parte.- Robredo.-México.- -
.-1950.
- MORTON, F. RAND.-LOS NOVELISTAS DE LA REVOLUCION MEXICANA.-Cultura.-México.- 1949.
- MUÑOZ RAFAEL.-SE LLEVARON EL CAÑON PARA BACHIMBA.-Bs. Aires.-1941.
- RAMOS, SAMUEL.-HISTORIA DE LA FILOSOFIA EN MEXICO.-U.N.A.M.- 1943.
- REYES, ALFONSO.- EL PASADO INMEDIATO.-Colegio de México.-1941.
- HOMENAJE DE EL COLEGIO NACIONAL AL MAESTRO ANTONIO CASO.-
Discurso.-México, D.F.- 1946.
- SCHUCKING, LEVIN L./ EL GUSTO LITERARIO.-Fondo de Cult. Ec.- s/f.
- TORRI, JULIO.- LA LITERATURA ESPAÑOLA.- Fondo de Cult. Ec.- 1952.
- TORRES BODET, JAIME.-HOMENAJE DEL COLEGIO NACIONAL AL MAESTRO ANTONIO-
CASO.-México, D.F., 1946.
- UNIVERSITY OF CALIFORNIA.-GRANDES NOVELISTAS DE LA AMERICA HISPANA.- -
v.1.- 1941.
- VALBUENA PRAT, ANGEL.- HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.-G. Gili,S.A.
.-Barcelona, Esp.- 1950.
- VASCONCELOS, JOSE.-EL VIENTO DE BAGDAD.-Letras de México.-1945.
- ZEA, LEOPOLDO.-APOGEO Y DECADENCIA DEL POSITIVISMO EN MEXICO.- 1944.
- *****